PILAR LAURA MATEO

Cortando el aire







Click
EDICIONES

Índice

A todas las mujeres que quieren olvidar
alguna parte de su vida

A mis queridos África y Rubén,
para que no me olviden

A Julián, que es parte de mí

Somos nuestra memoria, somos ese
quimérico museo de formas inconstantes,
ese montón de espejos rotos.

(Jorge Luis Borges)

La memoria tiene dos ojos, uno
perdido en copias de la sangre, otro abierto
a calles que el abajo les tiembla.
La sombra del pasado se ata
al pasado que no sucedió.

(Juan Gelman, *El emperrado corazón amora)*

Cada uno tenía su pasado encerrado dentro de sí mismo
como las hojas de un libro aprendido de memoria; y sus
amigos solo podían leer el título.

(Virginia Woolf, *La habitación de Jacob*)

La diferencia entre el pasado, el presente y el futuro
es solo una ilusión persistente.

(Albert Einstein)

Desde el ventanal se divisaba entero el litoral del golfo. La línea negra de los astilleros, las oscilantes luces de la dársena, los faluchos custodiados por cientos de gaviotas en busca de cena e incluso las pequeñas dornas alineadas dócilmente en sus amarres tenían un lugar asignado en la maravillosa fotografía. Más cerca, justo bajo el edificio de apartamentos panorámicos, dormitaba la pequeña bahía pedregosa con sus crestas de espuma alzándose como ribetes de blonda sobre la vastedad azul. Y, aún más, los días claros se podían ver en lontananza las estribaciones de los montes de Ordunte, un fondo de lujo para su nido de amor. «Una vista de ensueño», le dijo él cuando compraron el ático, y ella le dio la razón porque la enormidad del paisaje cautivaba el ánimo y el entendimiento.

De tanto mirarlo, ella acabó por aprendérselo de memoria. Se sabía a la perfección todos los ángulos y encuadres, podía reproducir en su cabeza hasta los más mínimos detalles: la línea de la marea, el rizo de las olas batiendo en los rompientes, el centelleo del amanecer sobre la lisura plateada, la longitud que alcanzaba la estela de la luna en cada una de sus fases… Podía, incluso, describir las distintas tonalidades del aire dependiendo de la hora del día. No importaba que estuviera oscuro y la lluvia enturbiara la visión, ella seguía viéndolo todo con la misma nitidez y facilidad con la que bordaba en sus lienzos motivos cada vez más tristes.

No era por casualidad. Con el paso del tiempo, aquella postal, tan envidiada como alabada por las visitas, se había convertido en su única compañía dentro de una casa que poco a poco lo había ido perdiendo todo: la calidez de las miradas, las palabras tiernas, el placer de las caricias y, sobre todo, ese olor a mar abierto y a piel masculina que tanto amó al principio.

Sí, con el paso del tiempo, en aquel ático perfecto solo quedaron la postal, los bordados y ella, encaramados los tres a un ventanal-nido al que no llegaba ninguna voz humana. Las gaviotas lanzaban una y otra vez sus rudos graznidos y las embarcaciones iban y venían sin detenerse nunca en aquella bahía en la que su carne se secaba al sol. Inactivo, inapetente y angustiado, su cuerpo languidecía. Dentro de aquel buque fantasma los días se sucedían unos detrás de otros, tristes y monótonos, sin perspectiva ni horizonte, hasta que llegó uno en que ella se sintió tan sola, tan

insoportablemente sola, que ya no supo decir si era una mujer o un pozo donde cualquier deseo había sido enterrado. Ese día la soledad la envolvió como un sudario y ya no hubo vuelta atrás.

Fue ella, la tremenda soledad, la que la forzó a buscar al amparo de la niebla a todos esos hombres desconocidos. Fue la intolerable soledad la que la obligó a escapar del pasado y huir de una casa en la que solo subsistían los restos del otro olor, el de siempre, el del mar muerto, encharcado, encarcelado en un barrio portuario. Fue la permanente y lacerante soledad lo que la obligó a acabar con la parte de sí misma que aún amaba a aquel hombre a pesar del mal que le estaba causando.

Así que un atardecer se lo dijo. Le dijo que se iba. Que ya no soportaba que la abandonara durante meses y meses en esa casa vacía, ni le perdonaba que desapareciera noche tras noche en el calor de otro cuerpo. Se lo dijo sin más ni más y de corrido. No volvería a quedarse sola, no pasaría horas y días pegada a la ventana como un mascarón de proa a la deriva, esperando ver aparecer su barco en el horizonte, ni tampoco le guardaría la cama durante su ausencia porque se iba de aquella casa-prisión para siempre. Se iba porque no quería continuar viviendo así, ni sentirse asfixiada por la duda de si él seguiría deseándola mañana o, por el contrario, la saciedad completa había llegado al fin. Se lo dijo de un tirón mientras él apuraba su copa frente a ella, y después le mostró como colofón su ajuar deshecho puntada a puntada en la soledad de su casa yerta. «¡Míralas!, exclamó, poniéndole delante todas las telas, antes esmeradamente coloridas, y ahora cubiertas por un blanco virginal. «Para bordar, primero hay que vaciar el lienzo», le enseñó su madre, y ella así lo hizo.

Se lo dijo, y no le costó demasiado porque a esas alturas la parte que aún lo amaba, si es que aún existía, debía de ser muy pequeña y renqueante. Se lo dijo, y por toda respuesta él se levantó de su silla y empezó a zarandearla escupiendo por su boca cuatro palabras: «¡Tú no eres nadie!». Solo esas cuatro palabras, repetidas una y otra vez mientras le rasgaba la ropa de arriba abajo. Su blusa de blanco algodón bordado y la falda estampada de piqué quedaron hechas un gurruño en el suelo.

Sobre la mesa aún estaban los restos de la cena que ella había preparado dos horas antes. Dentro de su botella, el vino lanzaba destellos irisados bajo la luz del crepúsculo mientras que las copas, antes refulgentes, se veían sucias y llenas de huellas. «¡Tú no eres nadie!», gritaba empujándola con violencia contra el sofá y golpeándole con el puño en las mejillas, los brazos y los costados desnudos. «¡Tú no eres nadie!», mascullaba cuando le separaba las piernas a la fuerza antes de lanzarse rabioso sobre su cuerpo.

Para entonces, ella sabía que el precio que pagas cuando te deshaces de lo que te aprisiona es muy alto, y aguantó. A pesar del tremendo dolor, mantuvo su cabeza erguida y a través del ventanal abierto pudo

contemplar cómo las nubes, bronceadas por el ocaso, se convertían en una cordillera dorada. «¡Tú no eres nadie!», aullaba él arañándole la cara mientras las cortinas, cada una con su ráfaga de viento, flameaban en un riguroso batir de alas. «¡Tú no eres nadie!», rugía jadeando sin control sobre su pecho una y otra vez.

Pero ella ya no le oía porque volaba libre sobre las playas grises y arenosas del saliente. Volaba y planeaba sobre la costa como una cinta sometida al capricho del viento. Volaba y se elevaba ingrávida por encima de las rocas porque había dejado en tierra la viscosa sensación que mantenía su piel pegada al suelo…

Ya nada la retenía en aquel pasado ingrato, así que surcó el aire volando sin esfuerzo alguno y alcanzó a las gaviotas. Ascendió y ascendió sin parar hasta rozar el velo anaranjado de las nubes. Subió y subió cada vez más arriba, cada vez más alto, cada vez más allá, hasta convertirse en un minúsculo punto sobre el azul del mar.

LUNES

1

El hospital donde Lucía acaba de pasar una de las horas más extrañas de su vida queda al final de un *cul-de-sac* de un solo carril y doble dirección. Semejante arreglo obliga a regular el tráfico con un par de semáforos, uno colgado sobre la intersección de la calle como un avechucho disecado y otro a la entrada de la rotonda. Así, cuando uno da paso a los que van, el otro deja a los que vienen en espera, y a la inversa. En las horas punta ese ritmo cansino provoca la formación de sucesivas colas de coches que aguardan pacientemente a que el disco correspondiente se ponga verde para transitar por una calle que parece un calcetín. Una vez dentro, se avanza prácticamente en fila india hasta que, pocos metros más allá, el asfalto termina de golpe en una constreñida glorieta en cuyo centro se yergue un olivo molido a navajazos. Allí giran los vehículos para cambiar de dirección y poder volver por el mismo camino que ya han recorrido, y allí es también donde la deja el taxi que la ha traído.

Lucía se apea cohibida sin ninguna prisa del coche y mientras el taxista inicia a regañadientes la maniobra de vuelta, ella observa el entorno. Todo a su alrededor es irregular. Las casas de protección oficial se apiñan en una única acera, mientras que la otra, lindante con un descampado, serpentea entre solares llenos de maleza y basura. Tan asombrosa urbanización produce la impresión de que la calle está a medio hacer, aunque eso no parece motivo suficiente para restarle inquilinos; por el contrario, muchos detalles indican que los pisos albergan a más gente de lo aconsejable. Las ventanas lucen un extenso catálogo de prendas que se agitan como pancartas sobre tendederos mohosos y el revoque de los muros derrocha grafitis y manchas diversas que disimulan varios agujeros destinados a un uso, cuando menos, sospechoso.

Como el día es húmedo y soleado, hay insectos zumbando y aleteando por todas partes. En las parcelas próximas al hospital, nubes de mosquitos se desplazan de un matorral a otro compitiendo en densidad con la fumarada de gases que culebrea por las aceras, y con un montón de moscas glotonas que se agitan pesadamente sobre charcos pútridos cubriéndolos con un manto negro y brillante. No parece sino que una fuerza telúrica hubiera arrojado a un ejército de

insectos sobre el terreno como vanguardia de una guerra bacteriológica pero, como nadie les hace caso, Lucía deduce que son habituales del lugar.

No lo esperaba, pero evidentemente se encuentra en el extremo de un suburbio, un carasol grasiento en el que dormitan perros sin dueño y donde flota un insufrible olor a letrina que, casi seguro, proviene de la saturación del alcantarillado. Aparte de eso, el tráfico del único carril es constante, amén de los numerosos transeúntes que cruzan la calzada en una y otra dirección originando una procesión increíblemente mareante.

El hospital es un edificio pequeño, de solo cuatro plantas, y tiene exactamente el aspecto que cualquiera imaginaría para un lugar así. O sea, la consabida caja de zapatos adusta y gris. Frente a su puerta se abre una zanja de unos seis metros de largo, salvada con un par de tablones que permiten llegar hasta el empedrado del porche. Lucía cruza el improvisado puente con pasos vacilantes y, una vez en tierra firme, toma aire como si fuera a iniciar una carrera campo a través.

Dentro no es mucho mejor. La luz ortopédica del vestíbulo la obliga a parpadear varias veces, el aire apesta a lejía, formol y otros productos medicamentosos que ella no logra identificar y el terrazo del suelo se ve rajado de parte a parte y como si hubiera sido aplastado por el peso de las chirriantes camillas. La verdad es que todo lo que ve recuerda más a un centro asistencial reciclado que a una clínica acreditada, pero mejor no sacar conclusiones antes de tiempo.

Tras unos segundos parada en medio del continuo trasiego de la recepción, decide dirigirse al mostrador de admisiones, donde una rubia cetrina le informa de que tiene que subir a la última planta: «Cuarta a la derecha, y pregunte por Sergio Rivas. Es el neurólogo que lleva ese caso». Ella se sonríe al escuchar la expresión «ese caso». Es, al parecer, lo que son las personas como ella y Adolfo: casos asignados a alguien para ser estudiados concienzudamente, realidades anómalas que necesitan de una adecuada interpretación. Glorioso destino, sin duda.

La gente se apretuja dentro de la cabina del ascensor, pero al llegar a la cuarta todo el mundo ha desaparecido y, en el rellano de la planta, del que parten dos alas contrarias, solo ve a un tipo gordo vestido con un pijama azul desvaído que apenas da de sí para taparle la barriga cervecera. El individuo se está quedando calvo y lleva el escaso cabello gris atado en la nuca con una cinta negra. Con su rala coleta y la barba entrecana cayéndole sobre el pecho, compone una figura cuando menos llamativa. Por la pinta, se diría que se trata de un hippie trasnochado y un poco ido. Cuando Lucía le pregunta por el despacho del doctor Rivas, él le lanza una mirada entontecida y

encogiéndose de hombros murmura:

—Le conozco, le conozco. Es el de las momias.

Lucía no puede evitar un respingo al oír aquello y a punto está de preguntarle qué quiere decir con eso pero, antes de que ella pueda abrir la boca, el hombre le señala una puerta al final del pasillo del ala derecha. El despacho es pequeño y aséptico y el médico que responde al nombre de Sergio Rivas está sentado tras la única mesa. Le calcula algo menos de cuarenta años, pero podrían ser más. Delgado, estatura media, pelo castaño claro y ojos color caramelo. Tiene la sonrisa franca y una mirada cálida y sosegada. La saluda tendiéndole tímidamente una mano cuyo tacto resulta agradablemente fresco. Al estrechársela, una corriente sedante, casi anestésica, le recorre la espina dorsal, y por un momento se ve envuelta por una sábana de imágenes deshilvanadas. «Qué extraño, los tranquilizantes por fricción son poco habituales», piensa tomando asiento en la silla que el médico le ofrece con un gesto.

—Me alegro de que haya podido venir —comenta afablemente el hombre.

Lucía corresponde a sus palabras con un leve asentimiento de cabeza. Todo en esa estancia es tan frío y funcional que, pese a la amabilidad del médico, ella no puede evitar sentirse incómoda. Él esboza una casi imperceptible sonrisa y sin más dilación empieza a revolver las carpetas de un archivador hasta que saca una de ellas. De su interior brotan unas cuantas radiografías oscuras y brillantes que llenan la mesa de reflejos metalizados. Con gran pericia, sus manos colocan dos de ellas sobre la pantalla luminosa: al trasluz se ve un cráneo radiografiado en distintas posiciones sobre el que Sergio Rivas se concentra unos segundos.

—Entonces… ¿Está muy mal? —pregunta ella temblando bajo la gabardina. Su voz tiene una extraña cualidad agrietada que contrasta con la fragilidad de su aspecto.

—Bueno, pues la verdad es que no demasiado bien —titubea él—. Ya le habrán dicho que los síntomas de los últimos días hacen pensar en un desenlace a corto plazo, aunque en estos casos nunca se sabe…

La frase queda colgada, suspendida en el aire narcótico del hospital como una muestra de piedad profesional. La mano del médico, apoyada sobre el panel de la mesa, no se mueve. Quizás espera alguna otra pregunta por su parte, pero ella está lo que se dice bloqueada y no se le ocurre nada que comentar, así que se limita a mirar al frente con expresión atribulada. Durante un momento se produce un embarazoso silencio punteado por la luz de la pantalla de las radiografías, la cual se difumina detrás de la cabeza de su interlocutor como la aureola de un santo. Lucía la mira con fijeza unos segundos, pero aquella fluorescencia blancuzca la enceguece y acaba

bajando la vista. Intenta decir algo, lo que sea, para continuar con aquella extraña conversación, pero la sequedad de la boca le impide articular las palabras, nota un mechón de pelo pegado a las mejillas sudorosas y tiene los ojos velados por una especie de vapor.

—Se ha hecho todo lo posible, pero el estado del paciente es delicado —interviene de nuevo el médico dando a su voz la gravedad que exige la versión oficial—. Según el historial, lleva cuatro años, desde abril de 2003, sin recobrar la conciencia, aunque en este hospital ingresó hace ocho meses.

—Eso es mucho tiempo —comenta ella pensativa—. ¿Lo ha tratado usted desde el principio?

—No, yo solo llevo cinco meses aquí —se apresura a aclarar Sergio Rivas—; y tiene usted razón, es mucho tiempo. Pero ya sabrá que lo encontraron sin documentación y en condiciones que impedían identificarlo. Afortunadamente, una mujer que vino a visitar a un familiar lo vio por casualidad y nos aseguró que lo conocía.

—Sí, eso me han dicho. La verdad es que todo este asunto ha sido un cúmulo de desgraciadas circunstancias.

El deje exculpatorio de sus últimas palabras queda flotando en la semipenumbra del despacho. Aquella absurda historia de la testigo casual que reconoció a Adolfo Costa en el hospital le ha rondado por la cabeza durante varios días, pero no se atreve a preguntar por ella. Le da miedo meterse en un charco del que ignora la profundidad. Sentada en su silla, busca desesperadamente alguna señal que le indique cómo debe comportarse o qué sería oportuno decir en esas circunstancias; pero la intensa mirada del médico le envía unas señales tan fluctuantes que la confunden aún más si cabe.

Ya le ha pasado otras veces y conoce la sensación. Son chispazos tenues, retazos inconexos y débilmente esbozados, pero espinosos como arañazos, que le avisan de que está ante alguien o algo que debería recordar. A veces solo es pura imaginación, pero en su situación no puede descartar que su interlocutor sea alguien que conoció en el pasado. La experiencia le dice que, por mucho que se esfuerce en pasar desapercibida, esos tipos surgen de los rincones más inesperados dispuestos a hacerle pasar un mal rato. La simple posibilidad de estar ante uno de ellos la aterra.

—En estos momentos apenas se aprecia actividad cerebral —continúa su interlocutor esforzándose por resultar didáctico—. Ha entrado en lo que llamamos un coma profundo. La causa más probable de estos agravamientos suele ser una necrosis de la lesión craneoencefálica —aclara señalando una mancha oscura situada en la parte frontal—, aunque tampoco podemos estar seguros al cien por cien.

Sin moverse de su asiento, Lucía trata de seguir las explicaciones

más o menos técnicas que el médico va desgranando para ponerle al corriente de la situación. Sobre la pantalla luminosa, los TAC cerebrales de Adolfo adquieren una tonalidad traslúcida y desenfocada, como de cuadros abstractos plastificados. Parecen inofensivos negativos de fotografías tomadas al tuntún; no obstante, las palabras de Rivas le hacen comprender que está viendo una parte reservada de la anatomía de una persona, la más íntima y desconocida, la más oculta e incomprensible de cualquier ser humano, y ese pensamiento hace que de repente aquello se le antoje una exhibición obscena, casi pornográfica, cuya impunidad no puede soportar. Los minutos transcurren lentamente y ella, cada vez más tensa, desvía la vista hacia su maleta. Por una parte, quisiera decirle a aquel hombre que en ese momento no quiere saber nada más de necrosis ni de lesiones de ninguna clase, que solo quiere irse de allí y no volver nunca; por otra, la idea de salir corriendo del hospital la hace sentirse una cucaracha, así que sigue honorablemente pegada a su silla y aguanta sin rechistar la exposición del neurólogo.

Finalmente, la explicación termina y el médico la guía por el pasillo hasta la habitación 408. El viejo hippie ha desaparecido y, en su lugar, varias enfermeras pululan por la planta con ese estilo tan típico de las películas americanas que hace que la gente siempre parezca estar ocupada en algo urgente. El doctor Rivas las sortea en silencio y después se detiene ante una puerta cerrada.

—Ya se imaginará que lo va a encontrar muy cambiado, aunque no tanto que no pueda reconocerlo. —En los ojos del hombre hay una mezcla de lástima y curiosidad—. En fin, es un momento difícil, pero aquí estamos para ayudar, así que si necesita algo, no dude en decírmelo.

Ella asiente con un movimiento de cabeza y, conteniendo la respiración, abre cuidadosamente la puerta.

Su primera sensación es que el recinto está sumido en una opacidad acuosa. La única ventana tiene la persiana echada y el aire acondicionado debe estar programado a una temperatura muy baja, porque al entrar se percibe una exagerada frialdad. Dentro, no hay más signo de vida que unas gotas de suero escurriéndose a través de un cilindro transparente que desemboca en las hinchadas venas del yacente. Al lado de la cama hay una mesilla, un taburete y una silla desvencijados; el resto de la habitación es de una implacable desnudez.

Reprimiendo su aprensión, Lucía se acerca despacio al lecho y se sitúa justo a la altura de un rostro demacrado, prácticamente cadavérico, del que brota un aliento sibilante. Todo en aquel cuerpo parece acabado, consumido, como si alguien hubiera engullido o dilapidado completamente su energía vital. Pese a las lagunas que

anegan su memoria y a que en aquella figura macilenta no queda nada de la robustez bronceada del hombre de las fotografías, no dud a de que está ante Adolfo Costa.

Es él… y, sin embargo, no lo es. Hay algo antinatural en esa persona, en su respiración conectada a una máquina, en sus párpados arrugados sobre las pupilas ciegas, en su sangre saturada de medicamentos, en la carne inventariada hasta el último centímetro. Su sola visión la perturba sobremanera. De pronto se da cuenta de que le tiemblan las piernas y trata de serenarse. Durante unos segundos tiende sus manos hacia el cuerpo inmóvil y sin llegar a tocarlo se da la vuelta. No resiste estar tan cerca de él. Hacerlo es como si la membrana que la separa y la protege del mundo se volviera permeable y ella se quedara desnuda y sin piel, así que, instintivamente, acaba varada en el extremo más alejado de la cama.

La respiración de aquel cuerpo, tan regular y artificial, la intimida. Y, aun así, sigue allí plantada, preguntándose si alguna vez lo amó o lo odió. Ni siquiera sabe si, como le han dicho, habían roto su relación. Según sus cálculos, han pasado más de cuatro años desde la última vez que estuvieron juntos, pero tampoco puede asegurarlo. Da igual. Ahra eso resulta igual de trivial para los dos por diferentes motivos. Para Adolfo, porque si el tiempo solo es cuestión de conciencia, en estado de coma los días y los años no deben de significar nada. Seguro que si abriera los ojos y la viera allí enfrente pensaría que se habían dicho adiós la semana anterior. Quizá, hasta le hablaría con el desparpajo y el desprecio que le atribuyen los que sí le recuerdan. Según ellos, era de los que presumían de decir lo que tenía que decir y de hacer lo que tenía que hacer; cualquier muestra de debilidad le hacía retorcerse de furia.

En ese sentido, ella no puede opinar. Lo siente tan ajeno a su vida como si fuera un verdadero desconocido. Aunque también es cierto que en las contadas ocasiones en que le llega un parpadeo del pasado, ve a un hombre sin cara dominando y marcando condiciones. Por lo visto, esa era su prerrogativa y su necesidad: ser el centro del encuadre. Eso tampoco le resulta raro. Ese afán por pasar por encima de todo lo que se le pusiera por delante debía de ser para él lo mismo que para muchos otros hombres que ha conocido después: una droga poderosa, un eficaz transformador que le hacía elevarse sobre los demás dándole la seguridad y el crédito que precisaba en cada momento.

Da dos pasos hacia la ventana y mira por las rendijas de la persiana. Abajo, en la calle, el mundo sigue discurriendo bajo un sol inesperadamente reluciente cuya luz reverbera en un escaso rectángulo del terrazo blanquinoso. Nada ha cambiado durante el tiempo que ella lleva allí dentro. Los ancianos pasean por las aceras,

las madres llevan a sus hijos a casa, los pájaros buscan materiales aptos para construir sus nidos y los semáforos-llave se abren y cierran sin interrupción, dando entrada y salida a la correspondiente porción de coches que esperan su señal.

Mientras tanto, en esta desangelada habitación de hospital, el que un día fue su marido duerme ajeno a su propia agonía. Ver aquel organismo tan destruido y su quietud antinatural resulta turbador para cualquiera. Con la espalda apoyada en la pared, se pregunta qué clase de realidad albergará ahora su cerebro durmiente, qué sentirá —si es que siente algo—, cómo diferenciará lo que es importante de lo que no. ¿Sabrá que ella está cerca? ¿Habrá reconocido su forma de andar? ¿Tal vez su olor? ¿Qué pasará dentro de su cabeza? Puede que el coma sea una bendición divina para los mortales tan poseídos por el ego como él… ¡Qué tontería! Un estado así no puede ser una bendición para nadie. Elucubraciones. Lo único claro es que ahora el silencio de Adolfo no es una estrategia premeditada, sino algo terrible e ineluctable en sí mismo, algo a lo que nadie puede acceder. Ella sabe mucho de eso.

Cierra los ojos, pero la oscuridad tampoco le aporta ningún consuelo. Al abrirlos cree ver un ligero movimiento en la cara del durmiente; evidentemente ha sido una percepción errónea, una mera ilusión. Es lógico. En estas circunstancias, un mínimo cambio de color hace imaginar cosas que antes no estaban, cualquier furtiva ondulación adquiere un carácter fantástico y sobredimensionado. A veces hasta una simple sombra fugaz puede confundirse con un signo de vida. Ha debido de ser solo eso, una alucinación propiciada por el triste escenario, pero ha sido tan real, que solo pensarlo le provoca un escalofrío.

«Nada es lo que parece. Nunca nada es lo que parece», se repite a sí misma sin ton ni son. Se lleva las manos empapadas de sudor a las sienes ardientes sintiendo que le falta el aire. De pronto se da cuenta de que no sabé qué hace allí, en aquel lugar embalsamado. La cabeza le va a estallar. Necesita salir. Le urge respirar. Andar. Correr. Ver y oír respirar a la gente que transita por esa calle a medio hacer. Se marea, siente un nudo en la garganta. Ya no resiste más lo opresivo de aquella absurda visita, y llevada por un frenético impulso, abandona apresuradamente la habitación.

Apenas sale al pasillo, vuelve a ver al doctor Rivas, esta vez charlando animadamente con dos mujeres que trajinan en el puesto de control de la planta. Ambas llevan el mismo uniforme y en sus respectivas placas de identificación se lee «Dra. Doménech» y «Dra. Rubio». Al percibir su presencia, los tres se giran para mirarla con curiosidad, y el neurólogo se acerca a ella.

—¿Ya se marcha? —le pregunta con su tono afable, ni demasiado

informal ni demasiado circunspecto.

—Pues sí. Tengo que buscar alojamiento para la noche —responde ella cruzándose las solapas de la gabardina sobre el pecho.

—Entonces, ha decidido quedarse unos días más…

—Solo un par —afirma dubitativa, sin saber cómo ni cuándo ha decidido aquello—. Tengo asuntos que atender, pero me gustaría que me mantuvieran informada de la evolución de Adolfo.

—Eso quiere decir que lo ha reconocido.

—Sí, es él. Su informante no se ha equivocado —contesta tratando de aparentar serenidad—. La verdad es que me gustaría saber el nombre de esa mujer para… darle las gracias —añade vacilante.

—Me temo que eso no será posible. —El médico recalca la desorientación que le provoca su demanda haciendo un vago gesto con las manos—. El paciente al que vino a visitar fue dado de alta hace días y ella no quiso dejar su nombre. De todos modos, la identificación es una buena noticia. Al menos, ya sabemos quién es.

—Sí, eso parece —contesta ella claramente contrariada.

—Oiga… —titubea el hombre—. No estoy seguro, pero es posible que la llamen los de Personas Desaparecidas —informa un poco atropelladamente—. Creo que todo este asunto los tenía escamados. Ya sabe, en estos casos, el protocolo establece que, conocida la identidad del paciente, hay que comunicarla a la Policía —termina mirándola de hito en hito.

—¿No le resultaría más cómodo que su marido ingresara en un hospital de su ciudad? Dada la situación, podría solicitarlo —le pregunta la doctora Doménech sumándose a la conversación con un marcado acento catalán y una entonación que Lucía reconoce inmediatamente como típica de los individuos con cargo.

—Realmente no sé si tengo derecho a solicitarlo. Adolfo Costa no es mi marido —tras una breve pausa, continúa pacíficamente—. Es más, no es nada mío. Tuvimos una relación, sí, pero fue en otro tiempo y en otro lugar.

Aunque al pronunciar las últimas palabras consigue que su voz no registre ningún tipo de emoción, que suene como si el detalle que acaba de revelar careciera de importancia, el corazón le late con violencia. Pese a ello, no se le escapa la ráfaga de estupefacción que cruza por las miradas de sus tres interlocutores. De hecho, el segundero del reloj instalado en el puesto de control avanza cinco veces antes de que ninguno se mueva.

—¡Vaya! Entonces lo de avisarla a usted ha sido una confusión —comenta el médico—. Aunque, si lo conoce, siempre podrá decirnos cómo ponernos en contacto con algún familiar directo al que informar en caso de fallecimiento.

—La verdad es que no les puedo ayudar con eso. No recuerdo a

nadie de su familia —responde, consciente de que lo que dice suena incomprensible.

Se produce otro momento de vacilación en el grupo, más leve que el anterior, pero lo suficientemente computable para no pasarle desapercibido. Con toda seguridad los tres están calibrando qué clase de mujer es, por qué ha decidido hacer un viaje tan infrecuente y comprometido, si tendrá algo que ganar o perder con ello y si habrá de por medio algún vínculo u obligación de tipo inconfesable.

—Por supuesto, si se produjera la defunción, yo me encargaría de lo necesario —añade lentamente—. Ahora ya tienen ustedes mi teléfono.

La despedida de las doctoras es breve. Apenas un adiós en el formato rígido y desangelado del técnico, un producto más que ofrece el hospital, como las batas blancas o los goteros. Ella odia esa impecable neutralidad profesional que envuelve como un *burka* a ciertas personas, pero en ese momento la agradece. No tiene fuerzas para enfrentarse a otra cosa.

El doctor Rivas, en cambio, los ojos entornados y la expresión pensativa, le tiende la mano en un gesto que ahonda un poco más la empatía que había empezado a cristalizar entre ellos un momento antes. Al tocar su piel, la impresión del *déjà vu* vuelve a repetirse con mayor nitidez. Una quemazón que no termina de reconocer, pero que por un breve instante la sitúa frente a un muchacho que la mira fijamente con la cara apoyada en un cristal. Sus pupilas, tenuemente oscurecidas por una sucia luz de neón, lanzan reflejos gaseosos que estallan sobre su cara al rojo vivo. Sin embargo no sabe quién es, por qué la mira, ni por qué ella se estremece bajo esa mirada. Tal vez se conocieran realmente en el pasado, pero ¿cuándo y cómo?

«No, no puede ser —se dice tratando de tranquilizarse—. Es otro espejismo más, conjeturas y más conjeturas. Ni yo lo conozco, ni él a mí. La sensación de haberlo tratado antes no es más que eso, una sensación, un revoltijo de emociones alrededor de un soplo de aire provocado por esta espantosa visita.» A pesar de todo, él le agrada. Parece un hombre sincero e intuitivo, capaz de entender las caóticas emociones humanas. Ni siquiera su condición de médico de Adolfo le resta atractivo.

Le agrada, pero no tendrá oportunidad de conocerlo mejor al igual que, intuye, tampoco la tuvo en el pasado. ¿O quizá sí?, medita mientras echa a andar hacia el ascensor. La verdad es que nunca se sabe. ¡Quién puede decir lo que hay detrás de esos extraños momentos, esos paréntesis imprevistos en los que su mente extraviada penetra en un agujero de gusano para atisbar una vida que, a lo peor, ni siquiera fue la suya! Le agrada, pero no puede ir más allá. Si hiciera caso de todas las imágenes que horadan su mente sería una insensata,

porque cada cosa que ve podría haber sucedido de esa manera, pero también de otro modo, así que la mejor estrategia sigue siendo ignorarlas.

De nuevo se encuentra en la planta baja. Ahora el engranaje ha dado un paso y el personal hospitalario que ha terminado su jornada laboral atraviesa las puertas batientes en oleadas apresuradas. Muchos tropiezan una y otra vez con su exiguo equipaje. Algunos murmuran un breve «Disculpe», pero la mayoría hace caso omiso del traspié y continúa su camino como si ella fuera invisible. Pasan a su lado sin mirar atrás y con tanta urgencia como si de sus zancadas dependiera la salvación del nuevo mundo. Los gestos congelados de sus rostros y los entrecejos fruncidos dejan entrever que sus pensamientos ya se hallan muy lejos de sus cuerpos productivos.

Probablemente la mayoría se dirige hacia unas lejanas e hipotecadas madrigueras que les librarán por unas horas del insufrible carácter de los colegas y de las inclemencias laborales. Un día más han cumplido su deber y han ganado su recompensa: volver a una casa donde alguien, que quizá les odia, les espera. Bajo sus apresurados pies, la estructura avejentada del edificio chirría como si las partículas de suelos y paredes estuvieran sufriendo un deterioro paralelo al que sufre el cuerpo de Adolfo. Se estremece al recordarlo.

Es normal la aprensión que sufre, se dice tratando de serenarse. No es una visión agradable para nadie. Lo malo es que al parecer ella amó ese cuerpo que se marchita irremediablemente en la soledad de la habitación 408, planta cuarta, ala derecha. ¡Qué desolador! Pensar que todos los cuerpos que yacen en cada una de las habitaciones de esa ala del hospital podían escuchar el crujido de las hojas azotadas por el viento, notar el frescor del agua o el calor del sol sobre la piel, y sentirse amados por alguien. Ahora, en cambio, permanecen cruelmente postrados y, tal vez, soportando que retazos de recuerdos felices o tristes, alegres o dolorosos, acosen sus mentes aprisionadas en un cuerpo paralizado.

Debe de ser la sensación de acabamiento que exuda ese espacio lo que obliga a todo el mundo a huir de allí como alma que lleva el diablo. Ella también está escapando a toda prisa, a pesar de que no tenga en aquella ciudad ningún sitio a donde ir. No le importa. O, en cualquier caso, le importa menos que quedarse encerrada en esa estancia insulsa y alargada donde todo lo ocupa una cama de metal. Ojalá no tenga que regresar; sería un alivio para ella no volver a pisar ese espacio sin huellas. Un limbo frío y aséptico como una estación interestelar en el que solo se oye la respiración de un agonizante.

2

Gloria termina de ordenar las madejas de hilo y después se queda observando un momento cómo Betty se esmera sobre la máquina de bordado con gesto ensimismado. Tras el suave perfil de la joven peruana sobresalen algunas ramas de la albahaca que ella misma ha colocado allí para ahuyentar a los mosquitos. Las sombras de ambas, mujer y planta, se proyectan enlazadas sobre la cerosa pintura de la pared componiendo un entramado con apariencia de pintura abstracta. La verdad es que antes no se fijaba en esas cosas, pero desde que Lucía ha entrado en su vida nota en mil detalles cuánto ha cambiado su percepción estética.

—La última vez que Lucía vio a su marido fue el 20 de marzo de 2003. Me lo dijo ayer, y también que llevaba esa fecha grabada en la cabeza como un matasellos. —Se oye decir a sí misma en una prolongación de sus pensamientos.

—Más de cuatro años ya es un tiempito —le responde Betty sin levantar la vista de su labor.

Todas las ventanas están abiertas y la luz diurna reverbera sobre el gres, impregnando el recinto con un aura amarillenta que hace que los objetos cotidianos adquieran una cualidad aérea e irreal. Fuera, las hojas nuevas de la enredadera, brillantes como esmeraldas, aletean en sus ramas dándole un soplo de vida extra al jardincillo de la entrada que experimenta con su agitación sutiles cambios de forma y color en todos los objetos del taller. Contemplando aquella placidez, la mujer no puede evitar pensar con un punto de orgullo que han construido un espacio de trabajo agradable y que, además, sus labores empiezan a ser conocidas en toda la ciudad como productos de calidad.

—Pues sí. Y qué raro, ¿verdad? —replica ella dirigiéndose meditabunda a los anaqueles donde guardan las labores—. No saber nada de él en tanto tiempo. Figúrate que a estas alturas todo el mundo pensaba que se había fugado porque estaba hasta arriba de deudas. O eso, o que se había liado con otra pero, ya ves… Por lo visto no era así —recalca dirigiéndose al clasificador de encargos—. En fin, misterios de la vida. A ver lo que cuenta ella cuando vuelva porque, si he de serte sincera, este asunto me tiene intrigadísima.

Con un manotazo enérgico, abre uno de los cajones y saca una

pila de saquitos de color rosáceo. Son limosneros de diseño tradicional en los que hay que bordar el nombre del recién nacido y la fecha del bautizo; todos van en un matizado canela dorado, animado con unas puntadas de índigo. Los cuenta concienzudamente y después va a preparar su máquina, pero antes se detiene ante el espejo de cuerpo entero que tienen colgado junto a las perchas para echarse un vistazo.

La somera evaluación la llena de ansiedad. ¡Menuda pinta! El sol la está llenando de manchas y, cuando baja la barbilla, se le forman en el cuello unas pequeñas bolsas de carne que tiemblan bajo su mandíbula. También tiene abultamientos azulados bajo los ojos y se nota un poco fofa por todas partes. Suspira decepcionada. Empieza a ser víctima de las temidas flacideces, a las que hay que sumar las colchaduras de los muslos y la redecilla cada vez más tupida de venitas moradas que rodean sus tobillos. La revisión en conjunto le resulta tan deprimente que abandona el espejo con la rapidez de una liebre para sentarse frente a la máquina, su único refugio en los últimos tiempos.

La verdad es que todos esos deterioros, tributo de sus cincuenta bien cumplidos más tres partos en su haber, no le quitan el sueño, pero mentiría si dijera que no empiezan a preocuparle. Es más, últimamente siente una rabia sorda contra su propio cuerpo que no sabe cómo atajar. Sobre todo cuando su marido finge no darse cuenta de lo que le está pasando. Eso es lo que más amargura y lástima de sí misma le produce: la indiferencia de él y el pensar que esta viene motivada porque ya no es la de antes. Quizá si se hubiera cuidado más y se hubiera mantenido en forma, no se habrían distanciado tanto… pero, en fin, hay temas en los que es difícil dar marcha atrás.

—Tendremos que esperar para saber lo que ha pasado… —rumia Betty sacándola de sus cavilaciones con su acento dulzón—. Si es que ella lo quiere declarar, claro, porque a veces la señora Luciíta es muy abismada.

La joven ha enrocado las manos en su chaqueta de punto calado y la mira como si le estuviera leyendo el pensamiento. Gloria, sintiéndose descubierta, empieza a colocar uno detrás de otro los saquetes que se dispone a bordar y luego arranca la máquina con mimo.

—Es suya para sus cosas, sí. Pero por más que se empeñe en disimular, esta noticia la ha trastornado de los pies a la cabeza. Que no digo que no sea normal… —arguye con un movimiento aquiescente de manos—. Pero, no sé, en este asunto hay algo que no termina de encajar. Aparte de que también ha sido mala suerte. La pobre, una historia así precisamente ahora que está ultimando la exposición…

—En mi pueblo hubo un tipo que desapareció tres veces y cada

vez que volvía a aparecer estaba más rejuvenecido —comenta Betty parando un momento el motor de la máquina—. Yo no lo conocí, pero mi madre sí, y me contó que la primera vez que marchó tenía el pelo blanco como la nieve y la cara como un pergamino… —Lanza una mirada pensativa a través de la ventana y luego continúa con su historia como si estuviera sonámbula—. En cambio, fíjese, que en su última aparición apenas pintaba canas y lucía una piel tan planchadita como si se la hubiera almidonado con azúcar. ¿Se lo puede creer?

—A lo mejor iba a una clínica de estética, se hacía un *estiramiento* y ese era todo el misterio —le replica Gloria divertida.

—Ca, eso no. No tenía plata para eso. Lo que dicen es que se iba a visitar a una hija putativa para mamar de sus pechos cada vez que la chica paría. Y eso era lo que lo rejuvenecía al muy ladino, la leche de la hija.

—Ya —Gloria lanza un suspiro resignado. Nunca se acostumbrará a los cuentos que trae y lleva esa chica ni a sus curiosas expresiones—. Parece que en tu pueblo pasan unas cosas muy raras, ¿no?

—Pues, ¿qué le dije?, alguna que otra sí que pasa. ¡Ya lo creo que pasa! —termina la joven con entonación misteriosa y una expresión tan reconcentrada que parece estar viendo el misterioso rejuvenecimiento de su paisano.

Gloria se encoge de hombros y, frunciendo el entrecejo, comienza a arrastrar los saquitos de raso bajo la aguja enhebrada. Fuera se ha levantado un poco de viento y un estor, plegado a medias sobre una de las entreabiertas ventanas, inicia un golpeteo apagado y seco que acompaña durante unos instantes la vibración de ambas máquinas.

—¡Qué lata! A ver si podemos terminar con esto de una vez, que la semana que viene hay que entregar el pedido —vuelve a decir Gloria al cabo de un rato—. Supongo que para entonces Lucía ya estará de vuelta. No creo que se quede en Barcelona más de un par de días. Al fin y al cabo, ese ya no es familia suya.

—Sí, ojalá que vuelva pronto, porque ya se la echa de menos. Tiene mucha alma la señora Lucía, y eso se nota en todo —conforme pronuncia las palabras su tono se hace más confidencial y enigmático. Además, algo me dice que allá donde está ahora hay un peligro esperándola.

Gloria pega un respingo. Realmente esta Betty de las narices no puede aguantar ni un minuto sin nombrar al alma, los espíritus o los presentimientos. Es una buena muchacha, pero hay veces que tanto parloteo esotérico la saca de sus casillas.

—El único peligro que yo veo es que un viaje así no le hace gracia a nadie —remacha ella con contundencia contradiciendo aposta las últimas palabras de su compañera—. ¡Menuda rabia le habrá dado que la llamaran! Pero, en ciertas circunstancias, hay que dar la cara. No

queda otra.

—Pero ¿ella no se divorció? Porque, si lo hizo, ya no tiene que acudirle al susodicho. Son vidas independientes.

—¿Y yo qué sé? No ha hablado de marido ni de exmarido hasta el otro día —enfatiza—; por lo tanto… poco puedo decirte. —Termina encogiéndose de hombros.

Las palabras se le han caído, como quien dice, de la boca, y al darse cuenta de ello se siente pillada en falta. Delante de Betty le molesta poner en evidencia lo poco que sabe de Lucía, porque piensa que esa ignorancia menoscaba de alguna manera su papel de amiga y encargada del taller, así que disimula concentrando la mirada en la aguja y atacando con furia los limosneros.

—Qué chocante, ¿no? —murmura la joven extrañada.

—Tú lo has dicho antes: Lucía no es muy explícita que digamos y no hay que darle más vueltas —apostilla, recalcando con un gesto la obviedad del caso y cerrando así el paso a cualquier otro comentario —. Así que, hala, menos cháchara y a trabajar —concluye cortante, dándole caña a su máquina, que inicia un agitado traqueteo sobre el reluciente embaldosado.

El giro que ha tomado la conversación la enerva, pues los secretos que ella le ha confiado a Lucía sobre sus hijos y sobre la mala relación con su marido no han tenido correspondencia. Lucía siempre ha respondido a sus preguntas con evasivas, o sea, que la confianza no ha sido recíproca ni mucho menos, y eso la reconcome.

Una vez estuvo en su casa, un apartamento alquilado de techos bajos, suelo de sintasol, cocina minúscula y ventanas de aluminio. En él había tan pocos detalles personales que por todos los rincones se respiraba una abrumadora sensación de provisionalidad. La visita fue hace algunos meses y en esa ocasión tampoco le contó nada especial. De lo que vio en el piso apenas recuerda un par de fotografías enmarcadas. En las dos se veía a una niña de corta edad y a una joven rubia a las que se refirió como «mi sobrina Jara y mi hermana Elvira». Aparte de eso, nada; no sabe ninguna otra cosa.

Lo extraño del caso es que no cree que haya nada en concreto que su socia le esté ocultando con premeditación, ningún secreto afrentoso ni nada por el estilo. Es más, aunque parezca cosa de locos, a veces tiene la impresión de que es la propia Lucía quien lo ignora todo sobre su vida, porque hay ratos en que habla y se comporta de una manera tan sorprendente que parece haber nacido un par de años atrás. «Como dice Betty, el misterio es su forma de ser», reconoce para sus adentros sin dejar de trabajar. Sí, eso es. Ella es así, una artista y, ya se sabe, las artistas siempre están en las nubes.

—¿Y si ponemos un poco de musiquita? —pregunta la joven peruana cuando calcula que ya se ha desinflado el rebote de su

compañera—. A lo mejor con las baladas se nos alivia el mal humor. ¿No le parece, señora Gloria? —termina con un leve retintín.

—Por mí, está bien. Pon algo, a ver si matamos el aburrimiento —concede la mujer suavizando el tono—. Pero que no sea otra vez Luis Miguel, por favor, que ya me lo sé de memoria.

Antes de que Betty pueda contestar a la nueva pulla, el ruido de unos pies arrastrándose tras la puerta del taller capta su atención. La muchacha se para en medio del local con el oído puesto en el crujir de la gravilla y, una vez segura de lo que oye, alerta a la otra.

—Chissst… Parece que viene alguien.

—Será el de las hilaturas —contesta Gloria entre dientes—. Lucía dijo que vendría un día de estos con el nuevo muestrario.

Como réplica a sus palabras, suena el timbre. Una sola pulsación corta e intensa que rebota brevemente entre las cajas apiladas. Betty se apresura a abrir pensando en lo que ha dicho su compañera, pero en el umbral de la puerta no aparece el mencionado representante, sino la figura de una mujer que frisa los setenta años y que sonríe conciliadora. La muchacha la observa sorprendida. La desconocida viste una falda color ciruela pasada de moda y un chaquetón negro. Su pelo cano recogido en un moño mantiene algunas vetas grisáceas y la cara, limpia de maquillaje, muestra marcadas arrugas alrededor de ojos y labios. Colgada del brazo lleva una voluminosa bolsa de plástico que contiene algo envuelto en papel de seda carmesí.

—Buenos días. Quisiera ver a Lucía —comienza la mujer con una voz ligeramente temblorosa.

—La señora Lucía está de viaje —informa la peruana—. Pero si viene para encargar algún trabajo, la señora Gloria, o yo, que soy Betty, podemos atenderla igualmente.

—No. No vengo por eso —musita la mujer haciendo una pausa.

—¿Ah, no? Pues entonces, usted dirá.

—En realidad querría hablar con ella. Con Lucía —insiste mirando fijamente al suelo con el verde descolorido de sus ojos.

—Pero es que no está. Si quiere, puede volver la semana que viene y probar suerte —repite Betty encogiéndose de hombros.

—No sé si puedo esperar tanto, es que estoy de paso, ¿sabe? —comenta la mujer como haciendo sus cuentas por lo bajini.

—Pues lo siento, pero es cuanto le puedo yo decir.

—Bueno, verá, le traigo un bordado para la exposición que va a montar —arranca la anciana tras una breve vacilación, señalando con los ojos la bolsa que viene arrastrando—. Es un bordado muy especial… Y, claro, querría hablar con ella personalmente.

—¿Un bordado para su exposición? Pues, no sé…

Betty vuelve a encogerse de hombros y mira a Gloria, que se ha levantado de su máquina y se dirige hacia ellas.

—Lo lamento, señora, pero como le ha dicho mi compañera, Lucía no volverá hasta dentro de unos días. No puedo decirle cuántos, porque el viaje es por un asunto familiar —interviene haciéndose cargo de la inesperada visita—. Aunque si quiere dejar aquí lo que le ha traído, nosotras se lo daremos en cuanto regrese.

La mujer recula un poco y las mira como auscultándolas, luego parece relajarse y se excusa cautelosamente.

—Es que, como ya les he dicho, se trata de un bordado muy especial y antes de dejarlo querría hablar con ella —insiste con su voz ajada.

—Pero ¿Lucía sabe que lo iba a traer? Porque se fue sin decirnos nada sobre este asunto —recalca Gloria impaciente.

—No, la verdad es que no lo sabe. —La mirada de la mujer se humedece inesperadamente y del bolsillo de la chaqueta saca un pañuelo inmaculado con el que se enjuga hábilmente sus acuosos ojos —. Quería darle una sorpresa.

—Ya. Pues hoy no va a poder ser —contesta la otra fríamente, procurando guardar las distancias ante lo que juzga un comportamiento sospechoso—. Lo único que yo puedo hacer es decirle cuando vuelva que ha estado usted aquí y, si me deja una tarjeta con su nombre o un recado escrito, se lo daré… Pero ya le adelanto que en esta exposición no se admiten obras de otras personas. Es individual —aclara condescendiente.

—No, claro, ya me lo imagino, pero… es que el bordado es suyo —titubea la mujer.

—¿Suyo? ¿Cómo suyo? ¿De Lucía? —pregunta Gloria sorprendida.

—Sí, claro, de Lucía. Pero, qué tonta soy, primero tendría que haberme presentado —recapitula la mujer al advertir la extrañeza de su interlocutora—. Me llamo Clemencia y fui amiga de la madre de Lucía, que también tenía un taller, pero de bordado a mano. —De pronto, sus ojos han recobrado una inusitada viveza—. Lucía aprendió el oficio allí, con nosotras. Yo fui la que le enseñó a manejar la aguja. Conmigo dio sus primeras puntadas. Era una chica muy avispada —resume con una sonrisa.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa. ¿Quiere usted pasar? —la invita Gloria con más suavidad.

—Lo siento, pero voy mal de tiempo. A lo mejor otro día —se excusa.

—Está bien. Como quiera —le acepta ella—. Pero entonces, si no lo he entendido mal, ¿fue usted quien enseñó a bordar a Lucía? —pregunta a reglón seguido con la intención de sonsacarle algo más.

—Pues, sí. Pocas he visto con tanta habilidad. El punto siempre le quedaba limpio y primoroso. Una maravilla —declara la anciana

admirativamente—; pero se casó y no volvió a pisar el taller. La verdad es que el oficio tenía ya poca vida. Solo se hacía algo de labor artesana, sobre todo ajuares y regalos, para la gente bien. En fin, las cosas son como son.

—En eso tiene usted razón —corrobora Gloria sonriendo por primera vez—. El oficio del bordado ha ido a menos, aunque últimamente estas labores tradicionales están resurgiendo porque se las empieza a valorar desde otro punto de vista.

—Desde luego. Aunque yo hablo del bordado tradicional a mano y ese prácticamente ha desaparecido. Ahora las máquinas lo hacen todo. Mejor así, los ojos sufren menos —suspira resignada—.

—Es que ahora se cotiza más el diseñoque la mano que hinca la aguja —enfatiza Gloria y, a decir verdad, a nosotras ese cambio nos ha favorecido.Los comienzos siempre son duros, pero ahora, por ejemplo, además de los particulares, nos están empezando a llegar pedidos de tiendas y almacenes. Así que no nos podemos quejar.—¡Qué bien! Cómo me alegro. Yo aprecio mucho a Lucía, ¿sabe usted? La conozco desde pequeña y es como si fuera algo mío. —La mujer se mira despacio las manos deformadas por la artrosis y luego vuelve a preguntar suavemente—. ¿Hace mucho que trabajan juntas?

—Lucía y yo somos socias —contesta Gloria con un deje de jactancia en la voz—. Ella se ocupa del diseño, de las exposiciones y esas cosas, o sea, la parte creativa, y yo, de la contratación y supervisión de los encargos, la contabilidad…

—No me extraña. Me refiero a lo del diseño —aclara la anciana —. Ya de jovencita hacía unos bordados distintos, especiales… Se veía que era una artista en ciernes —atestigua muy seria.

—Bueno, pues sí. Su exposición es puro arte y seguro que será un éxito porque, como usted dice, es muy buena. Tiene trabajos increíbles, una preciosidad. En fin, qué le voy a decir yo. Ya le habrá contado ella todo lo que está preparando.

La mujer llamada Clemencia esboza una sonrisa decaída y de nuevo parece retraerse dentro de su concha. La luz azulada de abril resalta la profundidad de sus ojeras y el rictus melancólico de su boca. Su forma de moverse es algo torpe —quizá debido a la edad, piensa Gloria— y sus modales notoriamente tímidos, pero tiene una mirada tan sagaz que no parece fácil engañarla. Más que mirar, escudriña; es como si pudiera adivinar lo que el otro piensa, o como si vislumbrara algo más allá de lo evidente. Realmente, Gloria no acaba de tenerlas todas consigo respecto a aquella extraña mujer.

—Lo cierto es que mucho no me ha contado. Lo de la exposición lo he sabido por otros medios… pero eso no viene al caso —la anciana se pasa la lengua por los labios resecos y continúa en un susurro—. Verá, es que yo guardaba un lienzo que ella bordó hace unos años,

cuando vivía en el norte. Lo dejó en mi casa, y bueno, como ya les he dicho, es una labor muy especial, así que pensé que quizá le gustaría exponerla junto a las otras.

Gloria apunta el detalle del norte en su cabeza. Se muere de ganas de preguntarle de qué lugar habla, por qué Lucía se fue de allí y qué sabe de su exmarido, pero se muerde la lengua porque no quiere avasallarla y, más que nada, porque no quiere que Betty se entere de algo inconveniente. Aunque la considera una buena chica, ella es de las que piensan que mejor no poner a prueba la discreción de nadie.

—Pues… No sé qué decirle. Es todo un detalle. Pero lo tendrá que hablar con ella. Nosotras únicamente podemos darle el número de su móvil —contesta finalmente garabateando algo en un papel y tendiéndoselo resueltamente—. Tenga, por si la quiere llamar.

—Vaya, se lo agradezco. Yo solo tengo el número del otro teléfono, del fijo, porque con esos que llaman móviles no me apaño —se excusa la mujer—. Tenía que haberla llamado antes de venir, pero quería darle una sorpresa y… —Clemencia coge el papel con una mano temblorosa y después de doblarlo cuidadosamente se lo mete en el bolsillo de la chaqueta. Sus caldosos ojos están ahora replegados en las pupilas, contraídos como gatos adormilados.—En fin, qué le vamos a hacer, esperaré unos días a ver si vuelve —decide la mujer aspirando con fruición el olor dulzón de las madreselvas que trepan por las ventanas—. Qué bonito tienen el jardín —comenta lanzando una detenida mirada a su alrededor.

—Bueno, no es que lo cuidemos mucho, pero como ahora es tiempo de flores… —aclara Gloria obsequiosamente.

—Ya —dice Clemencia alegrando un poco su tristona sonrisa—. Yo también tengo un pequeño huerto con algunas hortalizas, un par de árboles y, por supuesto, flores. Lo que más, hortensias y geranios, que siempre alegran la vista.

—Eso sí, pero le dará mucho trabajo.

—Un poco —contesta la anciana cabeceando ligeramente—. Pero qué se le va a hacer. Quien algo quiere… Tampoco me mato, no se vaya a creer. Solo hago lo que puedo: entrecavar un poco, abonar de vez en cuando y regar tanto como me permite el reuma, que no es demasiado. Aunque la verdad es que conmigo la tierra siempre ha sido agradecida. —Hace una pausa y después de lanzar un suspiro, continúa—: Las plantas son como los libros, ¿sabe usted? Hay que saberlos entender. Yo, como vivo sola, me entretengo cuidándolas. Ya ve, una distracción como otra cualquiera.

Enero de 1997

La niebla ha ido creciendo sigilosamente durante el amanecer y ahora ya lo envuelve todo. El muro de piedra que cerca el cementerio aparece borroso y bañado por una luz lacia que se renueva a intervalos irregulares. Jirones de bruma flotan alrededor de los integrantes de la comitiva fúnebre, asemejando sus siluetas a las de los árboles que jalonan los promontorios de las tumbas. Conforme avanzan, un mundo plomizo parece emerger del suelo para elevarse sobre sus caderas como si no existiera la gravedad, ni el peso, ni la solidez, ni nada más que un ataúd navegando sobre un nebuloso mar de plata.

Antes de llegar al nicho asignado, Clemencia se ciñe cuidadosamente la bufanda en torno a la garganta dolorida intentando retener su calor lo más posible. Los huesos le duelen horriblemente y nota cómo las rodillas le tiemblan tanto por el relente como por la emoción. No es un paseo muy recomendable para sus castigadas articulaciones, pero están allí para despedir a Carmen Giralt, su amiga de tantos años, y no podía faltar. Finalmente, la enfermedad que se manifestó poco después de que su hija Lucía se casara ha ganado la partida. ¡Pobre Carmen! Durante meses hizo ver que luchaba, pero ella sabía que fingía. Su buen humor solo era una pose que había adoptado para que no la atosigaran con tanta palabra de ánimo. La cruda realidad es que claudicó desde el principio sin oponer resistencia. No tenía ganas de vivir.

No la critica. Cada cual debe saber cuándo ha llegado su hora y aceptarlo. Años atrás ella también sufrió lo mismo con lo de su hijo. Creyó que el dolor por su muerte la mataría. Es más, lo deseaba de todo corazón, pero muy a su pesar sobrevivió. No lo comprende. Debió morir ella. «Vida por vida», le pedía a Dios una y otra vez. Pero Él no la escuchó y dejó que siguiera penando en este mundo. Ella sobrevivió y en cambio su hijito, después de aguantar dormido poco más de tres meses, se desvaneció como la espuma del mar en la playa. Solo tenía seis años.

«Ha sido un accidente, Clemencia, y debes resignarte», le decía todo el mundo con la conmiseración pegada en la voz. ¡¿Un accidente?! ¡Qué estupidez! En todos los sucesos hay circunstancias

que se convierten en irrelevantes y otras que crecen y crecen hasta desbordar las cañerías que las contienen, haciendo que la peste lo inunde todo. Para ella, esa circunstancia no fue que a su hijo lo atropellara una moto, sino que alguien lo mató.

Hace mucho de aquello, más de veinte años, pero lo primero que sigue viendo al despertarse cada día es su carita de niño transformada en la de un hombre hecho y derecho; como si su cuerpo malogrado hubiera vuelto a su vientre y allí hubiera ido creciendo al ritmo que le correspondía… Pero eso son solo cosas suyas; tontunas de vieja, que diría su madre. La única verdad es que su niño murió y que ella vivió muerta mucho tiempo. Comía, bebía, andaba y hablaba, sí, pero la luz se había ido de sus ojos y por dentro estaba completamente vacía, convencida de que nada la haría revivir. Sin embargo, el momento en que el cuerpo se rinde y deja de funcionar sigue siendo un misterio porque, pese a todo pronóstico, el suyo remontó. En su caso, la ayuda de Carmen Giralt y de su hija Lucía fueron determinantes. Ya nunca fue como cuando su hijo estaba en la tierra, porque la Clemencia antigua quedó enterrada para siempre en un pequeño ataúd blanco, pero al menos hoy hace algo más que vegetar.

Ahora, con la muerte de Carmen, se queda un poco más sola, un poco más desguarnecida, casi tanto como la pobre Lucía. Puede imaginar su dolor con solo verla caminar tras el féretro como un leño galvanizado. De cerca, no la ha avistado más que un momento a la entrada del cementerio pero, aunque haya sido de pasada, esa ojeada le ha bastado para darse cuenta de que está muy distinta.

La gente cambia, es cierto; sin embargo, su comportamiento de los últimos tiempos le parece raro. No comprende cómo ni por qué esa chica se ha separado tanto del entorno en que se crio. En el fondo siempre creyó que su Lucía, igual que esos tercos pájaros que parecen huir del frío de las cumbres pero que, al final, hacen el nido en un cubito de hielo antes que abandonar lo suyo, volvería al barrio, a su espacio. Por lo visto, también en esto se equivocó, pues desde que se casó, hace ya más de cuatro años, ha hecho poco polvo en las calles que la vieron crecer. El marido debe de absorber toda su atención. Un hombre altanero que a ella nunca le gustó. Intuye que es de los que hacen sufrir.

Al principio dijo que dejaba el taller temporalmente, solo hasta que pasara la locura de la boda y terminaran de instalarse en el nuevo barrio, un caro complejo residencial en primera línea de playa. Pero no fue así. Por el contrario, es como si junto con las nupcias hubiera contraído un extraño virus que la ha ido devorando poco a poco. Por mucho que finja que todo va bien, a ella no la puede engañar. La conoce bien. Sabe que de siempre fue reservada, pero muy sensitiva y con el corazón repleto de sueños, como la mayoría de las jóvenes.

Cuando estudiaba en la escuela de artes, sus bordados eran originales y de calidad; casi todos los que la conocían decían que tenía un futuro prometedor. Y era cierto. Sus labores eran auténticos cuadros, inspirados y sugerentes; ella puede dar fe de eso. Pero de buenas a primeras, lo dejó todo. Una lástima. En fin, una lástima, aunque esas cosas ocurren. Sin embargo, ahora siente que hay algo más; siempre se le dio bien leer en la cara de la gente, y a Lucía le pasa algo serio. No algo circunstancial, no, sino algo grave de verdad, porque parece que lo hubiera perdido todo, la fuerza que la habitaba, las ilusiones, las ganas de vivir, y eso en alguien tan joven es muy triste.

¿Y a ella eso qué? ¿En qué le atañe? Pues le atañe. ¡Claro que le atañe! Le atañe porque la quiere. ¿Cómo no ha de quererla después de las tardes que pasaron juntas? En el barrio se cuentan cosas poco halagüeñas sobre ella: que si sale o no sale sola, si va o si viene acompañada… Bobadas. Pero aun en el caso de que fueran ciertas, a ella le importan bien poco: hace mucho que renunció a entender. Nadie entiende gran cosa de los demás. Los queremos o no, sin ninguna explicación, y a Lucía la quiso siempre, pese a su reserva y frialdad de trato. Debe de ser porque siente que es una de las suyas, porque sus ojos tienen la hondura de dos pucheros en los que se han hervido litros de lágrimas, o porque su desesperada búsqueda del amor siempre la conmovió. O sea, que la quiere y ya está. Su melancolía le recuerda demasiado al hijo muerto como para no quererla. Su hijo, ese niño perpetuo al que tampoco puede dejar de amar pese a que su cuerpo no es ya más que un recuerdo impreciso en medio de una negrura sin fin.

Frente al nicho ya casi tapiado de su amiga, Clemencia no puede reprimir las lágrimas, aunque durante todo el camino ha tratado de evitar que el llanto delate la emoción que atenaza su pecho. Gracias a Dios, no es difícil disimularlas porque la niebla reviste las caras de todos de una pátina llorosa. Aferrada a su bastón, se enjuga discretamente los ojos con un pañuelo bordado, el mismo que le regaló Lucía en una lejana Navidad. El pasado, siempre el pasado, para bien o para mal es lo único sólido que tenemos. «En fin, Clemencia, tú y tus tontunas de vieja.»

Antes de que los sepultureros terminen su trabajo, otra comitiva se sitúa silenciosamente frente al nicho contiguo. ¡Qué extraña sensación! Compartir esa última despedida con unos desconocidos que en ese momento se duelen de lo mismo que tú. Al menos el camposanto tiene la ventaja de que no hay que escuchar los cánticos de la capilla de al lado. Salmos y loas idénticos a los que tú cantabas un momento antes y que resuenan en los oídos de los congregados como el eco de un dolor devaluado. Funerales repetidos uno tras otro. Las mismas palabras, las mismas condolencias, las mismas plegarias.

La muerte en serie, el último escalón de la locura humana, el que, al cabo, nos sitúa en nuestra dimensión más auténtica.

Cuando era más joven lo intentó. Quería descubrir lo que nos hace humanos, dar con esa línea sutil que nos diferencia de los animales; pero el secreto siempre se le escapó y ahora ya es tarde para desentrañarlo. En realidad, han pasado los años y cada vez entiende menos por qué las personas hacemos lo que hacemos. ¿Por qué nos protegemos con pólizas y seguros en vez de con manos amigas? ¿Por qué nos entregamos con urgencia a placeres prohibidos sabiendo que de una manera u otra pagaremos las consecuencias? ¿O por qué a la larga es más importante la forma de morir que el propio hecho de la muerte? ¡Quién sabe! Lo único cierto es que cada piel es una frontera imposible de cruzar y que todos acabamos sucumbiendo a nuestro destino, aunque ninguno lo hagamos de la misma forma. El resto solamente es un espejismo.

Algunos jirones de bruma se han deshilachado poco a poco, dejando al descubierto la silueta de los cipreses y haciendo que el horizonte se vea menos grisáceo. Por fin acaba la ceremonia del adiós y los asistentes al sepelio se acercan a dar el pésame a Lucía, una muñeca rota envuelta en un halo ceniciento, que apenas si alcanza a musitar unas palabras de agradecimiento. Aparte de Adolfo, están allí los de siempre: Conrado, el minusválido del quiosco de prensa; Rosa, la de la boutique, con su marido Ángel; y por supuesto, la suegra, esa bruja de Clarisa que en todos los sitios tiene que ser el centro de atención.

¡Menuda pareja, la madre y el hijo! Conoce el paño y no le caen bien, tiene que reconocerlo. Ella nunca se ha considerado quién para juzgar a nadie, pero ha tratado a hombres y mujeres de todo tipo. Gentes tan opuestas entre sí que bien podían haber pertenecido a especies o planetas distintos. Unos, en su pasión por dominar, hilaron tramas y argucias tan minuciosas como el más bello de los tapices. Otros bordaron mentiras tan perfectas que vivieron de ellas y para ellas durante décadas. Algunos resultaron unos excelentes chivos expiatorios, y otros muchos acabaron siendo verdugos de sí mismos, rendidos sin condiciones a la animalidad de su comportamiento, pero la mayoría siempre tenía algo que permitía comprenderlos o compadecerlos. Estos dos, sin embargo, madre e hijo, algo bueno tendrán, no lo niega, pero son de una especie que odia particularmente. Ella los llama «los reyes del puntualizo», y ahora que ve a Lucía en sus manos, tan desolada y desvalida, siente que algo se le revuelve en las entrañas.

Y es que a esa muchacha le pasa algo que va más allá de lo que se ve, eso no se lo quita nadie de la cabeza. Como no le quita nadie de la cabeza que el traidor que atropelló a su hijo y luego se dio a la fuga es

alguien del propio barrio, un monstruo que se cree superior a las leyes y a la moral. Un monstruo que seguramente lleva una vida de bonanza. Alguien respetado y aplaudido que no sabe lo que es tener el sufrimiento apalancado en el rellano de tu casa y pensar a todas horas que la distracción de un segundo truncó el árbol por cuyas hojas respirabas. Un tipo sin conciencia que le quitó su razón de vivir.

Pero algún día, está segura, todo saldrá a la luz y la verdad resplandecerá como una luminaria. La gente sabrá lo que pasó y se hará justicia. Entonces el asesino tendrá que apechugar con su infame crimen de la peor manera posible. Esa es su gran esperanza, y ahí es donde radica su fuerza de vieja que se resiste a encaminarse a la tumba.

Si su niño le hablara alguna vez, todo sería más fácil, pero como no lo hace, ella también calla. De lo que no se puede hablar, es mejor callar. Así que de momento se conforma con la emoción del recuerdo y con mantener viva, cueste lo que cueste, la esperanza. Porque a esa sí que no la puede perder. Una madre —y más una madre tan tardía como ella— nunca la pierde. La esperanza de que algún día el traidor sea descubierto es lo que la sigue manteniendo viva. Solo cuando eso ocurra podrá descansar en paz.

Mientras tanto, su interior rebosa de ansiedad esperando que pronto ocurra algo que la ayude a comprender. «Dime, hijo mío —repite como una oración—, ¿qué pasó aquella noche? Dime qué te hicieron. ¿Quién y cómo te acorraló en la calle oscura? ¿Qué sentiste cuando tu tierna carne fue desgarrada y lanzada al vacío? Háblame desde tu triste limbo. Dime quién fue el criminal que te separó de mí.»

No quiere volver a pensar en ello, pero no se le va de la cabeza. El episodio del hospital vuelve a ella una y otra vez, como el incesante zumbido de una colmena. Ojalá no hubiera tenido que ver ese cuerpo masculino tendido sobre una cama, su rostro huesudo y su pecho hundido. Ese cuerpo que vive acostado, que se pudre en vida mientras la gente entra y sale de su habitación como en una cruel pantomima. Pero lo ha hecho, se ha acercado a él y lo ha mirado. No le ha quedado otro remedio.

Dicen que durante años fue la mujer de ese hombre, su amante, su confidente, su empleada, su esclava, todo al mismo tiempo porque lo quería con locura. Pero si lo amó, no lo recuerda, y eso es igual que si nunca lo hubiera hecho. Puede incluso que no lo quisiera tanto como dicen y que su obsesión por él solo ocultara la búsqueda de ese dios esquivo llamado amor, una urgencia que acabó consumiéndola y disparando su fiebre. Porque, si de algo está segura, es de que ha buscado el amor desde que tuvo uso de razón; desde que sus pechos apuntaban incipientes bajo las blusas que su madre le bordaba a punto de cruz; desde que tuvo conciencia de que entre hombres y mujeres había algo más que una relación social y

comprendió que aquel olor nauseabundo a pescado descompuesto y orín era el de su propio barrio. Pero por más que lo persiguió, nunca logró verle la cara.

Fue en un arrabal portuario, aún más residual que donde ahora yace Adolfo, donde se le despertó la pasión que no consiguió colmar, la pasión que casi la destruye, ese vasto vacío cuyo epicentro fue su vientre lleno de ausencia. Aunque la mugre y miseria es en todos los sitios la misma, el escenario que ella conoció era más sombrío si cabe que el que acaba de visitar. Un lugar con las sucias calles disparadas en pendiente hacia un mar siempre oculto por la bruma y los detritus de los astilleros. Un suburbio proletario saturado de ladrillo barato y de un olor a flores pasadas que, arrastrándose clandestinamente por las aceras, había conseguido adueñarse de todos los rincones.

Es de las pocas cosas que no ha podido olvidar, la pestilencia de aquellas calles. De tan familiar, hay veces en que no la nota, pero sin duda permanece ahí, atrincherada en sus pulmones, confundiéndose con el aire. Ese hedor a cansancio y vomitona arropó su infancia y sigue reproduciéndose en su nariz para mantener el rastro de todos los que alguna vez mamaron sus efluvios. Un olor a sudor y a piel devastada que hacía soñar a las jovencitas con amores de reina. Amores envueltos en esencia de lejía como brillantes engarzados en plomo.

Ella debía de ser una de esas cenicientas cuando se encontró con Adolfo. Según la vieja Clemencia, se entregó a él en cuerpo y alma porque confundió arrogancia con personalidad y porque sus sueños de niña se proyectaron sobre él como sobre una pantalla de cine. Pero ella sabe que la verdadera razón es que su piel no despedía aquel olor que envolvía a todos los que, como ella, eran hijos del astillero. Al principio creyó que marchándose de allí el olor desaparecería, que podría borrarlo de su memoria, sajar y cerrar la infección como si nunca hubiera existido. Pero se equivocó. El tufo a monotonía y escasez anidaba en lo más profundo de sus entrañas y nunca la abandonó. Es más, con el tiempo se convirtió en lo único suyo, lo único que le quedaba, lo único que la acompañaba en las noches en que el mundo entero desaparecía en un horizonte de niebla y vacío. Lo único que podía reconocer como su identidad.

MARTES

3

Lucía sueña que vuela. Rodeada de cientos de copos de espuma que flotan en el aire vaporoso de la mañana, planea sobre un lustroso mar esmeralda. Por encima de ella el blanco puro se ve salpicado de manchas doradas y, al pasar entre su plumaje, los rayos del sol se descomponen en múltiples tonalidades en las que predominan el violeta, el azur intenso y un amarillo anaranjado con tintes de cobre. La corriente en la que navega es uniforme aunque, de vez en cuando, la atraviesan ráfagas de viento que se agitan en manojos cruzados como palabras enfurecidas brotando de la garganta. El solapamiento le produce una vertiginosa sensación de ingravidez.

Cuando remonta la línea de la costa, advierte unas pequeñas líneas borrosas y titilantes creciendo a su cola. Es una bandada de golondrinas que enseguida la alcanzan y la envuelven en sus maniobras rápidas y circulares integrándola por unos instantes en su grupo. Luego, baten sus alas para tomar velocidad y se precipitan hacia la planicie plateada desapareciendo en el horizonte como un puñado de flechas negras.

Pronto se queda sola en el cielo recién lavado, pero la calma no dura mucho. Una silueta acabada a medias cruza el azul a toda máquina. Ella no sabe quién es y, sin embargo, la conoce bien. Angustiada, inicia un frenético acelerón e intenta cambiar su rumbo, aunque todo es en vano; no puede competir con la rapidez de su perseguidor. En pocos minutos una oscura sombra se cierne sobre ella proyectando a su paso una luz fantasmal. El rebufo la deja en el más absoluto de los vacíos, pierde la estabilidad y empieza a dar vueltas y más vueltas sobre sí misma sin encontrar el aire necesario para sostenerse. El depredador aprovecha su tambaleo para lanzarse en picado y en pocos segundos ensarta su indefensa espalda. Ella se revuelve, lucha, agita frenéticamente las alas, pero no puede librarse de la presión que ejercen esas garras afiladas como punzones. El peligroso pájaro le ha clavado las uñas en la carne y la voltea sin esfuerzo en el aire. Se siente desfallecer. Nota la garganta arrasada, abierta, rajada como si hubiera tragado esquirlas de cristal, y de su boca, en vez de un grito de socorro, sale un estertor agónico.

Reuniendo las pocas fuerzas que le quedan, gira la cabeza todo lo

que su cuello da de sí. Si va a morir, quiere saber quién es su verdugo. ¿Un halcón, un azor, un águila…? Pero lo único que consigue entrever es un perfil voraz y distorsionado. De pronto, se ve lanzada contra el suelo con gran violencia. Sus alas no responden, están rotas, se va a estrellar sin remedio. Un miedo paralizante le corta la respiración. El aire se oscurece, se convierte en un sucio bermellón, ya solo es una bruma espesa que la engulle como un engrudo asfixiante. Comprende que está perdiendo el conocimiento, que toda su potencia vital se escapa por un agujero negro sin fondo hasta que, finalmente, despierta envuelta en sudor frío.

Abre compulsivamente los ojos. Todavía percibe en sus sienes un aleteo seco y rápido y, en su garganta, el miedo que la ahogaba. Poco a poco se sitúa en la habitación del hotel. Fuera aún reina la oscuridad, aunque a través de la ventana ya se percibe cómo las primeras luces del amanecer se van abriendo paso en las calles. Gracias a eso y a la reverberación del alumbrado público, distingue el esbozo de una mesita cuadrada y el esqueleto de la silla que hay a los pies de la cama. No es un gran hotel, sino uno mediocre de ambiente plomizo y pulcritud doméstica, pero a ella le parece suficiente. Su habitación, pintada de gris ceniza, es alargada como un pasillo, huele a ambientador barato y a humedad, y el frío que hace dentro más parece de enero que de abril. Pero también tiene cosas que le agradan: es silenciosa y anónima y, lo más importante, desde la ventana se disfruta de una magnífica vista del puerto.

Se incorpora y se queda sentada sobre la cama intentando quitarse de la cabeza los últimos vestigios de esa recurrente pesadilla. Tiene que moverse, hacer lo que sea con tal de no volver a soñar. Se levanta de un salto, recorre descalza la estrechura de la habitación y va a la ventana tenuemente iluminada. Sombras de barcos, atracados en unas aguas muy distintas de las que conoció en su adolescencia, se recortan en la semioscuridad del amanecer, quietas y disciplinadas como centinelas. Apoya la frente sobre el cristal. Abajo no hay ningún rastro de presencia humana.

Muchas veces se ha preguntado por ese horrible sueño. Hubo un tiempo en que creyó que la identidad del pájaro cazador debía tener su importancia: se preguntaba por qué la perseguía, qué era lo que lo precipitaba hacia ella, ¿un impulso?, ¿su instinto predador?, ¿la búsqueda de una presa a ciegas?… Pero ahora no lo quiere saber. No le interesa ahondar más en ello, no quiere seguir hurgando en su desazón. Ya lo hizo y no le sirvió de nada. Incluso buscó información sobre aves de presa en todas partes para ver si era capaz de reconocerlo. Tecleó «halcón e instinto depredador» en internet, miró aquí y allá, hasta que dio con una explicación sobre el instinto de caza del halcón peregrino que puede recitar de memoria:

> Cuando el organismo del halcón detecta la necesidad de alimento —gracias a sensores que responden a una bajada de glucosa en sangre—, siente el impulso de echar volar, tomar altura y vagabundear observando el paisaje. Nosotros sabemos que está buscando una presa. Él no. Él solo sabe que le falta algo. De repente, un estímulo —un cuerpo que se mueve en el suelo o en el cielo de una manera peculiar, un patrón visual reconocido— dispara su mecanismo de caza. A partir de ese momento su sistema motor, su organismo entero, va a estar guiado por ese estímulo. La información proporcionada por sus ojos dirige, monitoriza, una complejísima tarea de cálculo realizada automáticamente por su cerebro. No sabe cómo lo hace, pero en un instante calcula la velocidad del vuelo, la orientación de las plumas remeras, el ángulo de inclinación necesario para no marrar el ataque, el momento oportuno, y se lanza. El círculo de la acción de caza se cierra: necesidad, pulsión interna, estímulo exterior (la presa), mecanismos de respuesta, actividad consumatoria, desaparición de la pulsión, estado de equilibrio. Esa podría ser la definición estructural de un instinto. (Extractado de la página 40 de *Las arquitecturas del deseo,* de J. A. Marina.)

«Una vez alcanzada y deglutida, la presa actúa como recompensa y hace *desaparecer el deseo.*» Interesante, sin duda, pero ¿de qué le sirve a ella?, ¿en qué aligera su obsesión? Como va descalza, se le han quedado los pies tan helados que prácticamente no los siente, así que vuelve a la cama y se cobija presurosa bajo las mantas. Ahora que la claridad es mayor, se fija en que en el tablero de la mesa sobresalen unos bultos de formas caprichosas: algunos tienen picos y otros son como masas informes imposibles de describir. Ese descubrimiento la vuelve a alterar, aun sabiendo que solo puede ser algo que ella ha dejado allí. Recuerda vagamente que tras entregar en la recepción el DNI —prueba irrefutable de que al menos socialmente existe—, subió a la habitación y, buscando algo cómodo que ponerse, sacó bragas y más bragas de la bolsa. Ese es el misterio: la mesa está sembrada de ellas.

La carcajada le ayuda a rebajar la tensión. Realmente sus aprensiones son cada vez más absurdas. A este paso terminará por no reconocer el único territorio que le ofrece seguridad: su propio cuerpo. Se palpará los muslos y los brazos para asegurarse de que son los suyos y se mirará la nariz con curiosidad. «¡No es la mía, me la han cambiado!», gritará presa del pánico. «¡Me lo han cambiado todo, hasta la roña de los pies!.» Todavía riendo, se acurruca en la cama e intenta conciliar de nuevo el sueño sin conseguirlo.

A las ocho y media decide bajar al comedor del hotel. En la sala solamente hay una pareja joven con aspecto de trotamundos y una señora mayor que, aposentada en un rincón, mira obstinadamente a la pared como si no quisiera ningún trato con el mundo. La camarera le ofrece un desayuno continental que ella cambia por una ración triple de café con la esperanza de que le ayude a despejarse. No sabe en qué va a invertir el día. Al hospital no quiere volver, aunque la idea de verse otra vez deambulando por la ciudad como una turista aburrida tampoco la seduce. Debería aprovechar para indagar, pero indagar

qué. ¿Algo sobre el misterio de Adolfo? ¿Algo sobre ella misma?

Los papeles dicen que se llama Lucía Ullán Giralt, que nació hace treinta y seis años y que estuvo casada con Adolfo Costa, pero para ella lo único real es que lleva sola los últimos cuatro años, que su vida anterior se ha esfumado de su cabeza como por encanto y que su memoria se ha convertido en un pozo lleno de ecos indistinguibles. Para ella, convocar el pasado significa inventarlo con el fin de disponer de una serie de imágenes que sustituyan el caos en que se mueve. Y mejor así porque ¿para qué quiere recordar más de lo que ahora recuerda? El pasado no es más que aire viciado. ¿Qué importa lo que pasara hace diez o doce años? Ya estuvo diez meses en el barrio que la vio crecer intentando comprender quién era y, aparte de un gran sufrimiento, no logró ir más allá de algún dato concreto.

Ahora su vida se puede resumir en dos líneas: un día fue requerida desde otra ciudad para cuidar el bebé de una hermanastra a la que no veía desde los cinco años y cuya existencia había olvidado por completo, y allí se fue. Antes de eso, no hay nada. Solo vacío, una enorme caja negra sin nada dentro. Ni siquiera está segura de que haya tenido otra existencia fuera de lo poco que su mente almacena. Aunque, evidentemente, algo debió de haber. No se nace con más de treinta años.

Es cierto que a veces la asaltan imágenes inconexas que parecen venir de otra vida: esquinas de ladrillo rojo, callejones oscuros, camisas blancas tendidas al sol, cigarrillos encendidos… Toda una cohorte de relámpagos y bengalas que flotan en su cabeza sin hilo conductor alguno y totalmente desligadas de lo que ahora le rodea. En esas ocasiones todo se mezcla y se bifurca en su mente de tal manera, que acaba con la sensación de que nada es lo que parece, ni siquiera las pesadillas. Cuando eso le ocurre siente como si hubiera vivido un siglo en un minuto, la cabeza a punto de estallar y el pulso brutalmente alterado pero, quitando esos momentos, es como una recién llegada al escenario del mundo. ¿Y qué? ¿Acaso eso es malo? Después de todo, ¿quién puede explicar lo que es la memoria o cómo funciona? Dicen que es imprescindible para saber quiénes somos, pero no la podemos ver, ni comprobar, ni tampoco grabar o reproducir. No hay hechos imborrables, sino reconstruidos en nuestra mente, así que lo único real que podemos hacer con ella es olvidar.

El teléfono móvil suena dentro de su bolso provocándole un ligero sobresalto. Lo descuelga maquinalmente, y a reglón seguido oye una voz masculina que le dice:

—Buenos días, señora Ullán, le habla el subinspector Alarte, de Desaparecidos.

—¿Cómo dice? Subinspector… ¿qué?

—Alarte, de Desaparecidos —repite la voz—. Verá, tenemos

entendido que ayer identificó usted a Adolfo Costa.

—Pues, sí. En realidad, yo… —titubea ella anonadada por lo expeditivo y cortante de su tono.

—Bien, el caso es que nos encontramos en el hospital cumplimentando algunos trámites —sigue el hombre sin dejarla terminar—, así que, si pudiera venir ahora, sería lo mejor. Se evitaría tener que pasar por la comisaría y nosotros podríamos archivar de una vez la denuncia de desaparición. —Lo que dice, aunque parece lógico, sigue sonando como si no admitiera réplica.

La taza de café tiembla en su mano y Lucía se esmera en depositarla sobre el platillo sin derramar el contenido. Al otro lado del teléfono su interlocutor espera una respuesta, pero ella guarda silencio. No sabe qué decirle. No quiere volver a ser interrogada. Odia que le pregunten cosas sobre las que el interrogador sabe más que ella. Ya pasó por eso y lo recuerda como un auténtico calvario.

—Oiga, señora, ¿sigue usted ahí? —Ahora la voz parece contrariada, impaciente—. Dígame, por favor, si va a venir o prefiere esperar a la citación oficial.

—Está bien, iré —responde con un hilo de voz.

«Mejor acabar de una vez. Un requerimiento policial no se puede soslayar así como así. Al menos, eso es lo que dice todo el mundo.»

—La esperamos, entonces. Dentro de una hora, en el despacho del doctor Rivas.

La voz se desvanece tan de improviso como ha surgido y dentro del móvil solo queda un pitido intermitente. Ella guarda el aparato en el bolso y sigue con su desayuno. «La esperamos», ha dicho la voz. ¿Quién la espera? Pues para empezar, alguien que no conoce. ¿Y dónde? En ese horrible hospital otra vez. Recuerda que el neurólogo la avisó, aunque ella no le prestó demasiada atención, y ahora está tan estupefacta, que durante unos instantes continúa aferrada a un estado de semiconsciencia que la mantiene fuera del tiempo, la taza del café en sus manos como un talismán y la conversación que acaba de tener resonando en sus oídos como agua por una cañería, como si aún estuviera soñando y pensara que al despertar todo iba a ser distinto.

Las risas de la joven pareja la devuelven a la realidad. Comprende que si quiere llegar puntual a la cita debería marcharse ya —una hora en una ciudad como Barcelona es muy poco tiempo— y, sin embargo, es incapaz de moverse; está demasiado aturdida. Poco a poco reacciona, recoge sus cosas y con pasos inseguros se dirige a la recepción del hotel para pedir un taxi.

Fuera, el día está pesado y brumoso. El cielo, de un gris sucio, amenaza lluvia y quizá por ello los automóviles transitan por la calzada dejando en los oídos un prematuro chapoteo anfibio. Mientras aguarda en el porche, siente cómo el golpeteo de su corazón se une al

sinfín de ruidos provenientes del entorno: las perforadoras en una calle en obras, el petardeo de una motocicleta que pasa a su lado, el rugido de los aviones sobre su cabeza, las frenadas de los coches ante los semáforos, la cancioncilla de reclamo del vendedor de lotería, el soniquete de radios y televisiones en marcha… Todo un recital que llega hasta ella en un barullo amortiguado.

Finalmente aparece el taxi y vuelve a repetirse la excursión hasta la calle sin salida del día anterior que sigue abarrotada de baches, humedad y ancianos desnortados. En las cercanías del hospital todo está igual: los insectos zumbando sobre las basuras, las aceras mal pavimentadas, las mujeres arrastrando los carros de la compra… Tampoco el interior del edificio ha cambiado nada, así que, sobreponiéndose a la desconfianza y la aversión que la embargan, toma, esta vez sin indicaciones, el mismo ascensor que sube carraspeando como si a cada metro necesitara darse impulso para continuar.

En el puesto de control de la cuarta planta, un celador uniformado de blanco sucio le señala con un ademán el despacho de Rivas antes de que ella pueda preguntar nada. Debe de ser cierto que la están esperando. Se encamina hacia allí en silencio, flanqueada por una hilera de puertas cerradas tras las que yacen unos cuerpos que ya no viven en ninguna parte. Dentro del despacho, además del neurólogo, hay una mujer y un hombre que al verla entrar interrumpen su conversación y se levantan de la silla. Aunque van de paisano, ambos dicen ser agentes de la Unidad de Personas Desaparecidas.

La mujer, con el pelo teñido de alternantes mechas rubias y caobas, rezuma cierto aire masculino. Además de los vaqueros y una cazadora negra, luce en el cuello una cadena de oro de la que pende un pequeño crucifijo. Le calcula más o menos su edad. El hombre aparenta unos años más. Es de mediana estatura y muy robusto, prácticamente en la frontera de la gordura, le escasea el pelo y tiene en las mejillas un sarpullido que parece obra de un reciente afeitado. Lucía siente una desagradable sensación al estrechar la mano que él le tiende.

—Subinspector de policía Alarte. Hemos hablado hace un momento por teléfono —se presenta mirándola de arriba abajo con expresión cansina.

—Siéntese, por favor. Necesitamos hacerle algunas preguntas en relación con Adolfo Costa y su accidente —la apremia la mujer sin decir su nombre y adoptando una expresión profesoral que no cuadra nada con su aspecto.

Lucía obedece en silencio y toma asiento en la silla que le ofrecen.

—¿Puedo quedarme o es necesario que me vaya? —interviene Sergio Rivas de pie junto a la puerta.

—No, no se vaya, quédese. Nunca se sabe. A lo mejor necesitamos que nos aclare algo —le ordena, más que le pide, el hombre.

—Pero… —objeta la mujer—. Ese no es el procedimiento.

—A ver, Marga, esto solo es una toma de contacto, así que no veo por qué tiene que irse —replica el hombre frunciendo el ceño y haciéndole un gesto a Rivas para que se siente.

La policía llamada Marga esboza un ademán de protesta, pero finalmente parece pensarlo mejor y se contiene. Mientras tanto, Sergio Rivas se apresura a sentarse y Lucía reprime un suspiro de alivio. No le apetece quedarse a solas con esos dos.

—Verá, la hemos hecho venir por la identificación de Adolfo Costa Varela, quien, si no me equivoco es su marido, encontrado en estado de coma el 23 de marzo de 2003 en el kilómetro 237 de la AP-2, dirección Lérida. Supongo que le habrán dicho que una persona lo reconoció hace casi un mes —dispara Alarte sin más preámbulos.

—¡Un mes! ¿Tanto? —susurra sorprendida, Lucía.

—Sí, señora, tanto. La Guardia Civil de Asturias mandó el expediente de El Puntal más o menos pronto, pero dar con usted ha sido otro cantar. Se ve que le gusta viajar.

Lucía se muerde los labios y agacha la cabeza, tratando de disimular la irritación que le producen el tono y la actitud del policía.

—Bueno, sigamos. Supongo que también sabrá de la existencia de una denuncia que interpuso Clarisa Varela por la desaparición de su hijo. Como le he dicho, la Guardia Civil de El Puntal nos ha enviado el expediente y hemos visto que la denuncia está firmada y fechada el 3 de mayo de 2003. ¿Es así?

—Sí —contesta Lucía dejando vagar su mirada por la pared del despacho con evidente incomodidad—. Mi exsuegra denunció el caso, pero que yo sepa la investigación de entonces no obtuvo ningún resultado.

—¿Su exsuegra? En nuestros informes no consta que ustedes estuvieran divorciados.

—Bueno… —titubea ella—. La verdad es que íbamos a iniciar los trámites cuando Adolfo desapareció.

Se produce un silencio durante el cual sus ojos tropiezan con los de Sergio Rivas. Está sentado a su lado, tan cerca que puede percibir su olor corporal, ácido y fresco a la vez. Su mirada le transmite una cierta tranquilidad que ella agradece desde el fondo de su corazón.

—Es posible que sea como usted dice, pero el dato no aparece registrado en el expediente —interviene secamente la mujer.

—No creo que hubiera que ir aireándolo. Es un asunto personal —responde ella como si la mirada de Rivas le hubiera inyectado nueva

energía.

—Ya —le replica la policía displicente—. Debería usted saber que en una investigación policial no hay margen para los *asuntos personales*, pero en fin… Vayamos al grano. —Su interlocutora habla ahora lentamente y acariciándose el dorso de una mano con la palma de la otra—. ¿Sabe por qué su marido se encontraba en esa autopista? ¿Recuerda si pasó algo raro la última vez que lo vio? Tal vez tuviera una discusión fuerte con alguien, quizá con usted…

Ella se demora en contestar. Le ha empezado a doler la cabeza y no quiere que eso la lleve a dar ningún paso en falso. Es el punzante dolor de siempre, que le sube de las sienes a lo alto del cráneo cubriéndole la frente con un pesado telón. Deja caer su brazo a lo largo del costado y durante un momento parece estar meditando la respuesta. ¿Cómo decirle a esta mujer tan prepotente que no recuerda nada de aquel día?, ¿que hace unos años no sabía quién era ella, ni quién su familia, ni dónde ni por qué vivía, ni siquiera si podría seguir haciéndolo?

—Bueno, ha pasado mucho tiempo —replica al fin parsimoniosamente, remedando a propósito el estilo de su interrogadora—. Pero no. No hubo nada fuera de lo común, que yo recuerde. Solo dijo que le había surgido algo urgente en el trabajo y se marchó. Quedamos en que arreglaríamos nuestra situación cuando volviera. Es todo lo que sé.

La frase ha sonado tan rotunda que ella misma se sorprende de su efecto. Le ha salido bien: concreta, convincente y desprendiendo seguridad. «¡Qué útiles son a veces las máscaras!», piensa alicaídamente. Más que útiles, necesarias. La vida sería mucho más complicada si no las tuviéramos, si no las pudiéramos usar para guardar y disimular lo que sentimos o pensamos, si no dispusiéramos de ellas para mantener en secreto aquello que no nos conviene que se sepa. Al final va a resultar que la hipocresía es la gran conquista de la civilización, porque si fuéramos por ahí a cara descubierta, acabaríamos destrozados.

—Los compañeros del último trabajo de su marido declararon que después de acabado su contrato no volvieron a tener noticias suyas. —Ahora es el hombre el que habla, y lo hace barajando de manera mecánica y desaliñada un fajo de papeles que saca de una carpeta azul—. También se les tomó declaración a algunos vecinos de El Puntal, entre otros, a Conrado Gracia, Rosa Vallespín y Clemencia Montal. Supongo que los conoce.

Lucía afirma con la cabeza fingiendo despreocupación, pero la verdad es que siente un cierto aturdimiento al oír en boca de aquel desconocido unos nombres pertenecientes a su borroso pasado.

—Casi todos ellos mencionaron unas hipotéticas deudas de juego

contraídas por su marido —continúa él aceptando como contestación su gesto de asentimiento—. ¿Tiene usted algo que decir al respecto?

El tipo habla mirándola de soslayo y arrastrando mucho las palabras, como si el mero hecho de tener que pronunciarlas le provocara una fatiga insoportable. Sin embargo, sus manos no dejan de mover ágilmente los folios que ha extraído de la carpeta. Lucía tiene la impresión de que tanto ajetreo de papel no es más que una burda puesta en escena que quizá persiga ponerla nerviosa o resaltar su condición de sospechosa. La mujer policía, entretanto, ha sacado un bloc y un bolígrafo y parece dispuesta a tomar nota de cada una de sus palabras. Seguramente, ambos han memorizado al pie de la letra el procedimiento a seguir en lo que respecta a las personas que interrogan y están poniéndolo en práctica. Ante tanta parafernalia, ella opta por encogerse de hombros.

—No sé lo que ellos declararon. En cuanto a mí, no tengo nada más que añadir a lo que ya dije en su momento.

—Pero… Tendrá usted alguna idea de lo que pudo pasar, habrá hecho alguna conjetura. Desaparecer sin dejar rastro es difícil —insiste Alarte como si estuviera recitando un sermón de iglesia.

Ella lo mira perpleja. Tal vez porque está convencida de que desaparecer del escenario habitual es muy fácil, le sorprende ese comentario en boca de un policía. Es cierto que desde que nacemos dejamos tras nosotros una estela de papel: documentos públicos y privados, fotografías, carnés de piscina, de gimnasios, facturas, tarjetas de crédito… pero ese montón de celulosa, que se va arrugando en los cajones igual que nuestra piel, en realidad no prueba nada. Solo sirve para hacernos creer que existimos, que tenemos una presencia social, que contamos para alguien o para algo. A la hora de la verdad, todos esos papeles no son más que una cortina de humo, pura ilusión, porque si hay algo más frágil que la vida física es la propia identidad. Ella lo sabe por experiencia, pero no está allí para contradecir al policía, así que se muerde la lengua y contesta escuetamente:

—No, ninguna.

Se produce un silencio algo tenso. Su interlocutor tamborilea con los dedos sobre la mesa y su compañera frunce los labios en un gesto que podría ser de fastidio.

—Si mis datos son correctos, después de la desaparición de Adolfo Costa usted cerró el piso en el que vivían y regresó a El Puntal, aunque ya no reside allí actualmente, ¿no es así? —vuelve a la carga el subinspector Alarte.

—Sí, así es. Me trasladé en el otoño de 2004 a Zaragoza, la ciudad en la que vivo ahora.

—Ya. Pero antes vendió usted la residencia conyugal. —Hay un claro reproche en su voz—. Y lo hizo sin saber el paradero de su

marido.

Lucía nota cómo una corriente de tensión atraviesa el despacho. Sabe perfectamente que hay hombres a los que les encanta juzgar y sermonear a las mujeres que no responden al clásico «señora complaciente», pero no está dispuesta a aceptar ninguna censura sobre sus decisiones.

—El piso era mío. Estaba a mi nombre. —Aunque trata de mantener el rostro impasible, la irritación enronquece su voz.

—Está bien. Dejemos eso por el momento —admite el funcionario a regañadientes—. Supongo que habría un motivo concreto para su traslado.

—Eso es mucho suponer —responde ella desafiante—, pero sí, había uno muy concreto: quería cambiar de aires. Esperé casi un año y medio a que él volviera. ¿No le parece tiempo suficiente?

El policía se encoge de hombros y tuerce el gesto, como si algo lo estuviera molestando o reconcomiendo por dentro.

—Pasemos a otra cuestión —contraataca mirándola fijamente—. ¿Sabe usted qué ha sido de su suegra en estos años? ¿También ha desaparecido sin dejar rastro? —acaba con retintín.

La pregunta la coge desprevenida y vacila antes de contestar. ¡Su veleidosa e histriónica suegra! Por un instante se le representa la imagen de aquella mujer, Clarisa, y sin darse cuenta, esboza una sonrisa ligeramente desdeñosa. En el poco trato que tuvieron después de la desaparición de Adolfo, la recuerda como alguien cuya cordialidad y simpatía estaban hechas a medida del destinatario y del momento. Una fachada puritana para una mujer que gozaba despellejando a los demás y que nunca se mostraba satisfecha con lo que recibía. Por supuesto, a ella la odiaba, y durante el año escaso que puede recordar la vituperó cuanto pudo. Alguien le dijo que en los últimos tiempos se dedicaba a hacer cursos de cualquier cosa —arte, fotografía, pintura…—, y también que acudía a todas las reuniones de la parroquia, haciendo gala en cada una de ellas el gran sufrimiento que arrastraba por la desaparición del hijo.

—A ciencia cierta, no lo sé —contesta copiando el tonillo displicente del policía—. Creo que al poco tiempo de marcharme yo de El Puntal sufrió una apoplejía y ahora está en Baleares, en casa de un familiar. Es lo último que oí sobre ella, pero no puedo asegurar que sea cierto.

El llamado subinspector Alarte lanza un suspiro de resignación y, antes de proseguir con sus velados ataques, coloca cuidadosamente la mano bajo su barriga, como si la estuviera sujetando para evitar su desplome.

—¿Sabía que Clarisa Varela insistió en que usted tuvo algo que ver en la desaparición de su hijo? —interviene la mujer como al

desgaire.

Es una de esas preguntas con trampa. Lo intuye. Se yergue en su silla y mira a Sergio Rivas. Él le devuelve una sonrisa que le insufla algo de fuelle. Lanza un suspiro de aquiescencia y, antes de responder, examina abiertamente la cara de su interlocutora. Las franjas de colores de su pelo rodeando su cara alargada le dan cierto parecido con una cebra policromática. Comprende que debe mostrarse contundente.

—Ella lanzó acusaciones de todo tipo contra mí, y también contra otras personas. Por supuesto, no se pudieron demostrar porque eran meras alucinaciones. —Hace una pausa y luego continúa con la garganta hirviendo—. Debí ponerle una demanda por difamación y calumnias, pero no lo hice porque me daba pena y porque, en determinadas situaciones, todos buscamos un culpable y todos nos equivocamos. Ni ella ni yo sabíamos dónde estaba Adolfo. Algo había que hacer y, bien o mal, ella lo hizo. Todo lo contrario que ustedes, que ahora derrochan actividad porque una mujer, cuyo nombre ignoro, reconoció a Adolfo y el hospital les avisó solucionándoles el caso. A no ser, claro está, que las fichas de los desaparecidos se activen a los cuatro años de ser abiertas —añade bajando el tono de su voz.

—Señora, ¿sabe usted la cantidad de atropellos con fuga que se producen en dos meses en este país? —responde agriamente Alarte a modo de justificación—. Porque, si no me equivoco, ese fue el tiempo que tardaron en denunciar la desaparición. Y le recuerdo que no fue precisamente usted quien lo hizo —añade enfáticamente—. Aparte de que la búsqueda se centró en Galicia, porque la señora Varela dijo que era en Vigo donde solía embarcar su hijo.

Las airadas palabras del policía provocan un silencio hostil que finalmente rompe Rivas con un carraspeo nervioso.

—En estos casos el hospital está obligado a informar, y así se hizo.

Lucía se percata de que el médico deja caer sus palabras como si se sintiera avergonzado de la situación y se apresurara a contestar.

—No estoy poniendo en tela de juicio su obligación, doctor, pero me gustaría saber si estoy aquí para identificar a Adolfo, para que me vuelvan a preguntar lo mismo de hace cuatro años, o para acusarme de algo en concreto.

—Nadie la acusa de nada —asevera a reglón seguido el policía—. Aunque es cierto que debería mantenerse localizable por si descubrimos algo nuevo con relación al… digamos, *accidente* —termina irónicamente.

—No puedo quedarme aquí eternamente. Tengo un trabajo que atender.

—Por supuesto. Puede volver cuando quiera a sus obligaciones —condesciende su interlocutor—. Solo le estoy diciendo que, si la necesitamos, esperamos poder encontrarla en su paradero habitual. ¿Me comprende?

Ella asiente con la cabeza, mientras traza con las manos un gesto de impotencia. Una vez más se trata de exhumar huesos y rastrear mudanzas que suelen acabar donde empezaron, y está cansada de ese juego. La cabeza le duele cada vez más. Quiere que la dejen en paz, seguir con su nueva vida y olvidarse de esas fantasías, siluetas, nombres y rostros difusos que habitan en una gigantesca pompa de jabón que a la menor vibración explota y desaparece sin dejar nada sólido en su lugar.

—Está bien, acabemos de una vez —resuelve inesperadamente Alarte dejando la carpeta azul sobre la mesa—. Queríamos conocer su versión sobre este asunto y de momento no vamos a entretenerla más.

Tras ese comentario, Sergio Rivas hace un amago de levantarse que el policía frena con un gesto de la mano.

—Un segundo, aún nos queda algo. Mera formalidad. Señora Ullán, si está segura de que el hombre de la habitación 408 es su marido, Adolfo Costa Varela, de cuarenta y cinco años de edad y natural de Puerto de Sagunto, tiene que firmar aquí —le espeta con solemnidad tendiéndole unos folios mecanografiados y sellados.

Al oír esas palabras, Lucía nota cómo su espalda se envara de nuevo. Podría decirles que los rasgos de ese hombre no le resultan especialmente familiares y que solo conoce su nombre porque se lo ha oído a otras personas, pero algo así no tendría sentido. Sabe que es él y eso basta. La tranquiliza de alguna manera. Después de todo, es importante tener alguna prueba de que ella existió para alguien, aunque ese alguien yazca en un hospital en estado vegetativo.

—Sí. Es mi exmarido —responde, mientras el rostro demacrado del morador de la 408 vuelve a su cerebro como un certificado de que su vida anterior no es una voluta de humo.

4

Aunque el chaparrón ha sido breve, el Parque de la Ciudadela se ha vaciado por completo. Ella, sin embargo, se ha impuesto como tarea explorarlo de punta a punta y ha preferido esperar a que escampase, protegida bajo el alero de una caseta cercana al estanque central. Poco después el viento ha disipado las nubes y el sol ha empezado a lanzar sus rayos sobre los empedrados, secando el exceso de humedad e iluminando el panorama. Ahora, la hierba luce la pátina cerosa que le ha regalado la lluvia y esparce por doquier efluvios de vegetal satisfecho que llenan el aire de relajantes esencias. Lucía, felicitándose por no haber salido corriendo del parque como los demás paseantes, respira con gula los aromas florales que flotan a su alrededor. Sin duda, debería hacer acopio de esa fragancia y usarla cuando se sienta flaquear. Pero ¿cómo atrapar una sustancia gaseosa? Imposible. Los olores no se quedan mucho tiempo en el mismo sitio, son volátiles e inquietos como cometas y escapan fácilmente. Ella, a veces, se los imagina como vahos gelatinosos que asedian los balcones y ventanas de la gente hasta que consiguen encontrar una ranura por la que colarse.

Lentamente recorre los empapados caminillos que aún continúan desiertos. La calma que acompaña sus pasos, tan distinta de la que reinaba en la habitación de Adolfo, contribuye a hacer más agradable el paseo. Aquí el silencio no es frío ni inquietante como aquel, piensa mientras camina; no la entristece, ni la avasalla; no le encoge le corazón, ni le hace buscar las palabras apropiadas para conjurarlo, sino que más bien la sumerge en un sosiego profundo y dulce que parece fluirle del fondo de su propio tímpano. Realmente le gusta. Se siente bien. Un ser anónimo en una gran ciudad, la combinación perfecta.

De vez en cuando se para a contemplar cómo las gotas de agua retenidas en las ramas de los árboles caen sobre el suelo. Al trasluz parecen una cortinilla de pétalos blancos. La quietud es tan completa, que cuando el soniquete de su teléfono móvil anuncia que le ha entrado un mensaje, se sobresalta como si hubiera oído un cañonazo. Primero piensa que será un reclamo publicitario, pero luego se le ocurre que tal vez sea Gloria con alguna consulta del taller, así que se

apresura a leerlo: «Si quiere que hablemos de la mujer que reconoció a su marido, estaré a las cinco en el café de la Ópera. Firmado: Sergio Rivas». El contenido la sorprende tanto que tarda unos minutos en digerir su significado. «Esta sí que es buena», se dice. No se lo puede creer. ¿Qué querrá el neurólogo? Después de la desagradable escena vivida por la mañana en el hospital, empieza a recelar de todo. Es verdad que fue ella la que se interesó por la desconocida en cuestión pero, cuando se presentó la ocasión de aclararlo, él se agarró a una estúpida excusa para no contestar.

Vuelve a internarse en la parte más arbolada del parque sin dejar de preguntarse si debería acudir a la inesperada cita o no. El médico le agrada, es cierto. Es de esa clase de personas que suscita la simpatía de los demás con la franqueza de su semblante, y eso no suele ser frecuente. Clemencia las llama «la especie luminosa» y según su teoría, mientras la mayoría de la gente lucha por hacerse visible, la gente luminosa no necesita la ayuda de poses artificiales para mostrarse a los demás porque, sin proponérselo ni ser consciente de ello, irradia una energía que magnetiza y cautiva. Es ocurrente Clemencia; ocurrente y persistente. A veces hasta trata de convencerla de que ella, Lucía la desmemoriada, pertenece a esa seductora especie luminosa. Pero se equivoca. Quizá antes lo fuera; ahora, las emociones no afloran a su expresión de esa forma natural que ella pretende. Tampoco recuerda haber conocido a muchas personas como las que describe, por no decir ninguna. Lo habitual es encontrarse con gente de una vulnerabilidad tan acusada que da pena o, por el contrario, gente que desprende tal oscuridad que produce desconfianza en todo el que se cruza en su camino.

Hay que reconocer, no obstante, que Rivas sí que tiene un punto luminoso, una chispa que parece venirle de dentro. Lo ha tratado poco pero intuye que el resplandor de sus ojos pardos es auténtico. Por otra parte y, aunque no le resulta fácil admitirlo, es cierto que su mirada le provoca una emoción para la que no encuentra explicación. Tanto, que enredarse en ella es exponerse a un traspié, y hoy por hoy no está en situación de bajar la guardia. Debe mantener la cabeza sobre los hombros y no dejarse embaucar. Por nadie. No es que desconfíe de él, ni que dude de que su intención sea honesta, pero lleva tanto tiempo dependiendo de decisiones ajenas y de miradas compasivas que solo pensar en ponerse en manos de un extraño, y más en un asunto como ese, la enerva. A estas alturas ha aprendido a recelar de la ayuda desinteresada que prometen los desconocidos ante los que ella siempre está en desventaja. Además, Clemencia le insiste constantemente en que en sus circunstancias es fundamental mantener la cautela porque, aunque adornemos y justifiquemos nuestras acciones con hermosos argumentos, casi todo el mundo hace las cosas que hace por dos

motivos: uno, por aburrimiento o rutina, y otro, por interés de algún tipo. Ella todavía no tiene la experiencia suficiente para afirmar tal cosa, pero el instinto le dice que debe hacer caso a su maestra.

Por otra parte, y aunque es cierto que no sabe cuál es el propósito que mueve al neurólogo, no quiere desaprovechar una ocasión que quizá le proporcione algo de información sobre la enigmática mujer que reconoció a Adolfo. El interrogatorio al que ha sido sometida hace apenas tres horas le indica que sigue en la cuerda floja y que si no se aclaran ciertas cosas, podría encontrarse en un verdadero aprieto. Las preguntas de los dos *polis* han sido tan capciosas que ha habido momentos en los que no le ha quedado claro si lo que decían se derivaba de sospechas concretas o de una simple posibilidad, un hecho real o una suposición. «De cualquier modo, saber algo más de esa mujer no le vendría mal; quizás ella conozca las circunstancias en las que se produjo el accidente de Adolfo.»

Sí, conversar con Rivas podría satisfacer su curiosidad y resultarle provechoso. Clemencia también dice que, a veces, hay que tener valor y hacer algo que no encaje en lo esperado para conseguir que pase lo que queremos. Así que debería estar contenta con que alguien le facilite las cosas. Pero entonces, ¿por qué la idea de ese encuentro le produce tanta inquietud?

Los pensamientos se forman solos en su cabeza mientras va y viene por el parque. No puede evitarlo. Desde que ha leído el mensaje, la imagen del neurólogo se ha pegado a su retina y no consigue sacársela de la cabeza. El asunto es delicado, así que tiene que representar bien su papel. El problema es que no sabe exactamente cuál es ese papel. No quiere hacerse pasar por una mujer de mundo, de esas que mueven sus cartas con astucia y acostumbrada a ganar siempre, pero tampoco quiere parecer una ingenua que no sabe lo que se juega o dónde está.

Sin parar de darle vueltas al asunto, pone rumbo al Museo de Historia Natural. La luz es ahora tan intensa que parece que mil espejos la volcaran sobre el suelo a la vez. Camina unos metros más y, casi llegando al edificio, nota la vibración. Ya le ha pasado otras veces, pero cuando se le presenta siempre se aturde. Empieza como una sacudida, una especie de aleteo que la recorre desde el pecho a los omóplatos y se desborda por sus extremidades, traspasándola entera. Suave al principio y desbocada luego, surge de las profundidades de sus vísceras y acaba alojándose en su cabeza con un temblor sostenido y metálico.

Lo conoce bien. Es un *déjà vu,* otro destello que se cuela por las ranuras de su piel llevándola al pasado a través de una sensación conocida; otro recuerdo invisible y mullido que acude a su memoria y sacude la base de su columna vertebral para disolverse luego en la

nada. Ella los llama «destellos», aunque a veces se parecen más a una alucinación. Llegan a su mente por las buenas, se organizan sin lógica y le aportan más información sobre sí misma que todos los tratamientos médicos a los que ha sido sometida. Son como un bosque que nadie cuida y, aun así, sus árboles crecen bellos y fuertes porque son ellos mismos los que encuentran su sitio y su luz. Es cierto que a veces la dejan sumida en la confusión, pero le guste o no, esos destellos indefinibles son de lo poco que le permite rehacer un camino que no existe en ningún mapa.

En esta ocasión, el detonante ha sido el resplandor que se filtra por la zona de emparrados y trepadoras que está atravesando, un tunelillo envuelto en un aire anaranjado y reflectante donde la luz del sol se cuela entre las hojas proyectando sobre el suelo un estampado ambarino. Penetrar en el interior de ese pasillo vegetal ha catapultado a su mente hacia otra cavidad agazapada en su conciencia, una cámara verde formada por seis grandes tiestos dispuestos en círculo en la esquina de un terrado. Son plantas trepadoras, ficus, hiedras y altos helechos, cuyas ramas enlazadas tejen un muro de hojarasca que alberga en el centro un hueco limpio y umbroso como un limbo.

Es el suyo, su hueco. Un nido tamizado de esmeralda en el que el silencio siempre es benigno y donde una niña, un pájaro tembloroso de apenas siete años, se esconde todas las tardes. Lo puede distinguir claramente a través de sus ojos cerrados. Dentro de esa cueva de luz aceitosa se siente protegida de la extrañeza de ese mundo al que súbitamente se ha visto precipitada. Un mundo que se le antoja inabarcable, lleno de calles surcadas por el fragor de los automóviles y el trajín del gentío. Un mundo donde los edificios trocean el cielo, los árboles son raquíticos y en el que su primera casa, ubicada junto a un gran río, ha desaparecido.

Aquel cubículo era a sus ojos un bosque encantado en el que las nubes blancas eran montañas nevadas y el azul que las circundaba, un mar infinito. Una tibia grieta que la mantuvo a salvo de los secretos incomprensibles, y a la vez fascinantes, del universo de los adultos. Su táctica habitual era deslizarse todas las tardes por el agujero y convertirse en una gaviota de alas inmensas que solo asomaba la cabeza para subir hacia el cielo del ocaso, dejando atrás los tejados cenicientos y malolientes de un barrio suburbial. Sí, allí dentro era invulnerable, una fuerza invisible la protegía y fortalecía transformándola en alguien poderoso que ya ha visto todo lo que tiene que ver y sabe que podrá hacerle frente sin problemas.

La visión es dulce, una grata reminiscencia liberada por el escenario en el que se halla. Aunque este no sea su parque, ni tampoco su ciudad, es la primera vez en días que no se siente fuera de lugar. De algún modo, recordar a esa niña atrincherada en su castillete de

plantas la ha animado, porque si entonces tuvo un reducto que le permitió no sucumbir, también puede tenerlo ahora. Con una memoria normal todo habría sido más fácil, pero al menos no lo ha perdido todo. Conserva los destellos. A veces incluso se pregunta si esas imágenes, por más caóticas y desordenadas que parezcan, no tendrán alguna ligazón interna, algún sentido oculto o, en todo caso, si no serán ellas mismas el hilo conductor que, de forma encubierta, le está mostrando quién es cada cual en ese mundo que llaman real, donde hay gente que comete crímenes únicamente para sentirse vivo. No tiene respuesta y tampoco sabe si, en el caso de que ese hilo exista, ella conseguirá atar sus cabos o si, por el contrario, se quedará enmarañado en su cabeza para siempre.

En fin —se dice parándose frente a un campo de césped tan finamente cortado que parece artificial—, es verdad que los acontecimientos de los últimos días parecen un ejemplo perfecto de cómo transitar sin radar por un campo de minas, pero tampoco hay que sacar las cosas de quicio. Debería agradecer la posibilidad de recuperar una porción más de su esquivo pasado, ¿no?, así que irá a la cita y escuchará al doctor Rivas. Después intentará olvidarse de las insinuaciones de la Policía y se mantendrá alejada de los problemas. Decidido. No hay que darle más vueltas.

En algún sitio cercano canta un pájaro. Es un trino como de plata acariciando el cristal que aligera la presión de su corazón. Entre las agudas notas le parece oír un mensaje camuflado. «Todo en este mundo, Lucía, hasta lo más insignificante, cae cortando el aire.» Esas palabras se las decía alguien que unas veces se configura entero, y otras se hace pedazos dentro de su cabeza. Es un rostro de mujer como el suyo, pero con otra sonrisa. Lo ve a menudo y, sin embargo, no logra situarlo dentro del caos de sus recuerdos. Sin embargo, esa mujer tenía razón: todo cae cortando el aire.

«Es tu madre. ¿Quién va a ser si no? Y se te aparece porque su recuerdo lo llevas en el corazón en vez de en la cabeza», refunfuñó la vieja Clemencia cuando se lo contó. Luego, para probar que su explicación era acertada, le enseñó una fotografía antigua en la que se veían varias mujeres sentadas ante sus respectivas máquinas de bordar. «Fíjate en esta. Es Carmen, tu madre. ¿Te acuerdas?»

Ella observó atentamente la imagen que Clemencia le señalaba con el dedo, pero no supo si la cara indicada era la que tenía metida en la cabeza, porque la mujer de la fotografía miraba hacia abajo, a la tela que tenía entre las manos, y no se la veía bien. Por eso acabó confesando que no podía asegurar que aquel fuera el rostro que se le aparecía para decirle que todas las cosas cortan el aire, pero que tampoco podía afirmar lo contrario. No pudo identificarla, lo cual no debe de ser tan raro considerando que la primera vez que ella se miró

en un espejo después de perder la memoria, solo logró reconocerse a sí misma a través de un destello. ¡Qué confusión! ¿Cortarán también el aire los destellos, o solo son visiones que produce su mente? «Deja de pensar en cosas absurdas, niña —la consoló entonces Clemencia—, buscaremos otra foto y te acordarás.» Buscar otra foto, sí. Un buen resumen de sus últimos años.

5

Lucía lleva un rato vigilando la entrada del café de la Ópera desde la puerta del Liceo. No ve rastro del neurólogo pero, después de los acontecimientos de por la mañana, no le parece probable que el mensaje que ha recibido sea una broma. Eso supondría ponerse en evidencia de la manera más tonta. Lo más seguro es que él ya esté dentro. Tras una breve vacilación, cruza La Rambla y se dirige hacia el sitio convenido, una cafetería que ofrece un trabajado aire de época. Apenas entra, ve que no se ha equivocado: Sergio Rivas está sentado a una de las mesas cercanas a la puerta y sonríe obsequiosamente al verla.

—Me alegro de que haya decidido venir —la saluda invitándola a sentarse en la silla que tiene enfrente con un gesto.

—Su mensaje ha despertado mi curiosidad. Creía que el asunto había quedado zanjado —responde ella a la defensiva tomando el asiento ofrecido—, pero por lo visto aún queda algún cabo suelto. ¿Me equivoco?

El neurólogo suelta una carcajada contenida. Parece de buen humor. Ha sustituido la bata blanca por un vaquero y un fino jersey color tinta, atuendo que le da un aspecto más jovial que el que tenía en el hospital.

—No sea tan suspicaz. No formo parte de ninguna célula de espionaje. Simplemente ayer me hizo una pregunta que no contesté y creo que tiene derecho a una respuesta.

—¡Vaya! Eso suena muy alentador.

—Además —continúa él ignorando la ironía de su comentario—, el trato que esta mañana le ha dispensado la Policía me ha dejado mal sabor de boca y, en cierto modo, me siento responsable.

Lucía alza las cejas sorprendida y por una fracción de segundo sus miradas se cruzan. Rivas le parece sincero y se siente inclinada a confiar en sus palabras; además, no tiene esa expresión de fiera de otros hombres que parecen ir anunciando su determinación de devorar lo que sea con tal de no ser ellos los devorados. Pero, a pesar de ello, debe andarse con cuidado. Cuando alguien está en la cuerda floja un tropezón, por pequeño que sea, puede resultar fatal.

—Bueno, lo primero, dígame qué quiere tomar. ¿Un café?, ¿un

refresco?, ¿una copa?, ¿algo para picar? —pregunta él solícito—. Me he sentado aquí —continúa señalando al cartel de no fumadores— por mi problema respiratorio, pero si quiere fumarse un cigarrillo, podemos ir un poco más allá.

Su actitud es tan natural que es como si realmente fueran dos viejos amigos que hubieran quedado para charlar un rato o dos colegas que estuvieran haciendo una transacción comercial acordada de antemano.

—¿Problema respiratorio? —inquiere ella.

—Soy asmático —contesta Rivas en un tono neutro que borra de su voz cualquier vestigio quejumbroso.

Ella va a decir que lo siente, pero se frena a tiempo conformándose con lanzar un inapreciable suspiro.

—Comprendo. Bueno, yo tampoco fumo. —«Al menos, eso creo», se dice a sí misma—. Y solo tomaré un café, gracias.

Rivas flexiona ligeramente la cabeza y vuelve a sonreír. Las luces del café se reflejan sobre su pelo castaño, en el que destacan algunas canas aisladas, y sus pupilas pardas tienen un brillo húmedo y gozoso. Lo observa a hurtadillas cuando llama al camarero. Por un momento, su bonita sonrisa se le representa como un canto de sirena cuyos irresistibles ecos atravesaran el vacío de su mente para saquearla impunemente.

—Bien, pues usted dirá —insta Lucía, una vez tiene la taza de café sobre la mesa.

—Oiga, ¿le parece bien que nos tuteemos, o sería demasiado pedir? Creo que nos ayudará a sentirnos más cómodos —sugiere él adoptando un aire inofensivo.

—No sé si es conveniente. A mí me da igual, pero a usted no creo que le resulte ventajoso estrechar lazos con la sospechosa —objeta ella con retintín.

Él la mira de reojo y reprime otra carcajada que, a pesar de no materializarse por completo, se expande a su alrededor como si fuera esa primera ola de calor que anuncia el deshielo de la primavera.

—¿De veras se siente así? Olvide lo de esta mañana. El estado de su exmarido es claramente fruto de un accidente de tráfico y así consta en el expediente —afirma con seguridad—. El hecho de que en su momento no se pudiera llevar a cabo la identificación es otra cuestión que tiene mucho que ver con las circunstancias de ese accidente y, desde luego, con la falta de coordinación de la Policía.

—En ese caso, por mí está bien. Podemos tutearnos si eso es lo que quieres —resuelve finalmente.

—Estupendo, porque no creo que haya ningún tipo de provecho en los formalismos innecesarios…

La voz de él queda en suspenso un momento. Alza sus ojos hacia

ella y ahora Lucía ve con claridad cómo su pupila se agranda hasta que el caramelo del iris es tragado por el negro, un reluciente pozo que la atrae como un imán y la obliga a agarrarse a los estrechos resquicios de sensatez que le quedan. Confusa y azarada, toma un sorbo de café mientras sopesa si será oportuno preguntarle cuál es su idea de un formalismo innecesario.

—¿Se puede determinar con tanta seguridad lo del accidente? —inquiere por fin en voz baja—. Siempre pensé que eso era cosa de las películas.

—Ya lo creo. Las lesiones tienen su lenguaje particular, unas veces más claro y otras menos, pero en este caso hablan clarísimo.

—Entonces ¿por qué la Policía me ha hecho todas esas preguntas? Solo ha faltado que me exigieran una coartada —comenta ella como hablando consigo misma.

—Bueno, tal vez se deba a que lo encontraron en una cuneta de autopista, sin coche y sin identificación. Hay que reconocer que la cosa es un poco rara, y como tampoco tienen ninguna pista… —El eco de su voz se desvanece poco a poco en el ambiente como una cometa que fuera alejándose lentamente del suelo—. Pero, en fin, ese asunto… No merece la pena darle más vueltas; realmente te has defendido muy bien.

Pese a que las últimas palabras tratan de ser tranquilizadoras, las primeras siguen reverberando en su cabeza. Él tiene razón: la cosa no es normal y a alguien tienen que cargarle el muerto. Tal vez no debería estar allí con él, y no solo porque aquello pudiera ser una trampa, sino porque al pedir información sobre la misteriosa mujer que lo identificó puede estar destapando algo que no conviene que se sepa. No calibró bien el hecho de que cuando hurgas en determinados agujeros, te expones a descubrir lo que no quieres. Es más, por lo que acababa de decir Rivas, en cualquier momento podría darse de narices con las timbas clandestinas y los hoteles piojosos que, según Clemencia, frecuentaba Adolfo Costa a todas horas y, de resultas, con algo bastante más grave. Ya se sabe que a veces la ignorancia es el mejor escudo.

—¿En una cuneta? ¿Y sin coche? —repite con un carraspeo disimulado.

—Así es. No había coche. Lo más probable es que fuera un atropello con conductor a la fuga. ¿No lo sabías? —Ahora es él quien se extraña al reparar en su perpleja expresión.

—Bueno, la verdad es que no. Cuando recibí el aviso de que lo habían identificado, nadie se tomó la molestia de decírmelo —responde intentando disimular su turbación—. Tampoco me quejo. Al fin y al cabo, ya no tengo nada que ver con su vida.

Tras la enfática declaración, vuelve a escrutar a Sergio Rivas. Le

parece haber percibido un gesto nuevo en su rostro y no acaba de descifrarlo. Es probable que solo sea un efecto de la luz amarillenta del café, aunque también pudiera ser que él esté ocultando algo. Como no tiene medio de averiguarlo, decide ignorarlo. Solo con suposiciones no se va muy lejos. De pronto se da cuenta de que se está mordiendo el labio inferior con verdadera saña y piensa que tal vez sea eso lo que ha desconcertado a su interlocutor.

—Él… quiero decir, Adolfo, ¿tiene conciencia de lo que le ocurre? —musita mientras nota el latir de su corazón puntuando sus palabras.

—No, no lo creo. El tallo cerebral está demasiado dañado —responde él adoptando el tono profesional de la víspera.

—Y… ¿tú crees que hay alguna posibilidad de que se recupere? —vuelve a preguntar con un hilo de voz, como temiendo la contestación.

Una ráfaga de duda cruza los ojos de Rivas, lo que le da un aire aún más interesante, y ella piensa que, sin ser guapo, es un hombre atractivo. Esa especie de aplomo reservado, de convicción en lo que hace y dice, transmite una inusual energía. Sí, es atractivo, y por eso mismo, exponerse a las cautivadoras radiaciones que emite cuando la mira es arriesgarse a sufrir un debilitamiento de la voluntad.

—Verás, ha sido un coma muy largo y su lesión, demasiado extensa. Es lamentable, pero desde el principio no quedó otra que esperar a ver si el tejido era capaz de regenerarse por sí mismo. —Se endereza sobre su asiento y sigue con un suspiro—: A veces ocurre.

—Pero en el caso de Adolfo no ha sido así.

—Me temo que no. Al principio aguantó bien, pero desde hace un tiempo el empeoramiento se ha acelerado. En las últimas pruebas se aprecia perfectamente cómo ha disminuido la actividad de su cerebro. Ahora mismo es mínima y esa merma hace pensar que nos acercamos al cese total e irreversible. Es decir, a la muerte cerebral —añade con suavidad.

—Y eso… ¿qué significa exactamente?

—Significa que se pueden mantener las constantes, vitales pero que en realidad el paciente está muerto. O sea, que si se le retira el respirador artificial, probablemente el fallecimiento será inmediato.

—¿Ha llegado a esa situación ya? Dímelo claramente.

—Prácticamente sí —contesta él sin esquivar su mirada anhelante.

—Y… ¿cuánto tiempo lleva, como dices tú, empeorando?

—Un par de meses.

Lucía vuelve a ver la imagen de Adolfo sobre la cama del hospital y no puede evitar estremecerse. Pese a que su cara no le resultó familiar, no deja de ser un cuerpo relativamente joven cuyo único horizonte es la muerte, y eso convierte su situación en algo terrible.

—Perdona, pero todo esto me resulta muy difícil de asimilar. Mantenerlo así… quiero decir, sin ninguna posibilidad de recuperación, ¿no es algo muy cruel? —observa insegura.

—La ley exige que mientras quede actividad cerebral hay que preservar la vida… aparte de que en su caso no había ningún familiar directo que autorizara a hacer otra cosa.

—Entiendo —susurra escondiendo el temblor de sus manos bajo la mesa. Su desazón ha crecido tanto que decide no hacer más preguntas sobre ese tema—. Bueno, ¿qué te parece si vamos al grano? —añade abatida tras unos instantes de silencio.

—De acuerdo —contesta Rivas con un ligero titubeo—. Así que quieres que te cuente algo de la mujer que identificó a tu exmarido, ¿no es eso? —pregunta tras una breve pausa.

Ella corrobora su interpretación con un gesto de cabeza.

—Está bien —accede él—. La mujer se llama Galina. El apellido no lo sé, pero sí que se trata de una joven rusa. Fue al hospital a visitar a un conocido suyo que había sufrido un accidente laboral, se confundió de habitación y vio a Adolfo por casualidad. Quedó muy impresionada. La enfermera se dio cuenta de que lo conocía y la trajo a mi despacho.

—Entonces, usted… digo, tú, hablaste con ella —tantea recobrando el aplomo.

—Sí, claro. Fue bastante colaboradora. Dijo que su nombre era Adolfo Costa y que ella lo conocía como marino. También explicó que dejó de verlo de golpe y porrazo, cosa que le había extrañado mucho…

Se corta de repente como si hubiera recordado algo que no estaba seguro de querer decir y esboza una sonrisa que revela cierta inseguridad.

—Ya. ¿Y qué más? —lo anima ella a proseguir—. Porque imagino que también te diría de qué lo conocía o cuál era su relación con él.

—Bueno, sí —titubea—. Dijo que era cliente suyo. Uno de los mejores.

—¿Cliente suyo? ¿Qué clase de cliente?

—No lo sé, pero por su aspecto era bastante evidente.

—Deduzco que ese *aspecto* está relacionado de algún modo con la prostitución, ¿verdad? —concluye ella un tanto bruscamente.

Sergio Rivas demora un momento su respuesta y luego asiente con la cabeza, respaldando su conclusión con un gesto vagamente azorado.

—¿La conoces? —pregunta suavemente inclinando la frente y mirándola con el rabillo del ojo.

—No, qué va —se apresura a contestar ella—. Y no pongas esa cara, no tengo nada contra las prostitutas. Hay muchas formas de

prostituirse y la sexual no es peor que otras. ¿No te parece? —Busca su asentimiento y luego continúa—: En cuanto a él, digamos que hoy por hoy la cuestión de con quién andaba es cosa suya. Por mí está exculpado. —Ahora la que sonríe abiertamente es ella.

—En fin, tampoco lo podría asegurar, es solo la impresión que me dio —declara Sergio Rivas como excusándose por su reacción—. Y además, a mí no me incumbe. Es que pensé que te dolería, o que te extrañaría…

Lucía se encoge de hombros. ¿Por qué iba a extrañarle? Aunque no lo recuerde, seguramente ya lo sabía. Ahora el asunto no es ese, sino los problemas que su antigua relación con Adolfo Costa puedan acarrearle. Lo que pasara o no pasara entre ellos hace cuatro años se ha borrado de su cabeza, y la figura de ese hombre postrado en el hospital no es más que una aparición brumosa que probablemente desaparecerá de su campo de visión en cuanto se aleje un poco de él.

—Pues ya ves que no. En el hospital te pregunté por ella porque pensé que podía ser alguien ligado a mi vida de alguna forma, pero parece que no es así. —Toma un sorbo de café y vuelve a sonreírle. El médico le devuelve la sonrisa—. Además, recuerda que me has citado tú, todavía no estoy muy segura del porqué. Dices que para contarme lo de la mujer rusa, pero la impresión que yo tengo es que te doy pena o te sientes culpable por algo…

Al oír sus últimas palabras, el neurólogo amaga un gesto cuyo significado, agrado o desagrado, no llega a concretarse.

—No digas bobadas. Te podría decir que quiero ayudarte y es cierto, aunque… quizá lo más honesto sea confesar que quería verte fuera del ambiente del hospital —admite con un murmullo.

Ella se revuelve inquieta en su silla. Bajo los decadentes rayos del sol, el mármol del mostrador parece un bloque de hielo cobrizo que se fuera derritiendo poco a poco. Un bonito efecto que no hace sino aumentar la turbación que le ha causado la respuesta de Rivas.

—Bueno, pero te repito que no sé por qué querías verme fuera del hospital. Aunque agradezco sinceramente tu interés por ayudarme —replica, sumando su voz desconcertada a todas las que transitan por el café.

—¿De verdad no lo sabes? —pregunta el médico con un guiño—. Pues, deberías, porque somos viejos conocidos.

—¿Viejos conocidos? ¿Qué quieres decir? —pregunta ella alarmada.

—Pero entonces, ¿no te acuerdas? Veamos si puedo refrescarte la memoria —dice apoyando los codos sobre la mesa—. Tú subías en la parada siguiente a la mía y te sentabas siempre de espaldas al conductor. Llevabas un gorrito de lana azul y un chaquetón marinero, y yo no podía apartar mis ojos de ti. ¿Te acuerdas ya?

Lucía nota cómo se le tensan todos los músculos. Que él la conozca de antes la desarma, porque no puede decir nada al respecto.

—Ya veo. Entonces ¿se trata de eso? —murmura tragando saliva.

—Más o menos —ríe él—. Aunque no te lo creas, este asunto ha sido para mí todo un flash. Verás, la cuestión es que ayer se me aparece en el hospital aquella muchacha del autobús a la que perdí de vista hace mucho, pero que nunca olvidé, y pensé que quizá esta vez podríamos entablar la relación que quedó pendiente entonces. —Tose brevemente y la mira de frente, los labios vibrantes, los ambarinos ojos convertidos en una antorcha negra.

Al escuchar sus palabras, Lucía se queda muda. ¡De modo que algo pasó entre ellos! El *déjà vu* que la asaltó en el hospital tenía su razón de ser. Ahora la certeza de que en el pasado se relacionaron de alguna manera se ha hecho incontestable. ¡Lo conoció, sí!, pero ¿quién es realmente el tipo que tiene delante? ¿Se trata de alguien en quien puede confiar? Tanto da. Para bien o para mal, hace cuatro años que se ve obligada a disimular ante todos los que dicen conocerla e incluso quererla. Es cierto que él parece sincero, pero ¿cómo corresponder?, ¿cómo explicarle que ella no es la muchacha que piensa que es, sino la proyección de algo que existió en otro tiempo y que desapareció hace cuatro años sin dejar rastro alguno en su conciencia?

—¿No dices nada? —pregunta Sergio Rivas rompiendo su ensimismamiento—. En fin, que no me recuerdes a mí me dolería, pero lo comprendería —añade revolviendo lo que queda de su café con la cucharilla—. Pero lo que no puedes haber olvidado son aquellos viajes a las siete de la mañana con los libros bajo el brazo y los sueños de la noche pegados en la cara… No. Esa clase de cosas no se olvidan así como así.

—Bueno, todo eso pasó hace años —comienza a decir ella cautelosamente— y, la verdad, lo que me parece imposible es que me hayas reconocido.

—No has cambiado tanto —objeta Rivas esbozando su cálida sonrisa—. Además, habría sabido que eran tus ojos aunque me los hubiera encontrado en el fin del mundo. Son de los que te ponen el corazón en un puño —añade con voz temblorosa—. Pero, aparte de eso, ¿no te parece increíble que nos hayamos vuelto a encontrar tan lejos de El Puntal y en estas circunstancias?

—Las casualidades siempre parecen increíbles, pero ocurren. Por eso se llaman casualidades, ¿no? —comenta ella esforzándose por lograr un tono neutro e ignorando el comentario sobre sus ojos.

—Es cierto. Ocurren, luego deben tener algún sentido.

—¿Algún sentido? —repite mecánicamente, preguntándose si hay algo que lo tenga a su alrededor.

—A lo mejor crees que soy un chalado —replica él como si le

hubiera leído el pensamiento—, pero mira, desde que te vi no dejo de darle vueltas a la teoría de Carl Jung, un psicoanalista que estudió el tema de las coincidencias significativas.

—¿Ah, sí? ¿Y qué decía?

—Decía que no existen auténticos accidentes, que estos suceden porque nuestra energía psíquica los desencadena de alguna forma, aunque no seamos conscientes de ello.

—Vaya, creía que tu especialidad era la neurología, pero veo que también sabes de psiquiatría —comenta con una suave ironía incorporada a su voz ligeramente áspera.

—No creas, la verdad es que no. Solo estoy intentando impresionarte —bromea él con un brillo risueño en las pupilas.

Ella desvía su mirada hacia la puerta del café para disimular su turbación. A través del cristal ve perfectamente cómo pasan por la calle montones de gentes desconocidas con las que quizá también se relacionó un día. Atareados hombres y mujeres de mediana edad, jóvenes con paso marcial, chicas en patines, niños con libros y tipos tatuados hasta las cejas caminan con decisión por la acera como si supieran muy bien a dónde van. Una amalgama de personas de todas las clases y condiciones que podrían apropiarse de partes de su pasado sin que ella pudiese desmentirlas.

—Yo… La verdad es que no quiero ofenderte —titubea, asombrada ante el cariz que está tomando la conversación—, pero teorías hay muchas.

—Cierto. Muchas y muy peregrinas —la corta él cada vez más animado—. Y yo no soy precisamente de los que se creen todo lo que oyen, pero el caso es que hemos vuelto a coincidir y no dejo de pensar si ha sido mi deseo lo que ha propiciado de algún modo este encuentro.

Ella le lanza una mirada perpleja. Podría decirle que lo que le parece increíble es que alguien recuerde con tanta nitidez una vivencia de adolescencia y, más aún, que utilice ese recuerdo como excusa para tratar de convencerla de lo lógico que es recuperarlo y traerlo al presente de ambos, pero se muerde la lengua y solo dice:

—¿Tu deseo? Perdona, pero no sé lo que quieres decir.

—Pues sí, mi deseo de saber qué había sido de ti y de tu vida. En el autobús no llegamos a intercambiar una sola palabra. Yo era un crío inseguro y había días en los que no me atrevía ni a mirarte. Te veía ahí quieta, con tu mochila a la espalda y tu expresión abstraída, y pensaba que era imposible que te fijaras en mí; pero notaba que cuando mis ojos hablaban, los tuyos contestaban, que había una conexión especial entre nosotros… aunque quizá solo fuera mi imaginación, porque parece que tú ni siquiera sabes a qué me refiero.

Lucía contiene a duras penas el impulso de levantarse y

marcharse. El pánico la invade, pero supone que en estas circunstancias una estampida resultaría sospechosa, así que se queda quieta y trata de sonreír. Quiere saber cosas de su vida, dice él. ¡Qué desastre! Por un momento se ve en el absurdo de tener que dar explicaciones a un extraño que no lo es. Tomarse la molestia de inventarse una vida que sea reconocible para otro. ¿Lo podría hacer? Pues probablemente ni siquiera le resultaría difícil. Aunque no las recuerde, sabe algunas cosas de ella misma que otros le han contado. Puede decirle, por ejemplo, que vivió hasta los veintidós años con su madre, que a los siete años se cayó de la bici y se rompió una pierna, que estudió en un instituto de barrio lleno de pintadas y hachís… Incluso que tuvo una amiga íntima obsesionada con robarle los novios y un perro fascinado por los balones, pero ¿con qué finalidad? No se pueden ofrecer las migajas de una vida como si fueran un todo con sentido, ni reinventar lo que no existió para presentarlo como una experiencia auténtica, a menos que se haga con un propósito determinado. Sería una incongruencia y un engaño, y debería aceptarlo por su propio bien. Su pasado ha quedado reducido a unas cuantas motas de polvo y es mejor que no las sacuda.

—Vaya. En fin, no sé… Después de la estupenda descripción que has hecho, ¿cómo no voy a acordarme de ti? Pero te repito que todo eso pasó hace mucho tiempo. Tú tienes tu vida, yo seguramente me marcharé mañana, y me parece poco realista lo que estás sugiriendo…

—Entiendo. Quieres decir que todo es una historia que me he montado yo y que tú no vas a complicarte con algo que ni te va ni te viene —la corta él dolido.

La intensidad apremiante con que la mira hace que durante un momento el aire que los rodea se vuelva sólido, compacto y tenso. Su mirada es turbadora, pero viene de un pasado al que ella no logra acceder, un espejismo condenado a evaporarse como la luz evanescente del café. Por enésima vez se vuelve a preguntar qué pinta ella allí escuchando aquella historia de casualidades, fortunas y destinos, y por qué de repente él ha empezado a tratarla como a una allegada que, por hache o por be, no quiere reconocer que lo es. Se ve de nuevo acorralada por su desmemoria, y no le gusta. «¡Basta ya! ¿Por qué he de sentirme culpable por algo que no recuerdo? Me voy ahora mismo de aquí y se acabó», grita para sus adentros. Pero en lugar de eso, oye cómo su voz vacilante se disculpa:

—No, mira, tampoco es eso. Es que me has pillado desprevenida y…

—Está bien, no hace falta que busques pretextos —replica él con un mohín afligido—. Ya sé que todo esto parece descabellado, que soy un tipo que ha aparecido de repente para contarte una historia de hace mil años, pero, ya ves, pensé que se me ofrecía la oportunidad de

convertir ese extraño recuerdo en algo real y que debía intentarlo, aunque reconozco que lo que he dicho antes no tiene pies ni cabeza.

Hay algo en su infantil vehemencia que la conmueve. Se nota excitada, con el sudor pegado a su nuca y la boca seca. Realmente Sergio Rivas no parece de esa clase de hombres que utilizan la vulnerabilidad masculina como reclamo sexual, y seguramente no lo es, pero en ese momento su olor y su mirada tienen un toque vagamente hambriento que estimulan sus sentidos de una forma que había borrado de su repertorio. Una percepción radicalmente nueva.

—La verdad es que no te entiendo del todo, pero en fin… —contesta ella en un tono tan bajo que su voz gutural se diluye en el ronroneo que planea sobre el café—. Agradezco tu interés por mí y… bueno, ya que estamos, sí que me gustaría que me contaras algo de tu vida —termina haciendo un esfuerzo desesperado por recobrar el control.

—Lucía, yo estoy hablando en serio —reprocha él con el ceño fruncido—. Tampoco hace falta que te burles.

—Yo también hablo en serio. Si no te he entendido mal, quieres que nos conozcamos mejor, ¿no?

Sergio Rivas esboza un suspiro resignado que no llega a concretarse. Tiene un brazo extendido sobre el respaldo de la silla y su cuerpo desprende un ligero olor a cuero ventilado.

—Sí, pero no como una obligación —contesta sin ocultar su malestar.

—Te aseguro que no lo es. Ahora te toca confiar a ti. Es lo justo.

El médico entorna los ojos y por un momento parece que estuviera meditando lo que va a decir a continuación.

—De acuerdo —resuelve al fin, como si acabara de aceptar una apuesta—. Verás, antes te he dicho que no fumo. Supongo que he quedado muy bien, pero ese es el único vicio que no tengo. No estoy casado, me gusta tomar una copa de vez en cuando, miento a menudo y madrugar me pone de mal humor, aunque también sé hacer escalivada y me ducho todos los días. ¿Alguna duda?

Ella ahoga una risa. Es posible que todo lo que le ha contado sobre el sentido de las coincidencias sea una patraña, pero es un hecho que cuando él habla, el ambiente se esclarece.

—Bueno, es un alivio saber que no eres perfecto, porque en el hospital lo parecías. ¿Por qué estudiaste neurología? —pregunta más relajadamente.

—Que ¿por qué?… En realidad lo mío es sencillo —arranca por fin—. Me fascinaba todo lo relativo al cerebro. Y no creas, en la facultad fui lo que se llama un alumno brillante, pero me sirvió de poco. No tuve los suficientes avales para medrar. Gané una beca de investigación para un hospital de la Universidad de Columbia y luego

rechacé una oferta en otro hospital del mismo condado, no demasiado bueno, todo hay que decirlo. Por lo visto, que aceptara era lo que se esperaba de mí, porque a partir de ahí empezaron mis dificultades en los hospitales universitarios. En alguna ocasión hasta he tenido que ocultar mi «brillante historial» para conseguir un contrato precario. Ya sabes, nadie quiere a un empleado más listo que el jefe.

Un golpe en la espalda hace saltar a Lucía sobre su asiento. Un joven vestido de una manera un tanto desastrada ha chocado con una de las patas de su silla provocándole el respingo. El tipo murmura una inaudible disculpa y sigue su camino sin detenerse. Parece alterado por algo indefinido. Está muy pálido y se tambalea como si sufriera una ligera cojera, o le fallara la coordinación entre el cuerpo y las piernas. Pese a ello, desaparece con inusitada rapidez.

—Eh, mira por dónde vas —le recrimina Rivas—. ¡Menudo colocón lleva el muchacho! ¿Te ha hecho daño?

—No ha sido nada, solo el susto —contesta ella quitándole importancia al incidente—. ¿Por qué rechazaste esa oferta de trabajo? Suena muy interesante —vuelve a preguntar animándole a que continúe.

—Bueno, en aquel momento esa decisión me pareció la mejor —contesta como sin darle importancia.

—Pero alguna razón tendrías para tomarla. No pareces alguien que actúe a la ligera —insiste Lucía.

—¿No parezco qué? —repite él a su vez divertido—. Si te dijera que no quería formar parte de los manejos de las industrias farmacéuticas, ¿me creerías? —responde finalmente.

—¿Por qué no iba a creerte? —le replica ella esbozando un gesto de sorpresa.

—Verás, no quiero dármelas de incorruptible, pero lo cierto es que no quería convertirme en uno de esos que con sus investigaciones demuestran lo que le interesa a un laboratorio, o que avalan ciertas partidas de medicamentos para darles salida antes de que se demuestre su ineficacia.

—¿Es así como funciona?

—No siempre, pero sí. Al menos, eso es lo que se requería de mí.

—¿Y no hay alguna forma de desenmascarar esos tejemanejes?

—Bueno… Con la obsesión actual por la salud, el terreno está abonado para colocar cualquier cosa, por mala que sea. Vender la inmortalidad siempre ha sido muy rentable.

Lucía esboza una sonrisa y observa con precaución el semblante ligeramente tenso de su interlocutor.

—Deduzco que si hubieras aceptado, habrías podido tener una productiva carrera, ¿no? —porfía débilmente.

—Mira, aquel no era mi sitio y ya está —responde Rivas dando

por terminada la explicación.

—¡Vaya, qué seguridad la tuya! ¿Y eso cómo se sabe? —lo interpela aludiendo a sus últimas palabras.

—Supongo que cada cual lo sabe a su manera. Yo soy de los que creen que en la vida tienes unos cuantos sitios, o quizá uno solo, que es auténticamente tuyo. A los demás llegas, pasas un rato en ellos, mejor o peor, como en una hamburguesería o un bar de moda, y luego los olvidas. En fin, sencillamente, no quise quedarme allí —concluye sin enfatizar pero sin vacilar—. Además, no quería dejar a mi madre sola.

—¿Se oponía ella a que te marcharas?

—No, todo lo contrario. Ella incluso presionó para que aceptara la oferta hasta que se convenció de que aquello no me interesaba. Nunca lo confesará, pero en el fondo se enorgulleció de mi decisión.

—Ya. ¿Es muy anciana? —pregunta, envidiando la fuerte relación filial que dejan traslucir sus palabras.

—¡Qué va! Cincuenta y ocho años. Me parió siendo casi una adolescente y, como es madre soltera, su familia le retiró el apoyo.

Habla con convencimiento, alzando las palmas de las manos sobre la mesa para recalcar sus palabras y su gesto, entre orgulloso y resentido. Lucía capta al instante la herida de su orfandad que, aunque ahora no parece sangrar, probablemente fue grave. Se revuelve en su asiento, nota los pies doloridos y los ojos, tal vez debido al ambiente cargado de humo, le escuecen. La caminata por el parque le está pasando factura, pero el cansancio que la invade es de los que aportan cierta lucidez imprudente, así que lo anima con un gesto a seguir con la historia de su madre.

—No creas, ella se las ha arreglado muy bien sola. Es costurera y cuando se tercia, también borda. Una todoterreno en lo suyo —continúa él más risueño—. Al principio fuimos de acá para allá todo el tiempo. Luego, aquí en Barcelona, consiguió montar una pequeña empresa de camisería que recibe pedidos de diversas marcas, aunque últimamente, con la crisis del textil y todo eso, las cosas se le han puesto difíciles. —Se encoge ligeramente de hombros, como si lo que acababa de decir fuera lo más lógico del mundo—. Lo ha sacrificado todo por mí. ¿Comprendes?

Lucía se queda callada. No puede ser, piensa, que la madre de Rivas se dedique a lo mismo que ella. Rápidamente se imagina a una mujer inclinada sobre un bastidor repleto de madejas y bovinas de mil colores. A sus pies hay un enorme alfiletero con forma de corazón que tiene clavadas en su centro una multitud agujas de distintos grosores y larguras. La visión la paraliza. Lo malo es que ahora no puede decir: «Pues mira, yo también estoy en esto de la aguja. ¿Será otra de las coincidencias que antes mencionabas?». Eso reforzaría la idea de que

hay un vínculo especial entre ellos. Como dice Clemencia, en determinadas circunstancias es mejor no echar más leña al fuego, lo que significa que no hay que dar la oportunidad de insistir en un tema conflictivo o problemático; así que se contenta con disimular su pasmo y digerir en silencio la información que acaba de recibir. No tiene que esforzarse mucho —se le da muy bien callar cuando comprende que hablar no la va a llevar a ninguna parte—, pero la verdad es que todo lo que está oyendo la abruma. Es demasiado inverosímil para ser mentira.

—En fin, tomé mi decisión, y no me pena —continúa Sergio Rivas dando por concluida la pausa—. Ahora llevo unos meses en este hospital que, como habrás comprobado, no es precisamente de lujo, pero estoy contento con lo que hago. No me va mal siempre que me someta a la jerarquía y, cómo no, a las normas no escritas, que en definitiva son las que marcan la pauta en todos los sitios —añade esbozando una media sonrisa.

—Es un hospital raro. Da una impresión de convento antiguo —comenta ella pensativa.

—¡Vaya, qué ojo! Pues sí, fue un hospital de titularidad religiosa, aunque hoy atiende casos concertados con la Sanidad pública, principalmente de nefrología y neurología. Pacientes cuánto más graves, mejor.

—¿Desahuciados?

—A veces sí; otras solo son pacientes que requieren largas estancias. Los hospitales públicos se los quitan de encima porque o no hay nada que hacer, o de lograrse algo, sería muy lentamente.

—¿Casos tipo Adolfo? —pregunta ella con un nudo en la garganta.

—Bueno, si lo quieres decir así… —asiente Rivas suavemente—. En fin, ahora te toca a ti. Cuéntame algo de tu vida.

Su tono jovial, que es una clara invitación a estrechar lazos, a ella se le antoja una petición tremendamente arriesgada. Cierra los ojos intentando ocultar su ansiedad.

—Verás, me gustaría que entendieras… —titubea comprendiendo que no puede permitirse ir muy lejos— que ahora no me siento capaz. —La voz parece rompérsele en la garganta y durante unos segundos guarda silencio—. No es el momento. Aunque de verdad que no soy tan friki como parezco.

—Me parece bien. Estás en tu derecho —acepta él comprendiendo que no puede obligarla a contarle nada—. En realidad, no me importa tu vida, sino tú —añade buscándole sus evasivos ojos.

Lucía suspira y vuelve a desviar la mirada hacia la calle. En su derecho no: en una encrucijada es donde se halla, piensa sintiendo que la desorientación hace mella en su ánimo. Realmente cada vez

entiende menos qué está haciendo allí, aparte de pisar un terreno resbaladizo. Él la atrae, pero siente que aquello se le está yendo de las manos, así que lo más sensato es ponerse a resguardo. ¿Y eso qué significa?, se pregunta apretándose los brazos con las manos, como si quisiera proteger su cuerpo con un abrazo. Nada. No significa nada. O mejor dicho, significa lo de siempre: mantener su alma acongojada dentro de su escondrijo hasta que se vea capaz de afrontar honestamente las complicaciones que le surgen cada día. Eso es lo que le diría cualquier persona sensata. Precaución, Lucía, precaución.

No le queda otra. Por mucho que una parte de ella desee sincerarse con ese hombre, confesarle la amnesia que la postra y la priva del pasado, debe recordar que la Policía la ha interrogado por la mañana haciéndola blanco de sus sospechas. Además, ignora si el neurólogo le ha dicho toda la verdad respecto a Adolfo y su accidente, así que su parte más astuta no deja de advertirle que no debe fiarse. Su situación es demasiado delicada como para permitirse el lujo de dar un paso en falso. Así que no, resistirá la tentación y no le dirá nada sobre la desmemoria que la atormenta. Mal que le pese, la impostura sigue siendo el medio donde ella sobrevive.

—Me alegro de que lo entiendas —dice camuflando su confusión con un susurro—. La verdad es que estoy agotada. No pensaba que esto iba a ser tan difícil para mí…

Cuando salen del café ya han hecho su aparición las primeras estrellas. Una fina neblina que flota sobre la noche incipiente las envuelve en una lechada transparente. Varios jirones blancuzcos e indefinidos descienden hasta los tejados más altos, como llegados de una galaxia situada a miles de años luz. Su textura vaporosa llena de incógnitas el cielo viciado de la ciudad. Observando cuánto ha cambiado la fisonomía de esta bajo aquel manto húmedo, Lucía no puede evitar pensar que dentro de esa esencia gaseosa se agitan, furtivos, millones de secretos tortuosos e inexplicables entre los que figuran, en primer plano, los de su corazón.

18 de abril de 2003

Clemencia siempre pensó que lo suyo debía ser cosa de familia. Su abuela y su madre fueron grandes bordadoras, y ella continuó con la tradición como si eso fuera lo único que podía hacer, aquello para lo que había nacido. En los tiempos de su abuela el bordado aún no había sido derrotado por la industria ni estaba relegado a una actividad de terapia ocupacional, sino que se consideraba una respetable artesanía, un oficio con futuro. Ella, al igual que antes su madre, empezó poniendo sus iniciales en su ajuar, sábanas, mantelerías, camisones y combinaciones, y con el tiempo se hizo especialista en bordado canario: blanco sobre blanco, un trabajo pulido y minucioso.

En el taller donde aprendió, bordar nunca fue más que la forma de ganarse la vida, una ocupación digna que permitía a las mujeres sobrevivir por sus propios medios en un mundo de hombres, pero cuando conoció a Lucía, comprendió que también podía ser otra cosa. Aquella muchacha iba más lejos que las demás. Unas alas invisibles hacían volar sus dedos sobre las telas para dar a cada una el colorido y la forma que precisaba, con lo que sus labores siempre eran algo más que un trabajo bien hecho.

Pero ahora Lucía ya no borda; vaga por las calles como una aparición flotante. Tan abstraída y ensimismada que no saluda a nadie, tan desmejorada y flaca que parece hecha de puro aire. Hace cuatro días se la encontró frente al quiosco de Conrado y se paró para avisarle de que un guardia cetrino iba haciendo preguntas sobre su marido por todo el barrio. Pero ella la miró como si fuera la primera vez que la veía. Todavía perdura en su oído el eco de su voz espetándole: «¿Y usted, de qué me conoce?».

—¿De qué te conozco? ¡Yo te enseñé a bordar, niña! —contestó ella sintiendo que la expresión delirante de su antigua discípula se clavaba en su pecho con la virulencia de un aguijón.

—No te enfades, Clemencia. Es que Lucía ha vuelto un poco desmemoriada —terció Conrado como si ya tuviese las cuentas echadas sobre el asunto.

Lucía los miró de hito en hito, su expresión se fue relajando poco a poco y, por fin, esbozó una sonrisa tímida.

—Perdona, estaba abstraída, y no me he dado cuenta de que eras tú.

Los últimos días Clemencia le ha dado muchas vueltas al incidente, hasta que ha llegado a la conclusión de que su ahijada necesita más tiempo para hacerse cargo de su nueva situación. Recuperar todo lo que perdió en la casa-jaula donde la encerró su marido va a resultar más duro de lo que en un principio creyó. «Cuando no reconocemos a nuestros amigos es porque el terror y la confusión invaden nuestro corazón —piensa apesadumbrada—, y Lucía se encuentra ahora en esa tesitura, así que solo cabe confiar en que logre sanar poquito a poco. ¿Qué otra cosa se puede hacer con alguien que ha sido aplastado y denigrado durante años más que mantener la esperanza de que sus heridas cicatricen? Esperar, sí. Esperar a que las aguas vuelvan a su cauce, a que los guardias dejen de hacer preguntas que, en el barrio, nadie sabe contestar y a que el mundo se olvide, igual que lo ha hecho Lucía, que una vez existió un hombre llamado Adolfo Costa.»

Sí, siente una gran pena por su niña. Quisiera que todo volviera a ser como antes, pero como por ahora no puede hacer otra cosa, la espera día tras día en su vieja casa de planta baja cubierta de hiedras, pasifloras y buganvillas. Una reliquia que ella se empeña en conservar en un barrio preso del negocio de la construcción que, como tantos otros, se va devorando a sí mismo a marchas forzadas. Pero ella resiste. En ese su humilde territorio, Clemencia dispone y reina. Incluso se permite el lujo de mantener un pequeño huerto, en donde se mezclan en amable convivencia patatas con macizos de hortensias y geranios, parras de dulce fruto y rosales perfumados, exuberantes lilas y carnosos cactus. Todos los días de aquella primavera, haga frío o calor, ella, la vieja Clemencia, recorre sus dominios armada de rastrillos y regaderas y examina cada rama y cada hoja para que ninguna sucumba. Mientras pueda, no las abandonará. Y, entretanto, espera a que Lucía vuelva a ella. Espera y espera hasta que, por fin, una mañana la ve empujar la cancela de su jardincillo. Es ya casi mediodía y la joven la pilla parapetada tras los tallos de una siempreviva. La verdad es que tampoco ha tardado tanto en acudir a su reclamo. El absurdo encuentro del otro día en el quiosco de prensa no le dejó buen sabor de boca, le asaltó el temor de que al mudarse, por consejo suyo, a su antiguo piso hubiera sufrido un retroceso pero, al verla atravesar el atajo de tierra que conduce a la casa con la misma expresión obstinada de su adolescencia, se relaja porque comprende que una parte de ella ha regresado del frío.

La joven la saluda con la mano y entra en su casa sin pedirle permiso. Clemencia la sigue en silencio interpretando como una buena señal la caricia que unas matas de hierbabuena regalan a sus

pantorrillas desnudas.

—¿Sigues bordando, Clemencia? —le pregunta Lucía con su voz ligeramente áspera apenas la siente detrás.

—No, niña. Los dedos se me han vuelto torpes y solo me salen puntarracadas —se excusa pesarosa.

—¿Tus benditos dedos de anguila? ¿Cómo es posible, maestra?

Ella la ve y la oye, ahí, a su lado, y nota cómo al pronunciar el nombre que solía darle en el taller una grieta se abre en el tiempo. Todas las cicatrices acumuladas en su gastado cuerpo, la risa del hijo perdido, los bordados sin terminar, aquella presencia transitoria que fue su marido, se hacen regatos y la recorren entera, haciéndola entrar en una dimensión fluida en la que se nota resbalosa como el aceite de las lamparitas antiguas.

—Vaya, ¿entonces ya recuerdas que bordábamos las dos juntas y que yo te enseñé cómo había que pasar la aguja para no ensuciar la tela ni el hilo?

—Lo recuerdo. Por eso quiero que me ayudes a bordar los motivos del perchero en un lienzo —anuncia Lucía con urgencia en la voz—. Solo tú puedes hacerlo.

Clemencia se queda de una pieza. La joven se refiere al perchero que fue de su madre y que ella ha guardado todos estos años. Antes de contestar la mira detenidamente: sus ojos siguen siendo dos carbones encendidos y, a pesar del tiempo transcurrido, conserva sus aires de reina y esa forma algo anticuada de vestir que, lejos de restarle atractivo, acentúa su misterio.

Conrado tenía razón cuando le dijo que ellos eran las dos personas que mejor la conocían: «Mucho mejor que su propio marido. Tú, porque has sido su segunda madre, y yo, bueno… Porque nadie imagina cuántas noches de mi desgraciada juventud pasé soñando con ella», le confesó con un hilo de voz.

—Bueno, erais vecinos, supongo que os encontraríais a menudo —lo tranquilizó ella al percatarse de la agitación que invadía su cuerpo contrahecho.

—Pues sí, nos tropezábamos en la calle. Y además la ventana de su cuarto caía enfrente de la mía: con solo acercarme al cristal, la veía bordar bajo el foco redondo del flexo, cepillarse la melena negra y leer las fotonovelas que me compraba. No es que la espiara, no pienses mal; es que mirarla me alegraba el día. Otras veces, en verano sobre todo, se acodaba en el alféizar y se quedaba quieta mirando el cielo estrellado igual que hacía yo. Los dos a la vez mirando el mismo cielo. En esos momentos, créeme, yo tocaba la felicidad con la mano, porque Lucía para mí siempre fue la chica más especial del barrio. Y aunque te parezca mentira, no era por su belleza. Eso no fue lo primero que me atrajo de ella. Mujeres guapas hay muchas. Lo que me atrajo de

ella fue que era la única chica del barrio que enrojecía cuando yo la requebraba. Era como si de verdad me viera.

—No se puede decir que tuvieras grandes aspiraciones.

—Me conformaba con poco, sí, pero tú sabes mejor que nadie que en este perro mundo la felicidad es cuestión de matices. Para alguien como yo, que no tenía sitio ni en el cine de los domingos, la felicidad era contemplar esos momentos de intimidad de Lucía e imaginar que estaba a su lado.

¡Pobre Conrado! Hablaba como un personaje de sus fotonovelas, pero es cierto que él también la quiso de verdad. Clemencia se acerca a ella con sus pasos renqueantes. Ahora la tiene tan cerca que percibe el olor azafranado de su aliento. Por su aspecto se diría que está bastante mejor que el mes pasado, pero una puerta abre otra y su instinto le dice que algo ha cambiado irremisiblemente en su antigua discípula, que, aunque se ha recuperado físicamente, esa muchacha que jugaba a todas horas con su niño y que medía el grosor de los tejidos al tacto —algodón, lino, tergal, raso, terciopelo—, ya no existe. Su cuerpo es el mismo, pero a su cabeza le será muy difícil, por no decir imposible, volver a ser la que era.

Aunque, bien mirado, eso tampoco importa tanto. No existe ningún camino repetido ni ninguna identidad fija. Nunca los hubo. Todos mudamos de piel y todos estamos condenados a tener existencias distintas dentro de una misma y única vida. Lo más irónico es que luego nos hacemos preguntas sobre lo que fue y lo que pudo ser. La única diferencia es que unos experimentan ese proceso como una línea continua y otros, como una sucesión de bengalas que alumbran un escenario distinto cada vez dejando a los demás en la oscuridad.

Lucía parece impacientarse al notar sus dudas, así que ella se apresura a abrir la antigua habitación del hijo, que es donde guarda el mueble que la joven busca: un antiguo perchero de madera noble, bellamente tallado y barnizado.

—Bueno, aquí lo tienes —anuncia retirando con cuidado la sábana que lo cubre—. Como ves, lo tengo bien cuidado.

La joven se acerca hasta casi tocarlo y contempla con atención cada una de las caras talladas que rodean el espejo central. Va de la una a la otra, seis en total, repasando los detalles tan concentradamente como si los estuviera reconociendo. Los dientes afilados en forma de púa, las narices ganchudas, los párpados semicerrados y los picudos hocicos de lobo siguen desde su hieratismo cada uno de sus movimientos, y ella sonríe por primera vez.

—Lo recordaba más grande.

—Es normal. Tú eras más pequeña y yo, más joven —apostilla Clemencia con un leve suspiro—. Pero ¿para qué quieres hacer una

copia? Llévate el original. Es tuyo. Lo guardo para ti —la invita afectuosamente mientras roza apenas el trabajado duramen del mueble.

—No hay originales, Clemencia, todo es copia de una copia —responde la otra convirtiendo su voz agrietada en un cuchicheo.

A la tenue luz de la habitación, la vieja bordadora descubre un escorzo desconocido de su cara. Es su Lucía de siempre, sí, pero con algo nuevo y ambiguo en el semblante. Los ojos se desplazan ansiosos de un lado a otro, como si solo fueran capaces de mirar hacia dentro, y las mejillas parecen rendidas a una palidez astral. Desgraciadamente ella sabe bien lo que eso significa. Puede leer rostros y cuerpos como si fueran libros, puede incluso percibir cualquier cambio de humor en los demás, aunque también es cierto que si ahonda mucho en ello lo paga en su carne. Sin embargo, en este caso, no le importa demasiado. Esta chica siempre fue especial para ella.

—¿Dónde están los hijos que querías tener, niña?

Se ve que la pregunta la coge desprevenida, porque su mirada se hace más escurridiza y volátil.

—Los perdí —contesta lacónica y sin inmutarse.

—¿Y tu marido? ¿Tienes alguna noticia suya? —insiste ella en un susurro.

El cuerpo de la joven se tensa como un arco a punto de disparar la flecha y en sus ojos brilla el filo de una tijera.

—¿Sabes? —confiesa tras un titubeo—. Bordé un rollo de seda con motivos dispares: pájaros, flores, frutos y otras cosas. Lo bordé tal como todo me venía a la cabeza, sin muestra ni modelo. Un enorme mantón para protegerme del frío. Pero no resultó. Al final todos los trazos quedaron superpuestos sin orden ni armonía. Aunque lo peor no fue eso. —Ahora su exasperación se hace más evidente—. Aquella combinación no transmitía nada. Estaba vacía, era un maldito agujero negro.

—Está bien, hija. Todas tenemos algún recorte baldío —la tranquiliza la mujer—. Es lo normal.

—Lo mío no era baldío, era simplemente negro. Al superponerse el colorido, la seda se volvió negra. Por eso ahora necesito bordar de nuevo ¿Comprendes? —añade con la ansiedad a flor de piel—. Bordar el perchero a mi manera y ver si puedo recuperar mi antigua capacidad. Tú misma lo dijiste el otro día: estoy aquí para eso, para recobrar lo que me falta.

A Clemencia le conmueve el desgarro con el que pronuncia las últimas palabras. Puede ver perfectamente reflejado en su cara el estupor mezclado con el miedo y la rabia. ¡Pobre Lucía! Su niña querida, tan fina y delicada, ya ha hecho acopio de un buen montón de escombros.

—Bueno, si tanto lo deseas, lo bordaremos —cede.

Lucía coge sus manos reumáticas y las estrecha contra su pecho. Sus ojos y su boca parecen deshacerse, diseminarse dentro de su demacrado rostro para volver a perfilarse enseguida en otro en el que despunta una expresión más relajada y vigorosa.

—¿En cañamazo, a doble labrado?

—Lo haremos tal y como quieras —asiente Clemencia reconfortada por el calor de ese contacto—. Esta vez, diriges tú.

6

El subinspector José Manuel Alarte suspira de alivio al quitarse los zapatos. Son las siete de la tarde y, después de tantas horas de oficina, le duelen horriblemente los pies. El sedentarismo de los últimos años le está pasando factura en forma de unas varices cada vez más abultadas que amenazan con arruinarle la poca agilidad que le queda. Saboreando la delicia que supone caminar descalzo por la casa, va hasta la cocina, coge un par de cervezas del frigorífico y luego se dirige a la sala donde tiene la cartera con los documentos del caso Costa para dejarse caer sobre su única butaca no desvencijada. Una vez bien arrellanado en ella, apoya los hinchados pies sobre un viejo puf y se los masajea concienzudamente, primero uno y después el otro.

Algo más confortado, enciende el transistor que reposa en la mesita auxiliar y se acomoda para beber directamente de la botella. La voz de la locutora rompe el silencio de la habitación lanzando una sarta de datos sobre corrupciones políticas y diferentes clases de crímenes y catástrofes. «¡Bah! Lo de siempre —se dice él, vaciando una de las cervezas de un trago—. Chismes de consumo rápido para calmar la ansiedad de la masa aburrida. ¿Que el ganado lanar pide sucesos? Pues se los damos y, de paso, les hacemos creer que son personas que no se chupan el dedo, que saben de qué va esto y que podrán soltar una opinión concluyente en la barra del bar cuando las circunstancias lo requieran. ¡Menudo fiasco!»

Él sería una más de esas ovejas crédulas si no le hubiera tocado participar cientos de veces del escandaloso tráfico de mentiras y datos falsos inventados para salvar el culo de alguien que no lo merece. Recorre con la vista la pared decorada con todos los títulos y distinciones obtenidas en su carrera en la policía, y con una torsión de muñeca abre la otra botella. Un repertorio que no le ha servido de mucho, la verdad, aunque colgado en la pared, queda bonito.

Hace tiempo que ha abandonado cualquier ambición profesional y, contrariamente a lo que esperaba, no siente ningún vacío existencial ni nada por el estilo. No es como cuando renunció a trabajar en la carpintería que su padre abrió en Martorell con mucho esfuerzo. Aquello sí que le costó un verdadero disgusto, porque el

tacto y el olor de la madera formaban parte de su vida. En fin, pasó lo que pasó y tuvo que engancharse a lo que tenía más a mano y apechugar con ello. Ahora ya está acostumbrado a lo de ir sacando tripas y destapando miserias, pero le sigue jodiendo mucho la mala baba que cunde por la comisaría. Allí no tiene amigos; ni quiere tenerlos. Total, salvo algún novato que se escapa a la mediocridad circundante, a casi todos los que pululan por los despachos a la espera de la palmadita en la espalda solo les interesa la jubilación y que el jefe no les toque demasiado las pelotas.

No les culpa. Con unos jefes que parecen sacados de un club de aficionados, no se puede pedir más. Es lo de siempre, la pescadilla que se muerde la cola. Dicen que el liderazgo es de gran importancia para este trabajo pero, claro, una cosa es predicar y otra dar trigo. Los de arriba suelen promocionar a los mediocres para que los elegidos sean tan previsibles como ellos mismos. Y después, ¡hala!, a camuflar su incompetencia con miles de cursillos. Todos esos seminarios de pacotilla en hoteles elegantes, donde un montón de gente aburrida anota las palabras del último gurú, se han convertido en la moneda de cambio que está matando el espíritu de unidad y el orgullo del cuerpo. ¿Cursillos de reciclaje?… ¡Y una mierda! ¡Vaya timo! Él ha asistido a unos cuantos y no pasan de ser cuatro chorradas archisabidas que encima cuestan millones del erario público cada año. Gastar la pólvora en salvas, y total, ¿para qué? Pues para que los listillos ganen una pasta fácil y los otros, los que calientan la silla, vayan dándose pisto y llenando sus currículos. Porque algunos son profesionales de eso: del medro y el peloteo. De hecho, casi todos los que empezaron con él, o son ya inspectores, o andan por los pasillos de los políticos abrillantándoles el sillón para asegurarse un puesto cuando finalice el traspaso definitivo de competencias a los Mossos d'Esquadra. Casi todos… menos algún tonto del haba como él, un charnego que se ha centrado en su trabajo… y así le ha ido.

Así que últimamente no se rompe los cascos por nada. Con cumplir lo que le manda el inspector jefe Cardona, el cual lleva años interpretando el papel de su valedor, le basta y le sobra. Sus padres —el de Cardona y el de él— eran del mismo pueblo albaceteño, emigraron juntos a Barcelona y siempre mantuvieron una buena relación. Fue el padre de Cardona quien convenció al suyo —cuando se le declaró el cáncer que lo llevaría a la tumba— de que metiera al chico en el Cuerpo de Policía, donde su hijo ya había empezado y con buen pie. De hecho, muchos de sus compañeros piensan que sin el enchufe de Cardona, él nunca habría obtenido la placa de subinspector, cuando eso es una infamia, pues en realidad a Cardona lo reconcome tenerlo allí. Su presencia le recuerda sus propios orígenes charnegos y esa es la principal razón por la que le encasqueta

siempre los casos más absurdos, los que no tienen vuelta de hoja, esos en los que no hay nada que rascar y en los que nadie se podría lucir. En fin, el pan nuestro de cada día, aunque eso le importa ya cuatro pitos.

Sin darse tregua, la emprende con la segunda cerveza. El denso líquido le calienta dulcemente el pecho aportándole algo de consuelo. «¡El pan nuestro de cada día! —se repite dejando el botellín mediado en el suelo —¡No querer ser un lameculos!» Su negativa a pasar por el aro fue una de las razones de que su mujer lo dejara. Se escudó en gilipolleces como que él había cambiado mucho, que ya no podía soportar su mal genio y su falta de comprensión… pero dijera lo que dijera, él sabe que no lo plantó por eso, sino porque lo consideraba un fracasado. Un incapaz. Un oficial pelado que nunca ascendería.

La muy borde lo jodió bien. Se quedó con el piso y encima va diciendo por ahí que él es una mala influencia para las niñas. ¡Una mala influencia! Tantos años deslomándose por ella y las crías, y todo para acabar asilado en casa de su madre. ¡Menuda experiencia amorosa, la suya! ¡Quién se lo iba a decir! Cuando pensaba que había construido algo importante, que su vida tenía unos cimientos sólidos y que se había casado una mujer en la que podía confiar, ¡la cabrona se lía la manta a la cabeza y de una patada lo manda a la mierda!

Delante del juez puede inventarse lo que quiera, pero la verdad es que lo dejó porque se avergonzaba de él, porque se cansó de esperar más dinero, más relaciones sociales, mejores vacaciones y todas esas zarandajas que llevan de calle a las mujeres. Empezó tratándolo como un trapo porque vendiendo seguros ella ganaba el doble que él, hasta que por fin, la muy guarra, lo abandonó. Lo sacó de su vida como si fuera un mueble viejo y apestoso. Y ahora que por fin, mal que le pese a esa víbora, ha ascendido, la promoción le ha llegado demasiado tarde. Esa tía le ha hecho mucho daño. Lo ha humillado. Lo ha atacado. Lo ha cabreado, y él se ha tenido que comer el marrón sin rechistar. Pero que se ande con ojo, porque las víboras, más pronto o más tarde, acaban en el saco.

El ruido de la puerta del piso cerrándose suavemente lo saca de sus cavilaciones. Le echa un vistazo al reloj. Las ocho y media, la hora en que su madre suele volver del bingo haciendo ver que ha ido a dar un paseo o que se ha entretenido en la parroquia. Otro fingimiento con el que tiene que comulgar diariamente para preservar la paz de la casa. ¡Qué se le va a hacer! La vieja ya no es la que era y cada vez que intenta hacerla entrar en razón, empieza a dar la tabarra con su soledad y sus dolores reumáticos, cuando no pasándole la cuenta por haberlo acogido en su casa. Realmente todas las mujeres tienen un punto de queja continua que le resulta insoportable. Antes eso le pasaba más desapercibido, pero desde que su ex lo dejó, no lo puede

soportar, se trate de su vieja o de la muerta de la curva. Además, no le faltaba otra cosa que empezar a pelearse con ella. Ni hablar. Con tal de que lo deje tranquilo, que haga lo que quiera.

La oye acercarse por el pasillo con sus pasos menudos y vacilantes y se apresura a esconder las botellas de cerveza bajo la butaca. Después abre la carpeta del caso Costa y empieza a repasar su contenido como si lo viera por primera vez, como si no se supiera de memoria la denuncia, el CD de las declaraciones de los testigos, los informes médicos, las fotografías de la víctima y todo lo demás, atestado incluido. La ha cogido de la comisaría con la idea de volver a echarle una ojeada, pero ahora se alegra de haberlo hecho. Le será útil para eludir los constantes requerimientos y reproches de su madre.

—¡Mira qué bien! No me esperaba que ya estuvieras aquí —exclama la anciana entrando en la habitación—. Hoy has llegado pronto.

La mujer se acerca renqueando a la butaca donde el policía está sentado. Su expresión es inusualmente animada, se ha pintado los finos labios con un color rojo oscuro y lleva el pelo ahuecado sobre la frente.

—He llegado pronto, pero tengo trabajo —contesta él por todo saludo clavando la vista en uno de los folios que acaba de extraer de la carpeta.

—¡Vaya por Dios! ¿Entonces hoy tampoco vas a ajustar el estante de la cocina? Los tornillos están flojos y cualquier día se me va a caer la vajilla encima.

—No, mamá, hoy no puedo. Este caso es urgente.

—¿Urgente? Todo es urgente menos lo que tu madre te pide —protesta la anciana sentándose en el sofá que queda frente a la televisión con dos trabajosas torsiones de cadera—. ¿Y de qué se trata esta vez?

—¿Que de qué se trata? A ver, mamá, ¿en dónde trabajo yo? ¿Eh? En Desaparecidos, ¿no? ¿Pues qué va a ser? Un caso de desaparición —masculla Alarte irritado.

—Claro, una desaparición —silabea la anciana—. ¿Y quién ha desaparecido? —pregunta poniendo en marcha el aparato con el mando a distancia.

—No es de tu incumbencia. Y, por favor, no pongas la tele, que tengo que repasar las declaraciones de los testigos y no puedo concentrarme —ordena frunciendo el ceño.

—Pero ¿por qué me hablas así? ¡Menudo genio! Parece que te hayan tirado un gato a la cara. Y claro, como yo no me quejo… pues a pagarla conmigo. —Los blandos músculos de su cara tiemblan ligeramente con los gimoteos impostados.

—Mira, mamá, no quiero discutir. Tengo trabajo y sabes de sobra

que no puedo comentar los casos que investigo con nadie. ¿O es que no comprendes la palabra «nadie»?

La anciana se acurruca en el sofá. Ahora su rostro lleno de manchas marrones presenta una expresión abatida, lo que la hace parecer físicamente más débil que cuando ha entrado en la habitación. Durante unos segundos contempla en silencio el gesto enfurruñado de su hijo y luego, como el que toma una decisión heroica, apaga el televisor, se levanta con dificultad de su asiento y se dirige cojeando a la puerta.

—Está bien. Me voy a la cocina para que puedas trabajar en eso tan importante. No quiero molestarte más —replica con el retintín asomando a su cascada voz.

Alarte la sigue un momento con la mirada; luego se repantiga en la butaca e introduce el CD en el reproductor para escuchar la grabación de las declaraciones. Se huele que esa tal Lucía a la que han interrogado por la mañana en el hospital esconde algo. Apostaría cualquier cosa. La tipa es guapa y tiene clase —no parece una locatis de las que tanto abundan hoy—, pero por experiencia sabe que esas son las peores. Se les da bien fingir que son buena gente, víctimas de las injusticias de la vida y todo ese rollo, para enredar a los pardillos.

Ese asunto apesta a contubernio. Si consiguiera encontrar algo nuevo, quizá tendría una oportunidad o, al menos, podría restregárselo por las narices a esa compañera inaguantable que le han asignado. Eso le demostraría de una vez por todas quién manda. O mejor aún, demostraría a la comisaría entera que él sabe llevar una investigación.

Oye que su madre rezonga por el pasillo y, temiendo que vuelva a importunarlo con otra perejilada de las suyas, conecta el reproductor a toda prisa. La voz cavernosa del interrogador, seguida de otra tan aguda que parece un falsete, resuenan en la habitación silenciosa.

3 de mayo de 2003
CLARISA VARELA, 75 años, viuda
Madre del desaparecido

—Por muy modosita y perfecta que parezca, a mí no me la pega. No sé en qué estaría pensando mi hijo cuando se casó con ella. Que si muy guapa… que si muy educada… que si borda como los ángeles… que si la madre debe tener buenos dineros… ¿Buenos dineros? Pero ¿qué iba a tener esa, si la desgraciada abandonó al marido, o sea, al padre de Lucía, por un picapleitos comunista? Y así le fue. Él murió y ella tuvo que ponerse a bordar, así que ya se puede imaginar que muchos dineros no tendría… ¡Vamos, digo yo!

—(…)

—Ya, ya, claro, la hija… Pues la hija lo mismo. De tal palo, tal astilla… Una arpía, eso es lo que ha resultado. Cuando iban de novios, venía a mi casa y se quedaba sentada en el borde de las sillas, mirándolo todo como si le diera asco. No abría la boca ni por equivocación. Tenía que ser yo la que se esforzara por entablar conversación, como si ella fuera la reina y yo, su dama de compañía.

—(…)

—¿Ahora? Pues ya se lo he dicho. ¡La muy desvergonzada ha puesto en venta el piso que compró mi Adolfo y va de aquí para allá como si no pasara nada! El barrio entero no habla de otra cosa.

—(…)

—¿Para pagar las deudas? ¿Qué deudas? ¡Eso de la ruina y del juego es un invento! Rumores malintencionados que vete tú a saber de dónde han salido. ¡Como si yo no conociera a mi hijo! Otra infamia de mi nuera; como lo de venirse a vivir a cincuenta metros de aquí y no dignarse decir hola. Ni una explicación, ni una palabra de consuelo. ¡Qué le voy a contar, si cuando me la encuentro por la calle se me revuelven las tripas igual que si tuviera a mi hijo dentro pidiendo venganza!

—(…)

—¿Que ha huido, dice? Otra estupidez y gorda.

—(…)

—¡Claro que viaja! Es su trabajo. Pero siempre me avisa, nunca han pasado más de quince días sin que supiera de él. Y, ahora, ni una señal a su madre desde el mes pasado.

—(…)

—¡Me da igual lo que digan los de ese barco! Aunque haya acabado el contrato y se haya tomado unas vacaciones, que bien merecidas las tiene, esto no es normal. Dígame usted si, en mi lugar, no hubiera denunciado el caso. Desaparecer así, ¡qué cosa más absurda! ¡Si solo piensa en su trabajo y en la mosquita muerta esa! A mi hijo le ha pasado algo malo y su mujer está en el ajo. Por ahí hay que empezar: por investigarla a ella. Se lo dice el corazón de una madre.

Alarte desconecta el aparato con una pulsación seca y aprovecha la pausa para dar buena cuenta de la segunda cerveza. Parece que la suegra lo tiene claro, pero todo lo que dice y nada son la misma cosa. Peor, sus palabras dan la impresión de un delirio de madre celosa, y eso merma la importancia de su declaración. «En fin, pura cháchara», se dice volviendo a poner en marcha la grabación.

8 de mayo de 2003
CONRADO GRACIA, soltero, 42 años
Regenta el quiosco de prensa de la c/ Purdán, 20

—En aquella época yo estaba coladito por ella… pero hablar, hablábamos poco. Bueno, lo mío era normal… quiero decir, el que no se fijara en mí. Ella era guapa, con unas piernas estupendas y esa voz algo áspera como de actriz de cine, mientras que yo solo era el tullido de La ventanilla. Aunque no vaya usted a pensar lo que no es; a los demás tampoco les daba mucho carrete. No era de las que hacía migas con cualquiera, ni mucho menos.

—(…)

—Sí, claro que la veía a menudo, ¡cómo no! Vivía justo enfrente de mi casa. Arriba, en el quinto. Además, compraba *Sensación* todas las semanas, una fotonovela que entonces tenía mucho éxito.

—(…)

—El piso lo vendió una inmobiliaria cuando murió su madre y ya no supimos más. Pero, mira tú por dónde, aparece ella por las buenas y, como estaba libre, lo vuelve a alquilar. Del marido no sé nada, hace años que no lo veo.

—(…)

—El mismo, sí. En mi juventud era uno de los mejores del barrio, no digo que no. Hasta tenía terraza… solárium, lo llaman ahora… pero eso no quita para que venir a alquilarlo aposta sea una rareza, porque a día de hoy hay otros con más comodidades y mejor precio; pero Lucía siempre fue una chica diferente.

—(…)

—¿Que en qué sentido? Pues no sé cómo decirle. Diferente… Con más personalidad que otras de su edad. Recuerdo que con eso de la moda del bronceado, sus amigas subían al terrado a tomar el sol, todas como locas. Desde el quiosco las veía bajar sofocadas como perros, pero ella, nada, blanca como la leche.

—(…)

—Bueno, algunas, dos o tres. La que más venía era Rosa, la de la boutique Capri. Confieso que me daban algo de envidia. ¡Menuda suerte! Toda la tarde haraganeando al sol mientras que yo tenía que pringar doce y catorce horas diarias para vender cuatro tebeos y alguna bolsa de pipas. Y eso que lo de utilizar la ventana de mi cuarto como mostrador me arregló la vida, porque si no, ¿dónde iba a encontrar trabajo en el 74 un pobre minusválido como yo?

—(…)

—Sí, señor, yo empecé a trabajar en el 74, con catorce años, y vendía lo que podía por la ventana de mi habitación. Ahora las cosas han cambiado mucho y La ventanilla es un quiosco en regla, con licencia y protección oficial, pero hasta que me reconocieron los derechos… uf, sudé la gota gorda.

—(…)

—¡Por supuesto que la reconocí enseguida! No la veía desde el entierro de su madre, pero no ha cambiado tanto. Alguna arruga disimulada, el pelo más corto… pero la misma mirada reconcentrada, como si algo la estuviera comiendo por dentro, y esa forma de andar como subida en una nube… Pues lo mismo, inconfundible.

—(…)

—Sí, en el barrio se dice que el marido lleva dos meses sin dar señales de vida.

—(…)

—No. No tengo nada más que añadir. Solo que no me explico qué vio Lucía en ese fantasmón, porque el tipo es de los que se hacen notar, y ella, en cambio, tan educada, tan distante. No pegan nada pero, en fin, parejas más raras he visto…

8 de mayo de 2003
ROSA VALLESPÍN, 32 años, casada sin hijos
Dueña de la boutique Capri, c/ Resol, 68

—De niña iba con frecuencia a su casa, sí. Su piso era más grande y luminoso que el mío, aunque con un inconveniente: cinco interminables tramos de escaleras. En el vestíbulo tenían un perchero, de esos antiguos con espejo en medio. Ocupaba toda la pared y la madera estaba tan trabajada que parecía un encaje. Me acuerdo bien porque ese mueble me tenía completamente fascinada… hasta soñaba con él.

—(…)

—Pues me gustaba porque en la barra de bolas hacíamos cabriolas como si fuéramos bailarinas de ballet, y también porque, a la derecha, tenía un paragüero ideal para jugar al escondite. Era tan ancho que de pie, y bien apretadas, casi cabíamos las dos. Aunque los diablos me daban dentera, la verdad.

—(…)

—Nada, unas caras talladas al estilo de las gárgolas que adornaban la parte de arriba del espejo, y las llamábamos así. Cosas de niñas. A mí me asustaban y saltaba sin mirarlas, pero notando todo el tiempo que estaban ahí, encima de nosotras. Lucía aún les tenía más miedo que yo, aunque disimulaba. A veces, pasaba por delante tapándose los ojos y como gimiendo. Era muy impresionable, pero también reservada para sus cosas.

—(…)

—¿El perchero? No sé. Cuando ella empezó a salir con Adolfo nos distanciamos tanto que acabé por perderle la pista, aunque me da que ahora valdrá una fortuna.

—(…)

—¡Claro que la apreciaba! Aunque no voy a negar que a veces me fastidiaba cómo se comportaba.

—(…)

—¿Que cómo? Pues como si estuviera fuera del montón, como si las demás fuéramos

clónicas y ella, en cambio, especial. No sé si me explico. Pero, en fin, luego el bombo da muchas vueltas y a mí no me va tan mal. Tengo mi propio negocio y puedo permitirme algunos lujos.

—(…)

—No, no la he visto desde el entierro de su madre, pero me ha llegado la onda de que va rodando por ahí. Ya sabe, en las tiendas se recogen todos los chismes. Seguro que en cualquier momento me la topo. Aquí, más pronto que tarde, todos nos encontramos.

—(…)

—Sí, Ángel, mi marido, también la conoce. En realidad, crecimos los tres juntos. En cambio, Adolfo Costa vino más tarde. De Puerto de Sagunto, creo. Era un chico algo engreído y no llegó a cuajar en nuestro ambiente. Guapo, eso sí.

—(…)

—Bueno, dicen que estudiaba para maquinista naval y que no llegó a acabar la carrera. Ahora trabaja por contratas en cargueros, plataformas petrolíferas y cosas así.

—(…)

—No sé. Desde luego, cuando vivía aquí se relacionaba con gente de fuera del barrio. Al menos, eso decía él, porque yo no los vi nunca con nadie. Siempre iban los dos solos y como con una barrera a su alrededor. Parecía como si los demás les molestáramos.

—(…)

—¿Ojeriza, yo? ¡Qué va! Mire, no se equivoque. Él nos hacía el vacío y miraba por encima del hombro a todo el mundo, pero es que era así y ya está. Es más, si con alguien se llevaba bien era con mi marido, porque a los dos les apasionan los motores.

—(…)

—Pues pasó lo normal: se gustaron y se casaron. Aunque es verdad que son bastante distintos.

—(…)

—Distintos. ¡Yo qué sé! Adolfo tiene el estilo típico del fatuo, bocazas y todo eso, pero en el fondo muy previsible. Lucía es otra cosa. De entrada, parecía de esas que creen en el príncipe azul, pero la verdad es que nunca llegué a conocerla bien.

—(…)

—Pues porque es de esa clase de personas de las que siempre se te escapa algo y no sabes el qué. O sea, que nunca estás segura de por dónde van a salir.

—(…)

—De Adolfo sé lo que dice todo el mundo: que si la ha abandonado, que si ha huido de la ruina, que si tenía muchas deudas de juego… El caso es que ha desaparecido y nada más.

—(…)

—Oiga, yo no voy a mentir por ella. ¿Por qué habría de hacerlo? Hace mucho que no tenemos relación, ni falta que hace; y lo de volver aquí después de diez años, me parece simplemente un disparate. Hubiera sido lo último que hubiera hecho yo.

—(…)

—Hombre, pues porque en muchas zonas del barrio quien más, quien menos, la conoce y ya se sabe que, en sus circunstancias, la gente no para de chismorrear. Pero, claro, yo ni soy Lucía, ni suelo hacer cosas así de estrafalarias.

Después de una prolongada pausa se oye un carraspeo y luego vuelve a sonar la voz grave del principio, con un deje más cansino y aburrido si cabe.

17 de mayo 2003
CLEMENCIA MONTAL, 70 años
bordadora jubilada, viuda sin hijos

—Sí, señor. A bordar. Viene a mi casa a bordar. Bueno, es normal, ¿no? Yo le enseñé el oficio.

—(…)

—Tengo un perchero suyo, sí. Cuando su madre murió, quiso que yo se lo guardara, así que aquí ha estado todos estos años. Conmigo.

—(…)

—La última vez que la vi por el barrio antes de ahora fue en el entierro de su madre.

—(…)

—¿Que si sé por qué ha vuelto? ¡Qué tontería! Pues por qué va a ser, porque se crio aquí. ¿No sabe usted que todas las criaturas de la tierra regresan alguna vez a su primera casa? La pérdida del origen es lo peor que le puede ocurrir a cualquiera, y Lucía no es una excepción.

—(…)

—No, señor, yo no sé nada del tal Adolfo. Ella viene aquí, bordamos juntas, charlamos de los viejos tiempos y eso es todo.

—(…)

—Claro que me alegro. Es la hija de mi amiga Carmen y, además de ayudarme con el huerto, me hace compañía.

—(…)

—Ya le he dicho que a su marido lo he tratado muy poco. Es un chico guapo, pero también algo desconsiderado y altanero. Conociéndola a ella, no parecía que casaran bien.

—(…)

—Pues… no sé, porque ella es más romántica, más sentimental… A Carmen, sin embargo, el yerno le gustaba. Con ella era muy atento y como además parecía ganarse bien la vida, pues miel sobre hojuelas.

—(…)

—No, no sé qué planes tiene. A veces comenta que si le gustaría poner en marcha algo de artesanía, que si tendría salida, que si no la tendría… pero supongo que el día menos pensado aparecerá su marido y se volverá a marchar con él.

—(…)

—Sí, eso me dijo: que quedaron en que ella lo esperaría aquí. A mí no me parece tan raro. No es la primera vez que él desaparece una temporada. Además ¿qué quiere que le diga? La vida está hecha de continuas esperas. De una manera u otra y aunque parezca que no, en este mundo de locos, todos esperamos algo o a alguien. ¿No cree?

La voz de la última declarante reverbera un momento en la habitación dejando tras de sí un eco tenue. «Lo dicho: ¡hay que ver qué material! —se dice Alarte—. Unos testigos y declaraciones de mierda.» De todo lo que ha oído, poco se puede aprovechar. Aparte de que el tal Adolfo Costa debe de haber sido un guripa de campeonato, unos vecinos contando chismes y la loca de la suegra culpando a la nuera. Ni un indicio, ni una pista. Nada. Lo peor es que, después de cuatro años, va a ser difícil indagar por dónde se movía Costa en Barcelona, y encima parece que a la rusa que lo reconoció se la ha tragado la tierra. Según el Chano, ha vuelto a su país. Aunque, a saber si eso es verdad. Desde luego, él no está muy convencido, pero tampoco le extrañaría. Esos jodidos inmigrantes vienen a chupar del bote y cuando se les necesita para algo útil, desaparecen.

El caso está para darle carpetazo, pero para él que en todo este asunto hay gato encerrado. Al principio hasta Cardona lo había admitido. «Esta historia me da mala espina», le dijo hace un mes,

aunque, cuando le mandó al hospital esta mañana, aparentara que no recordaba sus propias palabras. Ha debido de pensar que tirar del ovillo puede costar más tiempo y recursos de los que cree necesarios invertir en una desaparición que ya no es desaparición.

«En fin, en las declaraciones hay poco que rascar», piensa levantándose de la butaca para coger el mando de la tele —se acaba de acordar que televisan un Barça-Madrid—.

Lo que no comprende es por qué interrogaron a esos fulanos si hacía años que no tenían ninguna relación con la tal Lucía y, menos aún, con el desaparecido. ¿No encontraron a alguien más próximo que pudiera testificar, que a unos tipos que se repiten los unos a los otros como loros? La verdad es que tanta unanimidad escama, pero sigue sin tener nada con lo que arrancar. Una posibilidad sería encontrar a alguien que hubiera tratado más directamente al Costa este de los cojones: un amigo, un compañero de trabajo… pero a estas alturas y con las contratas temporales es imposible. Aunque el sujeto tuviera amistad con algún colega, vete ahora a buscarlo, porque la última empresa en la que trabajó se fue al carajo hace dos años. También podría tirar por el lado de la rusa, pero solo tiene un nombre, Galina, que a saber si es auténtico. Encima, como el caso es de desaparición, en el expediente no consta nada sobre las coartadas. Definitivamente, no se puede montar un caso con estos bodrios. Vaya, que lo único que queda claro después de oír los testimonios es que la pareja era bastante rarita y que el fulano tenía fama de calavera. Pero eso, ¿qué?

Una buena gaita, sí, señor. Cardona, que es un lince, lo ha visto a la primera. «Date una vuelta por el hospital, pero este para archivar», le ha dicho. Así que, ¿qué coño puede hacer él, aparte de archivarlo y dejar que el pobre diablo la palme en paz? Nada, salvo comerse el coco. No le endosan más que pejigueras. Caso que no tiene solución, va a parar al *pringa'o* de Alarte. Pero la culpa es suya. Como no sabe plantarles cara a los gerifaltes, lo normal es que a sus manos solo llegue la morralla que no quiere nadie. Pero algún día se va a cansar de tragar quina y más de uno se arrepentirá de haberlo tratado como a un tarado. Eso seguro. Lo de la promoción ya le da igual, sabe perfectamente que ha llegado a su techo —habla mal el catalán y no tiene valedores—; pero les va a demostrar a todos que él es capaz de resolver a pelo un caso de enjundia por puro amor propio. No como otros que, teniéndolo más fácil, no hacen más que rascarse los huevos.

—Madre, prepárame un bocadillo de jamón y tráelo con un par de cervezas, que voy a cenar aquí. Televisan un partido importante y no me lo quiero perder —grita mientras gira la butaca hasta colocarla en el ángulo de visión deseado—. ¡Y haz el favor de darte prisa, que tengo hambre!

MIÉRCOLES

7

Es en esa hora temprana, mientras espera que Betty llegue al taller, cuando Gloria suele revisar el remate de las labores y pone orden en los encargos acabados y listos para la entrega. Es una tarea algo ingrata que ella cumple con gran minuciosidad y para la que no le importa tomarse el tiempo que haga falta. La explicación que se da a sí misma es que el trabajo debe salir conforme a lo que los clientes piden, y eso implica que no se cuele ningún fallo. Según ella, no dejar nada al azar es uno de los cometidos principales de una buena encargada. Aunque si ha de ser sincera, esa no es la única razón de tanta diligencia. No lo quiere confesar, pero esa operación se ha convertido en un ritual imprescindible para comenzar bien el día. Le ayuda a repasar las muchas faenas que le esperan y, lo más importante, a rumiar el rencor que le causa la actitud de su marido y la preocupación de si él habrá entendido lo que ella ha querido decirle esa mañana, o qué quiso decir él ayer por la noche; una obsesión que le oprime el pecho como un corsé que no la dejara respirar.

De hecho, en los últimos días la cosa ha empeorado bastante. Él apenas le dirige la palabra y, cuando lo hace, adopta esa forma de hablar íntima en apariencia, pero que no es más que una manera de excluirla de sus asuntos e impedir la comunicación. Cosas como «¡Claro que confío en ti, pero no te puedo decir nada sobre esto», o «Créeme, es mejor para ti quedarte al margen», revelan, a su juicio, una profunda desconfianza hacia ella y son la punta del iceberg del distanciamiento que están viviendo. Tal vez sea una ofuscación suya, pero no entiende qué es lo que un fontanero calefactor no le puede contar a su mujer. Los secretos nunca traen nada bueno. O lo que oculta su marido es algo inconfesable, o se trata de una estratagema para hacerle ver que ella ya no forma parte de su vida, así que ha optado por no preguntarle más. Prefiere callar a sufrir la humillación de verse engañada cínicamente.

Lo malo es que esa carcoma se ha extendido a la relación con sus hijos. Esta mañana, sin ir más lejos, ha vuelto a salir de casa sin prepararles el desayuno. Si llevan tanto tiempo sin cenar con ella y se las han arreglado, también podrán desayunar sin que ella les tenga que dejar puesta una mesa de hotel de lujo, se dice resentida. Hace

una semana que resolvió hacerlo así y respetará su decisión, por mucho que le duela.

En fin, es lo que está de moda esa temporada y no parece que de momento vaya a cambiar. Su marido viene ya cenado de sus escapadas al bar y los chicos, en cuanto entran en casa, se encierran cada uno en su cuarto sin saludarla siquiera ni dar ninguna explicación. Llegan como animales salvajes, cogen las sobras guardadas en el frigorífico y desaparecen tras las puertas de sus respectivos cubiles, en los que pronto se oye alguna música espeluznante, el sonsonete de una retransmisión deportiva o los pitidos de un juego electrónico.

Así que ahora cena sola casi todas las noches, sin parar de preguntarse cómo han podido llegar a esta situación, dónde están los hijos de los que tan orgullosa se sentía y de qué le ha servido cuidarles y cocinarles durante tantos años si ahora comen cada cual por su cuenta, como si no soportaran tener que compartir media hora al día con los demás. Ese comportamiento tan ingrato y la incapacidad que demuestran para comprender sus sentimientos la hacen sentirse tremendamente frustrada. Ir de víctima no es su estilo, pero parece que aún no se han enterado de que ella también tiene derecho a llevar su vida. Cuando planteó que su trabajo en el taller le iba a exigir un tiempo que ya no podría dedicar a la casa, albergaba la esperanza de que al menos los chicos la apoyaran; no fue así. Esa falta de respaldo y el tenso ambiente que la rodea le están provocando una rabia permanente que a veces paga con quien no debe.

Por las noches, cuando está segura de que ninguno la oye, llora a escondidas en la cocina. Se avergüenza de ello porque nunca ha sido una pusilánime, pero no lo puede evitar; hay ratos en que siente que se desmorona. Luego se rehace y levanta la cabeza diciéndose a sí misma que no piensa acabar con una depresión como su vecina Diana. A la pobre la dejó el novio y desde entonces está hecha un asco. Antes era redondita, locuaz y graciosa; en cambio, ahora la piel y los ojos le han dejado de brillar, se ha quedado flaca como un palo y casi no habla. Cuando se la encuentra en la escalera suele preguntarle qué tal va, y ella se encoge de hombros o le contesta apáticamente que el médico le ha dado unas pastillas nuevas para que supere lo peor. Aunque superar, ya se ve que no supera nada; lo más que ha conseguido es andar de aquí para allá como un perrito apaleado e inspirar lástima a todos los vecinos.

No, ella no piensa dar su brazo a torcer, no va a darles ese gustazo, se recita día y noche después de hartarse de llorar y darle vueltas al asunto. Y sin embargo, conforme pasa el tiempo, nota que la zanja que los separa se ahonda más y más y que mantenerse en sus trece la obliga a colocarse una y otra vez en la casilla de salida, con lo

cual está perdiendo la esperanza y también la paciencia. Lo peor es que ahora le da por pensar que las cosas tal vez mejorarían si dejara el trabajo y volviera a ocuparse de todo como antes… Y luego se dice que no, que ceder en algo tan elemental supondría aceptar que todo su esfuerzo ha sido en vano y, aunque bastante maltrecho, ella todavía tiene su orgullo. Lucía le dice que no se obsesione tanto con el tema, que deje pasar el tiempo y no se convierta en su propio enemigo, pero la verdad es que cada día se nota más agotada y desfondada.

El ruido de la puerta la saca de sus cavilaciones. Betty llega al taller con su acostumbrado taconeo y su festivo «buenos días». Esa chica siempre parece feliz y contenta. Su placidez le produce una ambigua irritación, la cual ha acabado traduciéndose en el trato áspero y taciturno que sin querer le ha dispensado en las últimas semanas. La joven lo soporta con su habitual jovialidad y no parece darle importancia, pero es precisamente eso lo que pone de relieve cuánto se le ha agriado el carácter en poco tiempo. Y el caso es que enrarecer así su único espacio de paz le genera un sentimiento de culpa añadido que no hace más que aumentar su desazón y su disgusto, pero no lo puede evitar, por algún sitio tiene que salir la tensión. En fin, lo de siempre, la pescadilla que se muerde la cola.

—Llegas tarde, Betty. ¿Otra vez se te han pegado las sábanas?

—Pues no, señora Gloria. Me he despertado bien tempranito. Se ve que su reloj adelanta. O, a lo peor, es que hoy ha amanecido nublado otra vez, porque traemos una cara bien descompuesta —comenta Betty con una sonrisa maliciosa aunque sin rastro de contrariedad en la voz—. Relájese, que en mi pueblo se dice que escampa cuando la tormenta pasa.

—¡Muy graciosa, Betty! ¿Por qué no te metes en tus asuntos y te guardas los consejos para ti?

—Usted perdone. No era más que una sugerencia —contesta la peruana ahogando una risita.

—Pues mi sugerencia es que ordenes bien el género antes de ponerte con la máquina, que luego sale todo mezclado y yo me tiro una hora clasificándolo.

—Está bien, señora Gloria, no se me rebrinque de esa manera por una bromita de nada. La verdad es que haría bien en no tomarse las cosas tan tremendistas, ¿no le parece? —la apacigua la peruana con dulzura.

—¡Tú qué sabrás! —masculla ella dedicándole una mirada fúnebre y dejándose caer sobre su silla.

Le escuecen los ojos y, al mirar hacia abajo, ve como una tela húmeda flotando sobre el suelo. Está demasiado cansada y, si sigue sin dormir y dándole vueltas a cómo ha cambiado su vida en los últimos meses, pronto acabará sufriendo alucinaciones. Tan felices que se las

prometía cuando se casó con Paco y lo fácil que parecía todo cuando lo conoció en uno de aquellos guateques improvisados en torno a unas cervezas y unos discos.

Era una forma de relacionarse tan distinta a la de ahora… Los chicos se las daban de hombres maduros y trataban de conquistarlas haciendo una mala imitación de sus padres. En cuanto tenían oportunidad, sacaban a relucir sus aficiones, sus estudios y sus aspiraciones con una afectación ridícula. Casi todos peroraban con diferentes grados de elocuencia sobre los mismos tópicos, principalmente sus fantásticos viajes —que solían ser excursiones de mochila y tortilla de patata— y el brillante futuro que les esperaba. Los pobres alardeaban de seductores con una teatralidad bastante patética y, con todo, ellas no parecían darse cuenta de nada de eso, al contrario, sonreían y escuchaban una trivialidad tras otra con una paciencia de santo. Ella sentía vergüenza por ellas y luego también por sí misma, porque en cuanto Paco apareció en su horizonte, hizo lo mismo que todas: tratarlo como si fuera la persona más interesante del universo, aunque toda su experiencia mundana se redujera a la empresa de fontanería en la que acababa de ser contratado.

A pesar de todo, aquellos fueron tiempos felices; con mucha más escasez a su alrededor, pero felices. Cuando los recuerda siempre oye a su madre diciéndole: «Hija, no te comprometas hasta que no estés segura del todo. Los amoríos son muy traicioneros y casi siempre es mejor un buen hombre, aunque no te provoque mucho entusiasmo, que el entusiasmo por un hombre que no lo merezca». No sabe si su madre tenía razón o no, porque ella se enamoró como una tonta, pero cuando se acuerda de esas palabras hay veces que se pregunta si tanto amor le valió la pena.

Gloria escucha el ruido del motor de la máquina de Betty y, disimulando su agitación, vuelve la cara hacia la ventana para secarse una indiscreta lagrimilla. Fuera, la capa de nubes gris acero que cubría el cielo al amanecer ha sido desplazada por un ventarrón creciente y ahora un sol desvaído ilumina la plomiza masa de asfalto de la calle, que sigue tan vacía como cuando ella ha llegado. No es extraño, aún falta por lo menos una hora para que comience el habitual desfile de mujeres que van y vienen a las tiendas y los mercados de la zona. Una faena que ella tiene que hacer deprisa y corriendo a última hora de la tarde.

—Vaya, esta mañana parecía que iba a diluviar, pero ha salido el sol sin haber caído una gota —comenta como para sus adentros—. En abril no hay manera de entender el tiempo.

—Yo creo que algo sí lloverá, porque anoche mi mamá tenía la osamenta bien dolorida —cuchichea Betty con la suficiente claridad para que la otra la oiga.

—¿Tiene reuma? —pregunta Gloria suavizando el tono.

—Sí. Y solo le alivia el linimento que yo le compro. Antes de venir le he frotado bien por todo el cuerpo, pero el efecto solo le dura dos o tres horas. Ya casi se le habrá pasado —suspira la joven mirando el reloj.

—Bueno, pues que se lo vuelva a poner ella, o tu padre.

—No, ella sola no puede, no alcanza a mover los brazos, y yo no tengo papá. Mi papá se fue cuando yo aún no había nacido —resopla la chica encogiéndose de hombros con naturalidad.

Gloria se queda sin saber qué decir. Le resulta extraño que en los ocho meses que Betty lleva trabajando allí nunca haya salido el tema. La verdad es que ella, inmersa en sus propios problemas, tampoco se ha preocupado mucho por saber cómo era la vida familiar de su compañera; quizá debería haberse interesado un poco más. ¿Por qué no lo ha hecho? ¿Por respeto a su intimidad o porque no le importa en absoluto? Ninguna de las dos cosas. La razón es más de índole práctico-pudorosa. No está dispuesta a asumir el obligado intercambio de confidencias que ese acercamiento implicaría y que pondría su fragilidad al descubierto. ¿Miedo? Pudiera ser. Y más conociendo el filo de la lengua de Betty. Al fin y al cabo, la chica solo es una empleada y en estos casos mantener las distancias siempre sale a cuenta.

La peruana, mientras tanto, la observa con el rabillo del ojo y, como nota su incomodidad, no dice nada más. De todas formas, prefiere no hablar de eso; le resulta demasiado embarazoso explicar ciertas cosas a la gente de este país porque nunca se siente bien comprendida. No es que no se fíe, pero ha tenido una infancia tan aperreada que mejor se calla. Además, siempre que siente la tentación de largar cosas suyas, le vienen a la cabeza los consejos que le daba su abuela antes de meterse en el catre que las dos compartían, y eso la frena automáticamente.

Es como si llevara grabadas a fuego sus palabras, lo que hasta cierto punto es lógico, porque fueron todas las noches de su infancia que, después de rezar dos padrenuestros y desnudarse, la anciana empezaba con la retahíla. Era un momento de entrañable intimidad y ella aún se recuerda de cómo la sobresaltaba el chasquido de los corchetes de su pollera de bayeta y la perplejidad que sentía al ver semidesnudo a aquel pequeño cuerpo sarmentoso y encorvado. Tenía los brazos nervudos, su abuelita, y bajo las medias rotas, unos muslos delgadísimos cruzados por una red de venillas negras que solía masajearse aplicadamente con glicerina, mientras le desgranaba con gravedad las verdades de la vida: «Hay que saber diferenciar las cosas, *mijita*, saber dónde está tu sitio, qué puedes y qué no puedes hacer sin jugártela, porque en este mundo hay mucha gente mala, gente que por

una chirimoya podrida sería capaz de rebanarte el cuello, y a ti, como eres pobre y eres mujer, solo te resta una oportunidad, la de ser lista y actuar con prudencia».

La echa de menos a su querida abuelita. No acaba de acostumbrarse a su desaparición. A veces cierra los ojos y le parece notar su olor, el olor de los detergentes baratos que usaba para limpiar las casas en las que trabajaba. Salía todas las mañanas al alba y guardaba sus útiles de limpieza en un pozalito de color verde que dejaba en la cocina de la cabaña. Dentro llevaba un estropajo de esparto áspero para la suciedad difícil, un grueso trapo de algodón para la plata, una escobilla para los excusados y bastas gamuzas para el suelo, que lavaba todos los días con lejía. Ella tenía prohibido tocar ninguno de aquellos toscos aparejos, pero se los sabía de memoria porque por las tardes, mientras hacía los deberes del colegio, veía cómo la abuela baldeaba las gamuzas y las bayetas en el fregadero. Luego, las dos esperaban a que su mamá llegara sana y salva de los cocales de Puerto Mayo para cenarse lo poco que hervía en la marmita. «Sobre todo, buen Dios, que no tenga un mal encuentro con los guerrilleros de *Sendero* », repetía la abuelita elevando los ojos al cielo, y entonces ella añadía «Amén».

De improviso, la tonadilla del móvil de Gloria —horrorosa a su parecer por mucho que fuera de una ópera famosa—, se expande por el local. Su dueña se apresura a sacar el aparato del bolso y antes de descolgar, le informa con un susurro:

—Es Lucía.

Betty le da reposo a la máquina y se dispone a seguir con interés la conversación que se va a desarrollar ante sus ojos.

—Entonces ¿vas a quedarte un poco más? —pregunta Gloria ansiosa volviéndose hacia la ventana con el teléfono en la mano.

— (…)

—Ya. Comprendo. Debes resolverlo…

—(…)

—Sí, sí. Tú haz lo que tengas que hacer; y no te preocupes por el taller que yo me ocupo de lo que surja —proclama Gloria con tono resuelto—. Por cierto, el lunes vino una mujer llamada Clemencia. Dijo que traía un bordado tuyo para que lo incluyeras en la exposición.

—(…)

—¿Lucía? ¿Me oyes?… No, creía que se había cortado.

—(…)

—Sí, el lunes por la mañana. Una mujer mayor muy agradable.

—(…)

—No. No dejó ninguna dirección, ni tampoco la labor que traía, que por lo visto es un cañamazo bastante grande. Dijo que antes

quería hablar contigo. Le di el número de tu móvil. ¿No te ha llamado?

—(…)

—Pues claro. Si tú puedes compaginarlo, por nosotras no hay problema.

—(…)

—Sí, sí. De acuerdo. Cuídate, Lucía. Un abrazo.

Después de colgar, Gloria vuelve a meter su teléfono en el bolso y esboza una sonrisa, el ánimo recobrado repentinamente. Betty la mira perpleja. No acaba de acostumbrarse a la voluble vehemencia de esa mujer, pero en fin, cada quien tiene su cual, y la verdad es que cuando habla con Lucía le cambia la cara. Será porque ella tiene el don de iluminar el aire.

—¿Se encuentra bien la señora Lucía? —pregunta cautelosa.

—Sí, muy bien. Calcula que en dos días lo habrá resuelto todo. Al parecer ha visto a su ex en el hospital y el tipo está en las últimas. ¡Figúrate!, en coma profundo. O sea, que no se entera de nada.

—¡Qué horror! Qué pena, ¿no? —se lamenta la chica notando un estremecimiento profundo en el vientre.

—Pues sí. No me explico por qué hacen sufrir a la gente y la tienen en conserva días y días, en vez de ayudarla a morirse en paz. —Gloria se sienta otra vez en su silla frotándose los enrojecidos párpados con las yemas de los dedos—. En casos así, deberían desenchufar la maquinita y asunto terminado.

—Disculpe, señora Gloria, pero a mí no me parece muy cristiano eso que está diciendo.

Un rayo de sol que penetra por la ventana proyecta un trazo luminoso en sentido transversal y Betty alza la cabeza hacia él, sacudiendo sobre sus hombros el denso cabello negro.

—¿No te parece muy cristiano? ¿Y por qué? ¿Es más caritativo tener a una persona sin enterarse de nada y consumiéndose como un cadáver viviente? —contraataca Gloria dejando caer las palabras con rotundidad.

—Bueno, no hay que ser tan extremista. Tal vez él no sufre, y además… —duda la chica con un mohín afligido—. ¿Cómo puede estar segura de que no se entera de nada?

Desde la negra y llameante recámara en la que se han convertido sus ojos, Gloria le lanza una salva de chispas.

—Mira, Betty, yo no sé si se entera o no, pero ojalá sea que no, porque si fuera que sí, sería doble sufrimiento. Seguro que si tú tuvieras en esa situación a alguien querido, pedirías que lo liberasen.

—De ninguna manera. Yo eso sí que no lo haría. La Iglesia evangélica lo prohíbe y Dios se enfadaría mucho conmigo por algo así.

—No digas bobadas.

—No es ninguna bobada. Dios dispone las cosas de la mejor manera posible —protesta la peruana con energía.

—¿Ah, sí? —replica ella ácidamente—. Pues a mí no me lo parece. A lo mejor existe un Dios, no te digo que no, pero desde luego le debe importar un pimiento lo que pasa aquí abajo. Y no me pongas esa cara, que no he dicho ninguna barbaridad. Yo miro a mi alrededor y lo único que veo es que cada cual vive su vida como puede, y que si aguanta las injusticias de los demás o los perdona, no es por Dios, sino porque si no lo hiciera, no podría vivir.

Se calla un momento como para tomar aire, lo que hace que su indignación pierda gas paulatinamente.

—Pero, pero… —balbucea Betty visiblemente alterada.

—Pero ¿qué? —la interrumpe Gloria volviendo a enhebrar su perorata con ímpetu renovado—. Hay mucho sufrimiento en el mundo, sí, claro, pero a la mayoría de la gente le interesa tan poco como a Dios. Y no me digas que no. Hay huracanes, incendios, terremotos… toda clase de cosas horribles de las que te enteras en cuanto enciendes la televisión. ¿Y qué? Por mucho que la gente que haya sufrido una desgracia así rece y pida ayuda, no sucede ningún milagro de los que se cuentan en la Biblia. ¡Qué va! Todo sigue su caprichoso ritmo. Miles de personas mueren sin que haya llegado su hora, pasan hambre, sufren injusticias, y no le importa a nadie.

—Eso no es verdad. Hay mucha gente que se sacrifica por los demás y que… —acierta a decir la muchacha con la voz quebrada.

—¿Mucha gente? No me hagas reír. Que yo sepa, cuatro gatos. Lo único que quiere la mayoría es cerrar los ojos y marcharse a su casa a comer perdices. A nadie que no sean las propias víctimas le importa nada. ¿Y sabes lo que te digo? Que, mientras tanto, Dios está en paradero desconocido —concluye con un suspiro apesadumbrado, admirada de sí misma y de su insólita locuacidad.

La joven peruana, muda ante la cascada de atrocidades que a su parecer acaba de soltar su jefa, vuelve la cara hacia la ventana como si hubiera algo en ella que reclamara toda su atención.

—Bueno, mira, no me hagas mucho caso —se excusa Gloria al reparar en su expresión consternada—. La verdad es que hoy no tengo un buen día.

Betty, que ahora la mira con una mezcla de congoja y estupefacción, se enrosca a la máquina como un erizo plegado sobre sí mismo y, sin decir una palabra, arranca el motor a toda velocidad.

8

Las voces se confunden unas con otras y ella no consigue distinguir quién es el que habla dentro de esa habitación tan llena de luz que provoca ceguera. Lleva un rato oyéndolas y ya no lo soporta. Esas palabras ininteligibles se le han metido dentro y discurren por su piel como la savia bajo la corteza de los árboles, la sangre por las venas o el aire por los pulmones. No sabe quiénes son los que taladran su cráneo de esa manera, pero no se quedará a averiguarlo. Las imágenes han desaparecido de su retina y en sus oídos solo permanecen esas siniestras voces que la están enloqueciendo. Definitivamente, tiene que salir de allí como sea, huir del terror paralizante y del desvarío, escapar antes de que el delirio la envuelva por completo.

Comienza una carrera alocada y desnortada en busca de la salida, y aunque constantemente se golpea con las esquinas de unos objetos que no puede ver, sigue sin detenerse. Corre y corre como una bestia enfurecida hasta que se da de bruces con una pared que le cierra el paso. Durante unos segundos interminables, busca a tientas un resquicio, una grieta por donde salir y, al no encontrarlo, empieza a arañar el tabique con las uñas. Escarba y escarba hasta hacerse sangre pero, en el mismo instante en que sus dedos traspasan la cal humedecida, ve cómo sus manos se convierten en tiernos muñones de los que inexplicablemente van brotando plumas flexibles y apretadas. Por fin la pared cede y ella comprende que está fuera.

En el exterior, solo la negrura de la noche. Las luces del faro centellean sobre el acantilado iluminando las partes más escarpadas del rompiente. A su derecha, entre dos roquedales cubiertos por el guano de las gaviotas, duerme el embarcadero vacío. Un soplo de aire fresco agita las plumas de sus alas recién nacidas. Se siente renacer, pero intuye que esas tétricas voces van a aparecer en cualquier momento. Mira acongojada a su alrededor. Descalza como está, no puede escalar las paredes rocosas que rodean la caleta, pero tampoco se puede quedar allí. Está atrapada en la rada y su única salvación es el mar, elevarse sobre las aguas, utilizar la punta más saliente del grao como pista de despegue, salir de allí volando.

Empujada por los restos de la brisa, corre un buen trecho con sus

plumíferos brazos desplegados a modo de alas y luego se lanza sobre el azul como una avioneta. Una vagabunda ráfaga de viento la sostiene en el aire y la ayuda a elevarse. Planeando sobre las crestas espumosas, oye cómo las voces perseguidoras se pierden en la lejanía. ¡Lo ha conseguido! El frescor nocturno relaja los músculos de su cara y el vuelo es agradable; un dulce vuelo de ensoñación, sedante y placentero.

Bajo ella, el mar permanece vivo, secreto, inescrutable, una sábana azul sobre la que tenderse. Sin embargo, el alivio dura poco. Una sombra negra se cierne sobre ella lanzando un graznido aterrador. ¡Ahora sí que está perdida! Aletea desesperadamente con la inminente sensación de descalabro pegada a la garganta y, antes de precipitarse en el vacío, despierta aterida.

Otra vez la pesadilla. En su cabeza resuenan los ecos del terror pasado y la soterrada amenaza que transmitían las voces que la perseguían. Se tranquiliza al ver penetrar por la ventana la luz del día. «Solo era un sueño; pero hay sueños tan terribles y tan poderosos —piensa arropándose—, que son capaces de despojarnos de nuestra capa protectora en un tris, dejándonos con la piel desnuda en un lugar en el que no hay donde esconderse.» Cierto que la mayoría de la gente prefiere la ambigüedad de los sueños a los peligros de la vida real, y aun así, ¡qué espantosa vulnerabilidad la del ser humano dormido, hundido en ese reino oscuro que lo maneja a su antojo y sin que nada ni nadie le garantice poder despertar!

Mira a su alrededor. Todavía es temprano, pero se apresura a saltar de la cama; no quiere volver a perderse en visiones morbosas. Si se da prisa, aún puede tomar el tren de la mañana, volver directamente al presente y dejar allí, encerrados en una habitación de hotel, esos oscuros episodios de su pasado extraviado con los que ha tropezado los dos últimos días. En ese momento es lo único que desea: volver a la tranquila vida del taller sin mirar atrás. Volver a su exposición de bordados y a su apartamento sin recuerdos. ¿Qué importa que los haya perdido? Flotar entre la realidad y la nada no tiene por qué ser una desgracia. Más aún, en su caso, sufrir para siempre una amnesia selectiva que la mantenga en un universo fronterizo puede que sea lo mejor. Mucha gente daría cualquier cosa por padecerla.

«Amnesia retrógrada de tipo disociativo —diagnosticó la doctora a la que la llevó Clemencia—. Así se llama lo suyo, pero no debe preocuparse en exceso. Normalmente este trastorno no afecta a la inteligencia, ni a las capacidades prácticas y de comprensión del entorno como el lenguaje, el pensamiento y la abstracción, lo cual permite llevar una vida normal sin mayores problemas.»

Una vida normal. ¿Qué entendería esa mujer por «vida normal»?

¿Andar por las calles como en el cine, amnésica y con la mirada perdida?, ¿o almacenar destellos en un babélico cerebro? Finalmente, y como no se apreciaba ninguna lesión cerebral, los especialistas concluyeron que su disfunción derivaba de un traumatismo emocional. Por lo visto, algo poco frecuente en medicina.

—Verá, lo que usted ha sufrido es una especie de cortocircuito que ha borrado los hechos de su vida anteriores al suceso desencadenante —le explicó amablemente la doctora.

—Entonces ¿eso quiere decir que he perdido la memoria?

—No exactamente. En la amnesia retrógrada los recuerdos pueden almacenarse normalmente después de la lesión. Lo que no se puede es acceder a la información acumulada con anterioridad. También es usual que los recuerdos desaparezcan en orden inverso a su adquisición, es decir, que lo que más se olvida suele ser lo inmediatamente anterior al hecho traumático. Puede tratarse de unas horas, pero también de días o años. ¿Comprende?

Sí, claro que lo entendía. Eso explicaría por qué cuando apareció su hermanastra Elvira la recordó enseguida, a pesar de no haberla visto desde los cinco años y, en cambio, no sabía quién era su suegra.

—Al principio le costará adaptarse, pero ya verá como poco a poco lo conseguirá. Además, es muy posible que con el tiempo recuerde lo que ha olvidado… aunque también podría no recordarlo nunca.

Los ojos claros de la doctora la escrutaban esperando su reacción, pero ella no dijo nada. Apenas se movió de la silla. Solo asintió con la cabeza un par de veces y luego salió de allí aturdida. La mujer pensaría que era una maleducada, pero lo cierto es que no podía articular las palabras.

Después de aquello, ha pensado muchas veces que una de las ventajas de no recordar es que ahora puede construirse un pasado a su medida, vivir sin el peso de los compromisos anteriores, fabricarse un universo que flote por encima de lo real. Una pompa de jabón que sortee los engaños y desengaños que sufren los que son normales, los que lo recuerdan todo punto por punto, los que sí saben quiénes son.

La contrapartida es que hay ocasiones en las que el haber olvidado le hace sentirse como una niña. De hecho, esa es una situación a que se ve abocada con bastante frecuencia, porque ella, al igual que cualquier niño, solo cuenta con el puro presente. No acumula vivencias, ni el número de novios, ni el calendario de fechas cruciales en su vida. Tampoco puede utilizar la lógica del antes y el después en una relación previa, ni la de causa-efecto, ni comprender el comportamiento de los que la conocieron antes del suceso. No, eso no puede hacerlo. Para entender lo que le pasa no tiene más herramientas que lo que ve en el instante mismo y su intuición. Es como si para ella

la vida hubiera comenzado hace cuatro años y todo lo anterior solo fuera una nebulosa salpicada de lagunas entre las que se cuela de vez en cuando una imagen inconexa, algún errabundo destello perteneciente a su vida anterior.

Algunas de estas imágenes, como el calor que desprendía la piel de la mujer que, acostada a su lado, pasaba el brazo alrededor de su cintura de niña, le resultan realmente mágicas, y otras, como las miradas de algunos hombres acechándola por las calles, realmente espantosas. Son flashes que retornan a su mente cuando menos se lo espera y sin ningún propósito aparente. Todo un misterio.

Un día oyó hablar en un programa científico de ciertas operaciones en el cerebro que perseguían interrumpir determinadas conexiones neuronales y eliminar recuerdos indeseados. Aquella noticia la estremeció. Una cosa así supondría poder leer y manipular los cerebros como se quiera. ¿Sería eso lo que le había pasado a ella? ¿Que alguien había manejado sus circuitos dejando su pantalla en blanco? Esa idea la hunde en la más oscura incertidumbre, sobre todo porque significa que los que la conocían de antes juegan con ventaja. Probablemente pensar así es sacar las cosas de quicio, pero es imposible frenar una bala disparada. Esa es una de las razones por las que se fue del barrio.

«Todo saldrá bien, niña, no te preocupes. Yo te contaré lo que necesitas saber», le dijo Clemencia, mientras le explicaba algunas cosas de su vida anterior. Gracias a la vieja bordadora y a su hermana Elvira, ha podido recobrar algunas partes de lo que ocurrió a su alrededor antes del «hecho traumático». También los vecinos de El Puntal se mostraron magnánimos con ella. Después de tantos años estigmatizada por su supuesto orgullo, el barrio cambió inexplicablemente de percepción. Aún no sabe por qué. Tal vez se compadeció de su sufrimiento, o se anotó el triunfo de verla capitular; el hecho es que aquellas calles antes hostiles a su presencia la acogieron con singular hospitalidad. Una reacción que la cogió tan de sorpresa como una recompensa inmerecida. Pocos fueron los que le negaron una palabra de consuelo. Muchos de los que antes la denigraban incluso se prestaron a ayudarla sin pensárselo dos veces. Luego se olvidaron de ella o sencillamente concentraron su atención en otro caso más novedoso, porque también los infortunios vienen con fecha de caducidad.

Seguramente algunos la siguen conceptuando como una impostora, pero no le importa. ¿Hay alguien en este mundo que no lo sea? En cualquier caso, el evidente fracaso de su matrimonio la había ayudado, y mucho, a conseguir la estima del barrio. Por fin se había demostrado que Lucía era igual que los demás: tenía las mismas debilidades y complejos que todos los mortales y, además, les había

proporcionado algo sórdido de lo que hablar. Todo un placer, había que reconocerlo. La envidia es así, una perversa emoción que a veces se revela angustiosa, y otras, gustosa.

Está abriendo su maleta cuando oye el tono de su teléfono móvil. El número que aparece en la pantalla es desconocido, pero un absurdo impulso le hace descolgar en el último momento. La inconfundible voz del subinspector Alarte le llega a través del auricular.

—Buenos días, señora Ullán. ¿Ha dormido bien?

Al oírlo, el corazón le da un vuelco. Después de las tranquilizadoras palabras que la tarde anterior le ofreció Sergio Rivas, pensaba que se había librado de esa pesadilla.

—¿Qué quiere? —contesta con un hilo de voz.

—Pues, verá. He estado comprobando las declaraciones que hicieron sus vecinos dos meses después de la desaparición de su marido y hay alguna cosa que quiero comentarle —expone con sus formas imperativas.

—Creo que no podrá ser —contesta vacilante—. Estaba a punto de salir para la estación.

—Solo será un momento —insiste el policía con un tono más seco de lo habitual—. Un par de detalles que, a mi juicio, tienen su importancia. Todos nos quedaremos más tranquilos si podemos aclararlos —añade con el mismo deje intimidatorio del día anterior.

—Pero, es que voy a perder el tren… —se resiste ella—. Ir y volver otra vez al hospital me supone más de dos horas y…

—No hace falta que vaya a ningún sitio —la corta el policía con impaciencia—. Estoy cerca de su hotel. En diez minutos podemos encontrarnos en la recepción.

Al oír aquello, Lucía, que no recuerda haberle dicho a nadie dónde se alojaba, se descoloca por completo.

—De acuerdo —cede anonadada.

Maquinalmente deja la bolsa vacía sobre el escabel y se acerca temblando a la ventana. El sol asciende lentamente por el grisáceo horizonte. Abajo, la calle aparece tranquila y el muelle se ve despejado, sin rastro de transeúntes ni movimiento aparente. Disipada la niebla matinal, los barcos han recuperado sus contornos. Todo está en su sitio, sí, pero no puede evitar que la contemplación de ese panorama le despierte una extraña mezcla de miedo y atracción que conoce bien. Sus manos se crispan sobre la ajada cortina, mientras algo se le revuelve muy adentro.

Ella está tan sola y ellos tan seguros de sí mismos y tan bien informados, con tantos contactos, colegas y confidentes por todas partes, con tantos puntos de apoyo y tantas pruebas de lo que vivieron guardadas en su memoria intacta. Saben tantas cosas —quién es cada cual, qué

amigos tenían de niños, a cuántas personas amaron u odiaron—, que por qué iban a comprender a alguien como ella, que vive en un mar de penumbra. Alguien cuyo cristal refleja cosas tan absurdas que podrían pertenecer tanto al pasado como al futuro. Alguien cuyo tiempo puede ir en las dos direcciones.

Ellos, todos ellos, todos los demás, ¿cómo van a entender lo que es sentirse amputada, estar pisando constantemente un terreno resbaladizo, añorar un amor que quizá nunca existió? En su vida todo es mentira: los afectos, la memoria de esos afectos, sus padres, sus amantes, sus amigos, si es que los tuvo… Todo se lo tragó la nada y después lo regurgitó como un destello ingrávido e incorpóreo, que anda por ahí, flotando en la negrura dislocada de su mente. La doctora dice que todo empezó tras el suceso llamado «desencadenante», pero ella sabe que no, que empezó mucho antes. Incluso Adolfo, el que al parecer fue su marido, debió de ver algo anómalo en ella, porque enseguida se alejó de su casa rehuyendo su compañía. O tal vez no se trataba de eso; quizá solo fuera que en él pudo más el instinto depredador que su reclamo de gata en celo. Ella no lo quería reconocer, pero era evidente que él prodigaba a su trabajo una dedicación más allá de lo comprensible. Cada viaje, más largo que el anterior, cada regreso, más extraño y ajeno.

Pero ¿entonces, ella…? Aparentemente nada de particular. Una viuda que no lo era. Una pobre enamorada situada entre el amado y sus huidas. Porque, ¿qué eran los viajes de Adolfo? ¿Una argucia? ¿Una excusa? ¿De dónde venía cuando volvía o cuando decía que volvía? ¿Adónde iba cuando salía con la urgencia del lobo que avista su presa?, se preguntaba ella en su solitario ventanal. Sin duda pronto debió de elegir como destino otro lugar y otros brazos. ¿Qué lugar? ¿Qué brazos? No lo sabía. Ni tampoco si tenían algún sentido sus largas ausencias. Lo único evidente es que aparecía y desaparecía de su vida como arrastrado, como si para él fuera más importante el mundo fantasmal del que emergía una y otra vez que vivir con ella.

Y así pasaron los años, ella esperando y él partiendo y regresando sin cesar. Partía y regresaba como si su único anhelo fuera seguir yendo y viniendo en perversa correspondencia. Se iba sin avisar y aparecía del mismo modo. Volvía con el hato de ropa sucia, como si solo hubiera transcurrido un día o unas horas desde que se marchó, y sin pudor alguno invadía su intimidad. Hasta que un día se encontró con esa que nunca trae de vuelta a nadie y ya no volvió. Aunque a veces ella piensa que ya en su primera salida no regresó vivo, que lo atrapó un extraño hechizo y se convirtió en un cadáver con apariencia de vida.

Lo peor era que ella lo aceptaba solícita. En cuanto lo tenía a tiro, tornaba a acariciarlo con pasión, a acunarlo con ternura, a llenar su cama y su plato con la secreta esperanza de que esa vez se quedaría, de que esa vez sería diferente. Pero eso nunca sucedió. Él siguió partiendo y

regresando sin parar, convirtiéndose en el ausente presente mucho antes de desaparecer para siempre. Y ella, mientras tanto, reproduciendo una y otra vez el ritual de la noche de bodas sin rebelarse, resignada a cavar cada mañana un surco nuevo en el que nada germinaba. Y así, durante años. Sabiendo que apenas pusiera el pie en el umbral comenzaría a partir, como si no hubiera nada en el mundo capaz de retenerlo, como si no existiera nada fuera de aquella extraña llamada hecha clamor que se lo llevaba a un mar desconocido.

Eso es lo más vívido de su experiencia conyugal, lo único que en realidad recuerda: las despedidas y las bienvenidas a un hombre que alguna vez debió de amar. Una y mil veces lo hizo. Una y mil veces extendió y retiró las sábanas del lecho en el que lo esperaba. Kilómetros de delicadas flores y perfectos bodoques, de encajes y frivolités, bordados para él, que venía de una tierra sin nombre.

Ese es todo su pasado. Hacer y deshacer un lecho vacío, un gran bastidor tensado bajo un cuerpo hecho de aire y ausencia. Hacer y deshacer. Eso es todo lo que queda de su amor por Adolfo Costa.

9

Alarte entra en la recepción del hotel con el mismo traje raído de la víspera, los párpados hinchados y una incipiente barba que no logra ocultar la nube de granitos rojizos que cubren sus mejillas. Colgado de un hombro lleva una especie de macuto que le obliga a bascular el cuerpo hacia la derecha cuando anda. Lucía, que acaba de salir del ascensor, se queda esperando a que él se le acerque. Al llegar a su altura, el policía deja el macuto en el suelo y, amagando una sonrisa desdeñosa, le tiende una mano áspera que ella estrecha con prevención. Su tacto le produce la sensación de vivir una prolongación de la entrevista anterior.

—Será mejor que nos sentemos, ¿no le parece? —propone el policía señalando un rincón de la cafetería anexa a la recepción.

Siguiendo dócilmente la sugerencia, ella va hacia el lugar indicado y se deja caer sobre una butaca de desteñido terciopelo verde.

—No la retrasaré mucho, solo quiero cambiar impresiones con usted antes de que se marche —comienza él, haciendo un visible esfuerzo por suavizar su bronco estilo.

Lucía se limita a lanzarle una mirada interrogante.

—Verá, la cuestión es —prosigue él, con cara de circunstancias— que estuve repasando las declaraciones que nos enviaron de El Puntal y me surgieron algunas dudas que seguramente podrá aclararme.

—Y yo insisto en que ayer les dije todo lo que sé —contesta ella secamente.

Durante unos segundos, Alarte la mira fijamente con sus ojos enrojecidos. Después saca del macuto un pequeño reproductor de CD y un disco envuelto en papel de estraza y los coloca con mucha parsimonia sobre la mesa.

—No lo dudo, pero me sigue pareciendo importante que escuche con atención esta grabación y luego me conteste a un par de preguntas. Si no es mucho pedir, claro —termina con retintín.

Lucía se encoge de hombros y el policía se apresura a conectar el aparato, del que primero surge un pitido intermitente y luego una voz en *off* que habla con un sonsonete parecido al anuncio de una parada de metro.

15 de junio de 2003
CONRADO GRACIA, soltero, 42 años
Regenta el quiosco de prensa, sito en la c/ Purdán, 20

—Pues, no. No he hablado con Adolfo Costa desde hace siete u ocho años.
—(…)
—Claro que estoy seguro. ¿Otra vez con ese rollo? ¿No me voy a acordar?, ¡como si fuera un sujeto que se olvida fácilmente!
—(…)
—Sí, ahora a su mujer la veo casi todos los días. Vive enfrente de mi quiosco.
—(…)
—No entiendo la pregunta. ¿A qué se refiere con eso de algo sospechoso?
—(…)
—Pues no. Sale, entra, compra el periódico, hablamos del tiempo… vaya, lo normal entre vecinos. Y vuelvo a repetirle que no, no he visto que a su casa subiera nadie en particular. El bloque tiene muchos pisos y yo no soy ningún portero.
—(…)
—Parece que lo acaba de vender, sí. Ella me lo dijo.
—(…)
—Me preguntó sobre la venta. Que si pensaba que le habían pagado lo que valía y esas cosas. No creo que sea tan raro; al fin y al cabo, nos conocemos de toda la vida y yo no soy de los que van con cuentos por ahí.
—(…)
—No lo sé. El piso no lo he visto. Aunque todo el mundo dice que en esa zona residencial las viviendas cuestan un ojo de la cara. Pero como ella aún tenía la hipoteca por pagar, mucho no habrá sacado.
—(…)
—Algo me ha dado a entender, sí. Que él había tenido que marcharse por asuntos de trabajo y que, mientras tanto, ella se estaba ocupando de la venta.
—(…)
—No, no me ha dicho si iba a embarcarse otra vez o no. ¿A qué fin me lo va a decir? Ni yo se lo he preguntado ni creo que ella lo sepa. Y además, para mí, que a ese no le vuelve a ver el pelo. La ha dejado aquí sola para que le saque las castañas del fuego, y luego, si te he visto no me acuerdo. ¡Buen pájaro es ese! Seguro que a estas horas está corriéndola por ahí con su maravillosa moto. Bueno, que conste que yo solo sé lo que se dice por el barrio: que si se ha liado con otra, que si ha dejado varios agujeros por el juego, y poco más.
—(…)
—Serán especulaciones y todo lo que usted quiera, pero siempre se ha dicho que cuando el río suena…
—(…)
—Lucía es una buena chica; siempre lo fue. Algo novelera, pero nunca se ha metido con nadie. Lo mejor que puede hacer es buscarse un hombre de bien, alguien que la cuide y que no la abandone cada dos por tres como ha estado haciendo hasta la fecha el susodicho Adolfo.

17 de junio de 2003
ROSA VALLESPÍN,
32 años, casada sin hijos
Dueña de la boutique «Capri», c/ Resol, 68

—Sí, he hablado con ella un par de veces.
—(…)
—¿A mí qué me va a contar? Solo que está esperando a su marido. ¡Como si fuera fácil sacarle nada a esa! Ya les dije la otra vez que cuando éramos amigas parecía

alérgica a las confidencias y que de lo suyo no soltaba ni tanto así, con que, con el tiempo que ha pasado, pues nos saludamos si nos encontramos por la calle y poco más. Por no entrar, ni a mi boutique ha venido.

—(…)

—Nada, ni siquiera por curiosidad, con eso que le diga…

—(…)

—¿Qué? Pero ¿será posible? Pues mire, no. Yo no me creo las habladurías sin fundamento. Salta a la vista que quien esté corriendo esa bola lo hace de mala fe. Es más, si me entero de quién es, le voy a pedir daños y perjuicios por difamación. Mi marido subió a su casa por hacerle un favor, porque ella quería vender un coche de segunda mano y el muy bobo se ofreció a ayudarla. En fin, todo sea por los viejos tiempos y porque, en el fondo, nos da pena, que si no…

—(…)

—Hombre, le pidió ayuda porque Ángel, mi marido, entiende de coches. Trabaja desde hace quince años en un taller de mecánica y compraventa.

—(…)

—¿El coche? ¿¡Y yo qué sé!? Debía de ser una ruina tan grande que solo valía para chatarra, así que estará en el desguace.

—(…)

—No. No le interesaba comprar, solo vender.

—(…)

—Pues, ¿por qué va a ser?, porque un coche hay que mantenerlo, pagar los seguros, cuidarlo…

—(…)

—¿Ocuparse ella de esas cosas? Pues anda que no pide usted peras al olmo. Cómo se ve que no la conoce. Solo de pensarlo, se habrá mareado. Siempre ha sido así, un poco ida.

—(…)

—¿De él? ¿De Adolfo Costa?

—(…)

—No, nada. Desde el entierro de la madre de Lucía no lo he vuelto a ver.

Tras la última respuesta, el aparato suelta un molesto siseo y Alarte, que ha escuchado la grabación con la mirada fija en la mesa, lo desconecta bruscamente. Luego alza los ojos hacia ella y esboza una sonrisa que deja al descubierto sus grisáceos dientes de fumador.

Lucía siente cómo el pulso le golpea las venas del cuello. Una especie de calor le presiona en los párpados y le baja por la cara quemándole las mejillas. Está inquieta, pero más que la desazón que le ha producido haber escuchado las voces de Rosa y Conrado diciendo todas esas cosas sobre ella, lo que la pone en guardia es la impresión de que la amenaza flota en el aire. «Siempre el mismo punto inconexo», se dice para sus adentros. Por mucho que en sus pesadillas salga volando, atraviese tierras y mares o corra empujada por el viento, el depredador la encuentra.

—¿Le apetece un cigarrillo? —la invita inesperadamente Alarte entresacando un pitillo del paquete de Camel. Lucía niega con la cabeza—. ¿Le molesta que fume yo? —añade poniéndoselo en la boca y encendiéndolo antes de que ella pueda contestar—. Ya sé que es un vicio poco recomendable —sigue diciendo mientras coge del velador de al lado un cenicero en el que hay un par de colillas manchadas de

barra de labios—, pero hay otros peores. ¿No le parece?

Ella vuelve a encogerse de hombros y, haciendo un esfuerzo por mostrarse firme, masculla entre dientes:

—Si no le importa, me gustaría saber de una vez el porqué de esta cita. Como le he dicho, tengo intención de marcharme hoy y quiero hacerlo pronto.

—Sí, es verdad, me lo ha dicho. —El policía hace una pausa que emplea en sacudir concienzudamente sobre el cenicero la ceniza de su pitillo, tras lo cual acaba lanzando como al desgaire un velado reproche—: Aunque estando su marido tan grave, no me imaginaba que fuera a irse tan pronto.

—Eso no es asunto suyo. ¿Quiere ir al grano de una vez, por favor? —exige ella con irritación manifiesta.

—Bueno, está bien, no se ofenda —replica el otro afectadamente —. Tiene razón, no es asunto mío. Además, se me había olvidado que ayer dijo que se estaban divorciando. Es difícil retener en la cabeza todos los detalles de una conversación —comenta como para sí mismo lanzando una bocanada de humo a la cenicienta atmósfera de la cafetería—. Y, sin embargo, ahí suele estar el quid de casi todo: en los detalles. En mi profesión los, detalles, por tontos que parezcan, tienen su importancia, ¿lo sabía?

Lucía opta por no responder a la provocación y se queda con la mirada prendida en la solitaria barra del bar. No va a ayudarle a dar el siguiente paso, tarde lo que tarde en llegar. Tal vez no sea la mejor estrategia; ha oído que los individuos como aquel suelen ponerse agresivos si se les ignora, pero decide olvidar que lo sabe y arriesgarse. Al fin y al cabo, en la vida nunca sabemos qué nos jugamos exactamente, así que hay que conformarse con seguir nuestro instinto.

—En fin, lo que yo quiero es que… ¿Podría contarme la historia del coche que menciona la testigo? —dispara dubitativamente el policía rompiendo aquel incómodo silencio—. Podría tener su aquel.

—¿Quiere decir que todo esto es por ese trasto viejo? —exclama ella estupefacta—. ¿Ese es el detalle que tiene tanta importancia?

El tipo le dirige una mirada desabrida y, sin contestarle, se levanta y se dirige hacia la barra de la cafetería, donde hace sonar un timbre de mesa. Al instante, una jovencita de aspecto latino sale por una puerta lateral secándose las manos en el delantal. Lucía escucha cómo su interlocutor pide un botellín de cerveza y cómo, después de pagarla, la coge entre sus bastas manos y, antes de sentarse otra vez, le propina un buen trago. Ella oye desde su butaca el ruido de la bebida resbalando por su gaznate como si fuera agua corriendo por una cañería.

—Bueno, estoy esperando —la apremia ya sentado en su sillón.

—Pero ¿qué quiere que le diga? No hay nada que contar. Lo ha dicho todo Rosa —contesta ella lanzando un suspiro de resignación—. Era un coche viejo, un Renault de segunda mano que compramos cuando nos casamos, porque la urbanización donde vivíamos queda retirada del centro de la ciudad. Lo utilizábamos exclusivamente para eso: para ir al centro.

—¿Entonces su marido no se lo llevó cuando se fue? Naturalmente, me refiero a la última vez —inquiere apagando un nuevo cigarrillo en el cenicero de cristal y volviendo a coger la botella.

—Por supuesto que no. Nunca lo hacía. En realidad la que lo utilizaba era yo; ya le he dicho para qué. Además, creo recordar que cuando se fue, el coche ni siquiera funcionaba —contesta, repitiendo la lección que le inculcó Clemencia.

—Ah, claro. En aquel momento ya no funcionaba —exclama con cierta sorna—. Bien —rezonga atizándole otro trago a la cerveza—. Hablemos ahora de la moto; me refiero a la que menciona el primer testigo. ¿Podría decirme dónde está o qué pasó con ella?

Lucía se yergue en su asiento adoptando una altivez defensiva. El malintencionado interrogatorio la está agotando.

—No lo sé. Desaparecería también. Supongo.

—¿Cómo que supone? ¿Debo entender que aquel día… —silabea con énfasis— él se marchó de su casa en esa moto?

—No lo sé. Pero imagino que se la llevaría; siempre se la llevaba. No me pregunte adónde, porque no lo sé. Simplemente se largó. Dijo que se tenía que ir y eso fue todo.

—Pero el nostramo del último barco en que trabajó testificó que Adolfo Costa había terminado su contrato… —insiste el policía consultando sus papeles—. ¿No sabe si iba a empezar en otro barco? Tengo entendido que él se dedicaba a eso. Contratas en mercantes.

—Sí, en mercantes, y alguna vez en plataformas petrolíferas. Pero no, yo no sé qué planes tenía cuando se fue. Ya le he dicho que nuestra relación estaba acabada.

—Es raro que la moto no se haya encontrado, ¿no cree? —sus membrudos dedos tamborilean mecánicamente sobre la mesa produciendo un ruido crispante.

—¿Por qué le parece tan raro? Tengo entendido que son muchos los vehículos que desaparecen y nunca son encontrados. En cualquier caso, es a ustedes a quienes les correspondería haberla buscado —contesta enardecida—. Además, fue su madre quien puso la denuncia por desaparición, y yo no sé lo que dijo y lo que no.

—Ya. Su madre, quien, al parecer, ha quedado fuera de juego muy oportunamente. ¿No es así? —masculla Alarte fingiendo afectación.

—¿Qué está insinuando? Hable claro de una vez —exige ella cada vez más enfadada.

—Nada, nada. No se moleste conmigo, por favor, solo es curiosidad.

—¿Curiosidad? No me haga reír. A ver si se entera de una vez: yo ni siquiera me acordaba de la maldita moto —se revuelve ella, haciendo caso omiso de sus últimas palabras—. No tengo ni idea de lo que pudo pasar con ella y, sea lo que sea, me importa un comino. No era mía, ¿comprende?

La puerta del hotel se abre de repente y Alarte, sentado de espaldas a la recepción, deja la conversación en suspenso unos segundos para mirar cómo una señora entrada en carnes avanza hacia el mostrador arrastrando una pesada maleta. Con ella penetra una ráfaga de viento que hace temblar los cristales de la gran lámpara que cuelga del techo. Al entrechocar unos con otros, emiten un sonido tan agudo y alocado como el de un flautín tocado por un niño. Por un instante, la oscura sala se llena de ecos cristalinos.

—Está bien, volvamos al coche —inquiere de nuevo el policía dando por terminado el inesperado momento de calma—. ¿Qué pasó con él?

—Pues nada. No pasó nada. Como dice Rosa en la grabación, el coche estaba en las últimas, así que le pregunté a Ángel, su marido, si se podía arreglar. Él me dijo que no merecía la pena, que había que cambiar prácticamente todo el motor para que volviera a funcionar, y yo, pues…

—Ya. La chatarra —la interrumpe el subinspector—. Y eso, ¿cuándo fue? ¿Recuerda la fecha, aunque sea aproximadamente?

—¿La fecha? —Lucía lo mira perpleja, sin saber adónde quiere ir a parar.

—Sí, la fecha del supuesto desguace —insiste el hombre.

—No, no la recuerdo —contesta Lucía sintiendo que pierde pie—. Sería unos días antes de la declaración de Rosa, pero no estoy segura.

—Pero, al menos, guardará el certificado.

—¿El certificado? Yo no… No tengo ni idea de ningún certificado. Soy desordenada, lo reconozco. ¿Es eso un delito? —se defiende.

Alarte lanza un suspiro enfático y luego, adoptando el tono de un adulto que se dirige a un niño maleducado, continúa con el interrogatorio.

—Veamos, su marido fue recogido de la autopista e ingresado poco después de la medianoche en el hospital de Bellvitge el 23 de marzo 2003 —lee en una libretilla que ha sacado del fondo de su chaqueta—. En esa fecha, el Renault aún seguía en su poder, ¿me equivoco?

—Supongo que sí, pero… —titubea ella con evidente cansancio—.

Mire, la verdad es que no comprendo a qué viene ese interés por un coche que no funcionaba.

—¿Otra vez supone?

El hombre la mira rectamente a la cara mientras saca otro cigarrillo del paquete de tabaco. Ella ve el brillo burlón en sus ojos y comprende que no se lo va a quitar de encima tan fácilmente. Ciertamente, no es un tipo agradable. No sabe si es la mirada, su forma de hablar o la manera en que exhala el humo, pero no le parece una persona cuya compañía haga sentir cómodo a nadie. Sin embargo, es tenaz, un poli tenaz del tipo obsesivo resentido, y ante eso, no puede limitarse a separarse de su cuerpo y sumergirse en melancólicas ensoñaciones, como suele hacer cuando lo que le dicen no le interesa. Por mucho rechazo que el poli le provoque, el contexto exige mucha atención y cautela por su parte.

—Bueno, dejemos ese asunto —condesciende el policía chupando de su cigarrillo—. Una cosa más. El tal Ángel, ¿tenía algún interés especial en ayudarla?

—¿Algún interés especial? No comprendo, ¿qué quiere decir? —se revuelve ella tirante.

—Nada, simplemente pregunto. —La bronca voz suena falsamente calmada, como buscando una grieta por donde introducir la ganzúa.

—¿Sabe lo que le digo? Que el que sea usted policía no le da derecho a hacerme preguntas idiotas —estalla furiosa—. Mi exmarido tuvo un accidente y quedó en coma. Durante cuatro años ha estado en un hospital sin que ustedes fueran capaces de sumar dos y dos, así que no quiera echarme la culpa a mí de un fallo suyo. —Hace una pausa y continúa como si se le hubiera olvidado decirlo y no quisiera dejárselo en el tintero—. Y le recuerdo que estoy contestando a sus preguntas sin ninguna obligación y ocupándome de algo que no me corresponde, puesto que mi relación con Adolfo Costa acabó hace mucho tiempo —termina con la rabia a flor de piel.

—Y yo le recuerdo que legalmente sigue usted casada con él.

—Sigo casada porque ustedes no fueron capaces de encontrarlo —replica haciendo esfuerzos para controlar el tono de su voz.

—¿No me diga? ¿Quiere decir que de haber encontrado al señor Costa hace cuatro años, usted se hubiera podido divorciar? Porque tengo entendido que para eso se necesita la firma de ambos cónyuges, y suele ser habitual que los dos estén conscientes —añade adustamente.

—Y yo creo que cuatro años en un hospital es tiempo suficiente para ser identificado. No puede ser tan difícil. Que yo sepa, Adolfo conserva las huellas dactilares intactas.

—Usted ha visto muchas películas, señora. La identificación por huellas solo sirve si el sujeto está fichado, ¿comprende? No tenemos

un banco de huellas electrónico, ni tampoco de datos genéticos. Si lo tuviéramos, podríamos identificar en el acto a los casi mil cadáveres que están esperando un nombre metidos en cámaras frigoríficas, o a todos los que han sido enterrados de forma anónima en los últimos años —contestó el hombre alzando ostensiblemente la voz—. Pero, ya ve, mientras no se acaben las reticencias de algunos juristas tocapelotas que con la historia del derecho a la privacidad no hacen otra cosa que obstaculizar la acción policial, tenemos poco que hacer. —Aunque ha soltado su discurso casi sin respirar y con evidente irritación, hace una breve pausa para concluir—. Así que, entérese. De momento, la policía tiene difícil identificar solo por las dactilares a alguien que no esté fichado; pero por eso no sufra, eso pronto llegará —masculla mirándola con una fijeza provocadora.

Lucía se levanta retadora de su asiento. Aquel tipo la está sacando de sus casillas no tanto por lo que dice, sino por el fondo hosco y acusador que constantemente acompaña a sus palabras. No sabe la razón, pero todo él desprende una amargura tan rabiosa que le repele. Una amargura que, sospecha, nada tiene que ver con su caso en concreto, sino con algo derivado de una insatisfacción vital que lo ha convertido en un agrio pedernal.

—Pues a ver si también se entera usted de que mi paciencia y mi buena disposición tienen un límite, así que… —replica cáusticamente, dando la conversación por terminada.

—Oiga, espere. No se enfade conmigo y vuelva a sentarse. Yo no quiero molestarla, solo hago mi trabajo. —La apacigua el poli con un tono muy distinto al de antes—. Recuerde que su marido fue hallado en unas circunstancias muy sospechosas. Primero, fue atropellado en una autopista sin que fuera encontrado el vehículo con el que llegó hasta allí, y segundo, lo dejaron abandonado a su suerte en una cuneta. Permaneció a la intemperie varias horas, seguramente porque su cuerpo no quedó a la vista, y según los médicos, si hubiera recibido auxilios inmediatos, quizá su estado no sería tan grave. Como comprenderá, lo lógico es sospechar que fuera un atropello intencionado, y mi obligación es investigar lo que pasó. No es nada personal. Solo quiero ayudarla —termina el hombre esbozando su horrible sonrisa.

Ella se queda parada un instante pugnando entre el impulso de dejarlo con la palabra en la boca y la necesidad de mantener el tipo ante aquel recalcitrante policía. Finalmente se decide por la segunda opción. Las insinuaciones de su interlocutor la exasperan, aunque su situación es tan comprometida que mejor no echar más leña al fuego.

—Pero ¿qué otra cosa iba a ser sino un accidente? —musita dejándose caer de nuevo sobre la butaca—. Un atropello con fuga. Un conductor que se asustó —repite maquinalmente las palabras de

Sergio Rivas—. No puedo creer que alguien hiciera algo así aposta.

El policía la mira como si la viera por primera vez. Durante un instante, sus ojos parecen estar calculando qué hay de fingido y qué de real en lo que acaba de escuchar, pero la realidad es que está sorprendido. En su trabajo está acostumbrado a aguantar el teatrillo de todo tipo de «gimoteantes» familiares, padres, hijos, cónyuges, hermanos, todos destrozados por el dolor y todos exhibiendo impúdicamente sus padecimientos y alardeando de ellos. Una parafernalia que le resulta cada día más cargante. En cambio, esta mujer no se esfuerza en aparentar nada, ni siquiera se muestra dolida; le basta con mantenerse a distancia. En cierto modo, la frágil entereza que demuestra lo asombra. Comprende que es de ahí precisamente de donde procede su atractivo: de una fuerza que no reside en los puños, sino en una resistencia tan feroz que achica a los que se le oponen.

—Pudiera ser, sí. Un cabrito que se acojonó y salió corriendo. Pero, no sé, aquí hay algo que no cuadra —rumia entre dientes Alarte rascándose descuidadamente la cabeza—. Ya ve, yo, a diferencia de usted, creo que lo de su marido fue hecho aposta porque así es la gente.

Después de decir aquello, el policía frunce el ceño y, cogiendo la botella de cerveza, empieza a darle vueltas, como si en aquel pedazo de vidrio se escondiera la solución al espinoso asunto. Lucía observa asombrada su semblante endurecido, que parece haber entrado en una especie de trance. Las mandíbulas le caen pesadas a ambos lados de la boca y la tez, que ha perdido su tonalidad rojiza, se muestra cenicienta y apagada tras el humo de su cigarrillo. Aprovechando ese momento, ella se vuelve a levantar decidida a dar por terminada la enojosa conversación pero, apenas se ha puesto en pie, le llega de nuevo, condescendiente, la aguardentosa voz.

—En fin, ya que las cosas siguen bastante confusas y usted no parece interesada en aportar ningún dato útil a la investigación, probaremos con la mujer que reconoció a la víctima, a ver si hay más suerte. Aunque la verdad es que es difícil sacarles algo a esas prostitutas extranjeras.

Al oír esas palabras, Lucía siente que le flaquean las rodillas. Pero no quiere dar a ese terco policía la satisfacción de ver su cara desencajada, así que murmura un veloz «Haga usted lo que crea oportuno» y, disimulando la agitación que la embarga, se dirige al ascensor. Cruza toda la recepción notando la mirada del hombre clavada en la espalda, pero al menos no intenta detenerla. Ni siquiera le espeta la consabida cantinela de que debe mantenerse localizable por si acaso. Mejor que mejor, ya no está de humor para seguirle la corriente.

Arriba, en la habitación, todo está igual que lo ha dejado. Por la

ventana abierta se cuela un olor a puerto muy semejante al que llenaba la primavera de su barrio. Lo aspira con fruición. Conoce bien ese olor a brisa salina mezclado con redes rancias, vapores de algas putrefactas y carburantes a la deriva, que se agarraba a todo y a todos como una segunda piel. Impregnaba cada partícula del aire que respiraba dejándole cada mañana un sabor metálico en la boca y llenando su solitaria adolescencia de historias de ahogados comidos por las gaviotas. Tenerlo cerca ahora le resulta asombrosamente consolador.

El tacto de su maleta la devuelve a la realidad. La gastada piel, tan diferente al de las telas en las que suele bordar, se le pega a las manos. ¡Bordar! Su mundo se ha reducido tanto que bordar es el único agarradero que le queda porque, en la vida real, se dirija a donde se dirija, siempre hay un punto que la obliga a volver corriendo a su jaula. Al menos, mezclar los hilos no precisa de explicaciones, memorias ni lógicas.

Cierra los ojos. Aunque solo es media mañana, se siente totalmente agotada. Se deja caer sobre la cama deshecha y de pronto, sin saber por qué, cambia de idea. No se irá. Se queda. No volverá a salir corriendo con el rabo entre las piernas. Esta vez no. Necesita entender algunas cosas, cerrar el hueco que la atormenta de una vez por todas, y para eso tiene que resistir. Los ecos de la conversación que ha mantenido con el policía se revuelven en su cabeza hechos una madeja de ira, despecho y miedo. Maquinalmente, saca el móvil del bolso y marca el número de Gloria.

Marzo de 1999

Todas las primaveras, Clemencia dedica unos días a preparar la tierra en la que plantará las nuevas semillas. La faena se ha convertido en un ritual que lleva a cabo poco a poco, porque le gusta saborearlo. Primero rastrilla bien la superficie, la desmenuza y la airea, y luego fabrica el mantillo mezclando concienzudamente las capas limpias con pedazos de hojas descompuestas y el abono que compró en la tienda de Baltasar.

Es fatigoso, pero está orgullosa de su jardín y de su huerto así que, mientras pueda, no permitirá que ninguno de los dos se asilvestre. Para ella el contacto con la tierra, el aroma a hierba recién cortada o el rumor de la fronda acariciada por el viento son sensaciones asociadas a los momentos felices de su niñez. Su padre trabajaba de peón en una finca agrícola, y la siega y la trilla era la única temporada en la que ella podía jugar libremente entre las banastas de fruta, las gavillas de paja y los sacos de grano que llenaban el granero y el pajar. La memoria de esas experiencias placenteras e inocentes la impulsa ahora a cuidar de su pequeño pedazo de tierra con mimo y sin escatimar esfuerzo. Siempre tomándose su tiempo. A ella no le van las prisas, ni tiene edad para hacer el trabajo corriendo. No se descuida, pero tampoco se agobia. «Despacito y buena letra», que decía su padre.

A veces piensa que, de no ser bordadora como su madre y su abuela, habría sido una buena jardinera, porque sus plantas crecen sanas y contentas como ninguna otra en el barrio. Su secreto es bien simple: habla con ellas. Incluso las llama por su nombre. Antes cualquiera la hubiera tildado de loca, pero ahora hasta los científicos dicen que hablar a los vegetales estimula su crecimiento. «La ciencia, siempre un paso por detrás de la experiencia», se dice. Hace unos años si preguntabas sobre esto a un científico explicaba algo sobre el abono y la cantidad de veces que hay que regar a cada variedad de planta, incidía en cosas lógicas como que la humedad relativa del ambiente es esencial para las hortensias y begonias y menos para los geranios y las petunias, pero nunca mencionaba que lo otro también es importante. Eso era como admitir cuentos de comadres.

Ahora, cuando ve en la televisión que se están comprobando

cosas que cualquier mujer ha experimentado repetidamente con sus macetas desde siempre, se maravilla. No entiende cómo esas personas que saben tanto no han caído en la cuenta mucho antes. Debe de ser porque los científicos solo se paran a comprobar las cosas cuando estas tienen interés productivo, y en cambio, las mujeres como ella las saben porque las ven. Con las entrañas o con lo que sea, pero las ven. Ese es exactamente su caso, y como ella no tiene que dar ninguna explicación a nadie, ha hablado siempre con sus plantas sabiendo que ellas lo agradecían.

Por lo demás, en su vida hay pocas cosas que le hagan sentirse tan feliz como cultivar sus propias verduras y cuidar de sus flores. Cuando hunde las manos en la tierra se olvida de todo. Es tan maravilloso su tacto… Tierra húmeda en contacto con la piel. ¡Qué delicia! Solo con olerla es como si su cuerpo se nutriera con algo vital. Hasta esos oscuros recuerdos que no la abandonan nunca parecen disolverse en el fondo de su conciencia. Y saborear esa paz, aunque solo sea por un rato, es un premio gordo.

Ojalá ese estado de limbo, de memoria vaciada que la rodea cuando trabaja el jardín, la acompañara continuamente, porque ella sufre mucho con los recuerdos. Esa es una de las cosas que su viejo corazón más echa en falta: la posibilidad de sentarse a rememorar las cosas gratas del pasado como hacen otras mujeres de su edad; poder recrearse en la visión de una cara querida, unas manos dulces o el sueño cumplido de lo que un niño ha llegado a ser; volver a repasar todo lo vivido y alegrarse con ello, sin sentir ausencias fantasmales ni remordimientos. Pero ese tipo de regalos son un lujo que a ella no le ha sido dado disfrutar y debe resignarse a esa fatalidad. Quizá por eso cuidar de sus plantas es tan importante para ella. Alivian su soledad.

Esa mañana de finales marzo se ha puesto temprano a la tarea pues el día promete ser cálido y quiere aprovechar el fresco de las primeras horas para dejar sembradas las patatas. Primero ha limpiado bien el trozo de tierra donde las va a plantar cribando cuidadosamente lo sobrante: pequeñas raíces, restos de larvas germinadas, piedrecitas calcáreas que el viento invernal va colando a través de la malla protectora…

Después de la minuciosa limpieza se ha sentado a tomar un té, porque necesita coger algo de resuello antes de empezar a asurcar y porque contemplar la tarea realizada siempre es un momento delicioso, proporciona nuevos bríos y genera ganas de continuar. Son casi las diez y la atmósfera está singularmente quieta y olorosa. Tampoco es que sea algo excepcional. En esas fechas, los pequeños botones de las ramas de los que emergerán brotes nuevos se engrosan prodigiosamente y la tierra, a poca agua que reciba, derrama el olor de sus entrañas húmedas impregnando el aire de una promesa de

florecimiento.

En esas condiciones es cuando ella trabaja más a gusto, por el frescor y también por el poco trajín de la calle. No es que la suya sea especialmente ruidosa pero hay un instituto cerca y, a ciertas horas, bandadas de chicos y chicas irrumpen por las aceras exhibiendo descaradamente toda esa imaginería tan de moda entre la gente joven y rompiendo la calma habitual. Sus voces a medio hacer corren de un lado para otro creando una algarabía infernal e invadiendo lo que ella considera su territorio. Eso la aturde y la confunde. No quiere convertirse en una vieja cascarrabias, pero la verdad es que en los últimos tiempos el mundo se ha convertido en un lugar caótico que la pone constantemente a la defensiva, cuando no de mal humor.

En su opinión todo va demasiado deprisa. Más que deprisa, ha experimentado un salto mortal. Su entorno habitual ha desaparecido y el actual está plagado de unos chismes electrónicos asombrosos. Nunca había visto a tanta gente hablando por teléfono en la calle y gritando sus intimidades ante un auditorio desconocido sin ningún tipo de pudor. Por lo visto ese aparato que hace poco no existía se ha convertido hoy en un instrumento imprescindible, algo con lo que los padres castigan a los hijos y los hijos se reafirman con los amigos. Sinceramente, no lo entiende.

Y no niega que todos esos artilugios tengan mérito, lo que pasa es que a ella no le interesan. A veces esa idea la hace sentirse como un anacronismo andante, pero no le importa. Prefiere eso que formar parte de ese ejército de gentes que hablan sin mirarse, ni tocarse, ni nada de nada, porque con un móvil pegado a la oreja tienen bastante. Desde luego a ella le resulta absurdo: hablan y hablan por ese aparato como si les fuera la vida en ello y luego son incapaces de ver al que tienen enfrente. Por no mencionar al sacrosanto ordenador, al que todo el mundo rinde pleitesía. «Ay, Clemencia, es genial —le dijo ayer mismo Rosa, cuando pasó por su tienda—. Te conecta con el mundo entero. ¿Te lo puedes creer?»

Será estupendo, pero ella no necesita un aparato para eso. Aunque también es cierto que su mundo se reduce a saber qué propiedades tienen las plantas que cultiva, cuál es la azada perfecta para hacer los caballones del huerto, o cuál es el mejor momento para bajar al arenal sin tener que escuchar el zureo de las palomas y los graznidos de las gaviotas. El olor del mar, el viento en la cara, las sonrisas de los niños… Ese es el mundo que a ella le emociona y el único que quiere ver cuando sale de su pequeño castillo. Y en cuanto al otro, el de dentro de la piel, no cree que para llegar hasta él esas pantallas todopoderosas sean más útiles que un espejo.

En la taza solo quedan restos de té frío así que, dando por terminado el descanso, se levanta del banco y se encamina hacia el

patatal con la azada en una mano y una bolsa de bulbos en la otra. Accidentalmente, uno de sus pies se enreda en una raíz saliente que le hace perder el equilibrio y le obliga a hincar las rodillas en el suelo. No llega a caerse del todo porque el mango de la azada le sirve de apoyo, pero el golpe que reciben sus frágiles rodillas es considerable. El dolor le sube desde la cadera hasta el cuello y por más que lo intenta, no consigue levantarse.

Así la ve Conrado, que pasa por allí acarreando un lote de la prensa del día: arrodillada en la tierra y con un gesto de dolor en la cara.

—¿Le pasa algo, Clemencia? —pregunta desde fuera empinándose sobre la cancela del jardín.

—Ay, hijo, que me he caído y, tonta de mí, no me puedo levantar —contesta ella con voz temblorosa—. Anda, ayúdame, haz el favor.

Conrado se apresura a entrar, deja la prensa sobre el poyo de piedra y, tomándola de los antebrazos, intenta alzarla sin resultado. Es demasiado peso para él, así que decide pasarle los brazos por debajo de los sobacos y apalancándose en la tierra, tira de ella hacia arriba.

—Vamos allá. A la de tres —la anima a sumar fuerzas.

Por fin la mujer consigue levantarse y apoyándose en el hombro del hombre alcanza el banco.

—Voy a llamar al hospital para que le echen un vistazo —decide él.

—No lo hagas. No hace falta. Solo tengo las rodillas un poco doloridas, nada más. La azada ha amortiguado el porrazo.

—¿Está segura? Mire que lo más importante en esta vida es cuidarse el espinazo…

—Claro que estoy segura. Conozco mis huesos al dedillo. No te preocupes, no necesito más que descansar un poco. ¿Por qué no te sientas un rato conmigo? O mejor, ve a la cocina y córtate un pedazo del bizcocho que he hecho esta mañana, que bien te lo mereces. Anda, ve. Está encima de la mesa —lo invita mientras se palpa con prevención las rodillas magulladas.

—Ya me gustaría, pero tengo que llevar la prensa al centro de mayores o me echarán los perros. Ya voy con retraso.

—Vaya, qué pena. En fin, por mí no te retrases —lo disculpa componiendo una dulce sonrisa—. Estoy bien, de verdad —insiste.

—Vale, vale. Si usted lo dice, que es la interesada…

—Sí, hijo. Anda, ve. Lo malo no es la caída, sino mi torpeza, y eso ya no tiene arreglo —termina con un suspiro de resignación.

Conrado se encoge de hombros y hace un amago de recoger la prensa desperdigada por el banco, pero antes de llegar a tocarla, remolonea un poco por el jardín.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué bonito lo tiene todo! —se admira—. No

debería trabajar tanto, Clemencia.

—Bueno, tampoco creas que me mato. Como no tengo nada que hacer, me entretengo con el huerto. Ya ves.

—¡Y qué cantidad de flores! ¡Qué preciosidad! Yo, para esto, soy un completo desastre;, no conozco casi ninguna… Bueno, a la rosa y al clavel sí —ríe enseñando sus dientes de ardilla—. Y esta de aquí también me suena —añade señalando una mata de flores blancas en forma de sombrilla que está separada de las demás con un cerco de piedrecitas de río—. No es que sea muy vistosa, pero en los alrededores de la casa de mis abuelos, en el pueblo, había muchas así.

—Es cicuta, una planta silvestre y también venenosa —le informa ella.

—¿Ah, sí? ¿Venenosa? Quién lo iba a decir.

—Pues sí. El zumo provoca vértigos y dolores de cabeza, y si tomas mucho, parálisis y muerte; pero también puede ser medicinal si se prepara…

A Clemencia no le da tiempo de terminar la explicación, porque el rugido de un motor acompañado de un petardeo intermitente ahoga sus últimas palabras y le hace pegar un respingo en el banco.

—Vaya, ya están fastidiando otra vez esos chicos —comenta moviendo la cabeza reprobatoriamente.

—De chicos, nada. Es el fanfarrón de Adolfo Costa, que va chuleando de aquí para allá con su moto estupenda. Habrá venido a ver a su madre y quiere que todos nos enteremos de que está aquí —apostilla él con rabia contenida.

Odia ferozmente a ese tipo, no lo puede disimular. Tiene todo lo que a él se le ha negado, sin contar con que se llevó a su adorada Lucía para hacerla una desgraciada. Últimamente está tan desmejorada que no parece la misma: el maravilloso rojo de sus mejillas ha desaparecido por completo y la mirada le patina de un lado a otro como sorbida por la niebla. Aquella chica delicada y etérea que él conoció se ha convertido en una hermosa mujer, sí, pero destila tristeza por todos los poros. Seguro que su insufrible marido tiene mucho que ver en el desaguisado. En fin, de un sujeto que pregonaba a todas horas que aquel barrio era un cubo de basura, no cabía esperar otra cosa. «Gentes de aluvión, pueblerinos sin oficio ni beneficio», declaraba con su gesto de perdonavidas. Delante de su quiosco lo dejó caer muchas veces en plan jaculatoria dedicada a él, al jorobado de La ventanilla que era menos que cero. El apéndice tullido de un barrio tullido.

—¿Adolfo Costa? ¿Estás seguro? —pregunta Clemencia curiosa interrumpiendo sus reflexiones.

—Sí. Antes ha organizado la misma escandalera en mi calle —contesta él agriamente.

Y aunque no lo hubiera visto, daba igual. ¡Como si no lo conociera! La manera de manejar la moto de ese gallo de pelea le resulta inconfundible. Nadie olvida las maneras de quien lo ha tratado como si su carne fuera tóxica. Pero que se ande con ojo, porque «esa vida-lastre colgada de una ventana ilegal» —como ese figurón lo llamó una vez— sabe cosas que lo pondrían en un buen aprieto. Hasta ahora se ha callado por Lucía, porque no la quiere ver sufrir más, pero cualquier día se lía la manta a la cabeza y lo pía todo. Lo ha visto demasiadas veces haciendo de las suyas y lo de aquella noche, aunque hayan pasado muchos años, lo tiene bien grabado en la cabeza. Aunque la visera del casco le tapara parte de la cara, la cazadora negra era la suya; tan seguro como que el cielo es azul. Su espalda y sus piernas serán defectuosas, pero la vista la tiene de primera especial.

—Pero ¿cómo puede ir así por la calle? Debería respetar más a los vecinos; ya no es un jovencito —se sigue extrañando Clemencia.

Tenía que ser el tal Adolfo, se dice la anciana para sus adentros. Aunque intenta disimularlo, tampoco traga a ese hombre. Nunca le gustaron sus aires de seductor barato, y menos sus manos de bailarina. Unas manos ridículamente pequeñas que le producen un efecto difícil de precisar. No sabe bien por qué, quizá porque son muy distintas de las de su padre, tan grandes y seguras, capaces de hacer cualquier tipo de trabajo. Últimamente las recuerda a menudo. Ve perfectamente su forma alargada y las puntas agrietadas de sus dedos, teñidas con un residuo terroso que ningún jabón quitaba. La caricia de esas manos raspaba ligeramente su cara, pero era cálida y llena de dulzor.

—Pues lo hace para hacerse notar y porque nunca ha respetado a nada ni a nadie. Ni aun lo más sagrado. ¡Si lo sabré yo! Y no lo digo solo por mí. Su mujer debe de estar de él hasta la coronilla… —masculla Conrado en respuesta a su comentario.

—No creo que sea una mala persona, solo que, comparado con Lucía, tan discreta y educada… —comenta tratando de quitarle hierro a la situación—. Pero, en fin, así son las cosas.

—Con Lucía y con cualquiera. Yo no soy un echacuervos, pero ese no es trigo limpio —contraataca él agresivo.

—Vamos, Conrado, no te lo tomes así. Lucía hizo su elección y tenemos que aceptarlo. Esa herida debería haber cicatrizado ya, hay otras chicas… —intenta apaciguarlo la mujer.

—No, no, no es por Lucía, sino por cosas más graves —contesta cabizbajo—. Y usted debería saberlo mejor que nadie.

—¿Yo? ¿Por qué? No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—¿Que qué quiero decir? Pues que a usted, Clemencia, también le quitó algo ese miserable —farfulla entre dientes cogiendo el fajo de periódicos y colocándoselo bajo el brazo.

No lo debería haber dicho, pero ya está hecho. ¿Para qué fingir más? Gracias a Dios aquellos tiempos en los que era despreciado cada segundo del día pasaron, piensa, lanzando una mirada reconcentrada a la calle. Ahora es alguien respetable y con credibilidad y tendría que aprovecharse de ello en vez de mantener el pico cerrado como un cobarde. Aunque la verdad es que la respetabilidad no debe significar lo mismo para todos. Hay muchos que dicen una cosa y sienten otra: «Mirad a Conrado. Se gana bien la vida a pesar de estar impedido. Minusválido, pero trabajador». Y le dan palmaditas en la espalda, y le estrechan la mano ostentosamente para dejar claro que él nunca llegará a ser uno de ellos y que, por mucho que se esfuerce, no pertenecerá nunca al grupo de los que tienen una familia, unas amistades y un trabajo de verdad. ¡Como si además de tullido fuera imbécil! Por eso le gusta Clemencia, esa abuela estrafalaria que perdió al hijo y al marido, porque está tan sola como él.

—¿A mí? Por Dios, Conrado, ¿qué me ha quitado a mí? —inquiere la mujer realmente intrigada.

—No es qué le ha quitado, sino a quién. Pero si usted no lo sabe, no seré yo quien levante la liebre. Piénselo. Tiene tiempo para hacerlo. Vaya atando cabos, a ver si llega a alguna conclusión —la reta él desde la cancela con un deje de amargura en la voz.

Clemencia se queda perpleja. ¿Qué habrá querido decir su vecino? Ella sabe que odia al marido de Lucía y motivos no le faltan. Lo hirió mucho con sus desprecios años atrás, así que probablemente el rencor ha hablado por su boca. Pero Conrado no suele decir nada a la ligera; no es un idiota que no sabe lo que dice. No, aquí hay gato encerrado, seguro. Una y otra vez hace sus cálculos con la misma meticulosidad con que planta las patatas en primavera y poda los rosales en febrero y, poco a poco, la sospecha se va enredando en su corazón igual que las madreselvas trepan por la verja del jardín.

Adolfo y su moto. Una combinación explosiva. Y de repente, sabe a quién le recuerda el marido de Lucía: a un perro que sus abuelos tenían en el pueblo. Era un chucho tonto que andaba todo el tiempo estorbando y haciendo una trastada tras otra como si fuera un cachorro a pesar de tener ya cuatro años. Un perro inútil que no sabía cumplir con su trabajo… Un día desapareció de la casa sin dejar rastro. Nadie lo echó en falta.

JUEVES

10

Después de repasar concienzudamente todo lo relativo al accidente de Adolfo Costa, el subinspector Alarte sigue con la mosca tras la oreja. Ha tratado varias veces de reconstruir el suceso, pero solo con testimonios fragmentados de los que no se puede extraer ninguna conclusión, salvo que la víctima es un sujeto que despierta pocas simpatías, es imposible. En resumen, los datos de que dispone le sirven de poco y las escasas pistas llevan a un callejón sin salida. Debería conformarse y dejarlo estar. «Dale carpetazo —le dijo Cardona—, ahí no hay nada que rascar.» Pero hay algo en esta historia —sobre todo, el hecho de que las declaraciones de los testigos estén cortadas por un mismo patrón— que ha despertado su malogrado prurito profesional. Las mismas versiones y opiniones sostenidas por gente tan diferente hacen recelar a cualquiera. Es perro viejo y sabe que cuando se trata de personas desaparecidas, la gente, a menos que tenga algo que esconder, suele mostrarse comunicativa y cooperativa con la Policía; pero en este caso, las respuestas a los interrogatorios que aparecen en los expedientes más parecen estar llenas de excusas que de aclaraciones.

Esta noche ha dormido fatal y por la mañana se ha despertado con la necesidad de indagar más sobre esa mujer, Lucía Ullán. Puede que la esté cagando, pero después de hablar con ella en el hotel, piensa que si husmea un poco más, quizá encuentre algo interesante. Así que sin informar al inspector jefe Cardona ni a nadie —en parte, porque le ha dado el punto y, en parte, porque no quiere oír que es un viaje descabellado—, ha metido el Corsa en la autopista y no ha parado hasta llegar a Zaragoza. Una vez allí, busca la calle Simancas donde, según la ficha, trabaja la tal Lucía, mientras a su alrededor sopla un viento de mil demonios. Espera no haber corrido el riesgo en balde, porque si no saca nada en limpio, no le quedará más que tirar del hilo de la rusa y, con la mierda de información que tiene, solo el encontrarla le va a costar dar más pasos que resolver tres secuestros.

Por fin, después de cruzar un par de veces el Ebro, da con la calle. No está mal. Es una de esas cuyos edificios tienen varias entradas e incluyen un jardín idéntico en los bajos, pero tiene que recorrerla entera para conseguir un aparcamiento decente. Después busca el

número. Se trata de un local de planta baja con dos ventanas enrejadas y un discreto rótulo de cerámica en la puerta que dice: «Bordados el Bastidor». O sea, que a esto se dedica esa mujer. Nunca hubiera imaginado que trabajara haciendo labores, aunque la verdad es que algo le pega; con ese aspecto tan enfebrecido que se gasta podría dedicarse a cualquier antigualla. Encajera, como su abuela, tampoco le iría mal. Bueno, tampoco es que su vieja trabajara en eso —la pobre era labradora como todas—, pero como siempre la recuerda sentada junto a la estufa cruzando y descruzando aquellas maderitas que pendían de un hilo blanco, pues él la llamaba «mi abuela, la encajera». «Tengo que hacerlo, hijo —le decía ella—, para que los dedos no se me queden paralíticos del todo.»

Por supuesto, está desbarrando. Su abuela era analfabeta, no salía de casa y además tenía pelos en la barbilla desdentada; en cambio, esta Lucía es una mujer de hoy, joven y guapa. Con todo, no consigue encontrarle un sitio en su particular catálogo de hembras, y menos si en vez de compararla con su abuela la compara con su exmujer, más proclive a los ornamentos y a la verborrea que un mono… pero claro, las debe de haber distintas… Aunque él ha conocido tan pocas, que casi le parece una rareza de la especie.

Estirándose dentro de su estragado traje gris, pulsa el timbre. Quiere dar un golpe de efecto enseñando su placa y aprovechar en su beneficio la sorpresa que seguramente producirá con ello. Esa pantomima es de lo poco que compensa la rutina de su trabajo y suele utilizarla siempre que puede. Hoy, sin embargo, su objetivo no se ve cumplido del todo, pues justo en el momento en que se abre la puerta una ráfaga de viento le eriza el pelo dejándole al descubierto la calva y haciendo que los faldones de su americana ondeen por encima de su cintura. Lo cual, pese a su intención, no le proporciona un aspecto demasiado intimidador.

Cuando la fuerza del viento amaina un poco, se percata de que una mujer de unos cincuenta años, de piel algo ajada, casquete a lo Beatle y anchas caderas, está apoyada en la jamba de la puerta mirándolo con cara de pocos amigos.

—Subinspector Alarte, buenos días —acierta a decir poniéndole la placa reglamentaria delante de las narices.

Ella recula unos pasos y después de echarle un vistazo a él y a su placa, se vuelve a plantar bajo el umbral y le larga con una voz enronquecida que no trasluce azoramiento alguno:

—Aquí lo tenemos todo legal. Este es un negocio limpio.

—Tal vez no me he explicado bien, señora. No soy un subinspector de Trabajo, sino de la Policía —añade con voz meliflua —. Investigación criminal de Barcelona —precisa con cierta complacencia—. Si no les importa, querría hacerles unas preguntas

sobre Lucía Ullán. ¿Trabaja aquí, no? —termina, disimulando la incomodidad que le produce el viento que sigue zumbando por los cuatro costados.

—¿Lucía? ¡Ay, madre! ¿Es que le ha pasado algo?

—No, nada. No se alarme, ella está perfectamente. Esto es solo rutina. Seguir el protocolo. Es… bueno, ya sabe, por lo de su marido —la tranquiliza adoptando una expresión compungida.

La mujer lo mira de arriba abajo durante un momento, como si estuviera calibrando qué es lo que se oculta exactamente detrás de aquella mansedumbre.

—Uff, qué molesto es este viento —se queja él aplastándose el pelo contra la coronilla—. Si pudiera pasar… —pide humildemente notando la desconfianza de la mujer—. Solo será un momento.

Una cara más joven, cuyos ojos de un negro profundo lo observan con curiosidad, aparece de improviso detrás de su interlocutora. Ha llegado hasta la puerta tan silenciosamente que se sorprende al verla. Se fija en que las dos llevan unas rebecas de lana del mismo modelo pero de distintos colores: beis, la primera y azul turquesa, la otra. Tras un titubeo, la que le ha abierto la puerta, sin decir esta boca es mía ni alterar un ápice su hosca expresión, se hace ligeramente a un lado franqueándole la entrada a medias. Mientras, la más joven, a la que identifica sin ninguna duda como inmigrante latina, se retira discretamente hacia el interior.

El local está limpio como los chorros del oro y los rayos del sol penetran por las ventanas dejando sobre la pared un reflejo ámbar. Su perímetro no es demasiado grande, pero permite moverse con comodidad. Componen el mobiliario dos armarios con estanterías cubiertas de hilos y telas, cuatro máquinas de coser que parecen de juguete, una especie de cómoda con multitud de cajones y una gran mesa alargada sobre la que hay una bandeja con una cafetera, cuatro tazas y un plato de rebanadas de pan tostado. Al verlas, le viene a la cabeza que su exmujer también se preparaba tostadas para desayunar. Todavía vestida con el camisón, extendía concienzudamente la mantequilla sobre el pan con un enorme y afilado cuchillo de cocina. Luego sacudía el mantel y guardaba las migajas en las celdillas de las cajas de huevos. Decía que era para rallarlas. A él le daba dentera.

—Bueno, pues usted dirá.

La voz de la mujer lo saca de su *impasse*. Plantada ante él, con una mano metida en el bolsillo de su falda y la otra apoyada sobre la mesa, lo escudriña con tal intensidad que parece estar leyéndole el pensamiento. La joven, que se ha recluido al fondo del local, no levanta los ojos de una tela de color rosa. «No parecen especialmente astutas; mujeres de las del montón a las que será fácil tirarles de la lengua», se dice. Ha acertado al venir.

—Sí, perdone, estaba admirando el local. Es muy acogedor —comenta esbozando una sonrisa que no logra cuajar—. Lucía trabaja aquí con ustedes, ¿no es así?

—Lucía y yo somos socias. Trabajamos por encargo, y ya le he dicho que lo tenemos todo en regla —aclara la mujer frunciendo ostensiblemente el ceño.

—No lo dudo, señora… —La voz áspera de Alarte flota un momento en el aire—. Creo que no he oído su nombre —inquiere ceremoniosamente.

—No lo he dicho. Me llamo Gloria y ella es Betty —concede la mujer con un mohín—. Trabaja aquí con nosotras.

—Encantado —responde el hombre con deferencia—. No quisiera entretenerlas mucho, es evidente que tienen trabajo —comenta señalando con un gesto las pilas de telas depositadas por los estantes—. Su empresa parece productiva.

—La verdad es que no nos podemos quejar. Bodas, bautizos, ajuares… A la gente le gusta que el diseño de sus cosas sea original.

—Lógico. Una buena idea, ahora que todo va de serie. ¿Cuánto tiempo llevan en funcionamiento? No es por nada, pura curiosidad.

—Unos dos años —susurra Gloria suavizando el gesto.

—Suficiente para consolidar un negocio —susurra el policía como para sí mismo—. Bien, bien, bien —repite complacidamente intentando romper el hielo—. La verdad es que he venido desde Barcelona por otro asunto —baja la voz para adoptar un tono confidencial—. Un caso de drogas. Pero he recibido orden de aplazar la reunión que estaba esperando y me he animado a acercarme porque… Bueno, supongo que están al corriente de la desgraciada situación en la que se encuentra el marido de Lucía —añade tanteando el terreno.

—Lo sabemos —contesta Gloria con una expresión acorde a la gravedad del tema—. Realmente Lucía ha ido a verlo por eso. Aunque se trate de un exmarido, una cosa así impresiona tanto que es imposible negarse a hacer lo que se pueda.

El subinspector fija sus ojos enrojecidos en el suelo y permanece callado un instante, como pensando la contestación.

—¿Hace mucho que la conoce? Me refiero a Lucía, por supuesto —pregunta de improviso.

—Pues… casi tres años, más o menos —contesta Gloria calculando mentalmente el tiempo.

—Entonces a su marido no lo conocerá, claro —comenta más para sí mismo que para su interlocutora.

—Pues no, no tengo el gusto —confirma la mujer un tanto a la defensiva. No ve a dónde quiere ir a parar aquel hombre y eso la inquieta—. Por descontado, sabía que Lucía está divorciada, pero a él

nunca lo he visto. Es lógico. Divorciados y sin hijos de por medio, no mantenían ningún tipo de contacto —miente con todo el aplomo del que es capaz.

—Divorciados no están, señora.

—Bueno, pues separados, o lo que sea. Desde luego, lo que no están es juntos —replica ella ceñuda.

—Es que no es lo mismo, ¿sabe? Quiero decir, que no es lo mismo separación que divorcio —puntualiza él secamente.

—Ya lo sé. ¿Y qué? —contesta en un esfuerzo por mantenerse impávida.

—No se enfade, señora. Solo quiero dejar claro que legalmente ella sigue casada. Que no hay papeles de divorcio. Nada más.

A sus palabras les sigue un silencio incómodo. El policía observa con tanto detenimiento las máquinas bordadoras que parece que de un momento a otro va a sentarse a una de ellas. Gloria mientras tanto, insegura tras lo que acaba de oír, piensa que debe andarse con cuidado si no quiere meter la pata. Resultaría muy sospechoso que dejara traslucir lo poco que en realidad sabe de la vida personal de su socia. Ahora el hombre, pasando suavemente un dedo por el lomo de su bordadora, le dirige una sonrisa apaciguadora. Tiene unos horribles dientes de fumador.

—En fin —suspira Alarte tomando de nuevo la palabra—, aunque no lo conozca, algo le habrá contado sobre su marido, ¿no? Cómo era, en qué trabajaba, por qué se separaron…

—Pues la verdad es que no —se apresura a afirmar ella tajante.

—¿Y no le extraña? Siendo amigas, lo lógico es que le hubiera hecho confidencias al respecto.

—¿Por qué habría de extrañarme? Me imaginé que él seguía viviendo donde ella estaba antes, en el norte —dice copiando la expresión de Clemencia, la mujer que las visitó hace dos días— y que a ella no le apetecía hablar de eso. No todas las mujeres sienten la necesidad de contar su vida.

Alarte la mira con curiosidad. Tras las últimas palabras, el rictus se le ha acentuado tanto, que parece haberla soliviantado más la respuesta que acaba de dar que la pregunta que él le ha hecho.

—¿No me diga? —contesta con ironía—. Entonces tampoco sabría que la Unidad de Personas Desaparecidas a la que pertenezco lo buscaba desde hace cuatro años.

Gloria escucha con aparente serenidad la revelación mientras en su fuero interno se siente la persona más imbécil del mundo. Aun así, consigue sobreponerse y, armándose de valor, increpa al policía:

—¿Desaparecidos? Creía que eso lo llevaba la Guardia Civil, no un subinspector de drogas.

Por el respingo de Alarte, sabe que ha dado con un punto

delicado e inconscientemente se crece esperando la aclaración.

—La Policía también tiene una Unidad de Personas Desaparecidas, señora —masculla él con un tono entre ofendido y amenazante—. Y aquí nadie ha dicho que yo sea un subinspector de estupefacientes.

Se produce un tenso silencio en el que ambos parecen estar congelados. El policía la mira con su media sonrisa y, durante un instante, solo se oye la respiración algo agitada de las dos mujeres.

—Bueno, al menos sabrá por qué su amiga decidió trasladarse precisamente a esta ciudad —vuelve a insistir él rompiendo la tregua.

—¿Tiene eso alguna importancia? —se crece Gloria.

—Todo la tiene, señora. Así que le agradecería que, si lo sabe, conteste a mi pregunta, por favor —termina irónicamente.

Gloria, aunque bastante fastidiada por el tonillo que emplea aquel tipo, piensa que es mejor no irritarle demasiado. Al fin y al cabo, sigue sin saber qué es lo que busca ni por qué las ha abordado así de intempestivamente. Ni siquiera está segura de que realmente sea quien dice ser. No debió permitirle la entrada, ha sido una estúpida, piensa cada vez más escamada, mientras se fija en lo arrugado que lleva el traje y la tensión que refleja su cara. Tiene que quitárselo de encima en seguida, pero no acierta a imaginar cómo. No parece de los que se dejan manejar fácilmente. Recuerda que en las películas los interrogados siempre piden una orden de registro, pero él no está registrando nada; al menos por ahora.

—Creo que su hermana vivía aquí, aunque luego se marchó a trabajar a otro sitio; me suena que a una ONG de Madrid. Algo de ecologistas, pero tampoco estoy muy segura —responde por fin encogiéndose de hombros.

—¿Una hermana? —repite Alarte vivamente interesado.

Eso sí que es una sorpresa. Que él recuerde, en ninguna declaración se menciona la existencia de una hermana; al contrario, todo parecía indicar que Lucía era hija única.

—Pues sí, una hermana y una sobrina, su hija, una niña pequeña —confirma ella recordando la fotografía que vio en el piso de Lucía.

—No tendrá la dirección de esa hermana, claro —farfulla Alarte cejijunto.

—Pues no. Ni siquiera la conozco —niega a la defensiva.

El policía durante un momento se limita a frotarse el lóbulo de la oreja con los dedos. A Gloria, una actitud tan extravagante le huele a oscura maniobra, lo que aumenta su inquietud. Decide pedirle sin más miramientos que se vaya y que las deje trabajar en paz, pero el tipo parece adivinarle la intención y, como si despertara de una siesta, vuelve a la carga.

—Veo que no conoce a nadie de la familia de su amiga, y supongo

que tampoco sabrá si tiene algún novio antiguo o reciente —silabea, tan despacio que las palabras parecen caérsele de la boca.

—Supone bien, yo no voy controlando a nadie. No soy cotilla —le espeta ella con el semblante visiblemente crispado.

—Bueno, señora, cotilla o no, lo que queda claro es que usted no sabe nada de su socia —comenta él con evidente retintín—, pero a lo mejor Betty puede decirme algo más —resuelve inesperadamente dirigiéndose por primera vez a la joven que ha seguido la conversación desde su rincón.

—No, señor, yo lo único que sé es que la señora Lucía es una bendita, que se pasa de buena —suelta de corrido la muchacha sin conseguir disimular su sobresalto.

—¿Estás segura? Piénsalo bien. A veces hay que hacer un poco de memoria antes de responder —le insinúa el poli endureciendo el tono —. A lo mejor te ha hecho alguna confidencia sobre una cita o sobre un amigo especial.

—No, señor, no me dijo nada de eso. Estoy muy segura.

—Vaya, vaya… Otra ciega y sorda. A propósito, ¿cuál es tu nacionalidad?

—Soy peruana, señor —contesta Betty con un hilo de voz.

—Así que no sabes nada de nada sobre la señora Ullán, ni tampoco sobre sus amistades. Vaya, vaya… Qué raro —repite arrastrando mucho las palabras—. Mira, chica, si quieres un consejito, yo que tú colaboraría, no sea que de buenas a primeras te veas en algún lío legal de los que incluyen viaje al extranjero. Me entiendes, ¿verdad?

—Yo tengo todos los papeles en regla, señor —contesta con insólito aplomo la joven—, y también buena memoria. La señora Lucía me contrató como bordadora, yo hago mi trabajo, y eso es todo.

—Ya lo ha oído, no tenemos ni idea de si Lucía tiene un novio o cinco —sale al paso Gloria con un deje irritado tras el que trata de camuflar su nerviosismo—; pero sabemos lo fundamental, que es una buena chica y mejor amiga.

—No se me enfurruñe usted, mujer —recula el hombre—. En realidad, lo del señor Costa se considera un accidente. Concretamente, un atropello.

—Pues si ha sido un accidente, no entiendo a santo de qué viene este interrogatorio —se enardece ella ante la solapada retirada de su interlocutor—. ¿No creerá que lo atropellamos nosotras?

—Oh, señora, claro que no, pero es que a los polis nos pierde la curiosidad. Ya sabe, deformación profesional.

—¿Y por eso ha venido hasta aquí? ¿Por curiosidad? —inquiere Gloria con retintín.

—Bueno, por eso y porque… en fin, digamos que el mencionado

accidente presenta algunos cabos sueltos —añade bruscamente lanzándole una oscura mirada.

—¿Cabos sueltos? ¿A qué se refiere exactamente?

—Pues, exactamente, a que estamos buscando al desalmado o desalmada que dejó al señor Costa en la situación en la que se encuentra. ¿Comprende? —presiona él.

—Ya. ¿Y cree que lo va a encontrar husmeando en nuestro taller? —le replica ella sin poder reprimir su indignación—. ¡Vamos, hombre! No nos haga perder más el tiempo, que tenemos muchas cosas que hacer. Nosotras somos unas simples trabajadoras y no sabemos nada del accidente de un hombre al que ni siquiera conocemos, y menos de sus cabos sueltos. Así que, si ya tiene lo que quería, le agradeceremos que nos permita seguir con nuestra tarea.

—Por supuesto. Faltaría más —ironiza él con evidente tirantez—. Nada más lejos de mi intención que interrumpir a unas mujeres tan trabajadoras.

—Pues mire, sí. Eso es lo que lo somos. Las tres somos de la clase media trabajadora, ¿comprende? —se envalentona Gloria notando su vacilación—. La bendita clase media, con sus valores familiares, su sentido del ahorro y su espíritu emprendedor. Ya sabe, el sostén de las naciones y todo eso. Vamos, lo contrario de los que no hacen más que pintar la mona. Si falla esa clase, todo se va al garete, así que los funcionarios del Estado como usted deberían apoyarla. Mire, si no, lo que pasa en otros países. Un desastre. Y todo porque no hay clase media. Supongo que estará de acuerdo.

El subinspector, que ha seguido atónito el discurso de la mujer, parece reflexionar sobre lo que va a decir a continuación. «¡Esto sí que es la leche!», piensa contrariado. Creía que podía sacar algo de allí y resulta que ha ido a topar con una mandona histérica que no suelta prenda. ¡Menuda bicoca! Debería ponerla en su sitio, aunque lo cierto es que tampoco puede arriesgarse a que vaya aireando por ahí su visita. Le podría traer problemas. Y lo malo es que la tipa le parece muy capaz de buscarle las cosquillas. Así que alza la palma de la mano en un gesto que trata de mostrar su buena disposición, pero antes de que pueda decir o hacer nada para templar la situación, suena el móvil que lleva en el bolsillo de la americana. La llamada los sorprende a los tres y rompe en parte la tensión de la disputa.

Apenas contesta el policía, en sus oídos resuena como un trallazo la voz desabrida del inspector jefe Cardona:

—Alarte, ¿dónde coño te has metido? Hace más de un cuarto de hora que Besora y yo te estamos esperando para la rueda de prensa.

¡Mierda! La ha cagado bien. Como lleva entre ceja y ceja el asunto de Costa, se ha olvidado de que hoy toca la charada «rueda de prensa» que Cardona da cada mes, en un perfecto catalán, sobre los

logros de la comisaría. «Hay que proporcionar una información moderada y equilibrada —les dijo hace tres meses en una reunión—. Los medios de comunicación son, hoy por hoy, uno de nuestros más importantes enlaces con la sociedad y tenemos que convertirlos en valedores, en aliados.» «Hay que joderse. Hablar, habla bien el cabrón, siempre se le dieron bien los politiqueos, y más ahora, que está echando toda la carne al asador con el asunto de la coordinación con los Mossos», rumia mientras busca desesperadamente una respuesta que le ayude a salir del embrollo en el que se ha metido.

—Ya, ya. Perdone, es que me ha surgido algo urgente, pero enseguida estoy allí. —Y, sin más, cuelga para no darle opción a que siga con sus gritos.

Mientras tanto, las dos mujeres observan sin disimulo todos sus movimientos. Es evidente que la parsimonia que se gastaba antes se ha convertido en una precipitación que aumenta sus sospechas.

—Señoras, es la reunión que esperaba —dice a modo de justificación—. Así que tengo que marcharme. Encantado de conocerlas.

Y ante la estupefacción de ambas, se encamina a la puerta y sale de allí sin dirigirles ni una mirada. Una vez fuera, vuelve a sacar el teléfono y marca nerviosamente el número del otro subinspector de su sección, Besora, un tipo recién llegado a la unidad que pica alto. No se fía mucho de él, pero no le queda más remedio que intentar encarrilar la situación.

—¿Besora? Soy Alarte.

—Vaya, vaya, pero si es el desaparecido asomando el morro… ¿Por dónde andas, tío? Cardona está que muerde.

—Ya. Escucha un momento. No podré llegar a tiempo al sarao, así que cúbreme tú en ese rato. Y tranquilo, que te devolveré el favor.

—Sí, claro, cojonudo. Cúbreme y ya está. ¿Tú estás mal de la chola o qué? Hoy te toca a ti, así que ya puedes aterrizar en cinco minutos. No voy a pringar yo para que tú te quedes soplando en el bar de la esquina —le contesta el otro airado.

—¡Joder, Besora, que no es eso! Que estoy con un caso en el que hay mucha tela que cortar. Te lo digo en serio.

—¿Un caso?

—Sí. Un caso. El caso Costa.

—¿Costa? ¿Y qué tiene de interesante esa mierda?

—Mañana te lo cuento con detalle.

—Vale. Pues, si es tan importante, pídele al inspector jefe que te releve.

—No, no lo entiendes. Lo investigo extraoficialmente.

—¿Extraoficialmente? Pero ¿tú vas pedo o me tomas por gilipollas? Entérate de una vez, esto no es una novela de Sherlock

Holmes, así que deja de putear y ven aquí ahora mismo.

—No puedo. Estoy a trescientos kilómetros de Barcelona.

—¿A trescientos qué? ¡Qué cabrón! Alarte, te juro que esta me la pagas.

El pitido intermitente le anuncia que su interlocutor ha cortado la comunicación. El subinspector lo guarda en el bolsillo y avanza unos pasos hacia su coche maldiciendo su cochina suerte. El viento sopla a su alrededor con tal fuerza que incluso le cuesta encajar la llave en la cerradura del auto. Ahora sí que se ha caído con todo el equipo. ¿Cómo ha podido pensar que Besora le cubriría si es un capullo de primera? Pero tenía que probar suerte, ¿qué iba a hacer si no? Cuando él empezó, solía ayudar a los compañeros de mayor edad y experiencia cuando se lo pedían, aunque eso significara meterse en un charco maloliente. En cambio, ahora…

En fin, Besora es un capullo que se merece un fajo de hostias, pero él es un soplapollas integral, se reprocha a sí mismo lleno de rabia. Un puto mierda que vive en la cueva de su madre, tiene que pasarle una pensión a una mujer que lo desprecia y al que su jefe trata como si no existiera. Cuando era un simple agente de policía, se pasaba las noches de los sábados tomando declaraciones de los accidentes de borrachos y de peleas en bares, atendiendo a las urgencias de los viejos y arrestando a las putas. O sea, hurgando en la basura. Y ahora que por fin es subinspector su capacidad para decidir es menor que la de una lombriz.

Es tan imbécil que hace un rato una modista se ha permitido el lujo de soltarle un discurso sobre la sociedad, y un tipo como Besora se le ha meado encima. Eso sin contar con que mañana va a tener que dar muchas explicaciones en la comisaría. Y todo, por hacer su trabajo en vez de irles lamiendo el culo a esos gacetilleros de los cojones que en pocos años se han hecho los amos del cotarro. Porque a esos tíos hay que caerles bien, no sea que empiecen a acusarte de interferir en las competencias de los Mossos y tal como están las cosas acabes en algún pueblucho de mala muerte.

Pero esto no va a quedar así. Sus carnes están pidiendo venganza, y habrá que dársela si no quiere reventar. Venganza y revancha: esa es la fuerza motriz del pequeñajo acosado que consigue convertirse en multimillonario, del marido engañado que castiga a su mujer y del infeliz al que la sociedad ha machacado y que se desquita organizando una masacre. La cantidad de materia oscura lista para estallar que uno es capaz de meter en el agujero del corazón, cuando se siente humillado y agredido, es asombrosa. Eso es lo que debería haber contestado a esa loca del taller: que la fuerza que mueve este mundo infernal es la venganza y no el trabajo. La humanidad no consigue funcionar sin ese impulso. La sociedad castiga a los delincuentes

diciendo que imparte justicia, pero la realidad es que esa justicia no es más que venganza disfrazada. ¡Si lo sabrá él! No, esto no va a quedar así.

El motor del Corsa gimotea como si no tuviera fuerzas para arrancar. Finalmente, tras varios intentos, se pone en marcha lanzando un rugido y esparciendo una nube de olor a gasolina quemada por toda la calle. Antes de meter la velocidad, Alarte enciende un cigarrillo y expulsa el humo por una rendija de la ventanilla. Se tiene que conformar con eso, porque bajar todo el cristal supone dejar que el maldito viento le enfríe las narices. Luego, conduce unos metros al ralentí y, al llegar a la altura del taller de bordado, frena ligeramente para echar una ojeada. Las cortinas de las ventanas están echadas, pero le parece apreciar un movimiento furtivo en una de ellas. Seguro que esas dos están espiando sus movimientos y felicitándose por lo bien libradas que han salido de la situación.

Las doce de la mañana y ya está enormemente cansado. Lo que tendría que hacer es abandonar de una vez esa basura y dedicarse a vivir la vida, piensa metiéndole caña al acelerador. ¡Que se vayan todos al infierno! ¡Menudo fiasco, la historia con las modistas de las narices! Fijo que lo único que saca es una bronca segura. Para colmo, las ha puesto en guardia, con lo cual ha echado a perder una oportunidad. Pero ¿una oportunidad de qué? En un caso normal se comprueban las huellas, se inspecciona la ropa, se rastrean los movimientos de la víctima y de los sospechosos, se toma declaración a los posibles testigos… pero aquí no tiene nada más que un atropello con fuga de hace cuatro años, sin testigos y con todas las posibles pistas destruidas; lo único que le queda es tirar del hilo de la rusa y eso puede ser para él todavía más problemático. Así que… ha dicho que lo deja, y lo deja. No va a ser tan idiota de pelarse las pelotas con una historia que no le interesa a nadie.

Es lo mejor que puede hacer. Resolver asesinatos no es responsabilidad suya. Aunque, si hay algo que le revienta, son esos casos que no avanzan en ninguna dirección. O peor aún, esos que por falta de testigos y de pruebas acaban clasificados como muerte accidental, aunque cualquier imbécil comprenda que esa etiqueta no les encaja de ninguna manera.

11

¡Quién se lo iba a decir! Para Sergio Rivas, la identificación del durmiente de la 408 ha supuesto darse de bruces contra un trozo de su vida que creía perdido para siempre. Aún no se explica cómo ha pasado, pero, sin duda, ha pasado. Hace tres días estaba en el despacho del hospital cumpliendo con la rutina de revisar expedientes y al momento siguiente, se encontraba cruzando un muro invisible que conducía a un traqueteante autobús urbano. Allí, sentada en un extremo, una muchacha de pómulos altos y labios bien dibujados le provocaba con cada mirada una conmoción interior.

Nunca la olvidó. Pasaron los años y su recuerdo se convirtió en una de esas cosas que permanecen en tu interior, quietas y ocultas como una batería descargada, hasta que una mañana salta la chispa. Por una mirada, un gesto o un imperceptible ademán, la batería empieza a funcionar de nuevo haciendo que las ventanas se cierren de golpe, los papeles vuelen por los aires y la emoción nuble tu cabeza. ¿Cómo explicarlo? No puede. Los físicos también aseguran que el noventa por ciento del universo es una antimateria que se cuela por los agujeros negros pero no saben explicar por qué. Pues a él le pasa igual: que no puede explicar de dónde procede la energía que lo ha sacudido estos días, aunque la note en cada una de las fibras de su ser.

Ahora ya no tiene objeto seguir pensando en ello, pero lo cierto es que nada más ver a Lucía sintió el mismo estremecimiento que experimentaba aquellas lejanas mañanas en las que la conoció. Como si lo que pasó entonces tuviera que repetirse una y otra vez, una corriente eléctrica lo traspasó de arriba abajo y en poco más de un segundo magnetizó cada una de sus neuronas. Lo peor —o lo mejor, nunca se sabe— es que tenerla delante le ha hecho comprender que desde que esa muchacha desapareció de su horizonte, él se ha limitado a mantenerse a flote solucionando una serie de sucesos más o menos urgentes: aprobar la carrera, convertirse en médico, encontrar trabajo… Eso ha sido todo. No ha hecho otra cosa que dejarse llevar por la inercia y atender sobre la marcha todos esos acontecimientos cotidianos que producen la ilusión de que estás sorteando los fracasos que te acechan y que te estás labrando un porvenir.

Nada del otro mundo. Una forma como otra cualquiera de eludir

la verdadera vida. Todo muy normal, demasiado normal. Tan normal que ha permitido que su lucidez quedara adormecida, oscurecida, fuera de juego… Y, sin embargo, no ha caído en la cuenta de ello hasta que no vio entrar a esa mujer en su despacho. Fue como si al reconocerla despertara de su embotamiento y tuviera ante sí el tiempo transcurrido y perdido. Nunca había sido tan consciente de cuánto la había echado de menos y de cuánto había cambiado él en esos años.

Ahora sabe que ella se llama Lucía y que parece no acordarse de aquellos viajes en autobús, ni tampoco de él. Encontrarla le llevó a albergar durante unas horas la esperanza de iniciar algo con sentido por primera vez en su vida, pero se equivocó. Su vanidad masculina ha sido herida, es cierto, aunque lo peor es su sensación de que aquello no tiene vuelta de hoja.

La pesadumbre que eso le origina ha hecho que esa noche incluso haya soñado con ello. No ha sido tanto un sueño premonitorio como una proclama de sus temores. Lucía y él estaban sentados frente a frente a una mesa que corría sobre unos raíles interminables. Era un día espléndido y la claridad azulada convertía sus negros ojos en dos piedras esmeriladas. Ambos tenían las caras de antaño, caras de diecisiete años, porque ella vivía en su corazón así, con aquel rostro adolescente del que emanaba una suave luz. Estaban jugando a una especie de ajedrez del que él ignoraba las reglas, aunque era consciente de que debía esforzarse al máximo en mantener el juego abierto para evitar que ella desapareciera. El tablero cambiaba constantemente de forma y el más mínimo movimiento era irreversible, lo cual le producía una profunda desazón cada vez que tenía que mover ficha. Conforme avanzaba la partida, él se notaba más tenso y rígido, cada vez más tenso y rígido, hasta que se dio cuenta de que se estaba convirtiendo en un muñeco de madera, un ser humano formateado en marioneta que debía hacer frente a una situación que no comprendía.

Despertó sudoroso y angustiado. No sabía qué podía significar aquello, nunca se le dio bien penetrar en el universo de los sueños pero, obviamente, era un reflejo de su miedo, y el hecho de recordarlo tan nítidamente lo había mantenido alterado toda la mañana. Seguía pensando en ello cuando unos golpecitos en la puerta lo sacaron de su ensimismamiento. Suponiendo que es alguien del personal hospitalario, responde con un maquinal «Adelante», pero en la puerta no aparece ningún conserje ni ningún colega, sino la silueta familiar de una mujer de poco más de cuarenta años que le sonríe desde el umbral.

—¡Ángela querida! ¡Qué sorpresa! —exclama levantándose de la silla para abrazarla—. Hace siglos que no te veía. ¿Qué haces tú por aquí?

La mujer, alta y de facciones afiladas, corresponde efusivamente a su abrazo. En su cara destacan unos ojos castaños y melancólicos enmarcados por unas gafas de ligera montura azul y en el pelo cortado a lo chico se ven algunas hebras blancas.

—Bueno, imagínatelo. Excursión cultural de dos cursos completos. Ida y vuelta de toda la santa compaña. Todos, menos yo, que me tengo que quedar unos días para resolver burocracias, así que he pensado que si no estás muy ocupado, a lo mejor te gustaría comer con una vieja amiga. Invito yo, aunque por estos lares tendrás que indicarme algún sitio a propósito —recita como si lo llevara aprendido de memoria.

—¿Cómo podría rechazar una invitación de la *profe* de mi vida? Para ti nunca estoy demasiado ocupado —bromea el médico—. Además, llegas justo a tiempo, acabo de terminar mi turno —dice quitándose la bata y apresurándose a colgarla en una percha descuadrada—. No sabes cuánto me alegro de verte —confiesa dedicándole un afectuoso guiño al que la mujer corresponde con una radiante sonrisa.

Ángela es la única amiga que conserva de los tiempos de la infancia. Fue un gran consuelo cuando era un niño enfermizo que no podía desplazarse hasta el colegio. Un momento difícil de su vida en el que otra niña, un poco mayor que él, lo rescató de su aislamiento ayudándole con los estudios. Su bondad y dedicación fueron su mejor medicina. Ella no es consciente, pero le salvó la vida un montón de veces, y por eso él nunca ha podido desprenderse del todo del sentimiento de gratitud que acompaña a su relación.

—¡Qué estupendo! No perdamos tiempo, doctor —contesta colgándose de su brazo.

Sorteando la marea de personal que justamente entonces se apresta al cambio de turno, cruzan la planta baja del hospital cogidos del brazo y, una vez fuera, deciden buscar un restaurante o un bar que quede cerca del hospital.

Es un día gris. El cielo presenta un color metálico, como de cuchilla de afeitar, que a ratos se oscurece tanto que parece estar a punto de soltar un buen chaparrón. Ignorando la amenaza de lluvia, dan varias vueltas por las calles cercanas buscando posibles bares o restaurantes. No es que haya demasiado donde elegir, pero aprovechan el paseo para ponerse al corriente de los últimos acontecimientos.

—¿Mariví está bien? —pregunta ella, refiriéndose a la madre de Rivas.

—Como una rosa, aunque algo preocupada por la escasez de trabajo.

—No me extraña. El textil está en horas bajas. Con la

deslocalización y todo eso, se hace difícil levantar cabeza… —comenta dubitativa.

—Sí, y no es lo único que pinta mal. ¿Y a ti, Angelita? ¿Cómo te va? ¿Sigues con ese filósofo barbudo que fuma hasta dormido?

—Pues sí. Y, para que te enteres, nos va muy bien.

—Vale, vale, chica. No sabes cuánto me alegro…

El bar que finalmente eligen está a pocas manzanas del hospital. Es amplio, aunque algo oscuro y decorado con dudoso gusto. En las paredes destacan algunas fotografías taurinas y un calendario con fotos de chicas ligeras de ropa. Alrededor de la puerta de la cocina se amontonan dos máquinas tragaperras, una expendedora de tabaco y una enorme televisión pegada al techo. En la barra solo hay un cliente bebiendo coñac. Al verlos, el tipo les saluda tan ceremoniosamente como si los conociera. Va perfectamente rasurado y lleva un anticuado traje azul. Sus facciones, de una blandura carnosa, sugieren una cierta indolencia y algo en su expresión resulta excesivamente obsequioso. A Sergio le recuerda a un representante de artículos de costura y modistería que aparecía de vez en cuando por el taller de su madre, aunque también le cuadraría ser predicador. Quizá ha colgado los hábitos de cura hace poco y ahora está celebrándolo, piensa tomando asiento en una de las tres mesas con mantel de cuadros rojos y blancos.

Ángela se sienta frente a él declarándose ferozmente hambrienta y pide una ensalada, un bocadillo de lomo y una cerveza. Sergio, un café.

—¿Solo vas a tomar eso? —pregunta quisquillosa—. ¿Es que quieres ahorrar todo el sueldo? Ya te he dicho que invito yo.

—No tengo hambre. —El médico se encoge de hombros echando una ojeada errabunda a su alrededor.

—¿No estarás enfermo? Tienes mala cara —se preocupa ella maternal.

—No. Bueno… al menos, eso creo.

—¿Cómo que eso crees? ¡No me fastidies! Pensaba que eras médico.

—Verás, cuando se trata de uno mismo, no siempre funciona el ojo clínico —comenta Rivas lanzando una melancólica mirada al humeante café—. Esta mañana he sufrido un conato asmático y eso me deja siempre inapetente y abatido —confiesa él con resignación—. Ya ves, al final, todo es biología.

Es cierto que el maldito asma que padece desde niño ha marcado su percepción de las cosas. No solo le abocó a una solitaria infancia sin medicamentos ni cuidados adecuados, sino a una conciencia distinta del mundo en que vivía. Ahora domina en mayor medida su miedo, pero antes, cuando notaba que se acercaba una crisis, deseaba

perder voluntariamente la conciencia o, al menos, la noción del espacio y el tiempo.

Pensaba que acelerando la sensación de pérdida de conciencia podría evitar esa terrible parálisis que llegaba con cada respiración; lo cual no es raro teniendo en cuenta que hubo un tiempo en que solo podía respirar adoptando la característica postura de los asmáticos: la columna arqueada, los hombros hundidos, la caja torácica colgando del cuello y únicamente asistido por la fuerza que ejercían los rígidos y tensos nudillos. En esta posición conseguía que el aire encontrara menos obstáculos para penetrar, y él, totalmente inmóvil, creía percibir los objetos con mayor nitidez, aunque en realidad solo se diluyeran en una abstracción delirante. Colores, contornos, puertas, ventanas, baldosas, floreros, cortinas, libros, ángulos de los muebles, los dedos de su madre tironeando de la manta que lo cubría… todo se presentaba ante sus ojos mejor definido. Había veces en que el asma modificaba su percepción de tal modo que veía todos los trastos de su habitación perfilados con una línea negra, planos subrayados brutalmente sobre un fondo gris para no perecer en la neblina de sus pulmones.

Eran sensaciones que de tan penosas resultaban en parte placenteras. El dolor y el exceso de corticoides alteraban su visión y la transformaban en una experiencia casi alucinógena. A veces veía un mapa de relaciones lineales en tres dimensiones de color, gris, negro y blanco, que él relacionaba instantáneamente con el imaginario mapa de sus vías de aire estrechadas y cruelmente obstruidas. Un par de veces, al perder la conciencia, tuvo el mismo espejismo. Justo un momento antes de desvanecerse, en algún lugar de su campo de visión, aparecía el punto de fuga de aquellos colores, el maravilloso infinito en el que se desintegraban y del que su mente anhelaba formar parte. Poco a poco aprendió a sustraerse a la fascinación de ese vacío. Fue una lucha sin cuartel, y conseguir el control de unas visiones viciadas por la falta —y, a veces, el exceso— de oxígeno es algo de lo que aún se siente orgulloso.

—Así que todo es biología, ¿eh? ¿Y la química? ¿No te estarás olvidando de la química? —comenta festivamente su amiga sacándolo de su ensimismamiento mientras lo escruta con ojos de sabueso—. Anda, no me vaciles más y cuéntame qué es lo que te está machacando, que a mí no me engañas, Sergio Rivas. El asma te habrá fastidiado esta mañana, no lo niego, pero ahora lo que te fastidia es otra cosa. Pones la misma cara de perrito apaleado que cuando no habías hecho los deberes que te mandaba.

—¡Pero si tú siempre te alegrabas de que no los tuviera hechos porque así aprovechabas para hablar con mi madre de tus enamorados!

—Mira que eres traidor. Siempre sospeché que nos escuchabas.

—Eras mi gran fuente de inspiración en esos asuntos. Nunca te lo dije, pero me parecías la chica más inteligente y maravillosa del pueblo.

—¿Ah, sí? ¿Y me lo dices ahora? ¿Por qué no lo hiciste entonces?

—Me daba vergüenza. Y, además, no conocía a ninguna otra —contesta ahogando una risita.

—¡Muy gracioso! Supongo que ahora ya hay muchas que me han desbancado —le replica ella simulando contrariedad.

—Eh, no te ofendas. ¿Ves como la sinceridad está sobrevalorada? Solo acarrea problemas.

—Eso es cierto, pero hay que reconocer que es infalible para probar la amistad.

—¡Vaya por Dios! ¿Por qué?

—¿Pues por qué va a ser? Porque cuando enseñas la porquería de tu cerebro, los únicos que no huyen despavoridos son los amigos de verdad.

—Vale, vale. Me rindo.

—Perfecto, ya has comprendido que no te vas a escapar de mí con excusas de pacotilla. Vamos, hombre, si no hay más que echarte un vistazo para deducir que algo te está taladrando el coco. Así que, hala, desembucha de una vez —insiste ella ajustándose las gafas sobre el puente de la nariz.

El médico ahoga un suspiro para evitar decir otro tópico más. No tiene sentido. Su amiga se ha empeñado en sonsacarle y lo hará de una forma u otra. La mira afectuosamente. Lleva una casaca bordada color musgo y un pantalón negro. Está guapa y parece feliz. Además, como siempre, tiene razón. Aun así, hace una última tentativa para desviar la conversación.

—En fin, confieso que me has calado, pero ¿te importaría decirme cuál es el error que me ha delatado? —inquiere muy serio—. Es por si hay que despistar a los malos.

—¿Creerte una anguila, quizá? Venga, no te salgas por la tangente, que nos conocemos de sobra.

—Realmente te has vuelto implacable. Yo te recordaba más sutil —responde con voz pausada.

—Tengo que serlo con la gente a la que quiero y que no tiene el valor de pedir ayuda cuando lo necesita.

Sergio reprime una sonrisa. Dos adolescentes larguiruchos irrumpen en el bar dándose codazos el uno a otro y se lanzan en picado hacia una de las máquinas tragaperras. El tipo de la barra los sigue con la mirada mientras apura su copa y luego le pide al camarero que le ponga otra de lo mismo.

—Se trata de una mujer que conocí hace muchos años, cuando

vivía en El Puntal —confiesa Rivas en voz baja.

—¡Una mujer! ¡Pero cómo no se me había ocurrido antes! —exclama Ángela simulando sorpresa—. Y de la época de los grandes amores, nada menos.

—Oye, si te lo vas a tomar a broma, me callo y sanseacabó —protesta Rivas.

—Pues claro que no. Perdona, pero no puedo ocultar mi alegría al ver que por fin tienes en la cabeza a una chica en vez de las malditas neuronas —aclara Ángela con ánimo conciliador—. Anda, cuenta, cuenta…

—Pues eso, que desde entonces no la había vuelto a ver. Pero hace tres días nos encontramos por casualidad en una situación… digamos, comprometida —sigue él respondiendo resignado a la expectación de su amiga—. Verás, su exmarido es paciente mío. Sufre un coma irreversible y terminal, parece que por un accidente de tráfico, aunque la verdad es que el asunto es algo turbio —acaba de carrerilla con una profunda inspiración.

—Será guapa, supongo —comenta ella ignorando aposta lo del asunto turbio—. Una bonita fachada siempre ayuda.

El médico levanta la cabeza y le dirige un gesto de reproche. Está tan atribulado que la ligereza con que su amiga pronuncia las últimas palabras lo solivianta.

—¿Estás de coña? Es más que guapa —replica un tanto desafiante—. Es magnética y conmovedora. En sus ojos brilla la sensibilidad, la humanidad y la inteligencia. Toda ella atrae, exige tu atención, te obliga a que la mires aunque no quieras. Y ya está. Solo quería describírtela. ¿Comprendes?

—Hombre, pues sí. Ahora creo que lo entiendo perfectamente. Que estás colado por ella, vaya —declara como si al fin hubiera conseguido su objetivo—. Pero eso no es razón para que te enfades conmigo. Yo estoy de tu parte, ¿recuerdas? —añade con mimo.

—No me enfado, pero tú no te pases de lista. Lucía no es un ligue. La cosa no es tan sencilla —aclara en un tono patente de desolación mientras se sacude de la manga una imaginaria miga de pan.

—Vaya, ya veo que la cosa es seria. A ver, explícame despacio lo del exmarido en coma y todo lo demás, porque de entrada suena horrible.

El neurólogo hace un breve resumen de la situación poniendo el acento en los últimos acontecimientos. Ahora su abatimiento es evidente. Habla con la cabeza gacha y un brillo triste en los ojos.

—Bien, pues eso es todo —concluye con un gesto de impotencia—. Un moribundo que llegó al hospital en extrañas circunstancias y una mujer que durante años no he podido olvidar metida en un embrollo. Me gustaría ayudarla de alguna manera, pero me temo que

hasta ahora solamente he conseguido empeorar las cosas.

—Tú no eres culpable de nada, Sergio. No exageres.

—No sé qué decirte. Yo fui quien avisó a la Policía y a ella la hice venir hasta aquí para colocarla en una situación difícil. Aunque no me arrepiento, porque así he podido encontrarla. Te parecerá una chiquillada, ¿no? El típico enredo de un casi cuarentón que se aburre por las tardes.

—Por supuesto que no. ¡Qué bobada! Los hombres siempre os veis ridículos cuando os sacan de vuestro caparazón lógico. Seguís sin entender que el corazón es una zona de guerra en la que todos andamos a la greña con lo que llamamos razonable. Que por cierto, suele ser lo menos razonable del mundo, todo hay que decirlo.

—Corazón no sé, pero la historia no tiene ni pies ni cabeza. Sin embargo, por más que lo intento, no consigo matar la esperanza de encontrar algo que nos vincule.

—Bueno, ya sabes. La esperanza es como una de esas moscas pesadas. La pisas y parece muerta, pero en cuanto te das la vuelta empieza a revolotear en tus narices. Luego la persigues con un insecticida y la muy borde sale volando, se escurre con una habilidad increíble, y al final se queda en tu cuarto vivita y coleando mientras que tú estás furioso y sin aliento. No luches contra la esperanza, Sergio, perderás seguro, pero tampoco te fíes al cien por cien de ella, te liará.

Sergio la mira con fascinación reprimida. Su amiga suele emplear unas metáforas que siempre le ayudan a comprender mejor las cosas. De niña también lo hacía. Llegaba a su casa y le contaba historias con las que se sentía menos solo y menos asmático. Es una mujer perspicaz y bondadosa. Nunca la ha visto obrar de mala fe. Indudablemente tendrá sus momentos, pero su interior es tan resplandeciente como una bengala.

—Entonces, según tú, ¿qué hay que hacer? ¿Alimentarla, o vivir como un zombi?

—No te pongas melodramático, por favor. Lo único que quiero es que tu historia tenga un final feliz sin que te metas en un lío —confiesa mirándose las uñas pensativamente—. Aunque aquí, el que de verdad lo tiene fatal es el exmarido. Porque has dicho que es un caso irreversible, ¿no?

—Sí. No se puede hacer otra cosa que esperar.

—¿Esperar? ¿Esperar a qué? ¿Tú no te has planteado que, tal como está, a lo mejor no necesita esperar más?

—No, Ángela. Sé lo que quieres decir, la barbarie tecnológica y todo eso, pero yo solo soy un peón de esta partida, ¿recuerdas?

—Me da igual. No se puede condenar a una persona a esa situación, ni aunque sea alguien despreciable y de mala entraña.

—Mira, la muerte es la única certidumbre para todos —la interrumpe él, cortante—. Tenemos pocas, pero esa es meridianamente clara, y en el momento que alguien muere, sabemos que nada nos lo puede devolver. Así que preservar la vida nunca puede ser algo sin sentido.

—¿Preservar la vida? Dirás prolongar la agonía. Aunque resulte duro decirlo, hay casos en los que la muerte es la única solución humana —enfatiza ella.

—Está bien. No voy a discutir contigo sobre eso, ¿vale? —establece frunciendo el ceño—. Yo no puedo hacer nada al respecto y punto.

Se pasa la mano por la cara, como si con ello pudiera barrer todo recuerdo de aquello, borrar cualquier rastro que lo lleve hasta las habitaciones del hospital donde trabaja. Su deseo es paliar las desgracias ajenas, no ser indiferente ante el dolor de los demás, estar ahí y escuchar a través de su silencio lo que sienten sus pacientes; pero cada día pasan por sus manos casos descorazonadores, tristezas de todos los pelajes, sufrimientos desbordantes, y debe defenderse de ellos igual que lo hace cuando una espiral de aire pone en movimiento los registros enfermos de sus pulmones y lo ahoga. Es difícil hacérselo comprender a alguien que nunca lo ha experimentado. Esa es una de las razones por las que él es bueno como neurólogo: porque es capaz de imaginar lo que pasa dentro de las personas cuyo cuerpo no responde a las órdenes de su cerebro. Aun así, luchar contra la enfermedad también significa tener un punto desde donde mirar las cosas con serenidad, un rincón en el que protegerse de la luz hiriente del descampado y olvidar los mil misterios irresolubles con los que se encuentra en el hospital, y él se agarra a ese rincón aunque sea por unas horas al día.

—Estás hecho puré, ¿eh? Hace tiempo que no te veía tan alicaído. Realmente te ha dado fuerte, muchacho.

Ángela lo mira por encima de los cristales de sus gafas con su característica dulzura. Sin ellos de por medio, sus ojos parecen más grandes y como teñidos de una brillante humedad. Sergio Rivas se ve reflejado en su iris y se siente relajado por primera vez en la mañana. Solo por eso ya merece la pena disculpar la indiscreción de su amiga, y aunque no le apetece demasiado compartir la razón de su desasosiego, sigue hablando. Después de todo, hablar ayuda a ordenar las ideas y a desahogarse. En cierto modo es providencial que Ángela haya aparecido esa mañana en el hospital.

—Si te refieres a sentirme dentro de una isla de cemento y hormigón, lo estoy —responde notando en la cara una oleada de rubor—. Te parecerá una estupidez, pero cuando reconocí a Lucía sentí como si descubriera algo en mí que no sabía que tuviera. Sin embargo,

todo lo demás ha resultado tan confuso y calamitoso que me deprime. Sin contar con que se ha creado entre nosotros una distancia insuperable en muchos aspectos. La verdad es que ni en el sueño más estrafalario hubiera imaginado encontrármela en estas circunstancias. ¿Te hago reír?

—¿Reír? Claro que no. ¿Cómo se te ocurre ni siquiera pensarlo? —responde aparentemente molesta por la pregunta—. Los sentimientos de un amigo no son cosa de risa. Y además sé muy bien cómo te sientes: desolación si ella está lejos y euforia ante la perspectiva de volver a verla —recita con suavidad—. El enamoramiento es así. Quieres saberlo todo de su vida, cuentas las horas y los minutos que faltan para el siguiente encuentro y le das mil significados a cada uno de sus movimientos o palabras. No importa que lo ocurrido sea lo más normal del mundo, tú lo verás extraordinario. En fin, querido Sergio, que te entiendo perfectamente. ¿O piensas que a mí nunca me ha pasado? —susurra casi en su oído—. Créeme, en esa situación, lo mejor es coger el toro por los cuernos, así que… ¿Por qué no te dejas de lamentos y la llamas ahora mismo?

—¿Para qué? Sospecho que ya he hecho bastante el ridículo, y todos tenemos nuestro ego. Además, no creo que sirviera de nada porque después de lo del martes desconfiará de mí.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, se mostró muy reservada. No sé si es porque no me recordaba o porque no quería hacerlo. Además, eludió todo el tiempo hablarme de ella. No me contó nada sobre su vida, ni un detalle.

—Quizá actuó así porque no le has dicho la verdad. En el amor hay que quitarse la máscara, chico. Exponerse, mostrarse… Solo conectamos cuando dejamos que el otro nos vea tal como somos.

—Está bien, he metido la pata. Le dije cosas absurdas sobre el destino y los encuentros casuales, quise dármelas de seductor, y ahora no sé lo que estará pensando de mí. Seguro que nada bueno.

—Lo que piensa, efectivamente, no lo sabes. No eres telépata. Y, en cuanto a lo otro… ¿Qué más da que hayas hecho el ridículo o metido la pata? No seas tan narcisista. Todos cometemos errores, una vida sin errores ni existe ni merece la pena vivirla, y si ella es lo bastante lista, lo comprenderá.

—¿Comprender? Hay tanto que comprender que es demasiado. Ni siquiera sé lo que me impulsó a llamarla.

Aprieta los puños en un gesto reflejo. Cuanto más lo piensa, más le parece que todo ha sido un espejismo, la sombra del pasado frustrado que de vez en cuando irrumpe en nuestra mente haciéndonos creer que podemos recuperar algo que está definitivamente perdido, algo que nunca volverá porque pertenece a las personas que fuimos pero que ya no somos.

—Ahora lamento haberla confundido más si cabe en unas circunstancias tan penosas como las que está viviendo. Eso, sin contar las veces que he deseado que su marido abandone este mundo… —continúa con un deje de amargura—. En fin, para ser sincero, creo que como mínimo he sido un irresponsable.

Ángela esboza una sonrisa dubitativa, como si riera para dentro porque le diera vergüenza hacerlo de manera abierta.

—A menudo me pregunto qué es lo que lleva a algunas personas a ser bondadosas hasta el extremo de creerse malvadas, mientras que otras son capaces de destruir con alevosía y regodeo al que tienen más cerca —dice buscándole los ojos—. Te guste o no, tú perteneces al primer tipo, así que no me hagas el numerito del villano. Ahórrate el esfuerzo porque, por más que lo jures, no me puedo creer que hayas contribuido ni poco ni mucho a los problemas de esa mujer y, menos aún, que seas un desalmado que vas deseando la muerte de tus pacientes. Todo lo que te concedo es haber sido un poco bobo. Pero, bien mirado, todos los enamorados nos comportamos estúpidamente. Eso puedo asegurártelo —termina con rotundidad.

El neurólogo la mira estupefacto. Durante un instante busca algo que oponer a sus palabras, pero solo se le ocurren argumentos manidos, como que ella lo ve con los ojos del afecto y no de la objetividad, que no lo conoce tan bien como cree y cosas así, pero todas se le antojan carentes de sentido.

—La verdad nunca es tan sencilla —acaba objetando, como si esa frase fuese la fórmula que lo aclarara todo.

—Te equivocas. La verdad es lo más sencillo del mundo: somos nosotros quienes enrevesamos las cosas. Nos ponemos un antifaz negro y oscurecemos lo evidente para no tener que admitirlo, ni tolerarlo —replica Ángela tomándolo afectuosamente por los antebrazos.

—¿Eso crees? Entonces, si solo hay que quitarse el antifaz, tú, que en este caso no lo llevas, tendrás alguna idea sobre el accidente de su marido.

—No tergiverses mis palabras, Sergio. Comprendo que ese asunto te tenga inquieto, pero si ella tuvo algo que ver en ese accidente, tendrás que averiguarlo tú y actuar en consecuencia. Yo ahí no puedo ayudarte.

—¿Averiguar? ¿Inquieto? ¿Y si te dijera que me da igual lo que pasara esa noche, tanto si ella tuvo algo que ver, como tú dices, como si no? Desde luego, si estuviera involucrada en un hipotético delito, preferiría no saberlo, pero llegado el caso, me importaría un comino. Ni poniéndome en el peor de los casos dejaría ella de atraerme. En realidad, solo espero que la Policía la deje en paz y que su marido, exmarido, o lo que sea, se muera de una vez.

Ante la apasionada declaración de su amigo, Ángela suelta una carcajada espontánea. Le resulta reconfortante oírlo hablar de aquella mujer. Cuando la menciona, su cara se ilumina como bajo la luz de un relámpago. Puede que, como dicen los expertos, piensa todavía con la sonrisa en la cara, el amor sea una fantasía, pero eso es lo de menos. Necesitamos ver esa explosión de luz en la cara de la gente tanto como ver estrellas donde solo hay cristales rotos brillando al sol, porque ambas cosas nos reconcilian con la vida.

—¡Pero si me estás dando la razón! —exclama festivamente—. Ese es el mecanismo del que te estoy hablando, el mismo por el que los padres no quieren saber si sus hijos son criminales o drogadictos y los enamorados se niegan a reconocer que sus amantes les engañan, aunque comprobarlo sea lo más fácil de mundo. Creer en quien amamos es lo que nos mantiene vivos.

El médico le lanza una mirada azorada y luego yergue el mentón presto a defenderse de la manera más congruente posible, pero el pitido de su teléfono móvil se lo impide. En un primer momento piensa que lo llaman del hospital, pero no, el número que aparece escrito en la pantalla es, sin duda, el de Lucía. Los labios pulposos de la mujer y sus ojos de noche se dibujan al segundo en su mente sin poder evitarlo. Se apresura a contestar. Al otro lado del auricular la voz de ella le sugiere otro encuentro para la tarde. Todavía está en Barcelona y necesita consultarle algo. Le indica hora y lugar.

—Por supuesto que sí —se oye decir a sí mismo con un ligero temblor en la voz—. Allí estaré.

25 de marzo de 2003

Hacía mucho que Clemencia no atravesaba la zona de piedra y matojos pegada al arenal, que allí llaman «la Escombrera», y al cruzarla aquel día de principios de primavera queda hondamente impresionada por el estado de deterioro que ofrece a la vista. No quiere dejarse llevar por el pesimismo, pero el panorama que se despliega ante sus ojos es tan sórdido que no puede evitar que se le encoja el corazón. En otros tiempos aquel paraje solo albergaba unos cuantos bloques de pisos de protección oficial, pero por lo visto, en torno a esas colmenas grises que teñían el horizonte de color cemento, ha brotado en los últimos años una constelación de barracones rodeados de vallas desvencijadas cuyas estacas llegan hasta la misma arena.

Ahora toda la zona parece un devastado arrabal rebosante de basura, en el que mujeres con pálida piel de drogadictas y mejillas hundidas y llenas de churretes de pintura sestean al sol, mientras una nube de niños corretea por el vertedero cercano esnifando pegamento y disputando a los perros las piltrafas que encuentran en él. Un poco más allá, en ese terreno de nadie que se extiende en capas cerúleas y grasientas hasta el mar, hay montado un mercadillo en el que se intercambian un sinfín de relojes, maletas de viaje, peluches, herramientas, revistas porno, ruedas de bicicleta, ropa interior y toda clase de cachivaches de dudosa procedencia. Realmente no esperaba encontrarse con algo tan deprimente, así que avanza a toda prisa por entre las casetas preguntándose cómo se permite que cunda de tal modo la miseria y degradación y por qué todo el mundo mira hacia otro lado cuando se encuentra ante un espectáculo de ese tipo. ¿Por comodidad? ¿Por miedo? ¿Por indiferencia? Parece una monstruosidad hacerse el ciego y el sordo en esas circunstancias, pero no es tan difícil. Todo consiste en no detenerse en aquel trecho, cruzar deprisa, soslayar el mareante desasosiego que provocan las hordas de los desheredados, no mirar, no preguntar…

Rumiando su impotente indignación se aleja del campamento chabolista y se adentra en la playa. A su costado se alza una deslavazada muralla de vegetación costera: adormideras, cañaverales, barrones y otras hierbas autóctonas que ella conoce bien se

entremezclan formando un conjunto caótico que le sirve de barrera natural al arenal. Esa parte, a diferencia de la que acaba de dejar atrás, está totalmente desierta, no se divisa a nadie cerca ni tampoco en lontananza, así que ahora vuelve a emprender el camino en soledad. De improviso, todo a su alrededor parece cobrar vida, las cañas, los matojos, los arbustos, las nubes… todo se agita y se pone en movimiento, al tiempo que unas voces rompen el aire y aparecen frente a ella dos jóvenes con pinta de matones.

Han surgido de la nada, caminan a zancadas y sus miradas son tan torvas y amenazantes que nota cómo los crujidos de sus rodillas se intensifican de manera vertiginosa. Aunque no quiere confesárselo, una punzada de miedo le agarrota la garganta y por primera vez en su vida siente que esos andurriales no solo albergan miseria, sino que también pueden ser peligrosos. Vacila. Podría dar la vuelta ahora que aún está a tiempo, olvidarse de todo y seguir con su vida tranquila, pero su empecinamiento de vieja la impele a apretar el paso y seguir adelante haciendo caso omiso de ese león furioso que ruge en sus entrañas recordándole las amenazas que se ciernen sobre una mujer mayor e indefensa como ella, una vieja que lleva escrito en sus arrugas la atrofia de sus articulaciones y esperanzas. Finalmente, los chicos pasan por su lado, inmersos en sus cuitas y sin concederle una sola mirada.

Clemencia respira aliviada y reanuda su caminata. El día es claro, pero la galerna de finales de marzo no para de soplar sobre su cabeza a ráfagas intermitentes, cortantes como navajas. A su alrededor no se ve un alma. Debe de ser que la suya es una marcha contracorriente, una ruta contraria a la que sigue la mayoría, se dice a sí misma. Bueno ¿y qué si lo es? ¿A quién le importa? El mundo la ha olvidado hace mucho, no la necesita para nada, y ella tampoco necesita un mundo en el que hacer el amor es una clase de aeróbic y del que han desaparecido las cartas galantes, los viajes sin circuito turístico y los termómetros de mercurio con los que tomaba la temperatura a su hijo, así que están en paz. En el mundo de hoy su persona y su legado ya no pertenecen a nadie salvo, quizá un poco, a Lucía.

Cojeando por la arena, notando cómo el sudor le corre por la piel y le moja la camisa, sigue avanzando hasta dejar atrás la playa. Antes, por aquel sector, había algunos bosquecillos de pinos y también algunas hayas, robles y acacias desperdigadas por los senderos; hoy, de aquella exuberancia apenas quedan unos raquíticos sotos.

Tras cruzar una larga vaguada, llega a un pequeño pinar que se extiende por la suave ladera de un otero. Lo conoce; es un lugar tranquilo que frecuentó hace años. Se detiene un momento y busca los árboles bajo los que acostumbraba a merendar con su hijo. Por fin, los divisa al fondo. Son dos viejas acacias visiblemente más gruesas y

encorvadas que las que ella recordaba, que alzan sus nudosas ramas en todas las direcciones. Al parecer, son de lo poco que queda en ese espacio que una vez albergó un rústico merendero.

Se acerca a ellas y acaricia lentamente la superficie escorchada de los troncos mientras escucha complacida el susurro de las hojas agitadas por el viento y el suave chasquido que emiten al golpear sus hombros. Desde allí escudriña con atención la hondonada aledaña. Recuerda que abajo, a la derecha, había un vivero del que ahora no queda rastro. ¡Qué lástima! Era un semillero con muchos años de andadura. Sus invernaderos bien alineados, sus tiestos de plantas ornamentales y sus caminitos de caléndulas y petunias se extendían como una sierpe a lo largo de los arenales, dándole una vida extra a aquel terreno. Allí fue donde le dieron el tallo de hojas en forma de corazón, un simple tallo de *photus* del Diablo que creció y creció hasta cubrir con una tupida malla arborescente la pared sur de su casa. Ahora, por lo visto, el criadero vegetal ya no existe y en su lugar han montado un horrible desguace de coches. Desde allí se aprecian perfectamente las montañas de metal retorcido que se alinean unas tras otras componiendo un triste paisaje de guerra.

Abandona el altozano con un suspiro de resignación y se dirige renqueando hacia el lugar que busca. Se trata de una reducida ensenada cercana a los pinares que queda oculta tras una pared de rocas y arenisca endurecida. El muro rocoso forma un acantilado desde el que se divisa la caleta entera. En ese momento solo un par de pesqueros se bambolean perezosamente al sol del atardecer, anclados en medio del fondeadero. Vibran sus jarcias al viento, tan pronto lanzando aullidos turbulentos como emitiendo una especie de sollozos que semejan accesos de autocompasión. El aire trae a la boca un regusto cítrico y acre, como de naranja amarga. Bueno, después de todo, es su mermelada preferida.

Desde donde ella está situada, la primera impresión es que en la cala no hay nadie. Solo pasando y repasando la vista por el angosto trecho de la playa se advierte una figura semitumbada junto a un montículo de algas y arena. Sin nervio ni tensión de vida, el cuerpo parece un cúmulo de algas mezcladas con los restos de hierbas, espinos y ortigas que alguien ha amontonado allí. Clemencia respira. Se trata de Lucía, sin duda. Menos mal que su intuición ha vuelto a funcionar. Su sobrino Ángel dio la voz de alarma diciendo que la había visto caminar por el desguace en un estado lamentable y ella enseguida supo dónde encontrarla.

Con cuidado de no resbalar, desciende pausadamente por el escarpado senderillo que da entrada a la caleta y pronto llega a su lado. La llama suavemente por su nombre.

—Lucía, niña, ¿qué haces sobre la arena con esta humedad? ¿No

ves que el sol está poniente y cogerás frío?

A pesar del cariñoso zarandeo, la interpelada apenas abre los ojos. Tiene las uñas rotas y la densa melena negra, desgreñada por el viento, le cubre la mitad de la cara.

—Vamos, muchacha, ¿es que no me oyes? —insiste la vieja, ahora con más energía—. Si te duermes aquí, te vas a helar.

La joven levanta lentamente la cabeza y lanza a su alrededor una mirada alucinada y confusa. Por la estupefacción de su rostro, parece extrañada de seguir viva.

—¿Qué pasa? —articula con dificultad, con la voz pastosa y disociada.

—No pasa nada, niña. Solo que te has quedado dormida sobre la arena. Anda, levántate, que tenemos que irnos.

—¿Irnos? ¿Adónde? —pregunta fijando por primera vez los nebulosos ojos en ella.

—Pues ¿dónde va a ser? A casa.

Como si no la hubiera oído, la joven vuelve a apoyar torpemente las manos y la cabeza en el suelo. Su semblante no denota ningún tipo de emoción y sus párpados semicerrados le dan una apariencia de sonámbula. Clemencia se fija con pena en lo desastrado de su ropa, los pantalones tan arrugados y manchados como si acabara de salir de una carbonera, la chaqueta mal abrochada y los zapatos llenos de grumos de arena.

—Yo no voy —responde al fin con su voz algo áspera—. No puedo ir a ningún sitio. No quiero. No iré. Váyase, no la conozco.

—¡¿Cómo que no me conoces?! Anda, no digas tonterías y levántate de una vez —le ordena la mujer imprimiendo a su voz toda la autoridad de la que es capaz—. Mírame, soy Clemencia.

—Me da igual. No la conozco, no sé quién es usted —insiste Lucía débilmente—. Solo conozco a las gaviotas. Sé que comen peces muertos.

La anciana ahoga un suspiro pesaroso y, cogiéndola por los brazos, tira de ella intentando levantarla. Lucía apenas se resiste. Se bambolea un poco y luego, cediendo a la presión de la otra, se incorpora sobre sus rodillas e inicia un vacilante tanteo entre las algas con el fin de anclar en la arena sus pies entumecidos. Tras varias intentonas, la vieja logra que su ahijada se ponga en pie, pero al erguirse esta se tambalea de tal manera que por un momento Clemencia piensa que no podrá andar. Sin embargo, poco a poco la joven se va serenando y consigue mantener el equilibrio.

—Eso es. Vamos, vamos. Ahora muévete. No te puedes quedar aquí. Tenemos que irnos antes de que oscurezca — la anima su valedora una y otra vez.

Lucía la mira como si no comprendiera sus palabras o no

consiguiera ver lo que le rodea, pero por fin, da dos pasos al frente, lo que de nuevo la hace trastabillar peligrosamente. Clemencia se coloca a su espalda para sostenerla y continúa empujándola e instándola a proseguir hasta que, como un muñeco desarticulado, su protegida comienza a caminar.

Ahora el viento ha amainado, se ha calmado el fragor del mar y un celaje plomizo se ha desenrollado por encima de sus cabezas como la persiana metálica de un almacén. La quietud en la ensenada es absoluta. Aparte de ellas, solo un par de gaviotas planean indolentes sobre los mástiles de los barcos atracados, buscando algo de carroña para comer. Las dos juntas, joven y vieja, forman una extraña pareja que se mueve irregularmente en la arena endurecida por las olas: la vieja marcando el camino y la joven detrás, como un perro que siguiera a su dueño. Entretanto, una nube de estrellas asoman por los agujeros abiertos en la bruma como chinchetas clavadas en una carpa de circo.

«Pobre niña. ¿Dónde estará su alma?», se pregunta Clemencia mientras ayuda a aquel cuerpo devastado a subir la pendiente de acceso a la caleta. ¿Dónde ha ido a parar su alegría y su encanto? Su niña, Lucía, que tenía el don de no dejar indiferente a nadie, que gustaba a la gente y solía despertar el interés de cualquiera que la conociera, a veces, también la envidia… Su muchacha querida, que de repente parece habitar en un ámbito lejano y desesperado, a la intemperie de sí misma. ¡Qué pena tan grande! Debe hacer algo para traerla con ella de nuevo. Hacerla revivir y olvidar. Pero el cómo ya lo pensará más tarde, porque por ahora, solo puede ayudarla a caminar.

Hay momentos en los que no pueden más y tienen que pararse a descansar, momentos en los que la travesía se hace verdaderamente penosa y agotadora. Cuando por fin consiguen alcanzar el núcleo urbano, ya es noche cerrada. Varias veces Lucía se para y grita que ella no va a ningún sitio, y entonces Clemencia tiene que convencerla de que tienen que continuar; otras, en cambio, parece impulsada por una portentosa energía que deja sin aliento a la anciana. Finalmente, después de cruzar el arenal y la escombrera como dos almas furtivas, atraviesan el barrio buscando las calles laterales y poniendo mucho cuidado en que nadie las vea. Por último, amparadas en la oscuridad, llegan a casa de Clemencia, extenuadas pero sin tropiezos.

* * *

Pasan más de veinte días hasta que Lucía se encuentra suficientemente restablecida para salir a la calle. Clemencia la cuida día y noche, echando mano de la ayuda de su sobrino Ángel, que va y

viene con los alimentos adecuados para su recuperación física. Ambos lo han acordado así, pues comprar una comida distinta a la que Clemencia acostumbra podría delatar la presencia de la joven en su casa, y la vieja bordadora no quiere que nadie sepa las condiciones en las que ha encontrado a su discípula, ni tampoco el calvario en el que se debate día y noche. Desde el principio su intención es defenderla de miradas indiscretas, así que el apoyo de Ángel les resulta providencial.

Es una temporada difícil para las dos. Lucía sufre frecuentes crisis de ansiedad en las que se ve asaltada por imágenes alucinatorias que la hacen gritar y moverse frenéticamente. Hay momentos en los que sus quejidos son tan desgarradores que Clemencia piensa que a esa niña le han sacado el corazón y lo han roto en mil pedazos que difícilmente podrán ser unidos.

Su padecimiento es tan intenso que huye de cualquier contacto humano. Ni siquiera puede soportar que ella la toque. Como si para lograr el renacimiento, las células de su cuerpo tuvieran que sufrir primero una descomposición total, los primeros días se sume en un letargo enajenado.

Poco a poco, su cerebro empieza a dar señales de vida y a vincularse de forma más tangible con lo que la rodea. La anciana es testigo aventajado de esa metamorfosis. Percibe con claridad el cambio que se produce día a día en su expresión y nota que, aunque sus recuerdos siguen en paradero desconocido, su mirada empieza a recobrar la lucidez y luminosidad de antaño.

Una mañana, la joven, que ya muestra claros síntomas de recuperación mental y física, la apremia para que le cuente la verdad.

—Tú tienes que saber lo que ha pasado. ¡Dímelo! No escurras el bulto. Cuéntame la verdad.

—¿Qué verdad? No sé cuál es la verdad —contesta Clemencia intentando mantener la calma ante su exasperada presión—. No la he visto nunca. Pero además, ¿de qué te iba a valer lo poco que yo te puedo decir?

—Poco o mucho, tengo derecho a saberlo. Quiero saber lo que tú sabes —insiste retadora.

—Vamos, niña. ¿De qué sirve una verdad entre muchas, cuando lo que necesitas es enterrar el rencor que te está consumiendo?

—¿Cómo que para qué? Quiero saber quién soy, quién es la gente que me quiere y quién la que me odia, recordar qué hacía hace cuatro meses o dónde estaba el verano pasado. Tener una historia, una biografía, una existencia como todo el mundo. ¿Tan difícil es de entender? —El sollozo no le permite continuar.

—Recordarás cuando tengas que hacerlo —la aplaca la anciana acariciándole el pelo—. El momento llegará por sí solo, ya lo verás. Siempre es así. En cuanto a lo otro, tu cuerpo es tu mejor biografía, en

él está escrito quién eres. Solo tienes que aprender a leerlo.

—¿Aprender a leerlo? ¿Qué clase de contestación es esa? ¿Crees que soy idiota? Si no me dices por qué me ocurre esto, voy a volverme loca.

Ella sabe perfectamente que el empecinamiento de Lucía se debe a lo que está sufriendo. A veces la obsesión le emborrona la mente de tal manera que se pasa horas enteras anotando frases enmarañadas, palabras sueltas o cualquier otro signo que surja en su cabeza con la idea de descifrar su sentido. Es normal. El suelo se mueve bajo sus pies, se siente perdida y acorralada y quiere saber a toda costa cuál es la causa que la ha llevado a ese fundido en negro que hace que los acontecimientos de su vida anterior hayan desaparecido de su mente de manera tan fulminante, pero no puede hacer otra cosa que guardar silencio y tratar de calmarla, aunque no siempre lo consigue.

Durante unos días se desata un pulso entre las dos que suele terminar en tablas. Hay momentos en los que la joven la acusa de tenerla prisionera y de haberle dado un bebedizo que la ha convertido en una incapaz. La anciana soslaya todas sus imprecaciones sin perder los estribos y, haciendo gala de su gran serenidad, logra controlar la situación. «Hay que tener paciencia —se dice—. Lucía siempre ha demostrado poseer una gran entereza, pero ahora no puede asimilar lo que ha ocurrido. Está demasiado débil y desesperada», la disculpa cuando su comportamiento para con ella se hace más áspero. Le exige la verdad, pero ella no cree que en su situación eso sea una buena idea. Los jóvenes no comprenden que cuando el miedo y el frío te penetran hasta los tuétanos es inútil pedir que la verdad pura y dura acuda en tu auxilio. Es difícil de creer, pero ella sabe por experiencia que lo que se necesita en esas circunstancias no es la verdad, sino el bálsamo consolador de una mentira.

Por fin, cuando parece que su asilada se ha recuperado lo bastante para arreglárselas por su cuenta, Clemencia, en un intento de que recuerde su pasado por sus propios medios, la persuade de que lo mejor es que alquile el piso en el que vivió con su madre antes de casarse con Adolfo Costa.

12

Sentado en la mesa de un bar de la Barceloneta, Sergio Rivas endereza la espalda, cambia de postura y da otro sorbo a su cerveza mientras espera a que Lucía, quieta y callada a su lado, salga de su mutismo. Hace un rato que su único signo de vida es pasar una y otra vez la yema del dedo índice por el borde de su vaso mientras mira fijamente su contenido. No se mueve, no pestañea; solamente contempla absorta la bebida como si en su transparencia hubiera algo de otro mundo, por lo que a él no le queda más remedio que respetar su silencio.

Media hora antes el local estaba casi vacío. Apenas una joven pareja tomando Coca-Cola con pistachos en la barra y un trío de hombres de los de traje y corbata hablando de negocios, cada uno con su Martini en la mano. Ahora, sin embargo, la clientela ha aumentado notablemente. En poco tiempo han recalado allí, además de unas cuantas parejas más, una pandilla de mastuerzos buscando plan, algunos solitarios completando su ración de ginebra diaria y un grupo de mujeres añosas de risa fácil y escandalosa.

Frente a ellos, se han colocado tres chicas bastante jóvenes que no paran de manosear sus móviles mientras acunan sus cuerpos con una languidez que bordea lo anestésico. Se nota por sus atuendos, extraordinariamente elaborados, que aspiran a lucir un estilo casual, y cuando se balancean bajo la vaporosa luz del pub, siguiendo algún extraño ritmo que solo ellas oyen, parecen libélulas a punto de descalabrarse. Sus acompañantes masculinos, a tono con la situación, se concentran en beber su gin-tonic tan parsimoniosamente como si estuvieran llevando a cabo un ritual litúrgico.

«Comparada con las chicas-mecedora, Lucía, con su sencilla blusa blanca y el pelo recogido en una trenza, parece venida de otro tiempo. No es que su imagen sea regresiva, simplemente es que no responde a la uniformidad imperante de vaqueros desteñidos y tops escotados», elucubra Rivas mientras espera a que le explique el motivo de su llamada.

—Alguien me ha dado a entender que la mujer rusa sigue aquí —arranca ella por fin con un carraspeo.

Su voz suena más gutural que de costumbre, aunque

probablemente el cambio sea debido al elevado tono que hay que emplear para hacerse oír en medio de la algarabía de ruidos y risas que burbujea en el local como cosmética espuma.

—Veo que sigues rumiando esa historia. ¿Es por lo que me has llamado? —pregunta el médico sin ocultar su decepción—. ¿Para ver si sé algo que no te he dicho?

Los altavoces lanzan contra las paredes la voz de Cesária Evóra y ella, apartando los ojos del vaso, recorre con la mirada el ahumado espacio del bar. A sus pupilas, empañadas por un brillo ligeramente febril, asoma una llamita titubeante que Rivas considera un síntoma inequívoco de que le está dando vueltas a algo que no se atreve a expresar. Finalmente deja escapar un suspiro resignado y le responde:

—No. Es decir, no sé si es por eso —rectifica—. Todo este asunto me está superando. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de Adolfo y de repente… —deja la frase colgando como esperando a que el médico la complete, pero él, ligeramente cabizbajo, guarda silencio.

De nuevo sus miradas se cruzan: la de ella extraviada y dubitativa, la de él, tan claramente acariciadora que Lucía vuelve a sentir una punzada de desconfianza. Él la atrae, es cierto. Su aire despistado, los ojos ambarinos en los que late una luz intensa, la palidez de sus mejillas bajo la barba incipiente, el trazo delicado de sus manos, el dibujo de sus cejas e incluso el relieve de su pecho bajo el polo deportivo… La atrae, pero no consigue recordar la historia que tienen en común, si es que la tienen. Así que es mejor que cada uno siga su camino.

Él espera en silencio a que ella continúe y Lucía se revuelve inquieta en su asiento. Podría probar a decirle, solo por ver qué pasaba, «Mira, Sergio, no me acuerdo de ti, ni de nadie. Mis recuerdos son ruinas e inscripciones borradas, sonidos indescifrables, palabras sin sentido, unos retales arrugados y desperdigados a los que yo llamo destellos. Pero ni los comprendo ni sé por qué se han quedado dentro de mi cabeza. O sea, que son algo y no son nada. Más o menos como el cadáver respirante de Adolfo. ¿Qué te parece? ¿No querías que te contara mi vida? Pues ya está contada toda entera, sin omitir un detalle. ¿Qué sorpresa, no?». Y luego, para terminar, se echaría a reír, no por nada, solo para quitarle hierro a su confesión. ¿Y él? ¿Cómo reaccionaría al oír una cosa así? ¿Se llevaría las manos a la cabeza? ¿Saldría corriendo? ¿La compadecería? ¿Diría que toda esa historia era un despropósito?

—Vino a mi hotel ayer por la mañana —musita en sordina—. Me refiero a ese hombre horrible, Alarte, el poli del hospital —aclara al notar el gesto interrogativo de Rivas—. Se presentó allí sin más ni más y me acribilló con sus indirectas.

—Vaya, o ese buen hombre no tiene nada que hacer, o es que le

has causado una honda impresión —comenta él frunciendo el ceño—. En fin, yo que tú no le daría mucha importancia.

—Eso es fácil de decir, pero el que está agonizando en el hospital es Adolfo Costa y, según ese poli, aún es mi marido.

—Ya, bueno, quizá el tipo está tensando la cuerda porque eso forma parte de su protocolo de actuación. Él sabe mejor que nadie que todos los días hay desapariciones y accidentes desgraciados. El de tu ex es un caso entre muchos. La lista de sucesos es larga.

—Precisamente por eso no entiendo el encono de ese hombre. La desaparición fue denunciada en su momento y ellos no le hicieron mucho caso. No es que me parezca raro —confiesa encogiéndose de hombros—. Que desaparezca un hombre de las características de Adolfo no es lo mismo que cuando lo hace un niño o una jovencita. Lo lógico es pensar que el tipo se ha largado por propia voluntad y que no tiene ningún interés en ser encontrado, pero aun así…

—Pues ahí lo tienes —la interrumpe él con una sonrisa—. Probablemente la Policía se siente pillada en falta y quiere lavar su imagen. Seguro que en cuanto se sientan justificados volverá la calma. Tú no tienes nada que ocultar, así que no te preocupes más.

—¿Ah, sí? ¿Y tú cómo sabes que no tengo nada que ocultar?

La pregunta sale de su boca a bocajarro, con una agresividad que lo descoloca. Ante esa inesperada reacción, Rivas se queda con la mente en blanco. Busca en su cabeza una respuesta despreocupada, algo que relaje la tensión repentinamente instalada entre ambos, pero los oscuros ojos de ella, con el brillante de luz titilando al fondo, le lanzan una mirada tan cálida y a la vez tan irónica que lo dejan sin habla.

No lo puede evitar. Hay una parte de él que no se acostumbra a tenerla delante. Verse reflejado en esos ojos le produce un estremecimiento tan intenso que le parece imposible que ella no lo advierta. Mirarlos es como entrar en otro escenario, volver al viejo autobús, a los húmedos madrugones, al olor a gasoil y sudor pegado en los asientos, a la semioscuridad tras los cristales, al chirrido de las llantas sobre los baches, y en medio de aquella cutrez, el rostro de Lucía proyectado en los cristales de las ventanillas como una llamada de esperanza, un frágil nido fuera de la miseria y la estrechez del mundo.

Un psicólogo le diría que aún está bajo el *shock* del reencuentro, pero él sabe que no se trata de eso, sino de que la aparición de esa mujer ha llenado una cámara vacía de su interior lo suficientemente importante como para cambiar su percepción de las cosas. Igual que cuando te empastan un diente y durante unos días notas en tu boca un cuerpo extraño taponando el hueco de la caries, hasta que de repente dejas de notarlo y entonces te preguntas cómo podías masticar bien

sin esa prótesis, él está experimentando que su vida tenía una grieta que solo ella podía tapar. Y lo que en realidad le extraña es cómo no había caído antes en la cuenta, ya que ahora le resulta evidente que, de alguna forma, siempre la había estado esperando, que incluso después de haber terminado la carrera y de haber hecho la especialidad seguía acordándose de ella.

Por supuesto salió con chicas de su edad, compañeras y amigas, tuvo un par de novias que le duraron casi un año, pero ninguna de aquellas relaciones consiguió cuajar. Cada vez que se planteaba dar un paso más, consolidar el vínculo o entablar uno nuevo, empezaban a agobiarlo los compromisos, las obligaciones, complejidades y esfuerzos que ello requería. Al final siempre prefería no tener que cargar con todos esos incordios, así que poco a poco se fue convirtiendo en lo que es ahora: un hombre a las puertas de los cuarenta con el que las mujeres no se quedaban.

Todas, menos aquella chica de El Puntal que permanecía allí, en lo más profundo de su mente. Un sueño desdibujado por el tiempo pero perfectamente anclado en su interior. Muchas veces se preguntó si la reconocería en el caso de que un día se encontraran por casualidad en el supermercado, en un bar o en el metro, y no supo qué contestarse. Bueno, pues ese día había llegado y no solo la reconoció en el mismo momento de verla, sino que está intentando no volver a perderla por segunda vez. Una casualidad así no sucede muchas veces. A veces no sucede nunca. Por eso, desde el primer momento, vio un sentido especial en todo aquello. ¿Se estará convirtiendo en un loco supersticioso?

—Es verdad. No sé si tienes algo que ocultar. Pero también te digo que si lo tuvieras, me daría igual. Yo no soy quién para juzgar a nadie y menos a ti. No, yo solo pretendo ayudarte —contesta al fin suavemente.

—Eso ya lo dijiste el martes. Por lo visto, te sientes culpable de haberme metido en este lío, pero créeme, no lo hagas. Si no hubieras sido tú, hubiera sido otro.

—Cumplí con mi obligación, eso es todo —replica él.

—Por eso mismo te lo digo —concede con su voz grave—. La única realidad es que la carcasa de Adolfo está tendida en una cama, que tú tenías que avisar de las novedades y que yo ni siquiera sé qué estoy haciendo aquí, salvo abrir viejas heridas y obsesiones.

—Heridas y obsesiones cada uno tenemos las nuestras, pero no hay que darles cancha, sino esforzarse por superarlas. —Su respuesta sale maquinalmente, como si tuviera aquel tópico de tendencia zen preparado de antemano. No es lo que tenía que haber dicho; lo nota inmediatamente en la expresión de ella.

—Sí, claro, la clave está en seguir caminando cada día, sonreír y

fingir que todo marcha bien, y así todo se arreglará. —Su tono festivo aunado a su mirada errática y abatida convierte sus palabras en una pulla mordaz—. Es fácil. Solo hay que hacer cola en el supermercado, saludar educadamente a los conocidos, ceder el paso en el ascensor a los vecinos, hacer chistes sobre los políticos… en fin, dejarnos llevar y, sin darnos cuenta, se esfumará nuestro dolor y desesperación. Si los demás no la notan, la herida parece menos profunda, ¿no es eso? Como ves, la teoría me la sé perfectamente —termina acompañando la ironía con un resoplido.

—Nadie dice que sea fácil —se defiende Rivas—. Pero no es bueno quedarse atascada en el dolor del pasado. El pasado es algo inmodificable, una visión borrosa bajo el agua. Podemos seguir escudriñándolo o no, pero respirar solamente podemos hacerlo con la cabeza fuera de la cisterna, en el presente.

—Ya. Así que, según tú, podemos entretenernos mirándolo siempre que no nos ahoguemos en lo que un día nos causó sufrimiento. Pero ¿y si el agua está tan turbia que es imposible ver nada? Entonces ¿qué? Yo te lo diré. Entonces lo único que queda es el dolor, sin nada que lo palíe.

—¿Qué quieres decir? —El tono con que ha repetido la imagen que él ha empleado no lo abruma tanto como sus últimas palabras.

—¿Que qué quiero decir? —repite ella entrecerrando los ojos con un gesto de cansancio—. ¿Sabes lo que pasa cuando bajo el agua no hay más que barro? Pues que cuanto más desciendes para intentar ver algo, más te hundes. Te vas al fondo sin más. El barro atrapa los pies y es tu propio peso lo que tira de ti, te arrastra, te traga, y por fin, te ahoga —suspira pensativamente.

El neurólogo guarda silencio un instante. Los ojos de la mujer están brillantes de humedad, las aletas de su nariz tiemblan ligeramente y destrenzados mechones de pelo negro se le han pegado a la frente sudorosa. No parece en absoluto que esté tratando de impresionarlo ni de confundirlo; todo lo contrario, la tristeza que refleja su semblante es auténtica.

—No estoy seguro de haberlo entendido bien. ¿Estás diciéndome que no recuerdas tu pasado o algo así? —pregunta con precaución.

—Justamente, algo así. Creo que los médicos lo llamáis amnesia retrógrada disociativa, y también estado de fuga.

Apenas pronunciadas esas palabras, Lucía se repliega de nuevo. ¿Es posible que se haya delatado ante un extraño de una manera tan tonta? Definitivamente, no solo ha perdido la memoria, sino también el juicio. Su patinazo ha sido considerable aunque no debe de ser tan raro como parece, se justifica intentando relajar la tensión que agarrota sus músculos. La condición de desconocido resulta ideal para confesar secretos y ella ya no soporta pasar un día más examinándose

y tratando de poner nombre a lo que quizá no lo tiene. Dar vueltas y más vueltas sin llegar a ningún sitio. ¿Qué le pasó en realidad a Adolfo? ¿Es ella culpable como sostenía su suegra? ¿Y si de pronto lo recordara todo y viera que hizo algo inconfesable? ¿Cómo podría vivir con ello en adelante? ¡Basta ya! Todo eso es absurdo. ¿Qué responsabilidad podría caberle en un accidente que se produjo a quinientos kilómetros de su casa? Pues está claro que ninguna.

Sus pensamientos giran en el interior de su cráneo como dentro de una cueva en la que no hay ninguna luz para iluminar el recorrido. «La amnesia es el silencio inconsciente. La mentirosa sufre a menudo de amnesia», leyó en alguna parte. ¿Es ella una mentirosa? La mentira y la verdad son asuntos cotidianos. Pero ¿qué es la verdad? Es lo que no se ve. Algo inexistente. Ni siquiera es una cosa, solo una trama bien hilada que incita a la gente a creer en ella. Clemencia se lo explicó muy bien en una ocasión. «Mira, digamos que es como el bordado. En la cara no aparece ninguna trampa, pero cuando lo miramos por detrás, vemos los nudos que permiten que el dibujo no se deshaga». Y de ella se puede fiar. Es su segunda madre y nunca le ha fallado, mientras que de este hombre apenas sabe nada.

Lo mira de reojo, sigue sentado a su lado, y tan inmóvil como una de esas estatuas de calle que esperan una dádiva para recuperar el movimiento. Le gustaría zarandearlo para sacarlo del letargo, arrancarle de cuajo las palabras de la boca. Levanta una mano hacia él y se detiene justo a tiempo. ¿Será verdaderamente sincero?

—¿Qué? ¿Te has quedado mudo? —lo increpa algo bruscamente incomodada por su silencio.

—Bastante sorprendido, sí —contesta él esforzándose por esbozar una media sonrisa—. No me imaginaba nada de esto y… en fin, no sé qué decir.

—No hace falta que digas nada ni que me compadezcas. En realidad yo estaba bien así. Con lo que tenía me bastaba: una vida reciente y algunos recuerdos de niñez. El problema me ha llegado ahora, con la historia de Adolfo. Aunque supongo que es normal. Cuando se abre una caja sellada nunca se sabe lo que va a salir, ¿no?

«¿Qué contestarle?, ¿que sí o que no?», se pregunta el médico confuso. La sinceridad que ahora irradian sus palabras lo mantiene en vilo. Sabe que debe decir algo, pero tiene miedo de no estar a la altura. Es el mismo miedo que de niño le obligaba a negar la identidad de su padre o que lo acometía en sus crisis de asmático, cuando cada soplo de aire frío, por muy laboriosamente que hubiera sido inhalado y exhalado, se convertía en un silbido chirriante. Sin embargo ya no es un niño medroso y aunque lo que está oyendo suena sospechoso, no puede cerrar los ojos ni taparse los oídos. Debe ofrecerle algo a esa mujer o se arrepentirá.

—Es un síndrome raro, pero hoy ya existen algunos tratamientos —susurra tragando la saliva que se le había acumulado en la boca por efecto de la sorpresa.

—No quiero tratamientos. Sé que no hay ninguno eficaz —responde secamente ella—. Recuerdo lo necesario para valerme y eso me basta. De mi cabeza solo han desaparecido las circunstancias personales y, según los médicos, es muy posible que algún día las recupere. Aunque, a decir verdad, no estoy segura de que eso sea lo que más me conviene.

Tras esas palabras, vuelve a entornar los párpados y sus largas pestañas aletean ligeramente acentuando su aire melancólico. Pese a que ahora habla con mayor seguridad parece inquieta y Rivas no es capaz de discernir hasta qué punto es real o ficticio lo que dice. ¿Verdad o mentira? Imposible saberlo. Lo único cierto es que cada vez entiende menos los motivos que la han impulsado a llamarlo y contarle aquello.

—Pero ¿no se te hace muy duro vivir sin tener una historia tuya? —murmura como si se hiciera la pregunta a sí mismo.

—Bueno, tiene una parte mala, sí —contesta ella tomando aliento —. No recuerdo ninguna de las típicas tradiciones de familia, no sé cuáles eran las ilusiones de mi adolescencia, cómo era mi madre, mi padre o mi abuela. Tampoco tengo anécdotas ni vivencias que contarles a los amigos, ni a mis hijos, si alguna vez los tengo. —Hace una pausa y sonríe como si se le hubiera ocurrido algo gracioso—. Pero también tiene su parte buena. Por ejemplo, como no sé cuál era mi imagen de antes, no la tengo que mantener. Tampoco tengo que saludar a gente que me caía mal porque no la reconozco, ni atender a compromisos latosos… O sea, que de mi memoria no solo ha desaparecido lo bueno, sino también lo malo, y eso tiene sus ventajas. Tú lo has dicho antes, hay que librarse del rebobinado doloroso.

—Ya, bueno, no me refería exactamente a eso —contesta él como disculpándose—. Entiendo que una amnesia de ese tipo supone renunciar, en cierto modo, a tu identidad.

—¿Y qué? Para mí eso de la identidad es una fantasía, algo intangible, un invento que nos ata a un personaje —se detiene un instante y despliega las manos sobre la mesa. Son largas y estrechas como hojas de adelfa—. La volatilidad compensa mucho. Te lo aseguro.

—Tal vez tengas razón, no te digo que no. Pensándolo bien, ser alguien distinto de vez en cuando nos permite no aburrirnos tanto de nosotros mismos —bromea el neurólogo buscando aligerar la tensión de ese momento—. Esa es la idea de las fiestas de disfraces, ¿no?

Lucía esboza una sonrisa. Las bailarinas-chicas del móvil abandonan el bar seguidas dócilmente por sus parejas. Tras su

marcha, se produce una perceptible relajación en el ambiente.

—Pero no te engañes, lo que uno es siempre acaba emergiendo —continúa él con suavidad—. A pesar de las barreras, encuentra rendijas por las que salir… lo que tampoco es una desgracia. Al fin y al cabo, lo que nos hace únicos es siempre lo más interesante y la memoria es una de las claves de la individualidad.

—La memoria nos hace ser quienes somos. Sí, eso dicen —susurra Lucía con evidente malestar.

Luego vuelve a quedarse callada, los ojos quietos y vacíos, sin absorber ni reflejar nada del entorno, como velados por una cortina. El jazz de Diana Krall, que ha sustituido al anterior fado caboverdiano, parece acaparar toda su atención. «Salta a la vista que no quiere continuar con el tema», piensa Rivas. Tal vez crea que ha ido demasiado lejos con sus confidencias o simplemente es que ya está dicho todo.

—Esa ala del hospital para pacientes en estado crítico… —comenta al cabo de un rato volviéndolo a mirar inquisitivamente—. Cuando se entra allí ya no hay paso siguiente, ¿verdad?

—Bueno… Es una forma de decirlo —admite él cabizbajo.

—Comprendo. ¿Y si Adolfo se recuperara? ¿Su cabeza tendría que empezar de cero?

—Probablemente.

—¿Tú sabes lo que es empezar de cero? —pregunta ella.

—Por experiencia no, pero seguro que es muy duro. A lo mejor tú puedes ilustrarme.

—A lo mejor —concede esbozando una irónica sonrisa—. Solo una cosa más… ¿Puede oír Adolfo lo que se le dice?

—Sinceramente, no lo sé. Ya te dije que no hay evidencia de actividad cerebral, pero hay personas que tras superar un episodio de coma dicen que a veces oían voces y que incluso comprendían el significado de algunas palabras. En fin, lamento no ser más preciso —se zafa él con una cierta incomodidad.

Lucía lo mira con atención. Cuando habla de asuntos relativos a su profesión, Rivas se comporta como el típico médico que lanza su dictamen midiendo al milímetro sus palabras para que los pacientes no lleguen a entender del todo lo que les está sucediendo.

—No te preocupes, no quiero hacerme neuróloga. Únicamente lo pregunto porque cuando estuve en su habitación, tuve la extraña sensación de que él lo sabía.

Rivas, ligeramente sobresaltado, le pide que siga con un gesto.

—No sé cómo explicarlo —continúa ella quedamente—, pero me sentí igual que cuando de pequeña me decían que Dios veía todo lo que hacía. No sé si a ti te pasaba, pero para mí era terrorífico: un ojo enorme que te perseguía hasta en los momentos de mayor intimidad,

un Gran Hermano dispuesto a fiscalizarlo todo, incluidos los pensamientos.

—¿Recuerdas eso?

—¿Tú no?

—No, pero la verdad es que yo tuve una educación, digamos… algo peculiar. Fui poco a la escuela. Aunque, según he podido comprobar después, no parece que me haya perdido gran cosa.

—Bueno, según como se mire. Lo mejor de ese asunto era que, ante semejante indefensión, comprendías que nunca estarías a la altura exigida, así que el único camino era rendirte al mal.

Ríen al unísono. Reír en compañía de este hombre le produce una sensación cálida y agradable, piensa ella. Sin embargo tiene sus riesgos que, en este caso, no son pequeños ni desconocidos. Por ejemplo, no puede estar contando lo poco que recuerda de su infancia, pero lo está haciendo. ¿Y por qué? No lo sabe. Él dice que se conocieron antes, vale, pero ¿qué fueron el uno para el otro? ¿Amigos? ¿Amantes? ¿Enemigos? Colándole cualquier respuesta que le interese, él podría tenerla a su merced. De hecho, con ese constante buscarle los ojos, Rivas la está aislando, llevándola a su terreno y haciéndola entrar en una entidad aparte, un ecosistema frágil aún, pero cada vez más consistente, y ella no puede brindarse a eso. La desmemoriada no puede exponerse así, ni dejarse llevar por el instinto; por el contrario, debería recluirse, mantenerse en su retiro. Sin su soledad no es nada, se arriesga a perder el control, sí, pero ¿el control de qué?

—Veo, pues, que algo sí recuerdas —comenta Rivas todavía risueño.

—Por supuesto —contesta Lucía con los ojos como brasas—. Mi cabeza está llena de imágenes desordenadas —asiente ella—. Más o menos como las piezas de un puzzle. Antes no tenía ni eso, pero, ya ves, han ido apareciendo una tras otra.

—Vaya, así que fragmentos caprichosos de memoria. Es una buena señal —la anima él con evidente entusiasmo.

Sí, eso es, se dice a sí misma. Fragmentos caprichosos emergiendo como icebergs en un mar helado: vellones de lana asomando por una almohada, grumos de barro pegados a unos pies infantiles, el borboteo de la corriente de un río al anochecer, ramas meciéndose a impulsos del viento, hilos de colores sobre una mesa redonda, el garrir nocturno de un loro… ¿Piezas clave de su vida? Quizás.

—¿De verdad no sabes dónde ni cómo puedo encontrar a la rusa? —insiste maquinalmente como si volviera al principio.

—Claro que no. Debes creerme, Lucía, no lo sé —afirma tajantemente Rivas con frialdad no disimulada—. Pero ¿por qué tanto empeño? Pensaba que habíamos zanjado ese asunto. ¿Crees acaso que

ella pudo tener algo que ver en el accidente?

—Oh, no, qué va, solo que… —recula ella ante su reacción—. Me gustaría hablar con ella —responde con expresión átona.

Sabe que su actitud resulta cuando menos capciosa, pero ¿qué va a decir? ¿Cómo explicarle que necesita saber quién era Adolfo Costa y cómo se comportaba con sus amantes?¿Que esa misma noche ha permanecido horas escrutando las sombras del techo para no soñar con esos horribles pájaros que la hunden en la oscuridad? ¿Que intuye que esa identidad de la que antes hablaban morirá definitivamente con Adolfo si antes no logra comprender, o al menos atisbar, por qué una vez quiso a ese hombre?

Vuelve a ver otra vez la imagen de su cuerpo disminuido, anclado en una cama de hospital para casos críticos, sus músculos atrofiados, su piel macilenta, y no puede evitar preguntarse por enésima vez qué hubiera pasado si la rusa no lo hubiera visto allí. ¿Hubiera muerto sin nombre, sin historia, sin que nadie supiera quién era? ¿Lo habría recordado ella más tarde? ¿Lo habría buscado, o habría aceptado que la había abandonado como parecían creer todos los que la conocían? Demasiadas preguntas regidas por el condicional «si la rusa no»… «El "si hubiera o hubiese" no existe, niña —le dice Clemencia a veces—, solo existe el "hubo" o el "hay".» Sí, son demasiadas preguntas, y es absurdo intentar tirar del hilo cuando no hay nada que rebobinar.

—Parece que piensas que no fue un accidente —la interpela el médico sacándola de sus cavilaciones.

—¿Qué quieres que te diga? Podría serlo y no serlo —replica ella.

—Ya, pero si no fue un accidente, ¿qué fue? ¿Asesinato?

Después de decirlo, Sergio Rivas se arrepiente. No puede permitir que esa palabra, «asesinato», se asocie de ninguna manera a este caso. No debe pronunciarla ni dejarla entrar en su cabeza, y menos darle crédito. Siente auténtica aversión ante ese pensamiento.

—Bueno, lo que quiero decir es que… —se apresura a disculparse.

—No te preocupes —lo corta ella—. Sé lo que quieres decir. Es más, si fuera un atropello intencionado, como parece que sostiene Alarte, a mí me daría igual quién lo hizo —aventura pensativa—. Hay cosas en las que importa ante todo el resultado. Saber quién lo atropelló no le devolverá a Adolfo lo que ha perdido. En fin, yo lo veo así.

—Desde luego, es una forma de verlo.

—Sí, claro, es una forma entre muchas, y posiblemente difícil de entender en un mundo en el que la venganza significa tanto.

—No es solo eso. Para mí también es importante comprender quién y por qué hace lo que hace —susurra el médico.

—Es natural. Tú como científico tienes que interesarte por las causas de las cosas. Comprender el fenómeno.

—También es una cuestión de justicia, ¿no te parece?

—Tal vez —concede ella—. Aunque la justicia parece algo tan lejano… Yo creo que las cosas pasan sin más.

—Sí, pero alguna referencia hay que tener para no actuar como salvajes cogidos en una trampa.

—¿Salvajes en una trampa? —musita con una sonrisa—. Verás, hay una historia de mi niñez que no he olvidado. Trata de una cría de golondrina que cayó de su nido y quedó atrapada entre la hoja fija de una ventana y una lámina de cristal cortavientos sobre la que, en ese momento, caía el sol a plomo. El cubículo era un horno, y el pobre animal se golpeaba aterrado contra ambos cristales una y otra vez, sin saber qué era lo que le impedía salir volando. ¡Imagínate qué espectáculo tan horrible! Yo metí la mano con cuidado en aquel estrecho cajón para ayudarle, pero el polluelo no se estaba quieto un segundo, aleteaba sin parar de un extremo a otro intentando esquivarme. Por fin conseguí acorralar su cuerpo tembloroso contra el vidrio y, notando cómo su minúsculo corazón palpitaba entre mis dedos, lo empujé suavemente hacia arriba. Ese impulso le bastó para remontar la altura del cristal y echó a volar como alma que lleva el diablo. Y ahora dime, ¿crees que aquella golondrina supo por qué razón estaba atrapada y por qué luego estaba libre? ¿Intuiría siquiera que una mano humana la liberó? Con toda seguridad no, pero lo que importa es que consiguió escapar de una muerte segura.

—Es una historia muy bonita. ¿Cómo es que la recuerdas tan bien?

—No lo sé. Quizá porque me ayudó a comprender que las personas somos como aquella golondrina: casi nunca entendemos por qué nos pasa lo que nos pasa, pero tenemos demasiado orgullo para admitirlo. En fin, temo haberte molestado para nada —se disculpa con su voz gutural—, pero pronto no tendrás que contestar más preguntas embarazosas. Probablemente mañana cogeré el tren de vuelta.

—Por favor, Lucía, no hay nada que disculpar. En realidad te agradezco mucho que hayas confiado en mí. Ya fue una alegría verte de nuevo, pero si además pudiera hacer algo por ti, lo que sea, me sentiría feliz —contesta él buscando desesperadamente en su cabeza alguna excusa para retenerla.

—Ya me has ayudado mucho. Demasiado, diría yo. Supón que el tal Alarte me estuviera vigilando. ¿No crees que le resultaría sospechoso nuestro encuentro aquí y ahora? —apostilla con cierta ironía.

—Me importa un comino lo que pueda pensar ese tipo. Yo puedo estar con quien quiera.

—Sobre todo si es con una vieja conocida, ¿no es así? —bromea ella esbozando una equívoca sonrisa.

Sergio Rivas la mira algo confuso. Desea pedirle que no se vaya, que no lo obligue a aceptar que no ha podido retenerla, que le permita seguir conociéndola al menos un día más, porque lo peor de volver a perderla será sin ninguna duda recordar cómo se fue de su lado, triste y desconfiada. Pero al final, solo dice:

—No te rías. Somos viejos conocidos, aunque tú no lo recuerdes. Y es cierto que quiero ayudarte, aunque me parece que no lo he hecho muy bien. Quizá si me dijeras cómo…

—Bueno. Tal vez podrías acompañarme a mi hotel —susurra ella como si le hubiera leído el pensamiento—. No me siento capaz de pasar otra noche aquí sola. En una gran ciudad, las noches son demasiado largas.

La invitación lo pilla tan desprevenido que casi no puede contestar. Con el latido de la sangre golpeando aceleradamente en sus sienes, asiente con la cabeza.

Dicen que cuando alguien viola un cuerpo, no solo profana la carne, sino que hurga y corrompe muchas otras partes, sobre todo aquellas que no pueden tocarse. La violencia sufrida es tan fuerte que las víctimas de una violación suelen separarse de su cuerpo durante el trance. Su conciencia huye y abandona ese lugar. Es un viaje largo y solitario y, cuando vuelven, lo hacen sin voz. No solo la dignidad les ha sido robada; también las palabras. A veces alguien les presta unas cuantas para que vayan tirando, pero en el fondo de su corazón saben que para volver a ser una persona entera deben encontrar las suyas propias.

Ella tardó en encontrarlas. Aunque desde aquel día se preguntaba a todas horas quién era, o mejor, qué era, las respuestas no llegaban. Debía de ser una mujer, sí, pero bastante distinta a las demás. No se encontraba bella, ni joven, ni deseable. Tampoco se sentía capaz de hacer todo lo que, según la tele, otras hacían: hijos, trabajo, gimnasio, moda… No pensaba en la blancura de su colada, ni conseguía seducir con un perfume o un carmín, ni su conversación comportaba especial sensibilidad y empatía. En realidad, ninguna de esas cosas tenía que ver con ella, así que al final pensó que era un cuerpo de mujer vaciado.

Quiso ser como las demás, pero no funcionó. Lo intentó, pero hay límites que no se pueden traspasar. Así que, cuando después de aquello, él le dijo «Sigamos siendo amigos, nena», ella se sublevó como una gata recién parida. ¿¡Cómo «amigos»!? ¿Acaso no la había oído? ¡Ella quería marcharse! ¡No le interesaba ser su amiga! Es más, no quería tener amigos que súbitamente se transformaban en lobos. ¡¿Amigos?! ¡Nunca más! Sabía que tras esa inocente palabra acechaba la determinación de atraparla otra vez, de volver a herirla, de insultarla y de humillarla buscando el calor en la piel de otra. Y ella ya no podía soportar por más tiempo aquel dolor, el espantoso vacío que te ocupa cuando se te escapa lo que más quieres, esa interminable y terrible soledad que te invade cuando

comprendes que solamente eres un cuerpo usado, presto a sucumbir.

Por eso desde aquel día empezó a fantasear con la muerte de Adolfo o, si no con su muerte, con su desaparición. De repente, aquel hombre, tan amado en otro tiempo, se convirtió en un enemigo al que se le deseaba que enfermara o sufriera un accidente. Al principio la mera idea le causaba vértigo, pánico, huía de ella como de una pesadilla y solía alejarla de su mente con rapidez; pero al cabo de un tiempo comenzó a especular sobre cómo cambiaría su vida si eso ocurriera. Y así se sorprendía imaginándose fuera de aquella casa y libre de la sombra de Adolfo. Se veía corriendo por la playa, gozando del viento y del sol, viajando a países lejanos, recobrando el contacto con el mundo, y así, hasta que la idea se convirtió en una obsesión.

Otras veces se figuraba que escapaba dejándole una nota tan escueta como difícil de digerir: «He conocido a otra persona mejor. No me busques». Eso estaría bien, pero ¿adónde iría? ¿Cómo lo haría? ¿Sería mejor ir paulatinamente o quitarse del medio de golpe y porrazo? Y no solo eso. ¿Sería capaz de demostrarle que ya no lo esperaba, que le era indiferente, que prefería mil veces su espantosa soledad a tener que recibirlo en su cama, el silencio perpetuo antes que someterse a alguien tan despreciable y envilecido? Por más que cavilaba sobre el asunto, solo llegaba a una conclusión: que antes que seguir así, era preferible hundirse en la nada. Desaparecer. Morir. Disolverse en el aire.

Y es que llegó a sentirse tan sola, tan dolorosamente sola, que hubo un día en que ansió romperse en mil pedazos, caer como una piedra en el mar, quedarse en el fondo y dejar de existir. O eso, o volver atrás. Borrar de un plumazo los últimos años de su vida y retornar al tiempo en que de sus ágiles dedos brotaban como por encanto paisajes y figuras, flores y frutos, arabescos exóticos y pájaros de mil colores. Mundos fantásticos para recobrar la memoria de lo que fue antes de Adolfo. Mundos perfectos que tuvo que deshacer puntada a puntada en la soledad de su casa yerta. Su ajuar entero deshizo para desbaratar el tapiz en el que una vez se fundieron deseo y realidad. Deshizo y deshizo. Desarmó, rasgó y descosió hasta que su vida entera se guarneció con un blanco virginal.

VIERNES

13

El espejo del baño le devuelve el reflejo de su cara sin pasado. Mirándose le resulta increíble que Sergio Rivas la reconociera. ¿Cómo pudo hacerlo, si la chica que cogía el autobús de El Puntal ya no existe, si hace mucho que su vida inició una fuga definitiva y su pasado no es más que un residuo en la memoria de unos pocos individuos en la memoria de unos pocos individuos desperdigados por la geografía nacional? Quizá porque de su existencia anterior aún le queda la carcasa, una materialidad gracias a la cual es capaz de manejarse entre lo que le rodea. Miente. Ni siquiera su cuerpo de ahora es el de entonces, suave y flexible como una cinta al viento, pues lo que hoy sostienen sus huesos solo es una piel lacerada que debe formatear cada día para resultar visible y anónima a la vez.

Él dijo que eso era absurdo; que por mucho que hubiera olvidado algunos episodios de su vida, ella nunca podría ser anónima. «Tampoco es tan terrible», le contestó divertida ante aquel despliegue de vehemencia un poco infantil. Rivas la miró con la expresión del que espera una importante revelación, pero ella optó por callar. ¿Para qué volver a explicarle que no le importa ser anónima y amnésica? ¿Que no encuentra nada fascinante en recordar esa sucesión de días semiborrados que constituyen un pasado? El día que me probé aquel vestido, el que subí a la noria del parque, el que perdí el reloj de pulsera, el que conocí a tal persona… Flashes y cromos metidos a presión en la mente de cada cual y a los que todo el mundo se empeña en dotar de un propósito y un argumento.

No, no quiere conservar ningún álbum de fotos con los restos de lo vivido. La mayoría de la gente lo guarda para tener un sitio donde acudir cuando necesita llenar su vacío, pero en realidad casi todas las cosas se olvidan al mismo tiempo que se producen, así que la mayor parte de los recuerdos son una fantasía. Aquel curso de verano, aquella exposición de joyas antiguas, aquellas palabras dichas con apasionamiento, esas ideas que tanto nos aportaron y por las que nos guiamos durante todo un año fueron importantes mientras duraron, pero finalmente desaparecieron, fueron esfumándose gradualmente de nuestra cabeza o acabaron sustituidos por unas teorías nuevas, unos cuadros mejores y unos conocidos más agradables que fuimos

encontrando conforme recorríamos ese túnel lleno de meandros que llamamos vida. No, ella no quiere saber nada de eso. No lo necesita. Prefiere ser lo que es ahora: una mente sin pasado.

Vuelve a la cama de puntillas y se recuesta junto a Sergio Rivas, que al notar su proximidad, modifica ligeramente su posición. Desde su sitio puede ver perfectamente cómo el cielo va adquiriendo la coloración propia del amanecer. Otra noche que se ha evaporado. Esas horas en las que este hombre y ella se han abrazado, han copulado, y quizá, hasta han hecho el amor, ya son pasado. Nada queda de ellas salvo el recuerdo de cómo sus cuerpos se han entrelazado en un silencio únicamente roto por los múltiples ruidos de fricción y succión de sus pieles, por los extraños gritos como de pájaro que emitían sus gargantas, por los roces de sus manos y pies contra las ásperas sábanas de una cama de hotel. Iluminados por la tenue luz que se filtraba por la ventana se han ido explorando el uno al otro con afán, con curiosidad, con calma, con súbitos y apasionados arrebatos. Ella ha probado los diversos sabores de él, su sequedad y su humedad, sus superficies más lisas y más rugosas, y él los de ella. Han sido dos en uno durante unas horas, pero ahora vuelven a estar separados, echados apaciblemente uno al lado del otro, como si nada de aquello hubiera ocurrido.

Fueron dos en uno, sí, pero ahora que la noche y sus espejismos han desaparecido, las cosas han recuperado sus contornos habituales, piensa contemplando al hombre dormido que respira casi pegado a ella. Su cuerpo de textura firme, no demasiado musculoso pero sí disciplinado, se impone en su retina. Le gusta verlo así, abandonado al sueño, intuir el latido de su sangre animal bajo la piel elástica que ya empieza a acumular las huellas propias del vivir, pecas, manchas, alguna cicatriz… Le gusta ese hombre, sí. Y eso es precisamente lo que la asusta. Esta noche se ha mostrado tan sincero, su aproximación a su sensibilidad de mujer ha sido tan sabia, tan llena de emoción, que quizá se haya acercado a lo que debe de ser el amor.

El amor… curiosa palabra. Una de las pocas cosas que recuerda es que, cuando era una jovencita, se esforzaba en creer en Dios porque alguien le dijo que aquel ojo justiciero era el portador del amor absoluto. Por la noche miraba las estrellas desde su ventana e intentaba imaginárselo allá arriba, en el oscuro firmamento, un ser superior, perfecto y protector. Miraba y escrutaba la lejanía tan fijamente que las estrellas se convertían en vanos vacíos y el cielo y la tierra se confundían en un único plano. Lo intentaba una y otra vez, porque ansiaba conectar con esa presencia magnífica que la guardaría de todo mal, pero como nunca obtenía respuesta, acabó abandonando.

Sonríe. Hay veces en que le resulta curioso recordar esos detalles sueltos de su otra vida, livianas burbujas que brotan de su mente

como hongos fermentados por la humedad. ¿Le volverá a pasar algo así con lo que está viviendo esta semana? ¿Cómo recordará dentro de unos años la angustia insomne de la noche anterior, la espantosa incertidumbre que la asaltó en el café de la Barceloneta y la obligó a lanzarse a los brazos de este hombre desconocido sin pensar en las consecuencias? ¡Qué temeridad! ¿Cómo se le pudo ocurrir un despropósito de ese calibre?

¿Qué más da? Ahora solo sabe que han sido unas horas de paz en las que no ha habido nada que esconder ni explicar. Simplemente dos cuerpos que se juntan y luchan por convertirse en uno solo. El calor creciente, la humedad, los movimientos rítmicos, el aliento cálido, las pieles resbalosas por dentro y por fuera… En ese momento es imposible que dos seres estén más cerca, más entretejidos, más entremezclados, vientre contra vientre, pelvis contra pelvis, piel llena de huellas, piel cubierta de las gotas de saliva y sudor del otro, piel que aspira a la conexión, a formar una nueva unidad paradisíaca en la que hasta el lenguaje sobra. Ser uno, formar parte de una sola cosa, ¿es eso el amor o solo las reminiscencias del viejo mito platónico?

Respira hondo. Sí, han sido uno, pero ya no lo son. Al final todo el mundo necesita estar separado, tener sus propios límites, saber dónde empieza y termina su piel. Es entonces cuando se comprende que la unidad alcanzada ha sido solo un juego, un perturbador espejismo. Me presto a esto, me dejo ir hasta no saber quién soy, voy, alcanzo el punto de completa fusión y luego me desprendo para volver a ser yo. Somos dos otra vez. Él seguirá con sus recuerdos y experiencias bien registradas, y ella, en ese tránsito agotador en el que su cuerpo físico es lo único que resulta reconocible.

Rivas se revuelve a su lado cortando el hilo de sus divagaciones. Dormido, su cara tiene la opacidad de una estatua, y eso la complace y la relaja. La tranquiliza el no saber. Prefiere no conocer los entresijos de este hombre que ha llegado a ella casualmente y que ahora parpadea y entreabre la boca como si fuera a decir algo. ¿Será de los que hablan cuando duermen? No, más bien parece estar a punto de salir del sueño, de abandonar la dulce y reparadora inconsciencia para regresar a lo tangible, al lugar al que ya nunca volverá Adolfo Costa.

—Hola, ¿estás despierta? —la interpela la voz somnolienta del médico.

Al oírlo, Lucía se sobresalta y sale de la cama como impulsada por un resorte y se queda parada en medio de la habitación. Él se incorpora ligeramente sobre los codos para seguir su trayectoria.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien? —pregunta sin ocultar la sorpresa que le causa su reacción.

—Perfectamente, pero creo que te he despertado. Si es así, lo siento —susurra ella como arrepentida de su brusca espantada.

La figura femenina se recorta en la luz grisácea de la mañana, la cintura breve, los muslos dulces, el pelo cayendo sobre los hombros como un manto de seda negra… Un amasijo de vísceras y de huesos, bullendo, latiendo y respirando dentro de ese saco de formas irregulares que llamamos cuerpo. Física y química, que diría Ángela. Sergio piensa que, a pesar de las visibles cicatrices, nunca ha visto uno más hermoso ni que parezca más tierno, aunque ahora esté tan rígido como el de esos pájaros que cuando presienten al depredador adoptan la apariencia de un junco o de una rama y se quedan quietos esperando el momento propicio para escabullirse.

—Claro que no. En todo caso, habrá sido algún ruido de la calle —se apresura a responder Rivas esbozando una sonrisa.

—¿Ruido, dices? —objeta ella cubriendo su desnudez con una toalla—. ¿No serás de los que echan de menos el canto de los gallos y la paz del campo al despertar?

—¡Qué va! —ríe el médico—. Tengo que confesar que soy un urbanita empedernido. Prefiero mil veces el guirigay del tráfico, el barullo de las obras y las serenatas del sábado noche que la aburrida tranquilidad del campo.

—¿Ah, sí? Yo pensaba que habiéndote criado en un pueblo añorarías la famosa calma rural.

—Bueno, pasé mi infancia en un pueblo, pero no lo echo de menos —contesta al tiempo que se yergue para sentarse en la cama—. A mí lo que me gusta es el caos humano. Además, eso de la tranquilidad y nobleza del campo no deja de ser un tópico. Al menos en mi experiencia.

—Vaya, me sorprendes. Hubiera jurado que eras un amante de la naturaleza y de las gentes sencillas.

—¿Qué dices? —la interpela él divertido—. Las gentes nunca son sencillas. Todos tenemos nuestro peligro. La ciudad lleva la fama, pero por eso mismo te proteges bien. En cambio, en el campo, te puede pasar no saber quién es el enemigo —termina como meditando en sus propias palabras.

—Es posible. Sí. —concede Lucía, acercándose a la mesa donde él ha dejado la cartera, un bolígrafo y un llavero en forma de jaula con un pájaro dentro—. Tu llavero es muy original —comenta al verlo.

—Los regalaba una academia en la que di clases de ciencias para sacarme algo de dinero. La beca no estaba mal, pero no cubría el alquiler del piso, así que tuve que recurrir a trabajos esporádicos como ese para sobrevivir. Ahora ya no existe. Los pajaritos volaron.

—Bueno, al menos te dejaron un recuerdo que, por lo visto, te gusta.

—Ya. En realidad lo llevo para recordar que enjaular a seres vivos siempre tiene un coste —declara como al desgaire—. En fin, habrá que

levantarse —suspira saltando de la cama—. Hoy no paso consulta, pero tengo que ir al hospital para ultimar un tema. ¿Me acompañas? Luego podemos comer en algún sitio con encanto. —Hace una breve pausa y a continuación añade—: Es decir, si quieres.

Lucía vacila durante un momento. Es evidente que con esa invitación él está dando por hecho que van a continuar juntos un día más. ¿Qué puede hacer? Con este hombre todo parece tan lógico y natural, tan perfectamente obvio, que ella no sabe cómo decirle que no. En los últimos tiempos ha conocido a una infinidad de individuos absurdos, desde los narcisistas que al hablarle parecían estar haciéndole un favor, a los que describían sus pasos más insulsos como si fuera un documental que hubiera que radiar al mundo entero… sin contar con esos irritantes exhibicionistas que hacían un repaso pormenorizado de sus habilidades sexuales. Pero Sergio Rivas no encaja en ninguna de esas categorías. Cuando habla, su expresión es tan convincente que ella se pregunta si es auténtica o simplemente forma parte de la representación que cada día ejecuta con esos enfermos a los que casi nunca puede curar. La verdad es que no tiene motivos reales para dudar de él y de sus intenciones, pero su cabeza le dice que no debería exponerse más y que lo conveniente es rehusar un ofrecimiento que, por otra parte, es fruto directo de la estupidez con la que está manejando este asunto.

—Mejor no. No quiero volver otra vez a ese hospital si no es absolutamente necesario —articula su lengua mientras sus manos aprietan la áspera toalla sobre la piel desnuda.

—Vale. Lo comprendo. No quiero atosigarte con eso. Pero puedes acompañarme a los locales de mi asociación. Los viernes suele estar animada. No es exactamente una fiesta pero, como suele decirse, habrá música y confeti.

Su sonrisa la hace vibrar de tal modo que comprende claramente el destrozo al que la ha abocado su debilidad. Se repite de nuevo que no está en condiciones de ligarse a nada ni a nadie. Detestaría ponerse ella y ponerlo a él en una situación comprometida. Sergio Rivas tiene que salir de su vida cuanto antes. No puede permitirse volver a verlo, ni dejarle hablar, ni consentir que le sonría de ese modo. No quiere necesitar esa mirada que estremece su cuerpo anhelando el placer que le ofrece. Su compañía resulta tentadora, qué duda cabe, pero si deja entrar a ese hombre sabe que no habrá vuelta atrás. Como él acaba de decir, enjaular a alguien tiene un alto costo, aunque la jaula sea bella y atrayente. Y eso no le interesa de ninguna manera. No le interesa, pero ¿es lo que desea? Su mente vuelve a estar escindida.

—Me aburren las fiestas —contesta despacio—. La gente se bambolea al ritmo de la música como serpientes al son de una flauta.

—¿No te gusta bailar?

—No. No sé. En realidad, lo que no me gusta son las fiestas. Siempre he acabado con la sensación de que la gente hace como que me escucha cuando en realidad está pensando en lo que le dirán a fulanito o menganito.

Sergio suelta una carcajada.

—Vaya, veo que de eso sí que te acuerdas.

¿Acordarse? Tal vez. Algo debe de haber en su mente cuando al pronunciar la palabra fiesta se ve zarandeada de acá para allá y rodeada de extraños pingüinos que le sonríen absurdamente.

—Solo sé que me revienta hacer de dama de compañía.

—Verás, es que no se trata de esa clase de fiesta. Es más bien tipo Médicos sin Fronteras, y tú eres mi invitada —contesta sin dejar de reír.

Lucía se queda callada. ¿Una invitada, ella? ¿De él? ¿Por qué? La mera palabra le parece una incongruencia. No quiere especular. Si lo hace, comenzará a sentirse invadida por todo tipo de suspicacias. ¡Qué tormento! Se frota las manos compulsivamente. La idea de desaparecer, esfumarse, convertirse en humo, la devora. Ahora es el momento. Solo hay que desembarazarse de la toalla y ponerse un vestido cualquiera, luego coger el bolso y correr en dirección a los andenes donde megafonía anunciará «Tren Talgo, con destino Madrid». Es el suyo. Cogerlo es la seguridad, pero también significa renunciar a tener lazos, seguir despertándose por la mañana junto a rostros que no conoce y permanecer de espaldas a lo que desea. Todo lo ocurrido esa noche desaparecerá del mapa y lo que ella ha sentido durante esas horas también desaparecerá, volverá a convertirse en otra, en una desconocida, en una nueva extraña. Se deja ir.

—Está bien, voy a ducharme —asiente por fin. La voz neutra, tranquila como la superficie de un pantano en reposo.

En el baño se cepilla los dientes con tanta fuerza que consigue que le sangren las encías. ¿Qué demonios está haciendo? ¿Por qué ha terminado cediendo? ¿De dónde le vienen esas ganas locas de abrazar a ese hombre, de echarle los brazos al cuello y de acurrucarse en su pecho de chico de mirada transparente?

¿Y ahora qué? Ahora, nada. Tenía que haberlo pensado antes. Antes de meterlo en su cama, antes de permitir que siguiera contándole intimidades en ese tono tan febril que resultaba conmovedor. Él la mira como si realmente le importara, quiere ayudarla, protegerla, se lo ha dicho, pero ella no quiere limosnas de mierda. Es cierto que es una desconocida para ella misma, no sabe quién es y no le importa no saberlo; puede que incluso sea un fraude, un saco vacío, una impostora, pero todavía no acepta caridad.

Oscila frente al espejo con la boca llena de pasta de dientes. «Si ahora aceptas su invitación te expones a que algo real se inicie entre

los dos. Lo sabes, ¿no? —se dice a sí misma hecha un mar de dudas—. Pero si lo rechazas, ya no habrá otra oportunidad.» Él lo dijo hace solo dos días, no suele haber segundas oportunidades, y tenía razón. A veces la vida se porta y te ofrece una, pero si la desaprovechas, recoge sus cartas para siempre. Solo hay un momento para determinadas cosas, un momento que es ese y solo ese. Aparece cuando quiere y si lo dejas pasar, se acabó. Aunque más tarde quieras rectificar, es simplemente imposible.

Vale, lo entiende, hasta ahí, la teoría. Pero ¿en qué lugar la deja eso? Se supone que es una mujer razonable y disciplinada. Una mujer que jamás se arriesgaría por un desconocido. Alguien que espera que sus días se sucedan tranquilos. Pero ¿todo eso es cierto? ¿De verdad desea una vida rutinaria y adormecida? ¿Era lo que quería cuando se casó con Adolfo, o más bien se trataba de elegir entre dos males? «Entre el dolor y la nada, elijo el dolor», decía William Faulkner. Y eso es lo que al parecer ha vuelto a hacer ella, dejar que eligiera su corazón.

Bueno ¿y qué? Quizá haya llegado el momento de quedarse, de no salir huyendo como acostumbra, de no echar a correr con el rabo entre las piernas y la sensación de que aprovechar ese momento hubiera cambiado su vida. No, esta vez no lo hará. Lo decidió ayer después de la tortura a la que la sometió Alarte. Está demasiado cansada para volver a escapar y, además, ya que ha llegado hasta aquí, debe afrontar el envite, aunque solo sea para ver si puede dejar de ser esa otra que ya no existe.

14

Esa mañana Gloria sale de casa con mejor ánimo que otros días. Aunque el cierzo ha soplado iracundo toda la noche, al amanecer se ha calmado dejando el ambiente limpio y una temperatura inusualmente agradable. Ese cambio ha debido de influir positivamente en sus hijos, pues es la primera vez de ese mes que han desayunado con ella alegres y locuaces. Los tres han hablado de lo que pensaban hacer durante las vacaciones de Pascua, ya a la vuelta de la esquina, y Javier, el pequeño, incluso la ha besado al marcharse.

¿Y si está haciendo una montaña de un grano de arena o ve fantasmas donde solo hay sábanas zurcidas?, piensa de camino al trabajo. Es cierto que últimamente han estado poco afectuosos, pero los chicos, y más si son adolescentes, suelen mostrarse insolentes y esquivos con los adultos. A su edad las hormonas enredan lo suyo y, después de todo, este trimestre ha resultado inacabable. Es lógico que estén cansados de tantas clases y de la presión de los exámenes. Su padre es inflexible en esto y les exige unos buenos resultados, so pena de confiscarles todos los cachivaches electrónicos que tanto aprecian.

Dándole vueltas a ese asunto llega a la calle Simancas. Aunque el trayecto desde su casa hasta el taller es corto, todas las mañanas se cruza con varias cuadrillas de trabajadores que se dirigen al recinto que albergará la Exposición Internacional dentro de un año. La mayoría llevan bolsas y mochilas en las que seguramente transportan la ropa de faena y algún tentempié con el que aguantar la jornada. Desde el taller se oye a veces el ruido de las taladradoras rompiendo el cemento y el runrún de las excavadoras desbrozando las riberas del Ebro en las que dicen habrá una playa de arena de sílice. Son obras costosas que han suscitado todo tipo de comentarios en la ciudad, opiniones a favor y en contra, pero lo cierto es que la fisonomía urbana y el paisaje humano han cambiado tanto que a veces piensa que ese no es el mismo lugar en el que ella se crio. Le cuesta aceptarlo, pero es innegable que hoy en día el mundo cambia muy deprisa.

Con estas reflexiones llega a la penúltima manzana, en la que encuentra a Betty esperándola.

—Buenos días, señora Gloria —la saluda sonriente—. Ha venido

muy guapa hoy. ¿Celebramos algo?

Gloria le lanza una mirada socarrona. A esta chica, con su porte manso y su pinta de no haber roto un plato en su vida, no se le escapa una.

—Ya ves, yo vengo guapa y tú zalamera —condesciende ella esbozando una sonrisa—. ¿Qué tal tu madre? ¿Está mejor?

—La respuesta es que sí —contesta la peruana acoplando sus pasos a los de ella—. Se encuentra bastante mejor que ayer.

—Bueno. Eso está bien.

—A mí me parece que el culpable de sus dolores es el viento de esta tierra, porque en cuanto deja de rugir, los huesos le mejoran.

—Pudiera ser. Hay veces que este cierzo nuestro es muy desabrido. No todo el mundo lo resiste bien —corrobora ella preguntándose por enésima vez cómo la conocería Lucía y por qué la contrató.

Juntas hacen el tramo final y al llegar a la última esquina ven que en la puerta del taller hay alguien. Es una mujer mayor que se mueve despaciosamente de un lado a otro, como si estuviera haciendo guardia o custodiando la entrada.

—Mire, señora Gloria, es la anciana del otro día. La que vino buscando a la señora Lucía —comenta Betty por lo bajini al verla—. A lo mejor ha resuelto dejarnos el bordado que trajo.

—Tienes razón, es ella. Clemencia dijo que se llamaba, ¿no? —corrobora Gloria—. ¡Qué raro, venir tan temprano! En fin, vamos a ver lo que quiere.

—Buenos días —saluda la mujer.

—Buenos días, Clemencia —responde Gloria con algo de desconfianza. Tantos intrusos de visita en tan poco tiempo le dan mala espina—. Veo que ha madrugado mucho hoy.

—Hoy y todos los días, y no crea que por mi gusto. A mi edad ya no se duerme tanto como una quisiera —cabecea la anciana.

—Eso no le pasa solo a usted —tercia ella amablemente—. El sueño es un bendito placer que no se valora hasta que se pierde.

—Así es. Yo, a partir de las seis de la mañana, ya no pego ojo, así que aprovecho que a estas horas no hay demasiado gentío en la calle para darme el paseo que recomiendan los médicos —comenta la mujer acurrucándose en un lado de la pared para dejarlas pasar.

Nada más oírla, Gloria comprende que esta vez la visita no tiene nada que ver con los bordados. El modo en que la mujer aprieta un pequeño bolso negro contra el costado y la grave expresión de su cara son claros indicios de una preocupación muy concreta.

—Eso está muy bien —concede abriendo el cajetín que controla la persiana metálica del taller—. Y ya veo que hoy ha decidido alargar su paseo hasta aquí —tantea cautamente, mientras la persiana inicia su

ascenso emitiendo el chirrido de siempre.

—Pues la verdad es que las estaba esperando —confiesa la anciana inclinando la cabeza hacia ella como si quisiera hacerla partícipe de un valioso secreto—, porque quisiera hablar un momento con ustedes, si no es mucha molestia.

En los escasos segundos que tarda en contestar, la idea de que la anciana guarda una información que al desagradable poli de ayer le interesaría sobremanera le pasa por la cabeza veloz como un rayo, lo cual no le hace ninguna gracia. Todo este asunto se está complicando demasiado para su gusto y, aparte de despertarle una curiosidad malsana, empieza a ponerla nerviosa. Sin embargo, procura que no se le note y apenas abre la puerta del taller, cede el paso a la mujer, murmurando un cortés: «No es ninguna molestia. Pase, por favor».

Obedeciendo sus indicaciones Clemencia franquea la puerta y, cojeando, penetra en la fresca oscuridad del local. Las otras dos la siguen y, una vez dentro, la joven peruana se apresura a descorrer las cortinas y a abrir las ventanas, dejando que el aire y la esplendorosa luz de abril se cuelen en el recinto, el cual, en pocos segundos, cobra una vida inusitada.

—Siéntese y tome un café con nosotras —la invita Gloria señalando la mesa camilla donde suelen tomar el refrigerio de media mañana.

—Gracias. Me vendrá bien —acepta ella, ocupando el sitio que Gloria le ha sugerido mientras lanza a su alrededor una nostálgica mirada.

Las tres mujeres permanecen cada cual sumida en sus propios pensamientos mientras la cafetera hace su trabajo. No tienen que esperar mucho. Pronto el estimulante olor a café recién hecho se expande por el aire y Gloria se apresura a verter la humeante bebida en las tazas. Luego, como si esa acción fuera el pistoletazo de salida para iniciar la conversación, toma asiento ella también e interpela suavemente a Clemencia.

—Bueno, pues usted dirá. ¿En qué podemos ayudarla?

Al oír estas palabras, la anciana esboza una sonrisa indescifrable y toma un sorbo de café. Luego se pasa la punta de la lengua por los resecos labios y emite un ligero carraspeo.

—Hummm… Qué bueno está el café. Cargado, como a mí me gusta. Esto sí que resucita a un muerto —se relame lanzando un suspiro placentero.

Sus dos anfitrionas hacen caso omiso del comentario y se mantienen a la expectativa, como si temieran que contestar pudiera desviar a la mujer del motivo de su visita. Una actitud que no deja lugar a dudas sobre el interés que les suscita lo que la anciana se trae entre manos.

Clemencia, por su parte, las observa detenidamente durante un instante. La más joven mantiene una postura de modesta reserva, mientras que la que lleva la voz cantante ha adoptado una posición defensiva que levanta una barrera a su alrededor. Da la impresión de ser una mujer de carácter y con los pies bien pegados al suelo. Mirándola, se pregunta cómo habrán llegado a formar una sociedad dos personas tan diferentes como Lucía y ella. Aunque quizá sea por eso mismo, se dice para sus adentros. Lo que necesita un negocio cuando la relación personal es lo suficientemente respetuosa y fluida son visiones diferentes. La madre de Lucía y ella no es que fueran precisamente idénticas, y no solo funcionó a las mil maravillas su taller de bordado, sino que llegaron a ser grandes amigas.

—La verdad es que no sé cómo empezar, nunca se me dieron bien las explicaciones —dice dejando su taza sobre el platillo y masajeándose las manos con gesto pesaroso—. En fin, supongo que estarán ustedes al corriente de la desgraciada situación del exmarido de Lucía… —añade levantando la cabeza con visible esfuerzo.

—Pues sí —contesta rápidamente Gloria con su habitual desparpajo—, sabemos que tuvo un accidente y que su estado es extremadamente grave. Por eso está Lucía en Barcelona.

—Mejor, así me evito la mitad de la historia. Verán, como ya les dije el otro día, yo aprecio mucho a Lucía. Cualquier problema que ella tenga me afecta de una manera especial, y ahora, me parece a mí, ojalá me equivoque, está metida en un lío. —Lanza un imperceptible suspiro y sigue entrecerrando los ojos—. No es que ella me haya dicho nada, pero lo sé por un sobrino mío.

Hace una pausa para tomar otro sorbo de café. Las otras dos la imitan saboreando la bebida en riguroso silencio a la espera de que retome el hilo.

—Bien, a lo que iba —continúa con voz algo temblorosa—. El caso es que un policía de Barcelona llamó ayer por teléfono a mi sobrino Ángel, que vive en El Puntal como yo y es mecánico, para interesarse por un coche que Lucía desguazó hace tiempo. Mi sobrino le dio la información que pedía, pero el hombre no se conformó con eso y empezó a hacerle todo tipo de preguntas sobre ella.

Betty y Gloria intercambian una elocuente mirada que a la anciana no le pasa desapercibida.

—¿Acaso lo conocen ustedes? Me refiero al policía, claro —les pregunta tanteando el terreno.

Durante un momento, Gloria calibra lo que puede contar y lo que no sobre el episodio de la mañana anterior. Finalmente decide que si quiere que Clemencia ceda en sus reservas, ella también tiene que soltar algo, así que contesta con expresión circunspecta:

—Aquí vino un tipo ayer por la mañana contando no sé qué

historia de drogas, pero quedó bastante claro que lo que quería era fisgonear sobre Lucía y su exmarido. No sé si será el mismo —añade encogiéndose de hombros—. Este dijo llamarse subinspector Alarte y se portó de manera bastante antipática.

Tras esas palabras, las tres mujeres guardan un silencio expectante. A pesar de que las ventanas están abiertas, no corre una brizna de aire, no se agita una tela, ni se mueve un hilo. Clemencia mira las tazas ya vacías tan concentradamente como si fueran las depositarias de un mensaje misterioso que hubiera que descifrar. Sus dos interlocutoras esperan conteniendo la respiración.

—Bueno, no sé cómo se llama el que habló con mi sobrino, pero sea quien sea, tiene una idea muy equivocada de la situación de Lucía.

—Será el mismo individuo, seguro —apostilla Gloria—. Vino dándoselas de Colombo, y primero, muy amable él, empezó a hacernos la rosca: que si el taller era maravilloso, que si qué limpio y agradable, que si patatín, que si patatán… Pero luego cambió de tercio y la emprendió con Lucía. ¡No vea usted, venga a decir y a preguntar cosas absurdas! No sé qué querría encontrar, pero le salió el tiro por la culata, entre otras cosas porque nosotras no tenemos nada que decir, ni sabemos nada sobre el accidente de ese hombre… quiero decir, del marido de Lucía, del exmarido o lo que sea. Así que se fue con el rabo entre las piernas.

—Perdone, pero ¿qué quiere decir con lo de cosas absurdas?

Gloria le hace un rápido resumen de la conversación que mantuvieron la mañana anterior con Alarte sin ahorrarse su opinión al respecto.

—Todo esto confirma mis sospechas —manifiesta la anciana tras escucharla atentamente. Luego, al reparar en la expresión interrogante de sus interlocutoras, añade bajando la voz—: Creo que ahora que han identificado a Adolfo en ese hospital, la Policía busca a quién cargarle el muerto.

—No me extrañaría nada —remacha Gloria indignada—. Aquí todo el mundo busca sacudirse de encima la responsabilidad o marcarse un tanto a costa de quien sea.

—Pero el hombre que vino ayer dijo que lo de ese señor Adolfo había sido un accidente… —tercia Betty, callada hasta entonces.

—Sí, muchacha, pero la palabra accidente es muy elástica. A veces no solo interviene el azar —le responde Clemencia perceptiblemente aliviada al comprobar la buena disposición de las dos mujeres.

—No comprendo —alega la peruana desconcertada.

—Lo que quiero decir es que aunque todos los peritos coinciden en que fue un atropello —explica la mujer dedicándole una cálida sonrisa—, no saben quién es el responsable. Pero eso sería lo de

menos, porque según le dieron a entender a mi sobrino, el atropello podría haber sido intencionado.

—¡Madre mía! Qué enredoso. Yo… en fin… —vacila la joven moviendo la cabeza de un lado a otro—. Si fue tan claro un accidente, ¿por qué quieren buscarle los tres pies al gato?

—Porque si alguien lo provocó, ya no sería un accidente —interviene Gloria en tono condescendiente.

—Los accidentes son accidentes, pasan no más, pero parece que en esta tierra las cosas tienen muchas explicaciones. Aparte de que ustedes siempre quieren tener una respuesta para todo. Pues, por mucho que se vengan a empeñar, a veces no existe esa respuesta —replica ella esforzándose por exponer ordenadamente sus ideas. Con la luz de la mañana, sus negros ojos brillan como una lamparita de cristal.

—Tienes razón, hay cosas que no tienen explicación pero, en este caso, lo que sí hay es un responsable del atropello —tercia Clemencia—. En su momento, la Policía debió de pensar que, como era una víctima sin identidad, la investigación no era urgente, pero por lo visto han cambiado de opinión. Un típico error de descoordinación que ahora quieren subsanar buscando un culpable. Les ha dado por ahí. En cambio, sé de otro caso parecido en el que no se molestaron ni en preguntar a los vecinos.

De repente, la expresión de la anciana se ha hecho distante y acongojada y sus ojos se han empañado visiblemente, detalle que desconcierta a sus anfitrionas. Se produce un embarazoso silencio en el que cada cual trata de entender lo que hay detrás de lo que está oyendo.

—Si no es indiscreción, ¿a qué caso se refiere? —inquiere finalmente Gloria sin poder reprimir su curiosidad—. ¿Algo que afecta a Lucía?

—No, no. No tiene nada que ver con ella. Solo que resulta pasmoso cómo el azar ayuda a veces a la justicia —la mujer se calla un momento invadida por una emoción tan intensa que le impide continuar.

—¿La justicia? —farfulla Gloria descolocada.

—Perdónenme, solo era una reflexión personal —se disculpa con gesto apesadumbrado—. Verán, es que mi hijo murió a los seis años atropellado por una moto y nunca cogieron al culpable —recita como si tuviera la lección aprendida de memoria pero no entendiera el significado de las palabras que pronuncia.

—¡Qué horror! —exclama Betty sin poder ocultar la impresión que le ha causado esa confesión—. Si a mi niña le pasara una cosa así, creo que me moriría.

Las dos mujeres miran a la joven peruana que, consciente de

haberse dejado llevar por la excitación del momento, esconde los ojos azorada.

—¿Tienes una hija? —pregunta Gloria atónita.

Betty, sin atreverse a despegar la mirada del mantel de la mesa, afirma con la cabeza.

—¿Y Lucía lo sabe?

La joven vuelve a asentir angustiada.

—¡Menuda sorpresa! Me dejas de una pieza —farfulla Gloria sintiéndose engañada por las dos—. Pero ¿cómo no me lo habíais dicho? No me lo puedo creer. ¿Cómo iba a imaginarme que me ocultabais una cosa así? —recrimina ofendida.

—No es culpa de la señora Lucía. Fui yo quien no quería que se supiera —se apresura a aclarar la muchacha.

—Pero ¿por qué? —la increpa la otra pasmada.

—La niña no tiene padre. —Las palabras salen del pecho de Betty con tal sentimiento que más parece estar respondiendo a la acusación de un crimen que haciendo una confidencia.

—Bueno, eres madre soltera. ¿Y qué? A mí eso me trae sin cuidado, pero me duele que no me lo hayáis dicho. Me parece una falta de confianza que no sé cómo interpretar.

Betty agacha la cabeza compungidamente y, ante el reproche de su compañera, se atrinchera en el silencio. Transcurren unos instantes cargados de tensión en los que las tres permanecen calladas en torno a los restos fríos del café.

—Ustedes, las mujeres de acá, lo ven todo muy fácil —se atreve a decir por fin, temblorosamente—. Allá en mi pueblo, al otro lado del mar, una cristiana adventista como yo queda marcada para siempre por su pecado. Pero lo peor es que el fruto de su deshonra sufre las mismas consecuencias. Por eso dejamos mi país y la casa del hermano de mi madre: para abrirnos camino en un lugar en el que nadie nos conociera y mi niña pudiera crecer en paz.

—No tiene que dar más explicaciones si no quiere, Betty —la consuela Clemencia suavemente.

La joven levanta los ojos y mira a la anciana, cuya expresión es ahora de gran serenidad. En el fondo de sus ojos brilla una luz intensa y sus arrugas se ven asombrosamente suavizadas sobre su cara desecada. Está casi hermosa, y la joven peruana siente de repente que aquella mujer podría ver todos sus pensamientos y leer en su rostro como en un libro abierto.

Los ve. Claro que los ve. Ve todo lo que está estancado en su cabeza. Esa extraña anciana percibe nítidamente con sus ojos de dentro cómo hace cuatro años, ella, apenas una muchacha, se encontró con que su vida había sido devastada por alguien cuyo nombre no podía decir porque se valió de su posición para acallarla.

Alguien de su tierra que debería haberla defendido y del que ella no pudo defenderse. Alguien que tomó su carne de colegiala pobre y la hizo presa de sus perversas fantasías. Una chica necesitada, cuya inocencia fue destruida violentamente y consumida con voracidad.

Sí, Clemencia la mira y, a través de su fija y penetrante mirada, la joven comprende que está viendo todo el vacío que durante años anidó en su cuerpo moreno, casi adolescente. Un vacío pesado y denso. Un vacío corpóreo sin ninguna relación con la nada. Aquella anciana puede verlo perfectamente: la desolación que la embargaba al entrar en aquella horrible tienda de ropa interior para mujeres preñadas —bragas y sostenes al alimón, apestosas baraturas para chicas desamparadas—, la vergüenza con que ocultaba su incipiente vientre grávido y la amargura de haberse convertido en esa carne de cañón contra la que le prevenía su abuelita en las consejas nocturnas.

Nada del otro mundo. Cosas que les ocurren todos los días a las muchachas como ella. Un infierno repetitivo y cotidiano. Su madre se negó en redondo a ponerla en manos de la abortera del pueblo, así que lo mejor que pudo hacer fue invertir todos los ahorros de la familia en huir y callar. Huir y callar. Huir hacia ese lugar en el que un batallón de gente privilegiada, sin suficiente espacio en sus casas para meter sus títulos y compras se prestan a darle sus sobras. Huir y callar, porque en ese lugar el sufrimiento no está bien visto, porque en ese lugar todo el mundo finge ser feliz aunque en realidad pocos lo sean.

—Tiene casi tres años y medio y por ella conocí a Lucía —susurra por fin la joven hurtándole los ojos a Clemencia—. Bueno, primero conocí a su hermana Elvira en el hospital donde parimos las dos. La señora Elvira tuvo que marcharse nada más que dio a luz, pero me presentó a la señora Lucía, que fue tan buena conmigo que me enseñó a bordar un poco. Yo, al principio, no sabía nada de bordados, pero luego, pues mire usted, ella me dio trabajo en el taller. Yo, a la señora Lucía y a su hermana, les debo mucho.

—Seguro que esa niña es tan preciosa como su madre —dice Clemencia recuperando su expresión vivaz.

—Sí, es muy bonita —replica la joven con los ojos húmedos—. Bonita e inocente, y no podría soportar que la viesen como una hija del pecado.

—Hija, pecado es destruir a las personas y la indiferencia hacia los que sufren —dice suavemente la anciana—. Pero una niña es una bendición.

La muchacha sonríe tímidamente y la mira con gratitud. Sin saber cómo, sus manos se han enlazado con las de aquella mujer que parece haber comprendido de manera natural las tristezas que la aquejan, y mientras recupera su aplomo, no puede evitar preguntarse si será

capaz de ver el interior de los demás con la misma facilidad que ha visto el suyo. A su lado, Gloria, más calmada, les ofrece otra taza de café en un tono que vuelve a ser relajado. «Esta mujer es como una gaseosa —piensa la muchacha—. En cuanto la agitas un poco, las burbujas desbordan el gollete, pero no son más que eso, burbujas de gas.»

—Yo no, gracias —contesta Clemencia sonriendo—. Hoy ya llevo mi ración de estimulante y, además, no quiero acapararles más tiempo. Ya he abusado bastante de su atención. Ustedes tienen quehacer y mi presencia las está distrayendo —añade levantándose de la silla con dificultad.

Su actitud afable y amistosa consigue borrar los restos de la crispación anterior y disipar en parte la inquietud que las abruma por distintos motivos.

—A nosotras no nos molesta en absoluto… —empieza a decir Gloria.

—Sin formalidades, por favor —la corta la anciana ya de pie, acallando con un gesto las protestas que su partida levanta en sus dos interlocutoras—. La verdad es que les estoy muy agradecida a las dos por la paciencia que han tenido conmigo. Mi sobrino estaba preocupado por lo de ese policía, y yo, por que pudieran hacerle algún daño a Lucía. Esperemos que todo se resuelva de la mejor manera posible.

Sin añadir nada más, Clemencia sale del taller y, a pesar de su andar renqueante, cruza la calle mucho más deprisa de lo que cabría suponer en una mujer de su edad. Debe de ser que la conversación con las bordadoras ha aligerado notablemente el peso que tenía desde que, hace un mes, identificaron a Adolfo Costa y empezaron a hacer preguntas en El Puntal sobre el paradero de Lucía. Ahora ya sabe a qué atenerse. Tiene la seguridad de que no han dicho, ni dirán, nada que pueda comprometer a Lucía. Por otra parte, las preguntas que les hizo ese hombre, quienquiera que sea, demuestran que no tiene ninguna prueba en su contra, que solo va dando palos de ciego a ver si suena la flauta.

Tampoco por su sobrino Ángel hay nada que temer. A pesar de que el policía le preguntó hasta por lo que hizo la noche del accidente, él supo defenderse muy bien, piensa, rememorando la conversación telefónica de la noche anterior.

—Pues no sé qué hice ese día, porque ha pasado mucho tiempo —le contó que respondió a la malintencionada pregunta—. Supongo que, como siempre, saldría del trabajo sobre las ocho de la tarde y al día siguiente engancharía a las ocho de la mañana. Así que ya se puede imaginar lo que hice por la noche: dormir como un tronco.

—Muy bien, Ángel —lo animó ella más tranquila al notar su seguridad—. Seguro que le dejarías sin habla porque a dar razones no hay quien te gane.

—¡Pero es que no veas la perra que cogió el tipo! Dale que te pego con que si podía demostrar de alguna manera que estuve en el taller —le comentó a renglón seguido afectando despreocupación—. ¿Te lo puedes creer, tía Clemencia? La voz que le salía por teléfono daba grima y a mí casi me da un ataque de risa. Parecía que estábamos en una película de gánsteres. Ahora, que si lo que buscaba era intimidarme, yo no me quedé atrás. Bueno, le contesté: «Ya sabe, la informática es lo que manda hoy y, si le interesa, puedo presentar todas las facturas y albaranes que firmé esa tarde, incluida la hora en que se realizaron las operaciones». ¿Qué te parece? ¿No quería pruebas?, ¡pues toma pruebas! —le explicaba riendo en sordina, seguramente para no alertar a su mujer.

—¿Pues qué me va a parecer? Que esto no tiene pies ni cabeza. No llamé antes a Lucía para no preocuparla y ahora no me atrevo a hacerlo para no ponerla nerviosa. En fin, espero haber hecho bien. Vuelvo a casa mañana, pero antes quiero hablar con las bordadoras a ver si me entero de algo más. Ya te contaré.

—Bah, no merece la pena que te molestes. Tal como hablaba, ese no sabe por dónde se anda. Al final lo único que me pidió es que le mandara, si lo encontraba, el comprobante del desguace. Parecía tener mucho interés por el coche de Lucía. ¿Te acuerdas? Ese que achatarró.

Clemencia lanza un suspiro. Su sobrino no le preocupa, no tiene nada que ocultar. Cuando se lo llevó al desguace, el coche estaba limpio. Ella se ocupó de revisarlo antes, por si acaso. Es más, como conoce el paño, intuye que su inquietud de anoche no le venía tanto de las preguntas del policía en cuestión, como de que Rosa, su mujer, lo está poniendo continuamente en el disparadero con sus desconfianzas y resentimientos. La pobre nunca ha podido controlar su rencor y sus celos hacia Lucía. La sola mención de su nombre la saca de quicio.

3 de mayo de 2003

A veces, cuando se encorva sobre las tomateras, siente como si las rodillas se le desgajaran y se escaparan de sus piernas. ¡Tan horriblemente le duelen! «¡Ay, Clemencia! Los años no pasan en balde. No queda otro remedio que aguantar y tomárselo con filosofía, pero la verdad es que hay días en que sería mejor no levantarse de la cama», se dice resignada.

Hoy debe de ser uno de esos porque, además del ataque de artrosis, recibe una exasperante visita. Al mediodía Rosa, la mujer de su sobrino Ángel, se presenta airada en su casa para exigirle que no vuelva a endosarle a su marido ese rollo de que Lucía necesita ayuda. Clemencia sabe de sobra que su sobrina política no puede ver a Lucía ni en pintura, pero una exigencia tan imperiosa la asombra. Durante mucho tiempo guardará esa escena intacta en la memoria, porque la mujer llega tan rabiosa que no la deja ni recoger la manguera de riego que acaba de usar. Sin disimular su irritación, le exige una atención inmediata alegando con malos modos que los sábados tiene muchas cosas que hacer.

—Mujer, son solo cinco minutos.

—¡Ni cinco ni dos! Tengo prisa. He cogido vez en la peluquería y no quiero que se me pase; no soporto esperar. No puedo con ello —la increpa ceñuda.

A pesar de que el tono es imperioso, Clemencia se abstiene de contestar. La tarea urgente está hecha, desmenuzada y esparcida la broza comprometedora, la tierra se ocupará del resto, así que se sienta en el poyo sin abrir la boca y se dispone a escuchar resignadamente, porque ¿qué se le puede decir a quien sufre la locura de los celos? Nada, salvo tenerle lástima. Mejor callarse y tener la fiesta en paz. Afortunadamente, Rosa no puede leerle el pensamiento, pues si pudiera, seguro que se sentiría bastante ofendida por lo de la lástima ahora que anda por el mundo tan pagada de sí misma y exhibiendo la buena marcha de su negocio como si fuera el estandarte de la legión.

En fin, lo suyo no deja de ser el desquite típico de los que han ascendido un escalón social, piensa la anciana, pero pasárselo a ella por las narices no solo es fatuo, sino absurdo. Al fin y al cabo, ella la conoce desde siempre y sabe perfectamente que hubo un tiempo en

que las cosas no le iban tan bien. De niña le tocó de todo, desde hacer interminables colas para conseguir un poco de arenque en las Cáritas del barrio hasta hacerles recados a las vecinas por una miserable propina. ¡Cuántas veces no se la encontraría gimoteando junto al espigón que llaman del trueque porque no le había llegado nada de lo que repartían! Y luego, de jovencita, tampoco es que le fuera demasiado bien, yendo y viniendo todo el santo día para repartir los pedidos de un rosario de tiendas que le pagaban una miseria.

¡Pobre Rosa! Su única compensación era pasar las tardes de domingo en aquellos bailes que la comisión de festejos del barrio organizaba en unos viejos almacenes de calzado, bautizados como «club social El Recreo». Hay momentos en los que todavía la ve allí, con las manos cruzadas sobre el regazo y un vestido de batista —que nunca era tan bonito como el de Lucía—, esperando a que Ángel se fijara en ella y la invitara a bailar.

Probablemente en aquellas horribles esperas nació su miedo a formar parte del ejército de mujeres que en aquel tiempo olían a miseria y a cansancio de vivir y su pánico a repetir la historia de su madre, una mujer maltratada por la vida y por su alcohólico marido. Allí se debió de jurar una y mil veces lo que tantas veces le repitió a ella cuando se casó con Ángel: «No pienses que me voy a conformar con ser la última de la fila». Y lo hizo. Apostó por su tienda de ropa y consiguió sacarla adelante. En unos años de loco crecimiento, su comercio se convirtió en parada obligada para muchas mujeres de una zona que pugnaba por librarse del sambenito de suburbio. Lo suyo le costó, hay que reconocérselo. Para empezar, tuvo que vivir en un estado de reverencia constante hacia la moda e inventarse otra imagen y otra manera de estar, pero al final logró lo que quería. Fue lo suficientemente lista para ver dónde estaba el futuro de una chica como ella y se lanzó. La moda convertida en un icono imprescindible del nuevo contexto social le prestó lo que necesitaba: una pose distinta, un nuevo plumaje, una nueva piel.

—Ya sé, ya sé que las esperas te matan —dice Clemencia tratando de suavizar la situación—, pero las viejas somos lentas, y si no hacemos lo poco que podemos en el momento preciso, se nos olvida. Anda, no te enfades, que cuando te ríes estás más guapa, y dime qué es eso tan urgente.

Como respuesta al cumplido, Rosa se echa la cuidada melena hacia atrás y se sienta a su lado con gesto suficiente. A ella esos gestos le salen muy bien. Es lógico. En las coordenadas en las que se mueve, aparentar es primordial. La credibilidad se gana aparentando. Aparentando cualquier cosa, lo que sea. Lo importante es dejar claro que se recoge lo que legítimamente te corresponde, lo que te mereces, o, apurándolo mucho, lo que por suerte te ha tocado en la tómbola, y

esa lección ella la borda.

—Perdona, Clemencia, pero es que vengo de aguantar la cháchara de dos pelmazas que me han puesto de los nervios.

—No me parece tan grave. La gente necesita comunicar sus cosas.

—Pero es que a mí esas conversaciones tontas en las que no se dice nada me fastidian mucho. No lo puedo evitar.

—Bueno, hija, tienes que comprender que no todo el mundo está tan ocupado como tú.

La ironía que destila la contestación de Clemencia la vuelve a enfurecer. Nunca le ha caído bien la vieja porque siempre la vio como una aliada incondicional de Lucía, y ahora, que ha amparado su vuelta al barrio, desconfía seriamente de ella.

Hoy ha venido a poner los puntos sobre las íes y no se irá hasta lograr su propósito. Ya están las cosas bastante frías con su marido como para que encima venga la querida tía Clemencia a echar leña al fuego. ¡Qué dice, frías! Más que frías, heladas. Llevan meses en que los dos se hablan y se miran como respiran, por pura inercia. Ni siquiera discuten ya. Ni por el sitio al que irán de vacaciones, ni por lo seca que está la comida, ni por lo caro que ha resultado su último vestido; nada de nada. Es como si solo aspiraran a vivir tranquilos el uno sin el otro: él, con sus motores, ella, con sus trapos, y ya está. Y la vieja lo sabe y seguramente se alegra. Y eso Rosa no lo puede aguantar, porque aunque Ángel y ella están pasando una mala temporada, son marido y mujer, y ella no va a renunciar así como así.

—Mira —contraataca con aspereza—, he venido porque sé que le has endosado a Ángel ese viejo trasto de Lucía. Te lo vuelvo a repetir, Clemencia: deja en paz a mi marido. Esa no nos va a traer más que problemas y si a ti te gustan los líos, allá tú, pero a nosotros no nos metas.

—No sé qué quieres decir. Lo que ha hecho mi sobrino es llevar un coche viejo al desguace. Ni más ni menos. Un coche como cualquier otro y por el que ha cobrado. No me parece que haya nada de raro en eso. Al fin y al cabo, es parte de su trabajo. No imaginaba que te lo fueras a tomar tan a la tremenda.

—Ya, ya. A otro perro con ese hueso. Te conozco, Clemencia, y sé que tu gran ilusión era liar a esa loca con tu sobrino. Pero ya ves, las cosas no salieron como tú querías; ella se casó con otro y Ángel me eligió a mí. Te lo recuerdo por si, con la vuelta de la paloma abandonada, se te ha olvidado —le espeta con la crispación a flor de piel.

—Cálmate, Rosa, por favor. Estás viendo fantasmas donde no los hay —contesta intentando rebajar la tensión.

—¿Fantasmas donde no los hay? No me hagas reír, querida tía —la increpa la otra sarcásticamente—. A ver si te vas enterando de que

no me chupo el dedo. Esa mete en su cama a todo el que se le pone a tiro. Es *vox populi*. Pero con Ángel no va a poder. De eso me encargo yo.

—¡Eso son infamias! ¡Habladurías! —responde airada la anciana —. Y aunque así fuera, tú no tienes derecho a juzgarla. Lucía está pasando por un mal momento. No sabe dónde está su marido y encima su suegra la va crucificando por todo el barrio. ¿Te parece poco? La conoces de toda la vida. Era tu amiga. Por favor, intenta ponerte en su lugar —añade en un tono más contemporizador y compadecida en el fondo por el sufrimiento que revela la cara de su sobrina.

Rosa le dirige una mirada adusta, aunque menos atravesada que antes. Clemencia sabe tocar las teclas adecuadas para apaciguar a la gente, pero ella no se va a dejar tomar el pelo esta vez. Sigue queriendo a su marido y no permitirá que se lo arrebaten. Va a defender su matrimonio con uñas y dientes. Ángel es todo lo que tiene y lo quiere. Siempre lo quiso. Nunca peleó por nada ni por nadie como lo hizo por él. Ni siquiera por la boutique. Vivir con aquel chico serio y tranquilo, cuyo futuro no iba a ser trabajar en el astillero como todos los demás, era lo que más anhelaba, y el día que se prometieron fue, realmente, el más feliz de su vida. Se felicitó un año entero en secreto por haberlo rescatado de las fauces de Lucía, por haber vencido al fin en aquella guerra no declarada que tanto las enfrentó. Fue como si de repente, todos sus sufrimientos y esfuerzos cobraran sentido verdadero, un sentido que últimamente parece haber desaparecido.

—Si está pasando un mal momento, yo no tengo la culpa. Todo el mundo estaba al cabo de la calle de las fechorías de Adolfo, pero ella lo eligió, no se te olvide —repite altaneramente—. Lo eligió y yo no tengo por qué pagar los errores de otra.

—Eso ya lo has dicho. Que tú elegiste bien y ella mal, que mi sobrino bebía los vientos por ti, que se te declaró muy enamorado y todo lo demás. Me lo has remachado mil veces. Sinceramente, Rosa, no entiendo qué es lo que te irrita tanto. ¿Tanta inquina le tienes a Lucía?

La interpelada baja la cabeza, taciturna. Lo cierto es que cuando Lucía se lio con Adolfo, Ángel le hizo pocos ascos. Tan pocos que, con el tiempo, la alegría inicial se convirtió en sospecha. Quizá él nunca olvidó a aquella perra enferma que fue su amiga y ahora que ha vuelto están como al principio, o peor, pues ella hace mucho que quemó su último cartucho. Se ve en un callejón sin salida y le aflora una rabia sorda que creía domeñada, porque si de algo está segura es de que Ángel la ve continuamente. Para eso no necesita el malicioso anónimo en el buzón, ni las preguntas de los guardias, ni las medias palabras de los vecinos; se basta y se sobra sola. ¡Si no hay más que ver cómo

anda el pobre, desasosegado a todas horas, escurriéndose por los rincones y sin soltar prenda! Son muchos años de vivir juntos para que se le pase algo así. La está viendo y no le ha dicho nada. Mala señal.

—Pues mira, no, en eso te equivocas. Ni le tengo manía ni le dejo de tener. Al contrario, me da bastante pena, pero eso no quita para que te deje maniobrar a tu antojo —le chilla cada vez más engallada.

No lo ha podido evitar. Antes de ir allí se juró a sí misma no alterarse, hablar con calma y diplomacia, como hace la vieja, avisarla de que no se va a dejar pisar y nada más. Sabe perfectamente que en una situación tan ambigua como la suya no puede hacer otra cosa que estudiar sus cartas y esperar. Pero el problema es que ella no soporta esperar, y ese *impasse* la lleva mártir.

—¡Qué equivocada estás, muchacha! Entre Ángel y Lucía no hay nada más que el recuerdo de una amistad de infancia y juventud —la contradice la anciana con gesto severo.

—Eso espero por el bien de todos —contesta la otra, retadora—. Es lo que he venido a advertirte: que no te metas en medio y que dejes las cosas como están porque si no, te arrepentirás.

Clemencia le lanza una gélida mirada y dice muy despacio:

—Estoy segura de que la única que va a arrepentirse de haber dicho tantas tonterías eres tú. Ten por seguro que si hubiera sabido que tu reacción iba a ser tan absurda, le hubiera aconsejado a Lucía que llevara el coche a otro taller.

Rosa, dando por terminada la conversación, se levanta del poyo en el que está sentada. No se fía de la vieja, pero quizá no esté todo perdido, piensa mientras alisa cuidadosamente su falda. Algo se le ocurrirá para enterarse de lo que está pasando. Por el hilo se saca el ovillo, y al fin y al cabo, todavía conserva su atractivo. En algo se tiene que notar todo lo que ha invertido en su imagen, mientras que la otra, según le han dicho los que la han visto, aún lleva el pelo recogido en una trenza y aquellos trapos bordados del año catapún. O sea, que sigue estando loca de atar.

—Te defiendes muy bien, Clemencia —dice dirigiéndose con gesto imperioso a la salida—, pero yo no soy tan inocente como mi marido. Ahora, en una cosa tienes razón: tu querida Lucía eligió mal, porque ese Adolfo tiene más de un muerto en su haber. Y que conste que no lo digo solo por lo que le hizo a tu hijo. En fin, ya estás avisada —añade atravesando la cancela del jardín.

La anciana la ve marcharse sin moverse de su asiento. No puede. Al oír mentar a su hijo se le ha representado con toda nitidez la escena en la que, hace dos meses, esa mujer que tanto odia a Lucía le contó allí mismo y sin ninguna compasión todo lo que se decía por el barrio al respecto. Es cierto que ella le preguntó. La invitó a su casa y, después de darle muchas vueltas al asunto, acabó preguntándole por

aquello, porque su sufrimiento era tan intolerable que ni siquiera era ya dolor, sino un enquistado tumor que la estaba haciendo añicos. Le preguntó y ella contestó sin omitir detalles, casi gozando con ello, con ese proverbial estilo descarnado que algunos llaman sinceridad y otros tachan de crueldad.

Tal vez no debería haberle tirado de la lengua, pero lo hizo. Y lo hizo para mantenerse en sus cabales. Porque, aparte de la incertidumbre que la corroía, ya no podía seguir haciendo frente a esos espectros que la rondaban a todas horas, dispuestos a hacerle una revelación esencial que nunca llegaba. Desde el lejano día en que Conrado la alertó, ellos la seguían por todas partes, por las habitaciones de su casa, por las calles del barrio e incluso por el huerto. Desfilaban en silencio uno tras otro, mirándola con sus ojos de párpados semicerrados y mostrándole su piel de bruma y niebla. Fantasmas que ella no reconocía y que a menudo abrían la boca para desvelarle el secreto que ella ya sabía en fondo de su corazón, aunque no lo quisiera admitir. No le quedó más remedio que atender a su silencioso mensaje si no quería enloquecer.

Cuando obtuvo la confirmación de labios de Rosa, quedó rota de dolor y dispuesta a vengarse. Rumió durante dos días enteros la conveniencia de ir a hablar con Lucía para ponerle en antecedentes de aquel espanto. Al fin y al cabo, Adolfo era su marido, y aunque a ella no quería dañarla, tampoco podía quedarse de brazos cruzados. No sabía qué hacer. ¿Decírselo?, ¿no decírselo? Cuando por fin se decidió a ir a verla, encontró a su querida niña completamente destruida, hecha un guiñapo, un juguete roto que daba vueltas dentro de aquella prisión que tenía por casa. Y entonces comprendió con toda la lucidez de que puede gozar un ser humano que, por mucho que tratemos de huir de ella, la maldad siempre está presente en nuestras vidas y que hay un momento en que todos tenemos que hacer algo, lo que sea, para debilitar y neutralizar la parte que nos ha tocado.

Sí, la maldad está a muestro alrededor. Brilla en los ojos de algunas personas, aunque no queramos verla. Para la mayoría, es solo un destello que carece de importancia salvo que algo lo haga explosionar. Pero si esto ocurre, si la violencia, la ambición o el placer por el dolor tocan a su puerta y esta se abre, la maldad penetra hasta el fondo, se solidifica y se convierte en la norma.

Ella ha sentido muy cerca esa chispa roja y crepitante que coloniza a las personas. Desde que le arrebataron lo que más quería, dejándole a cambio todo el horror de una muerte innecesaria, nota cómo el odio le estruja el corazón a todas horas. La pérdida de su hijo fue tan trágica que, aunque ella siga viva, dentro le han quedado pocas cosas buenas. Por eso ya no puede ayudar a la gente con su don como hacía antes, ni tampoco ver dentro de nadie que no sea

bondadoso. A veces piensa que su capacidad de amar ha mermado tanto que prácticamente no existe. Sin embargo, Lucía le sigue importando. Hoy por hoy, le importa más que nada, porque esa muchacha es tan distinta a los demás que ha conseguido conservar en ella la imagen de su niño. Puede verlo en lo más profundo de sus ojos siempre que la mira, y eso es como sujetar con la mano el hilo invisible que todavía la une con ese ser amado convertido en polvo bajo la tierra.

¿Se puede hacer el amor sin amar? ¿Se puede amar a un ser imaginario, a un fantasma? ¡El amor! ¿Sabes que el deseo por poseer el cuerpo del otro fue lo primero? Siempre el sexo antes que el amor, antes que la esperanza, antes que la fe, antes que nada. No, no es así. Al menos, para ella no lo fue. Ella esperaba encontrar el amante ideal, el único, el irrepetible, el divino, si es que un hombre así existe.

¿Por eso se casó con Adolfo? ¿Para vivir su sueño de enamorada? ¿Para experimentar lo que era amar para siempre? ¿Para encontrar su lugar y acabar de una vez con la incertidumbre de quién o qué era ella? ¡Pobre incauta! Esperaba tanto y logró tan poco… Enseguida se dio cuenta de que ese no podía ser su lugar, que junto a aquel hombre nunca podría alcanzar lo que buscaba. Algo que debería haber sabido desde el principio si hubiera tenido un mínimo de sensatez, de modo que lo que pasó quizá fue culpa suya, consecuencia de su precipitación, de su poco seso, de su mal juicio.

No tendría que haberlo hecho, pero lo hizo. Se casó con Adolfo, y luego, herida y abandonada, se dedicó a buscar en la niebla a todos esos hombres desconocidos. Los buscaba por todas partes, en las tabernas, en los autobuses, en los cines y en las tiendas, en los parques y en las discotecas, siempre esperando que el recién conocido fuera el último. El amante ideal que la comprendiera, que la ayudara, que la salvara de la ausencia de Adolfo…

Recuerda a un hombre, uno de los que estuvo unas horas en aquel piso demasiado grande para ella, que después de copular se levantaba de la cama rápidamente y se ponía a mirar por la ventana como con vergüenza. Tapaba su sexo encogido con las manos sudorosas e inventaba una excusa para huir apresuradamente de lo que un momento antes había buscado sin pudor. Ella ha olvidado su nombre.

En realidad, ha olvidado todos los nombres, todas las caras y todas las palabras susurradas durante aquellos actos que simulaban amor. Palabras cuya vulgaridad servía para crear algún vínculo entre quienes no tenían ninguno. Aunque a veces tampoco hacía falta, porque, después de todo, ¿qué es un amante? Alguien de quien se ignora todo y al mismo tiempo se sabe lo más íntimo, lo que le da identidad. Eso era lo que ella buscaba en aquellos desconocidos: que llenaran el vacío que la estaba haciendo desaparecer. Pero ninguno lo consiguió.

Quién sabe por qué. Tal vez porque, pese a todo, ella siempre fue fiel a Adolfo. Aunque la gente diga lo contrario, la fidelidad de la carne no es más que una idea volandera, una insulsa vanidad que nos confunde y envenena, ya que la verdadera es de otra naturaleza. De hecho, también él le fue fiel a su manera, pues siempre acababa regresando. Volvió y partió de su lado más de mil veces. Emergía de la bruma como un islote olvidado, nunca supo si para reconstruir su amor o para destruirlo definitivamente. Él volvía y ella lo esperaba enterrada en un apartamento de alto standing que olía a barrio portuario.

Ahora, cuando se mira en el espejo, ve emerger en su rostro unas facciones extrañas. «Son las de tu madre», le dice Clemencia. Tal vez, pero no las reconoce como tales. ¡Su madre! Desaparecida como todo lo demás en el desorden de su mente. ¿Buscaría también su madre, en su soledad de viuda desheredada, amantes como ella los buscó? ¿Y su padrastro? ¿Tendría amantes su padrastro? ¿Será suya la cara de ese hombre risueño que la pone a cabalgar sobre sus rodillas? ¿O será la de su padre biológico enfermo de alzheimer? Segmentos sin conexión, disparos al azar…

¿Y Adolfo Costa? ¿Cómo serían sus amantes? ¿Serían hermosas? ¿Estarían casadas? ¿Tendrían los hijos que ella no tuvo? ¿Lo echarían tanto de menos como ella? ¿Y él? ¿Pensaría en ellas durante mucho tiempo o las olvidaría apenas la distancia los separara? ¿Le durarían mucho o poco? Debieron de ser muchas las amantes de Adolfo. Seguro que la mujer rusa fue una de ellas. Ninguna de segunda fila, todas género de primera, porque así era él: un macho alfa que odiaba a los apocados, a los que no se atrevían a levantar la voz, a los que se tenían que conformar ligando con las que lloraban su poco gancho en un rincón y vivían una vida sin alicientes. Él, en cambio, tenía una vida propiamente humana. Aunque, ¿qué es una vida propiamente humana? ¿La de Adolfo, con sus avasallamientos? ¿La suya, con su hambre de amor? ¿O la de Clemencia, con su inmisericorde dolor y su clarividencia?

15

El subinspector Alarte lleva media hora tieso en la barra del Sotos, consciente de que su presencia es el tema de conversación de una docena de astrosos que no pierden ni uno de sus pestañeos. Acodado a su lado, Joselín *el Pincho*, antiguo banderillero y paisano suyo, se dispone a anunciar con la entonación propia de un casi borracho que mientras el líquido no le salga por las orejas, no parará de beber.

—Las bebidas espiritosas, un placer al que un hombre fiel a sí mismo no puede renunciar —declama alzando su vaso de vino tinto hasta la altura del pecho.

—Tú dale, Pincho. No te cortes. Que esa estupidez quedará muy bien de epitafio cuando te metan bajo tierra —lo anima el policía desabridamente mientras el soplón vacía de un trago el vaso.

La tasca, cercana a la Plaza Real, es un antro que Alarte utilizaba hace tiempo para reunirse con sus chivatos de confianza. El sitio no le disgusta —es lo suficientemente insignificante para no levantar sospechas y no es de los más sucios—, pero hay días en que el ambiente que se respira le dispara la tensión. De hecho, cuando él necesita un par de tragos, nunca va por allí.

—No me vengas haciéndote el santo, Alarte —le contesta el interpelado con un guiño—, que nos conocemos de sobra. En este perro mundo lo principal es mantener los principios.

El subinspector se encoge de hombros y echa un vistazo a la parroquia. A algunos, los más asiduos, los conoce de vista. Todos tienen la misma pinta de matarse a beber que su confidente. Son de esos que recalan un día tras otro al mismo lado de la barra de cualquier bar, puesto que su actividad principal consiste en recorrer, desde que se levantan hasta que se acuestan, todas las tascas de la zona. Y si de repente desaparecen y dejan de pedir una copa más, es señal inequívoca de que han cumplido su objetivo.

—Mira, paisano, nunca me ha gustado ir soltando sermones, así que por mí puedes joderte la vida como te dé la gana —Hace una pausa que el otro aprovecha para indicar al camarero que le vuelva a llenar el vaso y luego añade ásperamente—, pero no me hagas perder el tiempo, porque eso sí que no lo aguanto. Deja de hacer monadas y

desembucha de una vez. ¿Sabes algo de esa tipa o no?

—Saber, saber… —contesta el otro cabeceando dubitativamente—. A ver si me entiendes, sé y no sé.

Alarte deja la copa de cerveza sobre el mostrador con un golpe seco para demostrar que se le está agotando la paciencia, justo en el momento en que una mujer entrada en años asoma por la puerta. La mujer, que parece venir de algún sitio cercano, lleva un short y una camiseta tan exigua que no da para cubrir su rollizo ombligo. Todos los presentes se vuelven a mirarla, unos con morbo y otros con indiferencia, mientras ella, ignorándolos por completo, va hasta el final de la barra y se empina sobre el mostrador para decirle algo en voz baja al tabernero.

—Fíjate en esa —comenta el Pincho también por lo bajini, obviando el asunto anterior—. Cincuentona seguro, y los trapos que lleva son de cría de dieciséis. Y encima le sientan como un tiro. Las tías es que están locas.

—Bah, hoy en día todas quieren llevar ropa juvenil, tengan la edad que tengan. Y eso si llevan ropa. Ya no estamos en los tiempos en que ni siquiera las busconas se habrían puesto lo que llevan algunas que veo por la calle. En invierno deben ir muertas de frío.

El Pincho se encoge de hombros y suelta una risita de conejo que deja al descubierto unos dientes amarillentos en estado lamentable.

—Sí, colega. Hoy las titis van por la calle pidiendo guerra.

La mujer, tras haber despachado con el camarero, vuelve a salir igual que ha entrado, sin dignarse echar un vistazo a su alrededor.

—¿No te digo lo que hay? Furcia con ínfulas a la vista —farfulla el chivato—. A esas habría que ponerlas en su sitio alguna vez. ¿No te parece?

Alarte bebe un sorbo de cerveza y se queda mirando fijamente el moteado espejo que tiene enfrente, silencio que el otro interpreta como una señal de aquiescencia y que lo anima a seguir con su cháchara.

—Aunque no caerá esa breva. Mucha pasma dando vueltas por ahí, pero aquí todo dios hace lo que le pasa por el nabo —concluye con un hablar ostensiblemente trabado.

—Verás, Pincho, yo te agradezco en el alma la charla, pero no se te ocurra mentar a la Policía. Además, hoy no estoy para filosofías, así que no sigas jodiéndome con tus opiniones porque, a ver si te enteras, me importan un bledo —masculla Alarte con gesto y tono claramente amenazador.

—Vale, tío. Perdona si te he ofendido —responde el otro sin ocultar su sorpresa—. Para que lo sepas, no es mi intención faltar a la autoridad. Yo siempre he sido respetuoso con la ley y ya está. A quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga, y todos en paz —termina

esbozando una bobalicona sonrisa y pasándole un brazo por encima del hombro.

El subinspector pega un respingo y cerrando los ojos aspira una bocanada de aire. Su paisano es fiable y no suele cagarla, pero últimamente hay que apretarle las clavijas porque en cuanto se toma un par de copas, pierde el oremus y se olvida de quién manda. Así que, aprovechando que lo tiene encima, atenaza su flaco brazo con una de sus manazas y retorciéndoselo hasta arrancarle un gesto de dolor, le sisea al oído:

—Óyeme bien, cabronazo, porque no te lo repetiré. Llevo aquí más de media hora porque has dicho que sabes quién es la tal rusa, así que deja de darme la lata con tus gilipolleces y suelta de una puta vez lo que tengas, porque, por si no te has dado cuenta, me estás empezando a hinchar las pelotas. ¿Lo captas?

El Pincho disimula un quejido y remata lo poco que le queda en el vaso antes de contestar con un hilo de voz:

—Ya, ya, calma, amigo, calma. No nos pongamos nerviosos. Yo solo quería darte un poco de conversación, pero si te lo vas a tomar así, ahora mismo te llevo al sitio, te digo cuál creo que es la puta que buscas y sanseacabó. A estas horas casi todas las de ese club están desayunando. Yo, con llevarte, cumplo. Ahora, eso sí, antes quiero tu palabra de que no saldrá mi nombre a relucir. Con esa gente no quiero nada.

—¡Hostia, Pincho! Eres una caja de sorpresas. ¿Ahora me sales con esas? ¿Alguna vez he revelado yo mis fuentes? Mira, no te lo voy a tener en cuenta, porque hoy estás tan borracho que no sabes lo que dices, pero no te pases, ¿eh? ¡Conmigo no te pases! ¿A qué tienes miedo, si puede saberse, cabronazo? ¿A que alguna de esas zorras te dé por el culo? Anda, contesta —ríe el subinspector entre dientes sin abandonar el gesto tenso.

—Témplate, Alarte, témplate, que nos conocemos hace mucho y alguna vez que otra vez te he salvado el culo —replica el otro abandonando repentinamente su tono jocoso y articulando las palabras a media voz—. Solo te digo que no me involucres. No es que desconfíe, pero el rollo está cada vez más chungo y hay veces que lo que parecía fácil se vuelve una cabronada —refunfuña—. Yo solo te pido que cuides que no salga mi nombre a relucir. Solo eso, nada más. Que no se te vaya a ir la olla y pienses que, como soy yo, tienes barra libre para tus arreglitos, porque aquí donde me ves, tengo mis valedores.

—Mira, paisano, parece que me estés amenazando, y a mí eso no me gusta ni pizca. Más aún, me revienta cantidad oírlo en tu boca. —Se revuelve él furioso—. Tú tendrás tus valedores, no digo que no. Es más, no sé qué chanchullos te traes entre manos, ni quiero saberlo,

pero acuérdate de lo que me debes. Porque la verdad, Pincho, es que yo te he hecho un fajo de favores, y a cambio tú ¿qué? Pues mira, hasta ahora, que yo sepa, una vez me cubriste, ¡una sola vez, Pincho! El resto no has sido para mí más que un quebradero de cabeza, flora intestinal, y la flora intestinal solo sirve para producir mierda. ¿Comprendes? —le escupe en un tono cada vez más destemplado.

Joselín *el Pincho* aprieta el vaso vacío hasta que se le ponen los nudillos blancos y, clavando los ojos en el subinspector Alarte, contesta en un susurro:

—Me has interpretado mal, colega. Se ve que hoy no estás de humor, así que olvidémoslo.

—Pues si tú lo dices, será. Por mí, olvidado queda —concede limpiándose con el dorso de la mano una imaginaria gota de licor en la boca—. Es más, como muestra de mi buena disposición, te daré un consejo gratis: mira dónde te metes, porque igual no te interesa tanto como crees. Hay cosas que no se pueden hacer al tuntún, tío, cosas que requieren una buena valoración, una valoración como Dios manda. ¿Me explico?

—Te explicas perfectamente. En fin, dejémoslo así. Si ya has terminado con la cerveza, paga y sígueme —dice mientras se dirige cabizbajo hacia la puerta exagerando la cojera que hace años le provocó la cogida de *Carbonero*, un toro de seiscientos kilos difícil de lidiar.

—Esto ya me gusta más, Pincho. A las cosas hay que echarles un par de cojones. Vamos a ver qué tienes —le anima el policía dándole una complacida palmadita en la espalda y saliendo tras él.

Pese a que aún no son las once de la mañana, el sol de abril cae a plomo sobre la calzada. Es uno de esos pesados días primaverales en los que en Barcelona suda hasta el acero y, a los cinco minutos de andar por la calle, a Alarte le empieza a pesar la americana como un muerto. Con todo, se resiste a quitársela. Nunca le ha gustado trabajar en mangas de camisa.

Por suerte, el lugar donde el Pincho lo lleva, un discreto edificio de principios del XX con la forja de los balcones cubiertas por una especie de umbelas de color gris, no está demasiado lejos del Sotos. En los bajos hay un local que se anuncia como cafetería, pero al entrar se percibe un olor a perfume especiado que lo acredita como típico lugar de citas. Aunque a esas horas no se registra ninguna actividad, la puerta está entreabierta, así que Alarte la empuja y se cuela dentro, dejando al Pincho fuera. El suelo enmoquetado amortigua el ruido de los pasos y las cortinas oscuras eclipsan el sol de la calle, tiñendo el ambiente de una semioscuridad rojiza. Hay una televisión encendida sin apenas sonido y un negro mal encarado tras la barra que trajina con la cristalería.

Alarte, que confía en hacer un uso mínimo de su placa, se dirige a él con precaución.

—¿La señorita Galina, por favor? —pregunta componiendo una sonrisa que pretende ser lasciva, pero que se queda en simple mueca.

El hombre mira detenidamente una copa al trasluz como buscando una mancha invisible, y luego, tras un momento de vacilación, le señala las mesas, todas vacías, menos una que goza de mayor claridad por estar ubicada junto a una ventana entreabierta. En ella hay dos mujeres tomando café con churros. Una, menuda y rubia, y la otra, una exuberante pelirroja de piel muy clara.

—Ahí la tiene. Pero ahora no está de servicio —informa el tipo con voz bronca.

—Oh, ya lo sé —responde el policía simulando un tono festivo—. Solo quiero hablar un momento con ella, por si podemos quedar para después.

El negro se encoge de hombros y Alarte, dando por cumplido el objetivo, echa a andar hacia la mesa señalada dejando que el tipo siga con lo suyo. Al acercarse, oye cómo las dos mujeres charlan animadamente en una lengua extranjera.

—¿La señorita Galina? —tantea con expresión mansa al llegar a su altura.

—¿Quién pregunta por ella? —replica la pelirroja con una pronunciación bastante aceptable mientras lo examina con expresión neutra.

—Encantado, señorita —dice Alarte componiendo su mejor sonrisa—. Soy Marcos Peiré, amigo de Adolfo Costa.

—¿Adolfo Costa? —repite la muchacha dubitativamente.

Sus ojos de un azul pálido y desvaído bizquean levemente y su piel alabastrina brilla en la penumbra del local. La chica, ciertamente atractiva, es de pechos y muslos rotundos y luce una cintura breve y bien dibujada.

—Bueno, puede que usted lo conozca por otro nombre —improvisa Alarte impostando una gran amabilidad—, aunque por lo que me han dicho en el hospital, lo dudo.

—¿El hospital? —vuelve a repetir la rusa, como si aún no tuviera muy claro de lo que están hablando.

—Sí, el hospital donde está ingresado. Usted lo reconoció hace unas semanas, ¿recuerda?, y yo he venido a darle las gracias por ello. Por su buena acción, mi amigo podrá tener un funeral apropiado con su familia.

La rubia menuda, que hasta entonces se había mantenido a la expectativa, toma un sorbo de su café pero sin desviar un ápice la mirada de la cara de Alarte.

—A ver si lo entiendo. En un hospital le han dicho que yo

reconocí a ese amigo suyo —le devuelve la pelirroja con la desconfianza pintada en el rostro—. ¿Y está seguro de que la persona que busca soy yo?

—Pues sí, señorita. No se extrañe tanto. ¿Permite que me siente un momento?

La mujer se encoge de hombros indolentemente y Alarte aprovecha para acercar una silla de otra mesa y tomar asiento junto a ellas.

—Verá —continúa él arrellanándose en su silla, como si fuera a acometer la narración de una larga historia—, el médico que atiende a mi amigo Adolfo informó de que una joven rusa facilitó su identidad y otro amigo común, que hoy no ha podido venir, enseguida pensó en usted, porque alguna vez lo acompañó hasta aquí —dispara al aire—. La verdad es que no ha sido tan difícil encontrarla. Adolfo hablaba mucho y, por cierto muy bien, de usted, señorita Galina —añade escudriñando la reacción de su interlocutora—. La tenía en gran estima —prosigue con más seguridad— y, en fin, yo quería que usted lo supiera.

La joven lanza un suspiro y vacía su taza de café de un trago. Después saca de una pitillera un cigarrillo de larga boquilla y se lo enciende parsimoniosamente. Tras la celebración de la extraña ceremonia, vuelve la cara hacia Alarte y lo mira con el rabillo del ojo durante unos segundos.

—¡Qué curioso! No me pega que usted sea su amigo —dice al fin rascándose suavemente la cabeza llena de rizos.

—Bueno, los amigos no tienen por qué ser parecidos. ¿No tiene o ha tenido usted alguna amiga de estilo diferente al suyo? —replica él felicitándose interiormente por haber dado en el clavo—. Para la amistad basta con que se comparta alguna afición, y Adolfo y yo tenemos dos cosas importantes en común: las chicas guapas y las motos —concluye esbozando una de sus imposibles sonrisas.

—Eso está bien —comenta ella a media voz haciendo una pausa para expeler concentradamente el humo—. Solo que Adolfo no tenía amigos.

—¿Por qué dice que no tenía amigos? —simula extrañarse el policía sopesando la reacción que sus palabras están causando en la mujer—. Yo lo soy desde hace tiempo, y también el compañero que me ha informado. Estoy seguro de que usted lo conocerá porque alguna vez vinieron juntos aquí.

La rusa esboza una mustia sonrisa y da otra calada a su cigarrillo muy despacio. Él se siente nervioso como un niño pillado en falta. No sabría decir el qué, pero esa mujer tiene algo que subyuga y repele al mismo tiempo.

—Los que venían por aquí no lo acompañaban, le guardaban las

espaldas —le espeta arrastrando mucho las vocales.

Ahora Alarte, realmente desorientado, no encuentra, por más que rebusca en su cabeza, nada que argumentarle; solo se le ocurre que la afectada manera de fumar de la rusa es idéntica a la de su exmujer.

—Entonces ¿Adolfo sigue en el hospital? —vuelve a intervenir ella tras el inacabable momento de silencio.

—Sí, sigue en coma y los médicos dicen que no va a recuperarse. En realidad, puede morir en cualquier momento —responde él agarrándose a aquella inesperada tabla de salvación que Galina le acaba de tender.

—Qué pena de accidente —se lamenta—, porque, según me dijeron lleva mucho tiempo así, ¿no?

—Cuatro años.

—Una eternidad —susurra como hablando para sí misma.

—Así es. Y…, no sé si lo sabrá —sigue él adoptando un tono confidencial—, pero según ese amigo común, la misma noche que sufrió el accidente tenía intención de venir a verla.

Las palabras le han salido así, sin pensarlas, y de pronto se arrepiente de haberlas dicho. Piensa que ha lanzado el anzuelo precipitadamente y de forma burda. Busca en su arsenal de recursos alguna idea para recular pero, sorprendentemente, la mujer no parece intranquilizarse por lo que ha oído.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo fue eso?

—Según la ficha del hospital, el accidente se produjo el 23 de marzo de 2003, probablemente de madrugada. Supongo que es una información fiable, aunque nunca se sabe. Lo peor —añade como si se le hubiera pasado antes por alto— es que el que lo atropelló lo abandonó en la autopista a su suerte.

Sin hacer ningún comentario, Galina saca una pequeña agenda electrónica de un bolso rojo y marca la fecha sobre la pantalla. La rubia, mientras tanto, sigue la escena sin pestañear, aunque sus gestos delatan que su comprensión del idioma es muy limitada.

—Efectivamente —concede la mujer—, esa noche estuvo conmigo hasta las 23:30. —Luego, al notar la estupefacción del hombre, se justifica—: Me gusta llevar la cuenta de todas mis citas. Es una cuestión de método de trabajo.

—Vaya, no solo es usted preciosa, sino también una mujer muy organizada —exclama Alarte perplejo.

—En mi actividad conviene serlo —replica la rusa escrutándolo durante un instante con su mirada un poco estrábica.

—En fin, Adolfo no es que sea un santo, tiene sus defectos, como todos —comenta Alarte algo incómodo ante el descarado examen al que se ve sometido—, pero era joven y fuerte. No merecía que lo abandonaran en una carretera como a un perro —termina, afectando

pesadumbre.

Se produce otro silencio que la mujer aprovecha para echar un detenido vistazo a través de la ventana a los coches aparcados a ese lado de la acera. Un perdido rayo de sol arranca destellos de cobre a su densa melena roja y a los carámbanos de la lámpara que pende sobre sus cabezas. Durante un momento solo se oye el murmullo apagado de la televisión y el ruido que se filtra de la calle. La rusa saca del bolso rojo un paquete de chicles y, muy despacio, se mete uno en la boca.

—Eso, si realmente fue un accidente, porque pudo ser algo intencionado —vuelve a decir Alarte con gesto cariacontecido intentando introducir algo de complicidad en la conversación interrumpida.

—Pudo ser, sí —replica con reserva la rusa mientras mastica despacio el chicle, que desprende un fuerte olor a menta.

—En fin, ¿usted, por casualidad, no sabrá si él tenía intención de ver a alguien aquella noche? No sé, quizá le pudo mencionar dónde iba a ir después de salir de aquí o algo así.

—Ha pasado mucho tiempo, no recuerdo lo que hablamos —dice con sequedad mirando fijamente el arco profusamente historiado de la ventana.

—Tiene usted razón, sí —concede respetuosamente—. Se lo he preguntado porque parece tener buena memoria.

La rusa esboza una sonrisa enigmática y seguidamente empieza a recoger la pitillera, el mechero dorado y la agenda electrónica, y los va metiendo en cuidadoso orden dentro de su llamativo bolso.

—¿Y usted? ¿Tiene buena memoria, señor? —inquiere inopinadamente clavando la luz metálica de sus ojos en las solapas de su americana.

—Pues… no me puedo quejar —responde Alarte levemente desconcertado.

—Eso está bien. Recordar a quiénes te han ayudado siempre es importante, ¿no cree? —dice como al desgaire—. Esa noche que a usted le interesa… —añade a continuación—. Verá, Adolfo se fue con una mujer que vino a buscarlo en un coche.

—¿Un coche? ¿Qué clase de coche?

—No sé. Uno cualquiera. Viejo, lleno de polvo…

—¿Y la mujer? ¿Sabría decirme algo sobre su vestimenta o su aspecto? —se atropella el subinspector sin poder contener la impaciencia.

—Sabría decirlo, sí.

En los ojos de la pelirroja hay un brillo burlón. Se levanta de la silla y se ajusta con cuidado la corta falda sobre los torneados muslos. De pie resulta mucho más impresionante: caderas rotundas, brazos

que parecen fuertes. Su compañera hace lo propio y, sin decir ni pío, se coloca a su lado.

—Unos treinta, estatura media tirando a alta, guapa, morena, mirada húmeda… —canturrea la rusa con su acento ligeramente gutural—. Espero que lo recuerde todo, porque no lo repetiré —murmura dándole la espalda y dirigiéndose al fondo del antro.

Alarte pega tal respingo al escucharla, que no llega a procesar lo que la mujer le advierte hasta pasados unos minutos. Es lista la rusa de las narices. No la ha engañado ni por un momento, y está claro que le ha proporcionado una información valiosa a propósito. Jamás hubiera imaginado que la putita iba a colaborar de esa manera. ¡Se lo ha servido en bandeja! Pero ¿por qué lo ha hecho? ¿Para que le pague su ayuda algún día? ¿Favor por favor? Eso no se lo traga ni ella. Desde luego, alguna razón debe de tener, pero vete tú a saber.

Realmente las mujeres son un enigma. Cada vez las entiende menos. Solo hay una cosa clara: tienen una manera muy civilizada de joderte la vida. En fin, ahora la cuestión es que su corazonada está resultando de lo más certera y, como esto le salga bien, más de uno va a tener diarrea. Está contento. Más que contento: eufórico. La adrenalina le corre por el torrente sanguíneo como un obús. La vida es así de rara. Después de haber abandonado cualquier idea de promoción o traslado en el Cuerpo, le llega esto sin más ni más, como caído del cielo. Exultante, se vuelve a dirigir al tipo de antes, que sigue trasteando en la barra.

—¿Podría decirme a qué hora viene la señorita Galina por las noches? —pregunta mirando la mesa en la que han estado sentados.

—Hoy a ninguna. La palomita vuela a su tierra esta tarde —contesta el camarero sin interrumpir su ajetreo.

—¿Su tierra? ¿Quiere decir a Rusia? —farfulla descolocado.

—Será —recula el otro claramente arrepentido de haberlo dicho—. No llevo la cuenta de la nacionalidad de todos los que se toman un café aquí.

—Pero ella no es una cliente cualquiera, ¿no? —vuelve a insistir.

El hombre se encoge de hombros y sigue con lo suyo sin dignarse contestar.

—Oiga, si sabe que se va esta tarde, también sabrá a qué hora —presiona el policía intentando no perder la compostura.

—Lo único que yo sé es poner y quitar copas. Es lo que dice mi contrato —contesta el otro en un crescendo amenazante—. ¡Y ahora piérdase de una vez y déjeme trabajar! La cafetería está cerrada —concluye cerrándose en banda.

Cuando Alarte sale de allí, el sol pica de lo lindo así que, con la americana colgada de los hombros, decide husmear un poco en la plazoleta donde recala esa morralla de patinetes tan de moda entre los

críos. A lo mejor hay suerte y allí saca algo más sobre el viaje de la rusa. Lo que le ha dicho el camarero explica en parte por qué la rusa ha sido tan locuaz. Si ella desaparece, será difícil probar nada, pues queda descartada la testificación o el careo; por tanto, su desinteresada colaboración no le vale de nada a no ser que la pudiera retener con alguna excusa. En fin, habrá que ir tirando de la manta; la cuestión es por cuál de las cuatro esquinas.

Anda tan ensimismado rumiando su conversación con la rusa, que no ve al hombre en la calleja hasta que no lo tiene encima. Recostado en las bandas del portal de una casa, le corta el paso para pedirle fuego. Es corpulento, lleva el cráneo rasurado y una cicatriz divide una de sus cejas en dos montículos carnosos. Aquello le da mala espina, pero aun así el subinspector saca su mechero y lo acerca a la punta del cigarrillo del otro. Apenas prende el pitillo, el tipo le agarra la muñeca y, con rapidez endiablada, se la aplasta contra la espalda. La americana de Alarte cae blandamente al suelo mientras los ojos de su asaltante, de un azul vidrioso, le sonríen petulantes.

—No te asustes, solo quiero hablar unas palabras —dice con fuerte acento extranjero, y luego añade—: así que, si llevas pipa, mejor déjala dormir.

Su manaza le atenaza el brazo con la fuerza de una abrazadera de hierro y Alarte se repliega sobre su estómago sin conseguir disimular su alarma. En la calleja no se ve un alma.

—No voy armado, ¿vale?, así que no nos pongamos nerviosos —balbucea con un hilo de voz.

—Ya veo —susurra el tipo tras hacerle un rápido cacheo con su mano libre—. Qué pena lo del marinero, ¿no? Algún cabrón le jodió el negocio por las buenas y se quedó tan ancho —le increpa simulando contrariedad.

—No sé de qué me habla —atina a decir él.

—¿Ah, no? ¡Vaya! Yo creía que eras el amigo de Costa. A lo mejor estoy equivocado —rezonga el gigantón sardónicamente—. Dímelo tú, anda. ¿Me equivoco o no? —pregunta intimidante mientras aumenta la presión sobre su brazo.

El subinspector niega ligeramente con la cabeza mientras calibra las posibilidades que tiene de salir con bien de aquel encuentro.

—Bueno, bueno… Mira, yo tengo buen carácter y ya he dicho que solo quiero hablar, darte un recadito, así que tranquilo, colega. ¿OK? —vuelve a repetir el gorila aspirando con fruición el humo de su cigarro y lanzándolo después muy despacio a un lado de la cara del policía—. Verás, el caso es que cuando el lobo de mar desapareció, Galina, ya sabes, la nena que has conocido hoy, se enfadó bastante. Creía que su amorcito se la había jugado y eso la quemaba por dentro. Se pasó su tiempo buscándolo, no creas. Y ya ves, al final lo encontró.

Un poco de ceniza cae sobre uno de sus zapatos y el tipo se apresura a sacudirla con un movimiento de su pie.

—¡Mierda! —exclama rabioso—. ¡No soporto los zapatos sucios! —Luego vuelve a mirar a Alarte con gesto de fastidio y añade claramente contrariado—. Resumiendo, parece que al gallito se la jugaron. Los clientes se encontraron sin el material para sus bólidos y la gallina de los huevos de oro estiró la pata. La espichó. ¡Plass! Caput. Una verdadera lástima, ¿no?

—Sí, sí —se atreve a pronunciar Alarte quedamente.

—Habría que encontrar al responsable y darle un escarmiento. ¿No crees? —susurra el individuo enseñándole una hilera de dientes relucientes.

Esta vez Alarte se limita a mover la cabeza de arriba abajo.

—Pues claro que sí. Eso sería lo justo. Y no creas, Galina podría hacerlo. Tiene amigos muy competentes —continúa desgranando las palabras con lentitud—. Pero no lo ha hecho. ¿Por qué? Porque, como ustedes dicen, si no es absolutamente necesario, mejor no revolver la mierda. La mierda huele y los malos olores no son nada recomendables. Joden hasta las narices de la pasma. Y eso no nos interesa. ¿A que no?

El garfio que lo atenaza vuelve a oprimir su brazo hasta arrancarle una mueca de dolor. Vuelve a asentir, esta vez más enérgicamente.

—Bien. Veo que eres un tipo listo y has comprendido que el aviso se lo debes a la generosidad de Galina —le silabea casi al oído. Se nota que está disfrutando con la situación—. A ella tampoco le gustan los zapatos sucios. Ya ves, cuestión de carácter. Es buena chica, Galina. Una chica magnífica de verdad que sabe perdonar, y supongo que no la querrás apenar.

—No, no —farfulla Alarte, haciendo lo posible por mantener el tipo.

—Pues claro que no —susurra el matón relajando poco a poco la presión de su manaza—. Una cosita más. No estoy fichado, así que no te molestes en revolver tus papelotes, ¿vale?

Un segundo después, el gorila desaparece en el portal con la misma presteza y habilidad con la que ha aparecido, dejando al policía estremecido y solo en medio de la acera. Todavía conmocionado, Alarte se vuelve a poner la americana sobre la sudada camisa y, con sus andares oscilantes, se aleja de allí todo lo aprisa que puede.

Poco a poco va recuperando su pulso habitual. Sin embargo, después de lo que ha visto y oído en la última hora, siente que ha estado en la boca del lobo, y eso le provoca una viva inquietud, sobre todo porque tanto la mujer como el gorila dan la impresión de que lo

tienen todo atado y de que para ellos su injerencia es, como mucho, el molesto zumbido de un mosquito. ¡Con buena carroña ha topado! Al parecer, la rusa y Costa no solo eran amantes, sino también socios, y evidentemente traficaban con algo, pero ¿con qué? Por lo que ha dicho el gorila, podría ser algo relacionado con los coches, aunque a lo mejor se trata de otra cosa. Todo este asunto presenta un cuadro bastante turbio y él no ve cómo puede enfocarlo.

Su cabeza no para de dar vueltas. ¿Qué puede hacer? ¿Avisar a los de estupefacientes? ¿A los de contrabando? ¿Para decirles qué? ¿Que un tipo que se está muriendo y una putita rusa que se va a largar a su tierra llevaban algo ilegal entre manos, pero que ahora ya no lo llevan? Al menos, eso ha dado a entender el gorila: que la gallina de los huevos de oro se había esfumado.

Cuando ya ha alcanzado la Rambla, su teléfono móvil suena en el bolsillo de su chaqueta.

La llamada es de Besora, quien, sin ningún preámbulo, le suelta con su más puro estilo barriobajero: «Alarte, ¿no eras tú el que iba machacando a todo dios con el caso Costa? Pues alégrate: acaban de llamar del hospital para decir que el fulano la ha palmado».

16

Tras callejear un rato por el barrio gótico, Lucía cruza la Rambla y se encamina hacia el Raval. Cuando Sergio Rivas se marchó al hospital, ella pensó dedicar la mañana a visitar algún museo, pero finalmente decide acercarse hasta esa zona de origen portuario que arrastra la leyenda de refugio del hampa barcelonesa.

Una vez allí, empieza por recorrer las travesías adyacentes a la calle de la Cera, donde tropieza con numerosos turistas que, como ella, husmean por todos los rincones esperando, al parecer, encontrar en alguno la esencia del afamado barrio. Lo único que ella ve, sin embargo, aparte de las tiendas que ofrecen curiosas mercancías, son tiendas de artesanías y una multitud de bares, cafés y restaurantes que ofrecen todo tipo de exóticas gastronomías: chinas, indias, turcas, paquistanís… Es cierto que en las callejas menos transitadas aún se perciben resquicios del carácter de bajos fondos que tuvieron en otros tiempos, pero en conjunto el aspecto étnico y multicolor del barrio lo convierte a los ojos de cualquier visitante en un lugar turístico más.

Pasado el mediodía se sienta en la terraza de un pequeño bar de la calle Sant Pau y pide un café muy cargado. Ante ella, un río de gente va y viene sin parar consultando planos, haciendo fotos, hablando de cuestiones domésticas o simplemente mirando a sus congéneres. Observando la complicidad gestual de algunas parejas que deambulan de aquí para allá, se pregunta con cuál de los hombres que conoce podría hablar ella de las cosas corrientes del vivir sin sentirse fuera de cuadro. ¿Con Sergio Rivas? No, claro. No podría, puesto que no comparten ninguna de esas cotidianidades. Lo que hizo con él fue solo exponerse como una tonta y contarle la extraña situación en la que se encuentra.

Lo hizo, y ahora se pregunta por qué sintió ese impulso de confiarse a él. ¿Por qué esa necesidad? Es cierto que no tenía a mano a nadie más pero, aun así, ¿cómo es posible que no pudiera controlarse? Otras veces también se ha sentido sola y no por eso le ha cacareado su situación al primer tipo amable que ha conocido. ¿Era tanta su urgencia que dio al traste con su voluntad, su razón y su propia seguridad?

Peor aún, ¿qué es lo que la obligó anoche a llevarlo hasta su

cama? Piensa que no fue sexo puro y duro o, al menos, no solamente eso, pero entonces, ¿qué fue? Alguien le diría que el sexo es precisamente esa tensión inexplicable que se desata entre hombres y mujeres aun cuando los afectados no lo sepan reconocer, lo nieguen o lo enmascaren con cosas más poéticas como la comprensión o el amor, porque nos avergüenza su raíz animal. Deseo y amor, sexo y amor. Amor, sí. Finalmente, el amor. Siempre el amor. ¿Será amor lo que la ha precipitado a los brazos de Rivas? Y si es así, ¿cómo y por qué ha llegado a ella? ¡Menuda pregunta! Apenas comprendemos cómo surge el deseo, como para saber qué cosa es el amor. Ella creyó saberlo una vez y lo único que descubrió fue cuán perverso, violento y dominador puede llegar a ser.

Durante un instante, un rayo de sol refractado sobre el cristal de la mesa la deslumbra y le hace cerrar los ojos. Cuando los abre todo sigue igual: los turistas merodeando por las esquinas y los comerciantes exhibiendo lo más atractivamente posible sus mercancías. La animación de esas calles le gusta; puede que haya acertado y sea el lugar ideal para sacudirse de encima la confusión y la incertidumbre que la acompañan desde que se ha despertado, porque la verdad es que los ecos de la noche pasada siguen orbitando a su alrededor como el aire que rodea su cuerpo. ¿Qué quiere de ella ese hombre? ¿Por qué la llamó? Ayudarla, amarla tal vez, le ha dicho con esa afabilidad suya. ¿Qué sabrá él del amor? El amor es feroz, visceral y abrumador. Únicamente pueden amar aquellos que han asumido que la frontera entre el placer y el dolor es mínima y fácilmente franqueable. Sin embargo, él se ha despedido de ella en la puerta del hotel con una expresión tan abrumadoramente feliz, que casi resultaba insultante.

Ella tiene la culpa. ¿Acaso no tiene suficientes problemas que tuvo que buscarse uno más? ¿Qué puede contestar? Tiene la sensación de que está dentro de un circuito de escaleras mecánicas y que, por mucho que corra, no se mueve del sitio. A ella no le sirven, como a la mayoría de la gente, los dioses tutelares ni las grandes teorías, porque tiene que empezarlo todo desde el principio. Hace cuatro años ni siquiera sabía si estaba viva o muerta. Después aprendió que, según la mecánica cuántica, una cosa puede estar viva y muerta a la vez, sus partículas separarse, agruparse en ondas y aparecer simultáneamente en dos sitios y en dos tiempos diferentes. Universos paralelos, esa es la idea. ¿Le habrá pasado algo así a ella? ¿Ha saltado de un universo a otro y ahora está en el sitio que no le corresponde, mientras un doble ocupa su lugar?

Parece absurdo que alguien que en poco tiempo ha experimentado tantas identidades distintas se pregunte por un hipotético doble, pero en fin. Nunca ha podido dilucidar si en su

extraña vida ella era alguien real o solo un doble de otro; una vida gaseosa como el éter que un momento existe y, al siguiente, se ha diluido en la nada. Esa había sido su tónica desde que recuperó la conciencia de sí misma: desplazarse por la vida como la niebla sobre el mar, una nube que vuela al arbitrio de las corrientes de aire. ¿Puede alguien así recuperar la identidad de la que habla Sergio Rivas? No parece que con esos mimbres vaya a ser posible.

Apura su café y levanta los ojos buscando al joven camarero de origen magrebí que se lo ha servido, pero no está por allí. Por fin lo ve trasteando con unas bandejas y le hace señas de que quiere pagar. El muchacho, muy sonriente, asiente con un movimiento de cabeza y después de susurrar suavemente «Un solo momento, señora», desaparece por la puerta del bar.

«Un solo momento, señora», se repite ella interiormente divertida por la expresión. Cuando esperaba a Adolfo en su casa-ventanal, fantaseaba con cosas como el contacto con gente desconocida. En esos momentos su soledad se tornaba interesante y no le importaba no tener a nadie con quien compartirla. A veces también disfrutaba con el miedo. No era un miedo masoquista, no tiene ninguna inclinación hacia las carnes heridas y laceradas, sino un miedo de otra clase. Miedo a sentirse rodeada de gentes extrañas, miedo a que Adolfo volviera y no volviera, miedo a quedarse aislada para siempre. Una sensación de pánico mezclada con el gozo que sentía cada vez que imaginaba esa huida a ninguna parte que tanto ansiaba…

Una efervescente combinación que aleteaba vagamente en los espacios internos de su cuerpo, en la oscura carne interior, negra y rojiza a la vez, sin demarcaciones aparentes como el universo; en sus vísceras vivas, hinchadas de sangre y de movimiento, en los huesos articulados como un mecano… Ese mundo interior suyo de paisaje nítido y variable, un paisaje que hace unas horas ha compartido con un desconocido que pretende conocerla desde hace años y que ha aparecido en su vida justo cuando Adolfo, que ayer representaba todas las cosas que ella deseaba y temía, está al final de la suya.

«Adolfo puede morir en cualquier momento», le ha dicho Sergio Rivas. Morir, sí. Después de todo lo que al parecer significó para ella, Adolfo va a morir en un hospital para desahuciados, rodeado de máquinas y de profesionales que no lo conocen de nada y que lo tratan más «como a un caso» que como la persona que es o que fue. Solo y olvidado, porque la verdad es que ni siquiera ella sabe quién era o cómo era.

Una mujer de leonina melena roja arrastra por el empedrado de la calle una maleta cuyas ruedas provocan un pequeño estrépito. Bajo la punzante luz mediterránea, su pelo rizado semeja una lengua de fuego que atrae todas las miradas. De ella emana una sensualidad tan

poderosa que origina un revuelo constante a su paso, haciendo volver las cabezas a muchos de los transeúntes. Tal como se mueve, es inevitable imaginársela sentada en un trono de terciopelo rojo y empuñando un látigo con el que sojuzga a los hombres que hay a sus pies, adorándola. Seguro que es de las que saben manejarlos, que sabe decirles lo que quieren oír y mantenerlos a una distancia prudencial para que no le hagan daño.

Al llegar a su altura, la «dómina» le dirige una mirada entre cómplice e inquisitiva que la desconcierta. Quizá la conoce o quizá posee una capacidad insólita para captar las anomalías de los demás y sabe que ella es de las otras, de las tontas de remate que creen ciegamente en el amor, una de las que envejecen convencidas de que lo suyo es para siempre hasta que tienen que enterrar definitivamente su recuerdo.

Un segundo más tarde percibe la silueta, apenas corpórea, de un hombre que camina junto a ella. Su figura se recorta translúcida en la luz de la mañana, como si fuera allanando el pavimento por donde la mujer pasa. Es solo un instante, pero lo ve con claridad. Es un hombre alto y moreno y viste un chaquetón marinero. Lo conoce. Está segura. Conoce esa ferocidad al mirar y al moverse, ese gesto cansino y penetrante que habla de decepción, de lágrimas que mojan camisas bordadas y de adormecedoras repeticiones. Si no supiera que él está lejos, en un lugar donde las respuestas no tienen importancia y el tiempo y el espacio no existen, diría que es Adolfo que ha salido del hospital para mortificarla.

Aunque le hace daño mirarlo, sigue fascinada todos sus movimientos. No puede apartar los ojos de ese cuerpo fantasmal que se deslía en finas moléculas de aire inversas a la carnalidad de la mujer del pelo rojo. Luego, ese cuerpo que, según Clemencia, infectó su espíritu, la aprisionó durante años y finalmente la aniquiló, es tragado por el asfalto igual que una semilla seca que nunca germinará. También la pelirroja y su maleta desaparecen velozmente por la esquina, donde la espera un coche gris perlado. Los dos, la mujer corpórea y sensual y el hombre espectral, se han desvanecido en un suspiro dejando en el aire una brumosa blancura de leche. A su alrededor todo parece haberse apaciguado, el cielo presenta un azul nítido y la temperatura ha subido tanto que, con su gabardina otoñal, se siente tan desubicada como el fantasma de Adolfo en el territorio de los vivos.

El joven camarero le trae la nota con la misma encantadora sonrisa de antes, pero ahora ella no puede saborearla. Se levanta de la silla como un autómata y se aleja apresuradamente de allí sin esperar las vueltas.

A su alrededor el movimiento callejero sigue imparable. Nadie

parece haber visto nada fuera de lo normal, nadie se detiene a mirarla, nadie se extraña de su frenética huida. En medio del constante tránsito humano, busca un sitio donde poder recobrar la respiración. En un lugar destacado de la rambla, un gato de metal levanta hacia ella su hocico negro. Es una escultura a la que los turistas hacen fotos sin parar. Se apoya en él. La cabeza le da vueltas.

¿Podría ser Adolfo ese espectro que andaba pegado a la mujer? Sabe que lo era. Lo era sin ninguna duda. Pero ¿por qué estaba allí en vez de en el limbo hospitalario de Sergio Rivas? ¿Por ella o por la «dómina» pelirroja? ¿Qué perseguía con su aparición, intimidarla o confirmar su muerte cerebral? El neurólogo se lo dijo bien claro: podemos continuar viviendo sin más, que el corazón siga latiendo y los pulmones respirando, pero para tener conciencia de nosotros mismos y relacionarnos con el mundo necesitamos un cerebro que funcione. Sin él no somos nada, o mejor dicho, nada más que una porción de materia orgánica y organizada. El cerebro es la verdadera persona, un jarrón chino lleno de incógnitas que esperan ser desentrañadas. Si realmente existe el alma, no dudes que se esconde ahí.

¡El alma! ¡Qué cosas dices, Sergio Rivas! Un neurólogo como tú debe saber que el cerebro también es materia, un amasijo de células y de sangre ligadas con una blanda masilla, que al parecer son capaces de producir frutos tan prodigiosos como la memoria o esa conciencia de la que tan orgulloso se siente todo el mundo. Pero ¿y si no fuera así? ¿Y si el alma, como algunos dicen, fuera como una proyección ilocalizable y autónoma que reside en todas las partes de un cuerpo y en ninguna de ellas? Si fuera así, tal vez algunas conciencias podrían liberarse de la muerte escapando de la materia que les da soporte. ¿Es entonces una conciencia lo que ha visto? ¿La conciencia de Adolfo, que ha escapado del cuerpo que la albergaba y se ha desplazado hasta allí para anunciarle que sigue viva, pese a su cuerpo muerto?

No, no puede ser. Está sacando las cosas de quicio. Lo más probable es que todo haya sido una ilusión, un rayo de luz descompuesto, un fantasma fabricado por su desolación. Si estuviera allí Clemencia, seguramente sabría explicarle qué es lo que ha visto, pero Clemencia no está, así que debe pensar racionalmente, no abandonarse a las alucinaciones ni olvidar que el cerebro suele alterar los hechos para colocarlos a su medida. Sí, porque el tramposo cerebro nos engaña y no solo a ti, Lucía, que no tienes memoria y por lo tanto no sabes lo que eres; nos engaña a todos. Para la mayoría, lo recordado es la realidad tal cual, pero la ciencia dice que lo que llamamos memoria no es la realidad, sino el fruto de una fantasía personal unida a un tópico o a un deseo.

¡La realidad tal cual! ¡Qué extraordinaria ocurrencia! Si los demás

vieran cómo es la suya, quedarían asombrados, porque su realidad es una guerra fantasmagórica y sombría, llena de episodios sin ilación, rostros sin nombre, nombres sin rostro, imágenes fugitivas, secuencias sin puntos de referencia y, en medio de ese revoltijo, absurdos objetos que no pertenecen a nadie. Todo un arsenal que aterriza a deshora sobre ella impregnándola de una sustancia mucho más espesa y extensa que lo que cualquiera puede imaginar.

17

El cartel, en el que no reparó la primera vez, está fijado con chinchetas frente al ascensor del hospital y lo firma una asociación de apoyo a las personas afectadas de alzheimer. «Perder un recuerdo no es como perder unas llaves», dice el eslogan. Al verlo, Lucía siente un escalofrío porque ella sabe por experiencia lo difícil que es enfrentarse al mundo con una mente despedazada y sin recuerdos y qué asombrosa hermandad se establece entre las personas que viven esa situación de vulnerabilidad continua. Su padre biológico, al que volvió a ver en el tramo final de su vida por mediación de su hermana Elvira, sufrió esa enfermedad, alzheimer, y viendo su indefensión, cuántas veces no se preguntaría si lo que le estaba ocurriendo a ella no sería lo mismo y pronto olvidaría cómo llevarse la cuchara a la boca.

Afortunadamente no ha sido así. Ni ella llegó a esa situación ni el mundo cambió tanto como para no reconocerlo. Cuando volvió a aquel barrio, que había sido el suyo, esperaba que todo fuera diferente. Creía que donde estaba su casa encontraría una sucursal bancaria o un MacDonald's, que no identificaría las calles ni las aceras, que la gente que en otro tiempo vivió allí habría desaparecido y que, en su lugar, habría un sinfín de desconocidos que la iban a examinar con severidad e indiferencia. Sin embargo, encontró a la mayoría de las cosas y de las personas —incluido el olor portuario— donde siempre, y vio que seguían saludándola al cruzarse con ella y preguntándole por su salud, por sus proyectos inmediatos y por su ausente marido. Tras esa primera experiencia comprendió que, a veces, lo esencial cambia muy deprisa, mientras que lo convencional se adhiere a la piel de las poblaciones como una pegajosa lapa.

Cuando se abre la puerta del ascensor, las tres personas que hay dentro —una pareja de mediana edad que cuchichea entre sí y una muchacha que lleva el camisón de los pacientes y llama la atención por su extraordinaria delgadez— se ladean ligeramente para hacerle sitio. Ninguno de ellos contesta a su saludo; únicamente la joven, retrocediendo hasta apoyar la espalda sobre la pared de la cabina, le dirige una mirada mustia y fugaz. Su piel macilenta se pega a los huesos cubiertos por la bata hospitalaria como un pergamino ajado y la expresión de su cara, toda ojos redondos y tristes, inspira verdadera

lástima.

Tratando de olvidarse de esa lastimera expresión, Lucía se interna en el pasillo de la cuarta planta, que hoy está completamente vacío. Ni en la salida del ascensor ni en el puesto de control hay nadie por lo que, siguiendo las indicaciones que Rivas le ha hecho por teléfono, decide ir directamente a su despacho, mientras sus palabras resuenan en sus oídos. «Adolfo ha fallecido. Deberías venir al hospital para los trámites, pero si no estás con ánimo, puedo hacerlo yo.»

Maravilloso Sergio, que ha salido de su hotel por la mañana creyendo haber encontrado un amor de adolescencia, y que pocas horas después se presta a hacer el papel de buen amigo. Su ofrecimiento la ha conmovido de tal forma que ha decidido venir para evitarle la ingrata tarea. No puede permitir que se rebaje de ese modo. Los amantes no deben comportarse nunca como los amigos, no tienen que desear la satisfacción del amado, sino la suya, disfrutar cuanto puedan de su capacidad de seducción y de conquista. Es más, lo lógico sería que él deseara verla en aquel escenario, enfrentada a la desaparición de su hipotético rival… aunque también es cierto que los amantes no suelen comportarse de forma lógica. El amor derrite el cerebro como si fuera mantequilla, de modo que quizá su reacción sea más lógica de lo que parece.

Sin proponérselo se ha detenido frente a la habitación 408. Aunque supone que el cadáver de Adolfo ya no está ahí, sino en la morgue del hospital, al pasar junto a esa puerta ha sentido en su vientre el pinchazo de la desfloración. Absurdamente, su mente revive ese amargo momento y durante un segundo nota la quemazón de su carne, los cardenales sobre su piel y la agresividad de una verga moviéndose dentro de su cuerpo como una sombra que estuviera alumbrando una existencia distinta. ¿Habrá tomado algo en el desayuno que provoca alucinaciones?, se pregunta abrumada por la intensidad de su percepción.

—¡Lucía! —oye que la llama Sergio Rivas desde la puerta del despacho—. Ven. Estamos aquí.

Ella avanza por el corredor con todas las alarmas disparadas sin saber a qué se refiere el médico con ese «estamos». Sería una fatalidad encontrarse con alguien de la familia de Adolfo, con la mujer rusa o con el horrible subinspector Alarte, por ejemplo. Casi en la puerta del despacho, Rivas le pasa el brazo por los hombros afectuosamente y la conduce hacia dentro con suavidad.

En la estancia reina una claridad grisácea y sobre la mesa, atestada de expedientes y partes de consultas, destaca un documento que parece recién preparado. Sentada en una de las sillas destinadas a los visitantes hay una mujer de unos cuarenta y pocos años, pelo corto, delgada, vestida con sencillez, y cuya expresión es inteligente y

afable. Cuando Lucía entra, ella se levanta para recibirla.

—Esta es mi amiga Ángela. Nos conocemos desde niños —la presenta Sergio, parapetado tras su blanca bata de médico—. Casualmente está en Barcelona y se ha ofrecido a ayudarnos… Por supuesto, si a ti te parece bien —añade al notar la perplejidad de Lucía.

La mujer la saluda con una sonrisa mientras Lucía se pregunta qué tipo de relación hay entre ambos y en qué puede ayudarla esa mujer.

—Bien, pues, como te he dicho por teléfono, la defunción se ha producido aproximadamente sobre las doce y media. Hemos bajado el cadáver a la morgue del hospital y avisado a la Policía —le informa el médico con un movimiento de cabeza.

—Comprendo —susurra ella.

Parece tranquila, pero algo en su mirada está diluido, deshecho y agriado; una especie de ausencia que le da un aire aún más vulnerable si cabe.

—Si quieres, puedes verlo —le ofrece él casi en un susurro, por protocolo.

Ella niega con la cabeza. En ese momento no imagina nada más abominable que contemplar el cuerpo, que acaba de entrever en la calle, inerte sobre una plancha de acero.

—Verás —continúa Rivas con expresión grave—. Al parecer, la madre de Adolfo murió y no hemos conseguido dar con ningún otro familiar. El hospital no sabe a quién llamar y, según la Policía, tú sigues siendo legalmente su mujer, por tanto, a ti te correspondería decir qué hay que hacer con el cadáver: inhumación, incineración, funeral religioso… En fin, ya sabes… esas cosas.

Lucía lo mira como si no comprendiera lo que oye. Todo se ve tan borroso en su cabeza que le parece estar en medio de una pesadilla de la que no consigue despertar. Sin embargo, todo a su alrededor le indica que es un viernes cualquiera, piensa echando un vistazo al calendario colgado en la pared. Un día más para el resto del mundo, sí, pero para ella es el día en que le dicen: «Adolfo Costa ha muerto y tú tienes que decidir qué hacer con sus restos, porque a ti te corresponde». ¿A ella le corresponde? ¿Qué es lo que le corresponde? ¿Saber cuál era la última voluntad de ese hombre, cuyo espectro caminaba junto a la mujer de pelo rojo? ¿La sabría él? ¿Habrá pensado qué era lo que quería que hicieran con su cuerpo durante los años que ha estado flotando en un limbo desconocido? ¿Habrá repasado mentalmente su vida, como dicen que hacen los moribundos? Los buenos y los malos momentos. ¿Habrá comprendido cuál era su razón de vivir y cuál su deseo más ferviente, aquel que quería ver cumplido antes de entrar en la oscuridad total?, se pregunta

cada vez más nerviosa.

—Sergio me ha puesto al corriente de tu delicada situación —oye que le dice Ángela sentándose a su lado.

Lucía repara repentinamente en la mujer que le habla, la tal Ángela.

—A lo mejor ya has decidido lo que quieres hacer, pero si no es así, yo te aconsejaría, si me lo permites, la incineración —continúa la mujer suavemente.

Lucía suspira con pesadumbre. ¿Qué más da adónde vaya a parar el cuerpo de aquel hombre y todo lo demás? El juego ya ha durado demasiado, ella está muy cansada y desea de todo corazón que, de una manera u otra, aquello termine de una vez.

—Si no tienes un plan concreto, yo también creo que es la mejor opción —interviene Sergio con dulzura—, pero primero piensa si tienes que decidirlo tú o no. Diga lo que diga la Policía, quiero que quede claro que, en estos casos, el hospital tiene su propio protocolo y puede ocuparse sin ningún problema de los restos de un paciente sin familia.

Lucía asiente con la cabeza y cierra los ojos un momento, como si estuviera calibrando lo que acaba de oír.

—He llamado a Ángela —sigue Rivas— pensando que, si te decides a asumirlo, ella puede ocuparse de los trámites de la funeraria. Espero que no te moleste. Yo, por mi parte, he preparado el certificado de defunción.

Por primera vez desde que ha entrado en el despacho, ella lo mira directamente a los ojos. La expresión del hombre es grave pero serena, y verse reflejada en sus pupilas le vuelve a producir un ligero sosiego.

—Dije que correría con los gastos y lo haré —contesta sintiéndose algo más dueña de sí—. Lo que sugerís me parece bien. Solo quiero… necesito, acabar pronto con esto —balbucea.

—De acuerdo entonces. Si estás de acuerdo, nos ocuparemos del asunto ya mismo —decide Rivas.

Ella acepta y, todavía un poco vacilante, les agradece su ayuda. A pesar del caos que reina en su cabeza, la amiga del médico le agrada: su mirada franca y la sencillez de su aspecto le inspiran una cierta confianza.

En ese momento, una enfermera asoma por la puerta después de golpearla ligeramente con los nudillos para recordarle al doctor la reunión de las cuatro e informarle de que lo requieren en la sala de urgencias. Él contesta que enseguida va, luego se gira hacia Lucía y la vuelve a coger de la mano.

—Hay una cosa más —dice él con semblante preocupado—. Ese subinspector Alarte… ya sabes, el del Departamento de Desaparecidos… dice que ha intentado ponerse en contacto contigo,

pero que no lo ha conseguido. En fin, tendrás que ir a la comisaría para retirar la denuncia por desaparición. Estará allí hasta las seis de la tarde. Esta es la dirección —dice tomando un pósit de su mesa y tendiéndoselo.

—Yo no puse esa denuncia. Fue su madre. —Se revuelve ella tensa al oír el nombre del policía.

Es cierto que no ha contestado a sus llamadas, pero al parecer no ha servido de mucho. El tipo se ha propuesto no dejarla en paz.

Rivas se encoge de hombros.

—Lo siento, es todo lo que sé. Yo no puedo ir contigo, tengo que quedarme en el hospital por la reunión, pero Ángela podría acompañarte si quieres.

Lucía asiente débilmente y luego echa a andar bajo los fluorescentes del pasillo de la cuarta planta como si arrastrara un enorme peso tras ella. Ángela la sigue sin rechistar.

Cuando salen del hospital ya son más de las dos y, aunque el denso tráfico urbano les impone un paso de tortuga, ninguna hace la mínima tentativa por entablar conversación. Lucía no ha abierto la boca en todo el camino y Ángela, respetando su silencio, se ha concentrado en conducir el Seat Ibiza de Sergio a través de la colapsada ciudad. Son las cuatro menos cuarto de la tarde cuando las dos mujeres pasan por delante de la puerta de la comisaría.

—Es aquí —informa Ángela, aparcando en doble fila frente a un viejo edificio de una calle de doble dirección.

Lucía lanza una mirada recelosa al lugar que la otra le señala y pone la mano sobre la manivela de la puerta. A pesar de todo lo que les ha costado llegar a ella, se le ha hecho corto el trayecto. Su expresión es la de un niño al que otro le acaba de explotar un globo en la cara.

—A estas horas no creo que te hagan esperar mucho —sigue Ángela animándola con un gesto—, aunque en estos sitios nunca se sabe. Si quieres, puedo entrar contigo. Este tipo de gestiones y declaraciones son poco agradables —ofrece sonriendo levemente.

—Es poco agradable, sí, pero creo que podré con ello —contesta recelosa retirándose de la frente unos mechones pegados a la piel sudorosa.

—Muy bien. Como quieras. Yo, mientras tanto, iré a arreglar lo de la funeraria. Ya verás qué fácil. Si les pagas, ellos se ocupan de todo.

Lucía asiente con la cabeza y hace un amago de salir del vehículo, pero algo la obliga a detenerse antes de abrir la portezuela. Por alguna extraña razón, el habitáculo del coche se le antoja una especie de búnker dentro del cual se siente a salvo, una protección que intuye que desaparecerá apenas ponga un pie en el suelo. Todo su cuerpo se rebela ante la sola idea de abandonarlo. No puede salir. No debe.

Hacerlo significa enfrentarse a la angustia que le provoca ese horrible subinspector que la persigue y, en esos momentos, ella está al límite de sus fuerzas.

—¿Por qué haces esto? —le pregunta a su acompañante para disimular su vacilación—. ¿Por qué me ayudas? No me conoces de nada.

—Pues… —titubea ella mostrando perplejidad— porque un amigo me lo ha pedido. En fin, creía que era evidente.

—Ya, pero… ¿Eso es todo?

—Bueno, para mí, si de verdad eres amiga de alguien y ese alguien te necesita, no hay peros que valgan. Que Sergio me lo pida es suficiente —se apresura a añadir la mujer convencida.

Sus miradas se cruzan por un momento, franca y segura la de una, húmeda y confusa la de la otra. Su evidente aturdimiento, a medio camino entre la petición de socorro y la demostración de autosuficiencia, conmueve a la perspicaz Ángela.

—Os conocéis hace mucho, ¿no? —vuelve a preguntar Lucía al cabo de un instante bajando tanto la voz que casi resulta inaudible.

—Pues exactamente desde que yo tenía trece años y él, ocho —contesta la otra componiendo la típica expresión de quien rememora un tiempo muy lejano.

—¿Sois del mismo pueblo o algo así? —vuelve a tantear, molesta consigo misma porque nota una comezón a la que no se atreve a poner nombre. ¿Celos? ¿Realmente lo que está sintiendo son celos de sus fuertes vínculos y de su relación sin sombras? No puede ser. No le puede estar pasando algo así. ¿Qué le ha sucedido para ablandarse tanto?

—Sí —ríe la otra—. Algo así. Por eso creo estar autorizada para decirte que yo que tú me fijaría bien en él. Es un gran tipo —añade clavando en ella unas pupilas despejadas como dos llanuras.

Esas palabras dichas de forma directa y sin ambages provocan un acceso de rubor en las mejillas de Lucía y un acelerón en su respiración.

—Si he dicho algo inconveniente, lo siento —vuelve a intervenir Ángela al notar su agitación.

—No, qué va. No tienes por qué excusarte. Al contrario, debería ser yo la que me disculpara contigo por no haberte dado aún las gracias. Tu ayuda ha resultado providencial.

—La verdad es que no las merece. Lo hago encantada. O, en todo caso, dáselas a Sergio —apostilla lanzándole un guiño cómplice.

—Bueno, será mejor que me apee ya —dice por toda respuesta.

—¿Qué pasa, Lucía? ¿Por qué dudas? Deberías confiar más en ti y, de paso, también en la gente —le insta suavemente al observar su crispada expresión.

—No es eso, es que estoy un poco nerviosa. Ese policía que lleva el papeleo es pavoroso. Me saca de mis casillas —responde como si se tratara de algo sin importancia.

—Comprendo. Bueno, como me decía mi madre cuando me llevaba al dentista, es cuestión de armarse de paciencia y pasar el mal trago cuanto antes —la anima la otra dedicándole una amigable sonrisa.

Lucía asiente con un movimiento de cabeza y, procurando disimular su apuro, sale del coche por fin y se dirige con paso inseguro a la puerta de la comisaría.

18

Salta a la vista que las dependencias policiales han sido reformadas no hace mucho pero, aun con el lavado de cara, siguen manteniendo ese aire entre empobrecido y deteriorado atribuido a los establecimientos públicos. Cuando Lucía llega, todas las ventanillas alineadas sobre el mostrador que recorre el perímetro de las llamadas oficinas están cerradas y el interior del recinto, vacío y silencioso. En el vestíbulo, dos mujeres de piel oscura se afanan alrededor de un carrito de limpieza, responsable aparente del insufrible olor a ambientador que satura el ambiente. Lucía, que entra en el desangelado recinto casi de puntillas, las saluda tímidamente y ellas contestan con un cortés movimiento de cabeza. Un poco antes, un hombre con uniforme de policía, metido en una especie de garita de cristal pegada a la pared, le ha preguntado muy profesional qué deseaba. Al mencionar al subinspector Alarte, el hombre, advertido por lo visto de su visita, le sonríe.

—¿Señora Lucía Ullán? —verifica el funcionario consultando una especie de agenda que tiene sobre la mesa—. El subinspector la espera en su despacho. Tercera puerta a la derecha— dice señalando un pasillo que arranca enfrente de la cuarta ventanilla.

Después de darle las gracias, sigue sus indicaciones y enseguida llega ante una puerta de cristal opaco cerrada a cal y canto. Allí vuelve a sentir que le tiemblan las piernas de tal manera que a punto está de darse la vuelta y salir corriendo, aunque finalmente golpea el cristal con los nudillos. A renglón seguido oye la voz de Alarte articulando un lacónico «Pase».

El despacho es un cuadrado de apenas nueve metros, iluminado por dos tubos fluorescentes y tan cargado de papeles y folletos que resulta agobiante. Las ventanas se han suplido con unas cuantas rendijas horizontales abiertas cerca del techo que, además de darle al exiguo espacio una apariencia de negociado semiclandestino, revelan su condición de semisótano. La mesa ocupa casi todo el centro de la habitación y las dos paredes laterales están cubiertas por estanterías metálicas abarrotadas de ficheros y archivadores.

Aparte de eso, la falta de luz natural y las escasas proporciones lo asemejan a uno de esos cubículos en los que aíslan a los locos de las

películas cuando necesitan amansarlos. Embutido tras la enorme mesa, Alarte mira atentamente el monitor de un ordenador. Su americana gris está cuidadosamente colgada de una percha que pende de una escarpia clavada en la pared y sobre el tablero de la mesa se ven desparramados diferentes impresos oficiales.

—Mis condolencias, señora Ullán. ¿O prefiere que la llame señora Costa? —le espeta a modo de saludo cuando ella penetra en el cubículo.

—Es usted muy libre de llamarme como le dé la gana —responde Lucía con una inusual brusquedad.

El policía esboza una equívoca sonrisa y le indica con la mano una silla al otro lado de la mesa. Ella obedece con expresión hosca y sin disimular su malestar. Se había jurado mantener la sangre fría, pero la sola presencia de ese tipo tiene la virtud de trastornarla.

—Siéntese, por favor. ¿Hace calor, verdad? Tenemos una máquina de café al final del pasillo —dice señalando un posavasos sobre el que se ve un vaso de plástico manchado con restos de la bebida—. No es el mejor del mundo, pero cumple su cometido. Si le apetece tomar uno, voy a buscárselo —le ofrece con inesperada cortesía.

—No he venido a tomar café —replica ella secamente.

El subinspector se encoge de hombros y farfulla un casi ininteligible «Como quiera». Luego se ajusta los puños de la camisa y, durante un momento, parece concentrarse en los papeles que tiene sobre la mesa.

El despacho huele a moho y a sal y uno de los fluorescentes parpadea intermitentemente por encima de sus cabezas, emitiendo un molesto zumbido que contribuye a desquiciar aún más a Lucía. Mientras espera se fija en que, a pesar del amontonamiento de objetos, no hay fotografías, ni banderines, ni tampoco diplomas. También descubre una mancha oscura en la pared que se desliza por detrás de las estanterías metálicas rezumando humedad.

—Bien, supongo que se imagina por qué le he pedido que venga —dice por fin el policía tras unos minutos que a ella se le hacen eternos.

—Pues la verdad es que no —contesta—. Creía que al firmar la identificación, la denuncia de mi exsuegra quedaba automáticamente sin efecto.

—Bueno, no se trata solo de esa denuncia, también está su declaración —apunta el hombre esgrimiendo ante sus narices unos folios timbrados y sellados—. Supongo que querrá leerla antes de firmar. Ya sabe, es para el expediente.

—¿Quiere decir que si firmo esto, cerrará de una vez ese dichoso expediente?

El subinspector fija sus ojos enrojecidos en la mesa atestada de

papeles y antes de volver a hablar menea dubitativamente la cabeza.

—No exactamente. Verá, no se puede cerrar un expediente si no se resuelve el caso. O lo que es lo mismo, solo le daremos carpetazo definitivo cuando cojamos a la persona o personas que atropellaron a su marido haciendo una tortilla con su cerebro. Es eso lo que usted espera, ¿no? ¿O me equivoco?

Se produce un embarazoso silencio tan solo roto por el pestañeo del fluorescente. Lucía nota cómo sus músculos se tensan sobre la silla.

—Por otra parte, si se demostrara que el atropello fue intencionado —interviene de nuevo Alarte, dándole a su voz una inflexión que acaba en un involuntario «aflautamiento»—, estaríamos ante un asesinato. O sea, que tenemos dos opciones: o atropello con fuga, o asesinato. En cualquier caso, ambos son delitos graves y ni usted ni yo queremos que los culpables de esa fechoría queden impunes, ¿verdad, Lucía? —vuelve a insistir mordaz—. ¿Puedo llamarla así? Creo que los nombres que he utilizado antes no la han entusiasmado.

Ella le dirige una mirada gélida, pero no hace ningún comentario. Recientemente ha leído en alguna revista de psicología barata que utilizar el nombre propio del individuo en determinados contextos consigue acobardarlo. Por lo visto, el poli ha decidido recurrir a esa triquiñuela para seguir hostigándola, pero en este caso ella conoce la jugada, así que, obviando lo que acaba de oír, se centra en la lectura de los folios que, con un carraspeo, el hombre le acaba de poner delante, que no son sino un extracto, más o menos literal, de los interrogatorios que ha sufrido en los últimos días.

—¿Y bien? ¿Algo más que decir? ¿Algo que olvidó y que ha recordado inesperadamente? —pregunta Alarte esbozando la mueca que tiene por sonrisa cuando ella acaba de leer el documento.

—Vuelvo a repetir por enésima vez que ya he dicho todo lo que sé.

—No se precipite, mujer. A lo mejor esta noche le ha venido a la cabeza algo que el otro día no recordaba. No sería tan raro. A veces pasa. De hecho, a mí me pasa continuamente con la gente a la que interrogo. Un día se acuerdan de una cosa, al siguiente de otra, y así… —comenta socarronamente.

—A mí lo que me pasa a veces es encontrarme con gente que no quiere entender lo que se les dice.

Alarte vuelve a mover la cabeza de derecha a izquierda con expresión condescendiente y luego dice desgranando cada palabra:

—¡Ay, Lucía! Debería darse cuenta de que esta es una buena oportunidad para usted. Tengo que confesar que he hecho mis indagaciones y me he enterado, por ejemplo, de que, según el registro del desguace, del que me mandaron un fax, su coche fue achatarrado

muy oportunamente el 30 de abril de 2003, ocho días después de la noche del accidente.

—¿Y eso qué? —apostilla ella desafiante.

—Pues que eso no pasaría de oportuna coincidencia si no fuera porque una testigo asegura que la noche del accidente vio marcharse a Adolfo Costa en un coche viejo y con una mujer que corresponde punto por punto a su descripción. ¿Cómo lo ve, Lucía? —acaba con la típica entonación irónica del que se cree dueño de la situación.

—Pues veo que el informe, o lo que sea esto —contesta ella sin arredrarse, señalando lo que acaba de leer— tiene una redacción bastante deficiente, pero voy a darlo por bueno porque tengo prisa.

—¿Prisa? —ríe él por lo bajini como si acabara de oír algo gracioso—. Olvídese de la prisa, por favor. Hay ocasiones en las que resulta contraproducente —aduce con suavidad—. ¿Y bien? Entonces… —insiste haciendo un quiebro con la voz—, respecto a lo que le acabo de decir… ¿No se le ocurre nada? ¿No tiene ninguna idea sobre quién pueda ser esa misteriosa mujer, guapa y morena?

—Escuche, si realmente tiene una testigo de esa absurda historia, haga lo que tenga que hacer. Y ahora, ¿me presta un bolígrafo, por favor? —lo apremia procurando no traslucir ningún tipo de emoción —. Es para firmar —aclara, maldiciéndose por haberse dejado el suyo en la habitación del hotel.

Alarte toma el que tiene más cerca y lo voltea entre sus dedos. Luego mira con atención la punta y la presiona con la yema del índice.

—Haga lo que tenga que hacer. Suena bien, sí —recita el poli como hablando consigo mismo—. La cuestión es que las piezas no encajan, aunque según cómo lo miremos, encajan demasiado bien. —Hace una pausa y continúa en un tono más agrio—: Traería cuenta, ¿no? Un viajecito y ya te puedes desentender del asunto, puesto que pronto cualquiera te comunicará que la causa de tus problemas ha muerto víctima de un accidente en una negra autopista. Una forma de actuar muy de mujer, ¿no cree?

—No sé cómo podría hacer que entendiera que me importa un rábano lo que usted piense. Le repito que si tiene alguna prueba contra mí, cumpla con su deber. —Vuelve a agarrarse ella al mantra salvador—. Pero si no, déjese de adivinanzas y acabemos de una vez. Sé perfectamente que no tengo por qué aguantar sus insinuaciones. Su placa no le da derecho a hacerme perder el tiempo y la paciencia.

—Vaya, hemos dado con la típica mujercita independiente que tiene la fórmula que vale para todo. Espero que no crea que puede deshacerse sin consecuencias de un hombre, que aunque no fuera el ideal, trabajaba para que usted viviera bien, ¿o sí?

Esa vez Alarte no se esfuerza en disimular la rabia pegada a su voz. Si no consigue abrir alguna grieta por la que introducirse, no

tiene nada. Todas sus pesquisas se esfumarán por la vía rápida. Se tendrá que aguantar y callar a Besora con el órdago de que todos los indicios apuntan a que el tal Costa decidió poner fin a sus días. ¡Qué desastre! Ahora piensa que quizá ha errado en la estrategia, que para vencer la resistencia de esa mujer tendría que haber planteado el interrogatorio de otro modo, demostrándole, por ejemplo, su simpatía y comprensión ante todo lo que el tarambana de su marido la hizo sufrir; pero ahora ya no puede cambiar de rumbo sin levantar sospechas.

Lo peor es que su única oportunidad, la rusa, ha volado. Pero ¿qué podía hacer para evitarlo? ¿Ir a detenerla al aeropuerto? ¿Con qué cargos? Y además, ¿qué consecuencias se derivarían de esa acción para él? El gorila que le ha asaltado por la mañana sabe perfectamente cómo localizarlo. La otra hubiera sido jugársela y entrar ilícitamente en los archivos de los de Estupefacientes y Contrabando a ver si encontraba algo contra ese tipo, pero eso es un terreno minado para él. Desde que dividieron Criminalística en Investigación de Personas y Crimen Organizado, la competencia ha crecido exponencialmente y los ánimos están muy susceptibles. Si lo descubrieran o hubiera alguna queja, Cardona se pondría hecho un basilisco, porque significaría un tropiezo en su ascenso a comisario del nuevo complejo de Sabadell, el cual, por lo que dicen, está a punto de ponerse en marcha. «Los casos de asesinato no son cosa tuya, Alarte. Tú eres de Desaparecidos, no de Homicidios. Si das con alguna prueba o indicio razonable de asesinato, hay que transferir el archivo a quien compete. ¿O es que aún no te has aprendido el abc?»

Lo ha aprendido, por supuesto que sí. Básicamente se trata de que, como Cardona tropiece, él ya se puede ir despidiendo de todo. ¡Qué mierda! Para una vez que se le presenta una oportunidad, está con las manos atadas. «El miedo mata, tío», le dice a menudo el Pincho poniendo cara de comadreja, y la verdad es que el cabrón tiene más razón que un santo.

—¡Qué elocuente es usted! —replica Lucía sorprendiéndose de su audacia—. En dos frases ha dejado bien claro qué opinión le merecen las mujeres independientes. Debe de ser de esos hombres que sueñan con una bendita mujer, madre de sus hijos, barata de mantener, que cocine y limpie sin rechistar y finja los orgasmos.

—Todos los hombres sueñan con una mujer así, se lo aseguro —dice él dedicándole una extraña mirada mezcla de autosuficiencia e impotencia.

—Si lo sueñan o no, me importa un bledo. No sé dónde quiere ir a parar ni qué pretende qué le diga.

Ambos se miran como sopesando lo que pueden conseguir el uno del otro. El fluorescente del techo sigue emitiendo un ruido crispante,

como de animal arañando el hielo. Finalmente, Alarte se encoge de hombros.

—Lo que pasó la noche del accidente, Lucía. Simplemente eso.

Ella mueve la cabeza con un gesto de desesperación. El calor dentro de aquella habitación es tan sofocante que parece faltar el oxígeno.

—No sé lo que pasó. Yo no estaba allí, pero al parecer usted sí lo sabe. Me pregunto por qué no lo esclarecieron hace cuatro años. Todos hubiéramos salido ganando.

El subinspector vuelve a juguetear de nuevo con el bolígrafo y, ladeando la cabeza hacia la derecha, esboza su media sonrisa cariada.

—Bueno, hace cuatro años todo presentaba una cara más oscura. Adolfo no era un cadáver sino un desaparecido, y usted no entraba en la historia. En cambio, ahora las cosas se han aclarado tanto, que lleva usted razón, empiezo a tener una idea bastante aproximada de lo sucedido —dice al fin.

—Ya. La famosa testigo, ¿no?

—Bueno, la testigo y la experiencia, Lucía, la experiencia. ¿Quiere que le cuente mi versión de los hechos?

—No, pero me la va a contar de todos modos, así que… —lo reta ella.

—Verá —continúa el subinspector, como si no hubiera oído su sarcástica apostilla—, a mí me da que esa noche vino usted desde El Puntal hasta aquí a buscar a su marido con su viejo coche. Juntos tomaron la autopista, pero él nunca salió de ella. —Hace una pausa enfática que aprovecha para dirigirle una mirada tan feroz que ella no puede evitar estremecerse—. Es posible que contara con la ayuda de alguien, o también que no lo planeara, no lo niego, pero el caso es que algo inconfesable sucedió allí.

Lucía lo mira con tal perplejidad que apenas consigue reaccionar. Durante un momento, el policía cree ver un ligero cambio en su expresión, un tic diminuto, un atisbo de miedo que enseguida desaparece dejando solo un agudo desconcierto.

—¿Está sugiriendo que yo llevé a Adolfo Costa a la autopista y, una vez allí, él bajó del coche y se colocó aposta para que yo lo atropellara? Realmente está usted loco —balbucea atónita.

—¿Usted cree? —pregunta ladinamente él alargándole el bolígrafo por encima de la mesa.

—Lo que creo es que tiene usted mucha imaginación —contesta tomando el boli de un manotazo y garabateando su firma sobre el informe.

—Bueno, la verdad es que tampoco ha sonado tan extravagante. Además, ¿no ha oído nunca eso de que la realidad supera a la ficción?

Lucía yergue la cabeza y se levanta de la silla con gesto crispado.

—Muy bien, ya he escuchado su cuento de miedo. Y ahora, si me disculpa, tengo cosas más importantes que hacer que jugar al gato y al ratón —anuncia dirigiéndose hacia la salida del cubículo.

Alarte echa la cabeza hacia atrás con una bien medida violencia y con una expresión que ella no sabe cómo interpretar, dice de corrido:

—Pues es un juego interesante. En este caso, por ejemplo, ¿quién sería el gato y quién el ratón? Desde luego, usted, Lucía, se parece más a un lindo gatito que a una rata, aunque eso no quiere decir que un gato sea mejor que un ratón. Es verdad que todo el mundo odia a las ratas porque viven en la basura, transmiten enfermedades, dan asco y demás; sin embargo, los gatos, tan elegantes ellos, también nos transmiten virus, y encima son asquerosamente crueles con sus víctimas, además de desleales con sus amos. ¿Sabía que las ratas rara vez se alejan de sus ratoneras, mientras que los gatos buscan y buscan para quedarse con el mejor postor?

—Fascinante. Resulta que es usted un experto en ciencias naturales —ironiza ella abriendo la puerta acristalada.

—Bueno, no tanto, pero sí soy de los que, cuando están seguros de algo, no paran hasta salirse con la suya. En fin, la verdad es que no sé si darle el pésame o la enhorabuena. Pero recuerde que no nos decimos adiós, sino hasta la vista, Lucía —la despide él esbozando una hipócrita sonrisita.

—Diga usted lo que quiera. Para mí desde luego esto es un adiós y espero que en el futuro no volvamos coincidir.

—Bueno, eso nunca se sabe. Si me permite un consejo, proteja su intimidad, y tenga cuidado con los testigos imprevistos —dice muy despacio alzando hacia ella sus ojos enrojecidos en los que asoma una mezcla de furia y desolación—. Por ahora está teniendo suerte. Mucha suerte. Diría que una suerte del copón, pero en cualquier momento eso puede cambiar. Ya sabe: tarde o temprano, las desgracias nos llegan a todos.

Ha pronunciado las últimas palabras al tuntún, por decir algo, dictadas por la rabia de ver que la posibilidad de tener alguna prueba contra aquella escurridiza mujer se le escapa, porque la verdad es que piensa que las desgracias no le llegan a todo el mundo por igual, ni mucho menos.

¡Menudo papelón el suyo! Se siente de verdad decepcionado y confundido, pues, pese a que está convencido de que Lucía Ullán tuvo algo que ver con el accidente de su marido, ha habido momentos en los que aquella mujer le ha parecido sincera, momentos en los que no sabía qué pensar. Sabe que ha perdido su oportunidad, y siente de golpe que la conciencia de la propia insignificancia se le pega a la garganta como una asquerosa garrapata. En fin, todo vuelve a estar como antes. Tendrá que seguir aguantando a Besora, a Cardona y a

todos los demás…

Lucía, por su parte, aunque cierra la puerta con gesto desdeñoso, anda por el desierto pasillo con el corazón en un puño y sin dejar de darle vueltas a la velada amenaza del policía. Fuera del despacho no hace tanto calor, pero nota la garganta ardiendo, la piel sudada y el pulso desbocado. Está tan alterada que mientras busca la salida de la comisaría, va viendo sobreimpresa en las paredes, como si fuera el tráiler de una película, la cara macilenta de Adolfo, sus escuálidas manos surcadas por azuladas venas y su cuerpo inmóvil asaeteado por miles de agujas conectadas a tubos gomosos y purulentos. La congoja la invade y tiene ganas de vomitar. Se pregunta qué debería sentir. ¿Arrepentimiento?, ¿miedo?, ¿furia?, ¿dolor?, ¿culpabilidad? ¿O solo vacío? El tremendo vacío de una mente a la deriva.

Trastabillando por las sombrías dependencias, consigue alcanzar la puerta de la calle. El personal de limpieza ya ha desaparecido del vestíbulo y solo el policía de la garita alza un brazo a modo de despedida al verla salir. Ya en la calle, tropieza con uno de los escalones de la entrada, pero milagrosamente logra evitar la caída enganchándose a la barandilla. Durante un momento se queda quieta, encorvada sobre sí misma y con la frente pegada al frío metal. El aire parece haberse detenido en sus pulmones y las piernas le tiemblan tanto que teme perder el equilibrio si se suelta. Un instante después, nota la mano de Sergio Rivas que trata de enderezarla tomándola del brazo.

—La reunión del hospital ha terminado antes de lo previsto —dice como para justificar su presencia allí—. ¿Estás bien? Te veo muy pálida.

Ella asiente con la cabeza, e irguiéndose, deja caer las manos a ambos lados de su cuerpo.

—¿Has traído el coche o aún lo tiene Ángela? —acierta a preguntarle dando unos vacilantes pasos hacia delante.

—Lo he traído. Ángela se ha tenido que marchar, pero ha cumplido su cometido de maravilla. Aquí tienes todos los papeles en regla. La funeraria se ocupará de todo.

—Qué rapidez —musita ella recogiendo el sobre que le tiende con gesto cansado y metiéndolo en el bolsillo de la gabardina—. La verdad es que habéis sido una gran ayuda para mí. No sé cómo agradecer las molestias que os he causado.

—¿Quizá sonriendo un poco? —contesta él quitándole importancia—. Al fin y al cabo, parece que has terminado con este capítulo.

Ella inicia una sonrisa que finalmente no pasa de ser un triste esbozo y, aferrándose al brazo que la sostiene, susurra en tono apagado:

—No quisiera abusar, pero voy a pedirte un favor más. ¿Podrías llevarme al hotel para recoger mis cosas? Quiero irme ahora mismo. En el primer tren.

El neurólogo la mira asombrado y espera unos segundos antes de contestar, esperando saber algo más sobre el porqué de una decisión tan repentina, pero ve en sus ojos una mezcla de abatimiento y distancia tal, que no se atreve ni a insinuarle que se quede por esa noche.

—Por supuesto que sí. No solo al hotel; también te llevaré a la estación si es lo que quieres —responde afablemente.

—A la estación no hace falta, puedo tomar un taxi —replica ella débilmente con esa voz gutural, extrañamente áspera para una mujer de un físico como el suyo—. No quiero privarte de esa fiesta a la que pensabas ir.

—¿La fiesta? No me lo puedo creer. ¡Pero qué niña eres, Lucía!… —dice Rivas reprimiendo una carcajada—. El único atractivo que tenía esa fiesta para mí es que tú me acompañaras.

Lucía se queda callada por un momento. Con el atardecer se ha levantado una brisa fresca y húmeda y mientras llegan al coche, aparcado al final de la calle, los dos caminan muy juntos, como amparándose el uno en el otro.

—¿Niña? No, Sergio. No soy niña, soy bordadora —contesta por fin como hablando consigo misma—. Y las de mi oficio solemos ser susceptibles y desconfiadas.

—Pero ¿qué dices? Perdona, pero no te entiendo —pregunta el médico abriendo la puerta del coche y moviendo la cabeza de derecha a izquierda, como divertido y desconcertado por su respuesta.

—Pues eso, que soy bordadora. Que me gano la vida haciendo vainicas, bodoques y festones. Que trabajo con hilos y telas igual que tu madre. Me las tengo que ver con todas, con las suaves como la seda y con las bastas como la sarga y los lienzos. Es lo único que sé hacer —le espeta de corrido como si de pronto necesitara contarlo todo sobre sí misma—. Tengo una socia con la que comparto un pequeño taller de bordado que me permite vivir y mi familia se compone de una hermana y una sobrina de cuatro años.

—Bueno, no esperaba menos de ti —replica él poniendo el motor en marcha y dedicándole una sonrisa tan cálida y amorosa que consigue atenuar su abatimiento y devolverle algo de ánimo—. Es una profesión maravillosa.

Sergio Rivas la mira con amor, y eso la reconforta. De pronto, se pregunta qué hará él en esas tardes en las que no trabaja. ¿Ir a fiestas como a la que pretendía llevarla a ella? ¿Conocerá a muchas mujeres? ¿Saldrá con alguna en concreto? Vuelve a sentir una punzada de celos. Sabe tan poco de su vida… Bueno, en realidad sabe muy poco de la

vida de nadie, incluida la suya. Clemencia, su hermana Elvira, su pequeña sobrina, Gloria y Betty han sido su único mundo en los últimos años, y hasta ahora nunca le había importado.

¿Será esto el amor que ella una vez buscó y que ha olvidado? ¿Desear saber todo de él? ¿Estremecerse cuando él la mira? Pensándolo bien, la noche pasada fue especial. Pudo contemplarse a sí misma como suspendida en el aire. Todo era natural, corriente e inexplicable. Hasta su orgasmo había sido insólito. Como de otra mujer. Un regalo. Pero ¿y si aquello también fuera un sueño, una fantasía? Hace cinco días no lo conocía, pero quizá soñaba con él. ¿Se puede soñar con alguien que no se conoce? ¿Se puede traer a los sueños un recuerdo borrado, un resto de otra vida? ¿Cómo saberlo? Probablemente, de ninguna manera.

Alza los ojos hacia el cielo ya oscurecido y respira hondo por primera vez en horas. La noche está despejada como un cristal y una incipiente luna llena se alza en el intenso azul. Navega por el cielo absolutamente segura de sí misma. Una majestuosa y oronda luna llena. Quizá sea verdad lo que ha dicho Sergio hace un momento y haya terminado la pesadilla. Ojalá, pero qué equívoco es todo lo que está viviendo, se dice, mirando la resplandeciente bola lunar. Ella también parece quieta y dormida, pero se mueve sin parar. ¡Cuántas historias no habrá contemplado atravesando el cielo cada noche! Como todos los astros del universo, las estrellas, el sol, los planetas, ella también arrastra, junto con la luz que refleja, su materia oscura…

Aunque se siente mejor, todavía le duele la cabeza. Es un martilleo en las sienes, ligero pero persistente, que ya no le incomoda demasiado. Se acurruca en el asiento del coche, que ahora le parece de lo más confortable, y cierra los ojos. Así acurrucada, todo lo ocurrido en los últimos días se va alejando de ella hasta tomar la forma de una pesadilla cada vez más disparatada y fantasmagórica.

«Estamos llegando al hotel», oye decir a Sergio Rivas que ha conducido en silencio todo el rato. Imposible calcular cuánto. Abre los ojos tan perezosamente como si volviera de un largo sueño. Lo primero que vislumbra es la cara sonriente de él junto a la suya. Aún adormecida, piensa que esa sonrisa es lo único real que le ha sucedido desde hace mucho tiempo.

SÁBADO

19

El paquete lo ha traído por la mañana temprano una empresa de mensajería acompañado por una nota manuscrita: «Sintiéndolo mucho, no puedo quedarme más. Les dejo el bordado de Lucía para que se lo den de mi parte. Pueden verlo si quieren. Un abrazo. Clemencia.»

Tras colocarlo cuidadosamente sobre la mesa, Gloria y Betty discuten si abrirlo o no.

—Pero ¿por qué no, señora Gloria? Así podremos ver si encaja con lo demás —pregunta Betty con su risueña expresión—. A lo mejor la señora Clemencia tiene razón y resulta el bordado estrella de la exposición.

—Pues porque no es adecuado. Lucía puede llegar en cualquier momento y nosotras deberíamos esperarla.

—Venir, seguro que por aquí no vendrá hasta el lunes —insiste la peruana—. Si regresó de madrugada estará muy cansada y va a necesitar unas cuantas horas de sueño.

—Eso es cierto pero, abrirlo sin esperarla… —vacila la otra—. Al fin y al cabo, es algo personal.

—Pues yo no entiendo por qué pone usted tantos reparos. La señora Clemencia dice bien clarito en su carta que nos da permiso para verlo. Y ella es la depositaria, ¿no?

Gloria la mira de reojo. Esa mañana la muchacha está más comunicativa que de costumbre. Incluso le ha enseñado una foto de su hijita, una niña de ojos vivarachos que sonríe espontáneamente a la cámara. Aunque la calidad de la imagen no es muy buena, tiene la suficiente nitidez para poder apreciar el parecido entre las dos.

—Qué quiere más que le diga —insiste la joven encogiéndose de hombros—. Que lo abramos ya, porque me come la curiosidad.

—Lo que haremos será esperar un poco y si vemos que Lucía no viene, lo abrimos. Y no se hable más. Ahora, lo que hay que hacer es acabar de una vez el pedido de la señora Marqueta, que es para hoy.

Dando por zanjada la discusión, Gloria se dirige a su máquina y pone el motor en marcha. La peruana suelta un suspiro de resignación y hace lo propio a regañadientes. Pronto el único ruido que se oye en el taller es el golpeteo acompasado de ambos motores.

El tiempo sigue variable. Las nubes van y vienen dejando jirones de gasa traslúcida sobre el cielo y propiciando esa inestabilidad ambiental que tanto altera el ánimo de Gloria. Ella, sin embargo, parece más contenta que en los últimos días; incluso canturrea de vez en cuando. Betty la mira perpleja sin acertar a explicarse lo que le ocurre; máxime cuando piensa que no hace ni un par de horas que le ha confiado que su marido está en paro. De hecho, su insistencia en abrir el paquete era un intento de animarla y sacarla de las cavilaciones a las que es tan propensa, aunque la verdad es que hoy no parece necesitar ninguna clase de distracción.

Ella no puede saber que, a pesar de esa mala noticia, Gloria está contenta porque la noche pasada su marido le confesó, por fin, lo que le ocultaba: que había perdido el trabajo hacía tres meses y que desde entonces había ido a salto de mata, cobrando el paro por una parte y buscando trabajo por otra. Al enterarse de todo eso desaparecieron del horizonte de Gloria las infidelidades amorosas que su calenturienta imaginación le atribuía y, paradójicamente, se sintió aliviada.

Lo bueno es que esa confesión, tanto tiempo postergada, se desarrolló de la forma más natural. Entró en la cocina cuando ella estaba preparando la cena, se sentó silenciosamente en la silla de anea en la que antes solía tomar el desayuno y se lo soltó a bocajarro, sin más ni más.

—La constructora ha quebrado y los promotores de la obra se han pirado.

Al oír aquello, Gloria solo acertó a retirar la sartén del fuego antes de volverse hacia él con expresión de no entender nada de lo que acababa de oír, pero al verle tan cariacontecido, con unas pronunciadas ojeras violáceas bajo los ojos y la sombra de la barba sin afeitar oscureciéndole las mejillas, lo comprendió todo de un plumazo.

—Los cabritos han dejado el trabajo empantanado y un montón de deudas por todos lados —continúo él secamente—. Mi jefe no ha podido resistir el tirón y ha hecho suspensión de pagos. Él dice que espera solucionarlo y que nos volverá a contratar, pero yo no me engaño. Esto no pinta nada bien.

—Pero si dicen que todo va viento en popa, que se vende todo. ¿Cómo os ha pasado a vosotros algo así? Parece mentira —acierta a decir ella con un nudo en la garganta tras un extraño silencio en el que ambos se oyen respirar el uno al otro.

—No, Gloria, no va todo viento en popa. Los pisos ya no se venden como estos años pasados. Los precios son muy altos y la gente no consigue los créditos con tanta facilidad como antes. Hay un montón de *stocks* y de deudas por todas partes. En fin, que aunque no lo parezca, la cosa está bastante chunga.

—Pues, sinceramente, no lo entiendo —balbucea ella. Está tan

sorprendida que no sabe qué decir.

—Bueno, es lo que hay —continua él cabizbajo—. Esperaba encontrar algo antes de que tú y los chicos os enteraseis. No quería preocuparos. Pero no lo he conseguido, esa es la verdad. Hay mucha competencia y está todo saturado.

—Qué le vamos a hacer. No es un plato de gusto, pero no te hagas mala sangre. Seguro que pronto encontrarás algo. Eres un buen fontanero, tienes mucha experiencia… —trata ella de animarlo.

—Sí, pero tengo cincuenta y cinco años y eso es una barrera difícil de saltar. Las empresas quieren gente joven.

Gloria se muerde los labios, no sabe qué más decirle. La información la ha pillado tan de sorpresa y lo ve tan compungido, que todas sus defensas se debilitan. Deja la cena a medio hacer, se sienta a la mesa frente a él y le coge las manos. Hace muchos días que no se tocan y el contacto de su piel encallecida la estremece.

—Ya se arreglará, hombre, hay que darle tiempo al tiempo —insiste—. De momento no estamos tan mal. Con lo que yo gano y lo que cobres del paro, podemos tirar perfectamente hasta que la cosa mejore. Esto solo es un bache.

El hombre menea la cabeza dubitativamente.

—No sé, creo que va a ser algo más que un bache. Por eso he pensado que lo mejor sería establecerme por mi cuenta antes de que todo empeore. Pero necesitaré dinero, habrá que pagar las licencias y todo eso…

—Pero, entonces, ¿de verdad piensas que la situación va a empeorar?…

—Sí, Gloria. No lo dicen, pero va a empeorar.

—Vale, de acuerdo. A mí me parece bien. Si piensas que esa es la solución, echamos mano de los ahorros, que para eso los tenemos, y ya está —responde inmediatamente ella adoptando la pose más despreocupada que puede.

—Ya, pero como los guardábamos para los estudios de los chicos y además casi todo viene de la herencia de tus padres y de lo que has sacado con los bordados…

—No digas bobadas. Ese dinero era para cuando lo necesitáramos, así que cuando quieras puedes empezar con los trámites y listo.

—No sé, cariño… La verdad es que no me atrevía a pedírtelo. Te veía tan distante y tan seca conmigo… Reconozco que lo de tu trabajo al principio no me hizo mucha gracia, pero… —se interrumpe abatido—. Ya ves, ahora en cambio pienso que no entendí nada… En fin, me equivoqué.

—Aquello ya no tiene importancia, chico. La cosa ha salido bien, pero pudo no haber salido. Ahora lo que tenemos que hacer es tirar adelante. Como tú dices, hay que pagarles los estudios a los chicos

para que tengan un futuro.

—Entonces ¿no sospechabas nada? —pregunta él mirándola a los ojos mansamente.

—No. No sé. Estaba distante, sí, pero es que yo… Es que pensaba que ya no me querías —suelta de corrido escondiéndole los ojos.

—¿Que no te quería? —se extraña él acariciándole la mano—. Pero mira que eres tontina, mujer…

Sorprendentemente, también sus hijos recibieron la noticia con gran naturalidad. Es más, enseguida se pusieron a hacer planes para ayudar a su padre durante el verano. Así que, después de muchas noches en soledad, fueron de nuevo lo que Gloria llama una familia alrededor de la mesa. Y a lo mejor son imaginaciones suyas, pero todos parecieron alegrarse de volver a estar juntos. Como si hubieran recuperado un juguete perdido al que tuvieran que reparar los desperfectos sufridos, se enfrascaron en pasar revista a su colección de historias felices, sin olvidarse de augurar un magnífico futuro al nuevo negocio. Quizá por eso a ella aún no se le había borrado la sonrisita embelesada de la cara.

Mientras tanto, Betty, observando su expresión alelada, piensa que nunca llegará a entender del todo a esta mujer. Es más, a ella le resulta mucho más fácil entrar en la mirada reservada y melancólica de Lucía que comprender, por mucho que se esfuerce, los altibajos de Gloria. Aunque quizá no sea tan raro. A Lucía la rodea una especie de resplandor, un foco de desazón bajo la piel que despierta la atención de todo el que la mira, y que a ella, además de calarle hondo, le sugiere muchas cosas. Cierto que ignora el origen de su desasosiego y que cada vez que intenta penetrar en él se le escurre como un pez entre los dedos, pero aun así percibe, con la claridad con la que un herido reconoce a otro, que su alma ha sido fatalmente astillada, lo cual hace que su ensimismamiento le resulte más comprensible que las extemporáneas salidas de Gloria.

La verdad es que ha echado de menos estos días su luz. Habría estado bien compartir con ella el lado bonito que ha tenido esta extraña semana, como el conocer a esa anciana dulce y áspera llamada Clemencia. Y sobre todo, lo más importante, es que la existencia de su niña ha dejado de ser un secreto en el taller. Ahora puede expresarse abiertamente sin tener que medir las palabras, y piensa hablar de ella y de los trajines de la maternidad todo lo que le pida el cuerpo.

Sí, ahora puede confesar sin miedo que sueña cada día con ser la mamá que ella no pudo tener, y que por eso disfruta preparándole el desayuno a su hijita por las mañanas, llevándola a la escuela y despidiéndola con los ojos húmedos; que por eso se afana en cocinarle ricos platos y que ahorra lo que puede para comprarle lindos vestidos y zapatos… Un dulce anhelo que ha venido a cumplir a esta tierra,

aunque tenga que deslomarse a trabajar para conseguirlo.

Por fin, pasadas las doce, Gloria sale de su extraño arrobamiento y se dirige decidida al paquete.

—Parece que Lucía ya no vendrá, así que es mejor que lo abramos y lo dejemos extendido —dice con esa determinación tan suya—. No vaya a ser que el fin de semana se arrugue dentro de la caja y sea peor,

—Claro que sí, señora Gloria. Eso mismito pienso yo —se apresura a responder la joven.

Las dos se vuelcan sobre el paquete con tal frenesí que no parece sino que hubieran estado esperando a que el reloj marcara ese minuto exacto. En un instante retiran el embalaje y por fin, bajo el papel de seda, surge un lienzo de grandes dimensiones cuyo contenido les corta la respiración. Realmente es una obra inclasificable y fascinante, una original mezcla de quilt y bordado de imaginería, trabajado con gran perfección. El dibujo se ve ribeteado por un cordoncillo dorado cuya función es, al parecer, crear la ilusión de profundidad en las caras que constituyen el motivo central de la composición. Son figuras con un perfil en degradado y con una apariencia difícil de definir, pues sus rasgos están matizados con tal maestría que resultan a la vez nítidos e imprecisos. Una particularidad cuando menos turbadora.

En opinión de Betty, esos seres podrían ser tanto ángeles, como demonios. A esa morbosa ambivalencia contribuyen sus expresiones desafiantes y las extrañas formas vegetales que los rodean. Por si eso fuera poco, a la complejidad de la composición se suma un colorido que armoniza varias gamas de tonalidades opuestas y que logra una vistosidad a la que es difícil sustraerse.

Ambas mujeres suspiran maravilladas ante el lienzo y luego lo extienden cuidadosamente sobre la mesa para poder contemplarlo a su gusto. Ninguna de las dos hace comentarios sobre lo que ven. Callan, sí. ¿Para qué decir nada? Clemencia no exageraba. Indudablemente es una obra de arte. Un conjunto demasiado inquietante y enigmático como para arriesgarse a hacer ninguna elucubración. En esos casos lo mejor es no tratar de dilucidar, no intentar comprender, pues más allá de la admiración que el bordado les suscita, empiezan a ser conscientes de que Lucía carga con algo demasiado pesado para sus espaldas, algo que la atormenta y que está relacionado con el aislamiento en el que vive.

20

Un vapor negro, ultracongelado, invade la tierra aplastándola, engrasándola, envolviéndola en una amenazante tiniebla. También en el cielo reina la oscuridad y, sin embargo, ella ve perfectamente las nubes henchidas, el manto de plomo y las bandadas de pájaros, que corren a refugiarse en los pocos nidos que quedan sobre las ramas de los árboles. Palomas, estorninos, grajos, gorriones, golondrinas, jilgueros… Pájaros de todos los tamaños y plumajes, medianos y grandes, claros y oscuros, buscan enloquecidamente refugio, pero a su cuarto solo llegan los más menudos; esos tan ligeros que en cuanto perecen, se convierten en bolitas de pelusa fáciles de esparcir a los cuatro vientos con un solo soplido.

En un momento llenan de revuelos y batir de alas la habitación, aunque no osan invadir su espacio. Transitando entre ellos, descubre una especie de jaula hecha con paja trenzada que antes no había visto. Dentro hay un enorme pájaro con ojos de hombre. Tiene una cresta de plumas verdosas y una abultada rabadilla de plumas amarillas de la que salen unas largas patas de alambre. El pico es curvo y parece sujeto con correas de cuero. Su cuerpo es ridículamente minúsculo, pero las puntas de sus alas terminan en unos dedos tan grandes que resultan grotescos. El extraño hombre-pájaro la llama dulcemente. Ella se acerca y él mete su pico por entre los pajizos barrotes que los separan.

—No te dejes seducir por esos bribones. Échalos de aquí —dice entonando una melodía aguda y subyugante—. Los pájaros cantores no son nada; intrusos que ponen huevos sin parar, cantan inútilmente y devoran a mis insectos.

Ella lo escucha obnubilada mientras una multitud de mosquitos, con unas patas pegajosas como estambres de orquídeas, revolotean alrededor de su plumaje, que despide un brillo de bombilla eléctrica. Pese al poder de convicción que el hombre-pájaro posee, ella se resiste a hacer lo que le exige, lo cual lo encabrita bruscamente. Grita y grita, le ordena, le decreta, le impone, le dicta, le manda cada vez más destempladamente que obedezca. Ella ya no soporta seguir escuchando aquella voz cada vez más aguda; los oídos le van a estallar y los ojos le escuecen insoportablemente. Como puede, se aparta de su

lado. A su espalda descubre una tea encendida. La agarra y, agitándola con fuerza, consigue fabricar una cortina de negro humo que tapa la jaula. En un instante, el vocinglero hombre-pájaro desaparece de su vista.

Justo en ese momento, el cielo se abre con un estallido de globo pinchado y la lluvia empieza a caer torrencialmente. Ella corre a la ventana. Fuera el agua cae y cae cortando el aire, primero como un velo de seda y luego, como una espesa cascada. Diluvia sin parar durante un buen rato, llueve sobre la tierra y el mar borrando las huellas, arrastrando despojos y disolviendo las culpas; cae agua y más agua hasta que el aire queda claro, limpio y transparente. Cuando por fin la lluvia cesa, fuera se instala una luz rosácea de apariencia nacarada. Ahora, las hojas de los árboles son de un color verde intenso, de ese verde dorado propio de las hojas jóvenes. Son tan recientes que las está viendo crecer ante sus ojos. Puede percibir cómo los brotes revientan en las ramas y se transforman en hojas brillantes y lustrosas, cuyas articulaciones llenas de savia nueva relucen al sol como cabellos engominados.

Maravillada por el espectáculo, se vuelve hacia el hombre-pájaro para decirle que no se enfade más, que ya se han marchado todos los cantores refugiados y también los insectos, que ahora el día está radiante y el viento en calma... Pero allí no hay nadie. La habitación se ha convertido en un cubo vacío y sumido en la oscuridad. No entiende por qué, a pesar del sol radiante y la ventana abierta, no penetra un solo rayo de luz allí dentro. Y eso no es todo. De repente, la ventana ha empezado a moverse, se estira de arriba a abajo y hacia los lados, transformándose en un dibujo agrietado que se arruga como un papel destinado a la papelera, mientras el cielo y la tierra se alejan de su vista a toda velocidad.

Segundos más tarde, es la habitación misma la que se encoge más y más hasta hacerse un pozo, un boquete oscuro en el que solo cabe su cuerpo doblado y empequeñecido. En esa nueva cavidad solamente reina el silencio, todo es tibio y fluido, y ella comprende que está en un útero. Que ha regresado al lugar del origen, a ese espacio límbico anterior a la conciencia y anterior, por tanto, a su historia, a su búsqueda del amor y al dolor de su pérdida. Un espacio mínimo en el que su cuerpo se ha hecho ligero como una pluma, permitiéndole entrar sin problemas en las vastas regiones de la memoria y los recuerdos.

Cuando abre los ojos está tan agotada como si hubiera soportado toda una noche de trabajos forzados. Indudablemente ha dormido en su cama, así que, aunque sea incapaz de determinar cuándo y cómo lo hizo, de alguna manera regresó a su casa. Por la ventana se cuela la luz del día, azul y centelleante, y a los pies de su cama ve su bolsa de

viaje sin abrir, pero sus pensamientos siguen estando tan confusos y revueltos como en el sueño. Montones de figuras y voces pasan por su cabeza a una velocidad vertiginosa. A algunas logra ubicarlas, pero hay unas cuantas a las que no consigue reconocer. Varias imágenes de las últimas horas se han quedado colgadas de su retina, mientras que otras emergen a trompicones de no sabe dónde y se precipitan en su conciencia de forma caótica e incoherente. Destellos y más destellos, fijos y móviles, rápidos y lentos, rojos y azules, blancos y negros, y ninguno va a ninguna parte. Todos se quedan ahí dentro, suspendidos en el vacío, amontonándose unos sobre otros, superponiéndose, vinculándose en largas cadenas de eslabones inconclusos que cortan el aire sin cesar. ¿Es eso la memoria? ¿Un destello en el aire?

No puede dar marcha atrás. Está en medio de una tormenta que saca bruscamente a la luz lo que antes anidaba en armarios atrancados y cajones secretos. Se ve de niña, se ve de joven, recuerda la cara de su madre y la de su padrastro. Ve a Sergio Rivas en el autobús, a Conrado espiándola a través de su ventana-quiosco, al niño de Clemencia jugando al veo, veo, el cine del barrio atestado de chiquillos, sus vestidos bordados colgados en sus perchas…

Sus recuerdos han vuelto, han sido liberados y bullen atropelladamente en su cabeza impidiéndole moverse, razonar o hacer cualquier cosa que no sea refrenar ese revoltijo de sensaciones que se abate sobre ella en forma de enfurecidas cascadas, unas veces cargadas de sentido y otras, carentes de él. Los dos, el sentido y el sinsentido, la desbordan, confundiéndola y dejándola sin respiración. Destellos amables se mezclan con otros sorprendentes, y estos, con otros terribles. Destellos y más destellos juntándose y separándose sin cesar como los cristales de un caleidoscopio, siempre los mismos y siempre distintos. Destellos como puntos luminosos que dejan sus ojos ciegos, sin visión. Y ella, en medio de todos esos fragmentos de cristal, cada uno un recuerdo perdido y hallado, observa inmóvil cómo las luces giran a su alrededor, un enloquecido bastidor reflejado en mil espejos a la vez.

Es lógico. La memoria no debe de operar tan ordenadamente como las historias que nos inventamos, sino a través de relámpagos recortados o exagerados según las circunstancias, destellos distorsionados y almacenados en celdillas en las que hay que hurgar si queremos acercarnos a la verdad y no conformarnos con la capa de pintura favorecedora que nuestra vanidad les ha aplicado. Ella lo sabe, se lo explicó la doctora. Sabe que cualquier esfuerzo por rescatar de su memoria una biografía organizada es inútil, máxime ahora que los recuerdos han adquirido vida propia y se reproducen ante sus ojos sin orden ni concierto, sobrepasando su conciencia y su voluntad.

No sirve de nada tratar de adoptar una posición distante, un

ángulo muerto que le permita ganar tiempo, porque ya no puede ignorar los sucesos que sustituyeron su vida antigua por otra llena incongruencias, ni tampoco huir del instante en que se convirtió en ciega para sí misma, pese a estar mirando constantemente hacia su interior.

Tras la primera confusión, el torbellino va serenándose paulatinamente y las imágenes adquieren fijeza y materialidad. Hay un momento en el que ve nítidamente la cara de Adolfo muy cerca de la suya, su frente plana, la boca de labios gruesos y una lengua enorme y rasposa sobre sus labios. Una cara crispada por el esfuerzo y el placer de la cópula que lanza sobre su piel gotas de saliva, salobres e hirientes, como ráfagas de metralla. Su cuerpo robusto que hoy ya solo es ceniza aplasta brutalmente su vientre mientras una corriente de aire helado recorre sus entrañas, amputándolas y convirtiéndolas en un amasijo desgarrado y palpitante, mientras a sus oídos llega manso el mugido del mar, cuyo oleaje se rompe en mil pedazos al golpear las rocas y salta al aire convertido en brillante polvo de metal líquido.

Sí, lo recuerda. Recuerda aquel tormento, aquel dolor que la atravesó de parte a parte. Fue golpeada y mancillada torpe, sañudamente. Ella quería amarlo. Lo intentó con tanto ahínco que podía pasarse las horas muertas a pocos metros de él, contemplándolo, acunándolo, preparando su comida favorita, riendo cada una de sus gracias, sorbiendo todas sus palabras como si fueran el elixir de la vida, lamiendo su cuerpo sudoroso que no despedía aquel olor a podredumbre que infestaba el barrio, sino que olía suavemente a sal… Pero su dedicación y su deseo fueron correspondidos muy pocas veces. Apenas una chispa rojiza en la pupila, una caricia evanescente, algún fin de semana refulgente del que guardaba impresos en su carne cada agasajo, cada roce, cada suspiro, coleccionándolos uno a uno y agrandando sus volúmenes hasta el infinito, lavando con ellos su desamor.

Sí, lo recuerda. Recuerda la jaula de oro en la que estuvo encerrada, los candelabros de cristal tallado, las flores de porcelana de Capodimonte, los acericos de seda japonesa, la bolsa de costura de suavísimo cuero, las tijeras con mango esmaltado, aquel tarro de mermelada lleno de lápices de colores, las copas talladas en cristal reluciente, los cojines adamascados que bordó a punto de cruz, las pequeñas perlas de plástico incrustadas en el mantón de seda carmesí, el tapiz de lunas plateadas sobre un profundo añil, la colcha chinesca con sus pájaros dorados y sus rosas blancas, aquella bolsa de madejas nuevas de hilo que cayó al suelo con un golpe sordo cuando él la forzó y, por último, las plumas de pavo real, brillantes, relucientes, rebosantes de colorido, inútilmente desparramadas por el mullido sofá

verdiazul.

«Oye, Lucía, cariño, así no vamos a ninguna parte. Tienes que abandonar esos estúpidos sueños, portarte como una esposa, curtirte un poco, dejar de ser tan niña…»

Curtirse. En su argot, curtirse significaba que los lazos fueran cortados y los anhelos borrados. Que esos carámbanos de hielo de los que habla el cuento «La reina de las nieves» anidaran en su corazón y fueran pudriendo su carne hasta hacerla trizas sin que hubiera remedio alguno para sanarla después. Sí, lo recuerda. Recuerda aquel mar encabritado, aquel ventanal en el que ella tenía su prisión y su exilio. Recuerda el abandono y la impostura a la que fue sometida, su terror y sus delirios. Toda esa basura ha aflorado de repente, ha salido a la luz de golpe, rápida, apresuradamente. Ha traspasado las aguas freáticas de su mente, su córtex, su neocórtex, su encéfalo, su mesencéfalo, y todas las demás circunvoluciones, abriendo de par en par la urna en la que ella había encerrado lo innombrable, lo que sucedió desde que Adolfo se fuera montado en su increíble moto y la dejara sola por última vez. Todo lo que ocurrió desde que Clemencia llegara hasta ella para consolarla y ofrecerle la botellita de hierbas.

— Toma, llévate esto y, si intenta hacerte daño otra vez, con dos gotas lo podrás controlar. Ve a hablar con él y déjale las cosas claras. Esta es la dirección.

—No puedo hacerlo, Clemencia.

—Sí puedes. Solo tienes que ir y decírselo. Que vas a pedir el divorcio y que no hay más que hablar.

—Pero ¿cómo sabes que esta es la dirección?

—Me la ha dado mi sobrino Ángel. Él le ha llevado hasta allí piezas especiales de coches. Sí, mujer, de esas que están fuera de circulación. Las pedía porque se ve que a sus amigos les gusta trucar motores.

—¿Trucar motores?

—Sí, mujer. Se los ponen a coches viejos y los convierten en coches de lujo falsos, imitaciones que luego venden a un precio más bajo que el que tienen los auténticos. Y no solo los venden aquí; también los deben de pasar de contrabando a otros países o algo así.

—Pero entonces, ¿engañan a los compradores?

—¡Qué va! Los compradores son gente que quiere un coche de lujo, pero como no tiene dinero para uno auténtico, compra una imitación. ¿Qué quieres que te explique, niña? Yo de esto no entiendo ni jota. Solo sé lo que me ha contado mi sobrino.

Sí, lo recuerda. Recuerda todo lo que Clemencia no le quiso decir cuando estuvo asilada en su casa. Recuerda los trapicheos de Adolfo, su extrañeza al verla aquella noche frente a ese tugurio lleno de chicas

extranjeras que lo trataban con gran familiaridad, su prepotente sonrisa de tiburón al decirles adiós, sus malos modos y sus gritos para con ella, su visceralidad, su brutalidad exultante, el sonido de aquella cerveza cuando pasaba a borbotones por su gaznate… Una cerveza especial bebida con ansia dentro del coche, para calmar la sed que provoca el costo. Sí, lo recuerda. Recuerda que alguien, un hombre cualquiera, le lanzó al pelo una voluta de humo de cigarrillo acompañada de un pastoso silbido, y que otro se pegó a ella para mascullarle en la oreja: «¿Te apetece un chute, guapa? Tengo material de primera…».

Y luego las luces de la gran ciudad hiriendo sus ojos. Y después la gran cinta gris que traslada a las personas a destinos codificados, una cualquiera, la primera que se le ha ofrecido, qué más da si va hacia el norte o hacia el sur, al este o al oeste; nada tiene importancia salvo la ansiedad que él le provoca retorciéndose en su asiento, cada vez más colérico e irracional, con la violencia asomando por sus ojos y los puños preparados para golpear. Un depredador ávido por cobrar su presa, trilita pura…

—¿Dónde me llevas, puta? ¿Es que no has entendido? Te he dicho que me dejes en la Diagonal, que tengo asuntos allí.

—Vamos a un lugar tranquilo. Tenemos que hablar. Es importante.

—¿A un lugar tranquilo? Pero ¿tú de qué vas? No pienso ir contigo a ninguna parte. Vuelve. ¡Que vuelvas te digo! ¿Es que no me oyes? Te juro que como no pares ahora mismo, te machaco los sesos… ¡Mierda! ¿Qué me has hecho, cabrona, que me duele tanto la cabeza? —aúlla sudoroso mientras se quita torpemente la americana de mil bolsillos que siempre lleva atestados de cosas y la lanza hecha un gurruño al asiento de atrás.

Pero ella no contesta. Solo se aferra al volante del viejo coche. Conduce sin parar, conduce en silencio, mientras los reflectantes de la autopista se suceden uno tras otro a toda velocidad. Él ha bajado la ventanilla del coche buscando algo de alivio para su incontrolada sudadera y el aire penetra en la cabina con un silbido ronco, casi animal. La noche es oscura. Luna nueva. Detrás de ellos, nadie. Calma total.

—Para. Párame aquí, hijaputa. Necesito aire. ¡He dicho que pares el coche! Estoy mareado. Voy a vomitar.

En la oscuridad, el frenazo suena como un gemido y, apenas unos segundos después, el brusco arranque, como el despegue de un cohete espacial.

—Espera, mujer. ¿Qué haces? ¿Adónde vas? ¿Te has vuelto loca? Lucía, espera. ¿No irás a dejarme aquí? ¡Espera, por favor! Es en serio que estoy mareado, no puedo dar un paso. Vuelve. Espérame…

Espérame. ¡Qué broma! ¿Esperarlo más aún? ¿No eran suficientes los diez años pasados en duermevela, en esa permanente oscilación entre el miedo y la esperanza de que esa sería su última escapada, de que las cosas volverían a ser como al principio, cuando no existía el ventanal-prisión? No. Todos esos dolores amontonados, enquistados y purulentos tenían que quedar atrás… No, los días de arrojarse a los brazos de esa confianza irracional, de ese delirio infernal, del punzante ajetreo interior habían pasado definitivamente. «Espérame, Lucía, por favor…»

¿Cuál de las dos mujeres era ella? ¿La dulce o la amarga? Qué más da; el bien y mal siempre aparecen revueltos. Son dos espejismos indisolubles, la noche y el día, el haz y el envés, las dos caras de la moneda… y además, aquello sucedió hace tanto, que lo ha olvidado.

Los seres vivos necesitamos tanto la luz como la oscuridad para vivir, dice Clemencia, y a menudo es más importante olvidar que recordar, así que un cerebro formateado como el suyo puede ser una bendición. En él ya no existen ni caras conocidas, ni palabras guardadas, ni contactos prometidos, nadie que signifique algo o que quiera volver a ver, aunque es cierto que a veces experimenta recurrentes pesadillas sobre gente que al parecer conoció, ruinas ancladas en su imaginación. Porque ella es una mujer que sufre amnesia retrógrada, es decir, alguien a quien se le ha evaporado el pasado y a quien le resulta muy difícil, por no decir imposible, separar lo soñado de lo real y las fantasías de las certezas; alguien que ha vivido tanto tiempo en la intemperie que ha acabado refugiándose en una jaula acolchada de la que ha tirado la llave y con eso basta. Tiene que bastar.

Dicen que el amor nace de la proximidad, pero nadie lo ha podido demostrar, porque nadie posee la fórmula infalible. Ella ya lo amaba mucho, demasiado tal vez, pero ahora que ha desaparecido de su vida y yace en la parte más opaca, oscura e inexplorada de su ser, quizá lo ama más todavía. O quizá no. Durante mucho tiempo todo estuvo confuso en su cabeza. Todo menos su obsesión por Adolfo. Es tan fácil enhebrar los pensamientos cuando estos tratan de una única persona, de una sola fatiga y de un solo dolor, de un único amor y de un único odio…

Durante mucho tiempo ella hizo caso omiso de su reputación de mujeriego y del continuo menosprecio al que la sometía. Pensaba que cambiaría, pero pasaban los días y él seguía agarrado a sus sádicos juegos como a un salvavidas, mientras ella se ahogaba en la soledad de su prisión.

«No me entiendes, Lucía, cariño —le decía—. Yo te quiero, pero necesito moverme, cambiar de aires, ir y venir. Tú eres mi mujer y te tienes que conformar. Para eso te casaste conmigo». No. El que no entendía que su cuerpo, falto de savia, se marchitaba a pasos agigantados, era él. Porque ella quería dilatarse, renacer, dejar de ser una huella o un

recuerdo; evitar que él, Adolfo, su único amor, siguiera enredado en otros negocios, en otros afanes, en otros brazos. Sí, quiso eso y solo encontró una manera. «Si una mujer consigue ser vieja cuando es joven, y joven cuando es vieja, siempre sabrá lo que tiene que hacer», le aseguró Clemencia con su penetrante sabiduría. Y ella la escuchó, porque siempre había confiado en sus palabras.

Así es que se lo dijo: «Me voy —le anunció—. Es mi turno». Le costó mucho hacerlo porque ella no quería abandonarlo. En realidad lo intentó todo para estar cerca de él. Adaptarse a su forma de vida, adoptar sus códigos, su forma de ver las cosas, su vocabulario… pero al fin desistió. Optó por defender su carne; por que por sus venas volviera a correr la sangre y por sus ojos, el fuego de la pasión renovada… Quiso ser libre, volar más allá de aquella interminable plancha de acero que rugía bajo su ventanal y se lo dijo… aunque con esa pretensión solo consiguió irritarlo más. Cuando él supo sus intenciones se puso furioso, la golpeó, la hirió en lo más vivo, y despertó su miedo. Un miedo atroz que siempre había estado allí, latente y silencioso esperando el golpe certero. Miedo del ruido, del silencio, de la soledad, de la compañía…

Mas ¿qué importa ya todo eso, si lo único que conserva su corazón es la ausencia del pasado? Ahora, con la memoria y la resignación deliberadamente enterradas, comprende que lo que ella amaba sobre todas las cosas era el resplandor de sus sueños de costurera. El sueño del amor total e infinito, el sueño del amor eterno. Hubiera hecho cualquier cosa por seguir viviendo en él, envuelta por él, herida por esa luz que no le dejaba ver la oscuridad de lo real. Eso era lo que buscaba en todos sus amantes: que alimentaran sus sueños. Pero cada cuerpo conocido la iba hundiendo más y más en el socavón del odio; cada olor desvelado la envolvía más y más en la opacidad de la niebla, entumecía sus dedos y desflecaba su piel. Cada nuevo abrazo la despeñaba más y más en el fantasmagórico reflejo de Adolfo, hasta que por fin ganaron la partida los demonios del perchero…

Es verdad que la gente hace las cosas que hace porque necesita saber quién es. Y ahora ella ya lo sabe. Es solamente una bordadora. Siempre lo fue. Es lo único que le sale realmente bien, porque desde pequeña borda para sentir el amor. Las vainicas son los huecos por los que escuchar; los festones, montículos desde los que mirar; y las cadenetas, sogas con las que enlazar. Con la energía que se desprende de sus dedos, ha construido un hermoso lenguaje de repliegues y veladuras, de simetrías y asimetrías, que es solo suyo; un colorido lenguaje de seda, terciopelo y satén que la arropa y la protege.

Bordar sin descanso, bordar con ardor, en forma de fruto o en forma de flor. Eso es lo que más desea, y eso es lo que ahora hará. Componer mil tramas a punto de cruz sobre bastos lienzos y mantos de tul, sobrehilar pañuelos y calar celosías, festonear sábanas y mantelerías.

Bordar sin parar, bordar sin flaquear. Bordar muselina, bordar organdí. ¿Qué más da el soporte?, ¿qué más da el tejido o el material?, ¿qué más da el motivo que haya que plasmar, si puede bordar?

Agradecimentos

Agradezco a Adelaida Herrera, editora de Click, el apostar por esta novela para su proyecto digital al que deseo un gran éxito, así como a mi familia, en especial a mi hermano Francisco, la paciencia de la que han hecho gala leyendo y escuchando lo que iba surgiendo de mi pluma.

También agradezco a la gran poeta polaca Wislawa Szymborska que escribiera los versos que me inspiraron esta historia:

«*La realidad no tiene que temerle al olvido.*
Es un hueso duro de roer.
Nos trae de cabeza,
nos pesa en el alma,
se nos enreda en los pies
No hay escapatoria,
la realidad nos acompaña en cada huida,
y no hay estación
en nuestro itinerario
en la que no nos espere.»

(*Fin y principio,* 1993)

Cortando el aire
Pilar Laura Mateo

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2014

ISBN: 978-84-08-12865-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.,
www.victorigual.com